



**FACULTAD DE TEOLOGÍA**

**TEOLOGIA ESPIRITUAL**

**DISCÍPULOS MISIONEROS,  
ESPÍRITU SANTO Y ESPIRITUALIDAD**

**Dimensión pneumatológica de la misión "*Ad Gentes*"**

**AUTOR: JOHN JAIRO SIERRA MADRID**

**DIRECTOR: DR. FRANCISCO JOSÉ LÓPEZ SÁEZ**

**MADRID, ESPAÑA  
MAYO 2016**

*A todos  
los Discípulos Misioneros de Jesucristo,  
que invocan el Espíritu  
y acompañan este nuevo envío ...*

## Nombres y Siglas

- AA Decreto *Apostolicam Actuositatem* sobre el apostolado de los laicos, 1965.
- AG Decreto *Ad Gentes* sobre la actividad misionera de la Iglesia, 1965.
- AL Exhortación Apostólica *Amoris Laetitia*, Francisco, Papa, 2016.
- DA Documento Conclusivo de *Aparecida*, CELAM, 2017.
- DV Carta Encíclica *Dominum et Vivificantem*, san Juan Pablo II, 1986.
- EG Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, Francisco, Papa, 2013.
- EN Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*, Beato Pablo VI, 1975.
- ENEC Documento Final *Encuentro Nacional Eclesial Cubano*, 1986.
- EMCC Instrucción *Erga Migrantes Caritas Christi*, Roma, 2004.
- GS Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia en el mundo actual, 1965.
- HS Constitución Apostólica *Humanae Salutis*, san Juan XXIII, 1961.
- LG Constitución Dogmática sobre la iglesia *Lumen Gentium*, 1964.
- LS Carta Encíclica *Laudato Si*, Francisco, Papa, 2015.
- MV Bula *Misericordiae Vultus*, Francisco, Papa, 2015.
- RM Carta Encíclica *Redemptoris Missio*, san Juan Pablo II, 1990.
- SC Constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la sagrada liturgia, 1963.
- UR Decreto *Unitatis Redintegratio* sobre el ecumenismo, Beato Pablo VI, 1964.



# CONTENIDO

<b>Nombres y Siglas .....</b>	<b>3</b>
<b>INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>7</b>
<b>1. FUENTE CONCILIAR DE LA MISIÓN DEL ESPÍRITU SANTO EN LA IGLESIA:</b>	
<b><i>origen y carisma.....</i></b>	<b>13</b>
1.1 Origen y Carisma: palabras conciliares del Espíritu .....	14
1.2 El evento del Espíritu en el Concilio Vaticano II: “ <i>Lumen Gentium</i> ” y “ <i>Ad Gentes</i> ” ..	19
1.3 La misión del Espíritu acontece en toda la humanidad .....	23
1.4 La Iglesia es misionera: mediaciones del Espíritu .....	27
1.5 Ámbitos, ambiente, tiempos y lugares del evangelio en el mundo .....	30
1.6 De la misión a la evangelización: dinamismo y kerigma .....	33
<b>2. DISCÍPULADO MISIONERO: <i>Pneumatología del envío</i> .....</b>	<b>41</b>
2.1. La Pneumatología cristológica .....	42
2.1.1. Cristo el Enviado del Padre .....	44
2.1.2. El envío del Espíritu por el Hijo.....	47
2.2. El Espíritu en la encarnación del Enviado.....	48
2.2.1. Unción encarnada de Cristo.....	53
2.2.2. La gracia del envío por el Hijo Enviado.....	60
2.3. La misión del Redentor: entregar el Espíritu.....	63
2.3.1. Kénosis de la vida en el Espíritu .....	67
2.3.2. La obra del Redentor en la Iglesia .....	70
2.4. Efusión del Espíritu Santo: maestro y misionero interior.....	74
2.4.1. Interioridad de la misión en Cristo .....	75
2.4.2. La Palabra, voz interior del Espíritu .....	78
2.4.3. Habitados por el Espíritu de Cristo .....	80
2.5 El Espíritu en la Iglesia: carisma y ministerio.....	83
2.5.1. El Pentecostés de los carismas y ministerios en la Iglesia .....	85
2.5.2. El discernimiento eclesial en el Espíritu .....	87
2.5.3. Lo propio del Espíritu misionero en la Iglesia .....	90
2.6. Discípulos misioneros, “envío” y “salida” del Espíritu.....	93
2.6.1. Teología del envío misionero .....	96
2.6.2. Eclesiología de la salida misionera.....	99

<b>3. ESPIRITUALIDAD DEL DISCÍPULO MISIONERO: <i>epiclesis en salida</i></b> .....	<b>103</b>
3.1 Epiclesis en salida: mística peregrina.....	105
3.2 Discipulado Misionero: “ <i>Ad Gentes</i> ”, el Espíritu en Aparecida.....	108
3.3. Espíritu creativo: del anuncio de <i>siempre</i> a la <i>novedad</i> del evangelio.....	112
3.4. Lenguaje del Espíritu: mística de comunión universal.....	113
3.5 Comunidad en misión: capacitada y asociada al Espíritu .....	115
3.6. Palabras-iconos discipulares misioneras: gestos en salida peregrina .....	119
3.6.1. Palabra-icono <i>Todos</i> : vida plena en Él.....	122
3.6.2. Palabra-icono <i>Liturgia</i> : Signos de fe y vida.....	124
3.6.3. Palabra-icono <i>Libertad</i> : pasión por la verdad .....	127
3.6.4. Palabra-icono <i>Reino</i> : profetas testigos de justicia y paz .....	129
3.6.5. Palabra-icono <i>Misericordia</i> : prójimos de los pobres y excluidos .....	131
3.6.6. Palabra-icono <i>Encuentro</i> : divinización de lo humano .....	136
3.6.7. Palabra-icono <i>Alegría</i> : gozo festivo del anuncio del evangelio.....	141
3.6.8. Palabra-icono <i>Migrantes</i> : hospitalidad con el refugiado.....	146
3.6.9. Palabra-icono <i>Cultura</i> : peregrinos por la “ <i>casa común</i> ” .....	149
3.6.10. Palabra-icono <i>Ecumenismo</i> : bienaventurada glorificación .....	153
<b>CONCLUSIÓN</b> .....	<b>159</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA</b> .....	<b>167</b>

## INTRODUCCIÓN

El impacto que dejó el suceso eclesial más importante del Segundo Milenio con el Concilio Vaticano II, y que en la actualidad resuena como referencia ineludible si se quiere vivir acorde con los tiempos que desafían la evangelización de la Iglesia en el mundo, despierta la inquietud académica para desarrollar esta tesina, cuya finalidad apunta a descubrir cómo acontece y se desarrolla en la Pneumatología de la misión “*Ad Gentes*”, el Espíritu y la espiritualidad de los *Discípulos Misioneros* al servicio del anuncio de Jesucristo.

Me mueve la vigencia del sueño del Papa san Juan XXIII a la hora de convocar el Concilio, su pretensión era que la Iglesia anunciara «en las venas de la humanidad actual la virtud perenne, vital y divina del evangelio»<sup>1</sup>. Al constatar la cronología de las reflexiones conciliares, descubrimos lo paradójico de saber que entre los últimos documentos aprobados en las sesiones del Concilio fue el Decreto “*Ad Gentes*”, un día antes de su clausura, el 7 de diciembre de 1965. Creo que el Espíritu hizo posible el discernimiento, que corriera con anterioridad mucha agua y sedimentaran primero otras realidades esenciales en el ser de la Iglesia, para llegar a una de las razones vitales de la acción eclesial, la misión del Espíritu Santo y la espiritualidad de los *Discípulos Misioneros* en el mundo.

Ahora bien, en orden al horizonte temático elegido y a 50 años del Decreto conciliar “*Ad Gentes*”, cuando en diferentes escenarios pastorales se plantea la realidad actual de la dimensión misionera de la Iglesia, se analizan, diagnostican y se proponen diversas respuestas de animación ante el urgente llamado a la evangelización. Mientras esto suceda y escucho los planteamientos, me asaltan preguntas por la comprensión y compromiso misionero:

A la hora del llamado a la misión, ¿Además de escuchar el mandato evangélico de Jesús, “vayan”, no será necesario asumir con más fuerza el envío misionero del Espíritu Santo dado por el Señor en Pentecostés? ¿No faltará lo propio del Espíritu Santo en la misión

---

<sup>1</sup>HS., <http://w2.vatican.va> [30.04.2015]

eclesial? ¿Damos por supuesto la acción del Espíritu Santo en la identidad y misión de la Iglesia? ¿Hará falta identificar primero una Espiritualidad de una Iglesia del *envío*, antes que una Iglesia en *salida*? ¿Podrá ser la Iglesia del envío, la de *Discípulos*, vocación y seguimiento de Jesús; y, una Iglesia del anuncio del evangelio, la de los *Misioneros* en salida? En el apostolado evangelizador, ¿qué es espiritualidad misionera?

Lo expresó así, el Papa Benedicto emérito XVI el 11 de octubre de 2012, al inicio del Año de la Fe, en conmemoración del cincuenta aniversario del Concilio Vaticano II:

«El evangelio de hoy nos dice que Jesucristo, consagrado por el Padre en el Espíritu Santo, es el verdadero y perenne protagonista de la evangelización: ‘El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres’ (Lc 4,18). Esta misión de Cristo, este dinamismo suyo continúa en el espacio y en el tiempo, atraviesa los siglos y los continentes. Es un movimiento que parte del Padre y, con la fuerza del Espíritu, lleva la Buena Noticia a los pobres en sentido material y espiritual»<sup>2</sup>.

A efectos del objeto temático elegido, desarrollaré tres capítulos en los que se podrán apreciar las dimensiones de la teología espiritual misionera descritas a lo largo de este trayecto investigativo: la misión del Espíritu Santo en la Iglesia a partir del Concilio Vaticano II, fuente de inspiración; el evento pneumatológico en la misión de la Iglesia, caudal teológico de la misión; y, la espiritualidad discipular misionera actual como la desembocadura en el inmenso océano de la Iglesia en estado permanente de evangelización.

En un primer acercamiento a la inquietud por el tema elegido, indago por el lugar del Espíritu Santo en la misión eclesial a partir del Concilio Vaticano II, considero que, el núcleo vital de la dimensión e identidad misionera en la Iglesia, además de tener claro el mandato de Jesús, urge disponerse para el dinamismo propio del Espíritu. Es tanto que, en ocasiones el mandato del envío lo damos por asumido y denominamos a todas nuestras acciones como misión, pero hay algo por concretar, la misión tiene un Espíritu. Hablamos de un momento netamente pneumatológico que puede estar diluido o desconocido, por lo cual, la dimensión misionera en la Iglesia universal y específicamente en las Iglesias particulares no acaba de disponerse del todo en quienes se sienten llamados a la misión, pues les puede faltar el envío del Espíritu dado por Cristo.

El segundo acercamiento que me inquieta, en el orden de la teología del Espíritu en la misión eclesial, es que urge una Iglesia en salida, pero es esencial disponerse a ello con un

---

<sup>2</sup> BENEDICTO XVI, *Homilía en el año de la fe 2012*, <http://w2.vatican.va> [28.05.2015]



envío, el del Espíritu Santo, quien nos conducirá e indicará el cuándo, el hacia dónde y el cómo anunciar el evangelio en el mundo de hoy; y sobre todo, *qué* anunciar: la Buena Noticia de Jesucristo, la salvación y vida plena para todos.

¡Vayan!, sería el tercer abordaje como imperativo del envío de Jesús a sus discípulos. Idéntico eco de la voz del Concilio Vaticano II que cobra vigencia en su necesidad de ser actual y aplicada en el desafío evangelizador de la Iglesia en el mundo de hoy. Este tercer acercamiento al tema elegido, se concreta en una espiritualidad actualizada y aplicada por parte de los *Discípulos Misioneros*, según el envío que el Espíritu suscitó en *Aparecida* y que se vuelve salida eclesial en *Evangelii Gaudium*.

Pretendo insistir con acento en el carácter del Enviado. Quien envía es el mismo ayer, hoy y siempre: Cristo. Sin este envío, es imposible atreverse a salir a anunciar el evangelio en las actuales circunstancias. Es un envío que tiene su Espíritu y espiritualidad. Aquí es a donde quiero llegar, un puerto seguro de embarque y desembarque para los *Discípulos Misioneros* del Tercer Milenio «la Iglesia en salida es la comunidad de discípulos misioneros que primerean»<sup>3</sup>. Entran como *Discípulos* y salen como *Misioneros*, ello son un constante ir y venir, no se detienen en el anuncio del evangelio.

El envío es el de Cristo, el Enviado: “*Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo*” (Jn 20,21). Es la comunicación y traspaso de la misión mediante la acción del Espíritu Santo, con el que Él fue ungido y luego lo derramó sobre los *Discípulos* para que fueran *Misioneros* de la Buena Noticia de salvación para todos. Al recordar el Concilio Vaticano II, el Papa Benedicto XVI evocó su propia participación y vivencia conciliar así:

«Lo esencial es que se reavive en toda la Iglesia aquella tensión positiva, aquel anhelo de volver a anunciar a Cristo al hombre contemporáneo. Pero, con el fin de que este impulso interior a la nueva evangelización no se quede solamente en un ideal, ni caiga en la confusión, es necesario que ella se apoye en una base concreta y precisa, que son los documentos del Concilio Vaticano II, en los cuales ha encontrado su expresión»<sup>4</sup>.

Por tanto, me propongo buscar el impulso interior del Espíritu Santo y la tensión positiva de la evangelización hoy: el Espíritu de los *Discípulos* de Cristo y la espiritualidad de los *Misioneros* de la Iglesia en el mundo.

---

<sup>3</sup> EG., 24.

<sup>4</sup> BENEDICTO XVI, *Homilía en el año de la fe 2012*, <http://w2.vatican.va> [28.05.2015]

El objeto de esta travesía será tejer la red con la que los *Discípulos Misioneros*, de hoy y de un futuro cercano, salgan a cumplir el llamado de Jesús, “*Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres*” (Mt 4, 19). Será el Espíritu Santo el artesano que nos indicará los hilos y estilos de tejido en la confección de medios adecuados para quienes nos sentimos una vez más elegidos, llamados y enviados a evangelizar. Con el Espíritu Santo, “*Señor y dador de vida*”, nos sumergiremos y bucaremos bajo los océanos inmensos y profundos de la Evangelización, para luego salir a flote y tocar tierra y, desde las orillas existenciales, adentrarnos en el corazón de la humanidad que sufre la «desertificación espiritual»<sup>5</sup>. Una oferta de sensibilidad, motivación y acción misionera acorde al llamado actual de la Iglesia a todos los bautizados, anunciar el oasis refrescante de Jesucristo como alegre consolación.

El Espíritu y espiritualidad de los *Discípulos Misioneros*, razón esencial de este estudio, recorrerá de algún modo los “cuatro todos” teológicos de la misión dados por Jesús, serán los ejes transversales de reflexión en esta tesina: “*toda autoridad, todas las naciones, todo lo mandado y estoy con ustedes todos los días*”. Creamos en la posibilidad de actualizar el mandato original de Jesucristo al transferir la misión a sus apóstoles, antes de su ascensión a la gloria del Padre: “*Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Vayan, pues, y hagan discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo les he mandado. Y he aquí que yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo.*” (Mt 28, 18 – 20).

La metodología a seguir para conducirnos en el tema propuesto en esta tesina, será un recorrido pneumatológico de la misión, de la presencia y “ausencia-desconocimiento” del Espíritu Santo, a la hora de comprender y emprender la acción misionera de la Iglesia. Para ello, invito a movernos en estos tres modos pedagógicos en el marco doctrinal de la Iglesia que enlazan la propuesta y dan la visión global de la reflexión teológica espiritual misionera:

1. *Inspiración y visión*: El Concilio Vaticano II en la Constitución “*Lumen Gentium*” y el Decreto “*Ad Gentes*”, como el *qué* de la Misión. La fuente trinitaria de la Misión.

2. *Interpretación*: La comprensión conciliar en la “*Evangelii Nuntiandi*” como el *para qué* del Anuncio.

---

<sup>5</sup> Ibid., <http://w2.vatican.va> [28.05.2015]

3. *Actualización y aplicación*: La “*Redemptoris Missio*” que indica el *Cómo* de la acción misionera y espiritualidad de la misión. Además de la exhortación “*Evangelii Gaudium*” inspirada en el “*Documento de Aparecida*” como horizonte de luz del *hacia dónde* de la Evangelización en los actuales desafíos del mundo.

El lector de este texto, es invitado a permanecer en vela en torno a estos tres movimientos que acompañarán el itinerario de reflexión: el *qué* de la misión, el *para qué* del anuncio, el *cómo* y el *hacia dónde* de la evangelización en la Iglesia. De no percatarse de ello, difícilmente hallará el Espíritu de ser discípulo y la espiritualidad de ser misionero, como el itinerario de un «movimiento espiritual»<sup>6</sup>.

Con el deseo de iluminar caminos en el Espíritu y espiritualidad misionera, sueño con llegar a posibles propuestas para el envío misionero de hoy:

Una espiritualidad “*Ad Gentes*” que permita iluminar y animar una Iglesia en estado permanente de Misión, con Espíritu de envío y espiritualidad de salida evangelizadora.

El llamado a todos los miembros de la Iglesia a la santidad en la misión con el Espíritu Santo, mediante el apostolado peregrino de *Discípulos Misioneros* en el mundo.

Ofrecer caminos de animación, formación y proyección misionera “*Ad Gentes*”, a partir de la dimensión pneumatológica de la misión, a quienes tengan inquietud, en lo personal, una Iglesia particular, un instituto de vida consagrada o una parroquia.

Actualización y proyección “*Ad Gentes*” para una Iglesia en Salida con *Discípulos Misioneros* enviados con el Espíritu del Enviado y la espiritualidad del envío.

*Discípulos Misioneros*, Espíritu y espiritualidad, será el dinamismo que invitará a muchos de los que se acerquen a este texto, a ser peregrinos de una vocación y misión en la vida de la Iglesia. Discernir el origen y destino de pertenencia a la labor apostólica que realizan hoy en ella, en definitiva, a sentir consolación en el Espíritu al ser consecuentes con la misión de Cristo desde “una llamada referente a las actitudes interiores que deben animar a los obreros de la evangelización»<sup>7</sup>. Espíritu de los *Discípulos* en el seguimiento de Cristo, espiritualidad de los *Misioneros* de la Iglesia en todo el mundo. Esa es la cuestión apremiante.

---

<sup>6</sup> J. RATZINGER, *Obras completas sobre la enseñanza del Concilio Vaticano II: formulación, transmisión, interpretación*, BAC, Madrid 2013, 539.

<sup>7</sup> EN., 74.

Aunque se desea llegar a puerto seguro, cuando se mira al horizonte en la inmensidad del océano misionero de la Iglesia, se divisan algunos interrogantes: ¿Será posible una Iglesia en estado de envío y anuncio, en salida permanente, con *Discípulos* sin Espíritu y *Misioneros* sin espiritualidad? Desde esta pregunta, iluminaré el significado de *Espíritu* y *espiritualidad* en quienes por el bautismo tienen la identidad de *Discípulos Misioneros* de Cristo en la Iglesia y son enviados como evangelizadores en el mundo actual. ¿Cómo animar una espiritualidad misionera hoy? Habrá que comprender primero que: «la vida cristiana se basa fundamentalmente en el encuentro con Cristo y en la experiencia del Espíritu Santo. Una de las finalidades de la teología, mediante la reflexión sobre la revelación de Dios y su ulterior acción en Iglesia, es describir cómo debe ser ese encuentro y esa experiencia para que sean verdaderos y fructíferos»<sup>8</sup>. Es el Espíritu y la espiritualidad en los *Discípulo Misioneros*.

Pretendo intuir y comprender el alcance de los signos de la presencia del Espíritu Santo en el mundo y en la Iglesia, para que ambas realidades articulen a las comunidades cristianas de este Tercer Milenio, que sea inquietud constante y fuego de un nuevo Pentecostés. La letra del Concilio ya es historia, el Espíritu es el que nos indicará la palabra-ícono de vida como epiclesis o invocación del Espíritu para el envío y anuncio del evangelio, en la aventura de ser una Iglesia en salida peregrina ante las circunstancias y el panorama que vive la humanidad, por momentos desolador. La plegaria por el Paráclito, el consolador, el Espíritu que conduce a todos hacia Jesucristo, en quien encontramos vida plena.

En camino de búsqueda deseo concluir con un sueño, ensanchar el Espíritu de la espiritualidad discipular misionera que vivo y que percibo hoy en la Iglesia, moción y efusión en el Espíritu para esta tesina que me dispongo a emprender como un nuevo envío a la misión universal en la Iglesia. Es el llamado a «una evangelización con espíritu»<sup>9</sup>. La pasión por la misión para que el evangelio de Jesucristo llegue a toda creatura es una inquietud presente a partir de la experiencia vivida como compromiso de años “*Ad Gentes*” en el servicio pastoral.

Quiero ser parte del sueño eclesial en salida peregrina, contribuir a que: “*El rostro de Cristo, brille para todos por el Espíritu Santo*” (2 Cor 4, 6).

El Espíritu Santo nos lo “*indicará y enseñará todo*”.

---

<sup>8</sup> J. M. LERA, *Espíritu Santo, Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, Sal Terrae, Madrid 2006, 804.

<sup>9</sup> EG., 261.

# 1. FUENTE CONCILIAR DE LA MISIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

## EN LA IGLESIA: *origen y carisma*

El punto de partida en esta tesina, lo ubico en lo que he llamado la inspiración y visión pneumatológica en la enseñanza del Concilio Vaticano II. Voy a la fuente desde donde me ha brotado la inquietud original por la presencia y lugar del Espíritu Santo en la Iglesia, en concreto, la misión evangelizadora “*Ad Gentes*”. Visualicemos cómo acontece lo pneumatológico del envío misionero en la Iglesia hasta nuestros días. Es un movimiento similar a la búsqueda y curiosidad que conduce a toda persona al contemplar la inmensidad del caudal de un río y se pregunta dónde nace, por qué tanta agua y dónde desemboca. Es la misma inquietud que pretendo presentar en este primer apartado, la fuente y trayectoria del caudal de la misión en la vida de la Iglesia, su origen y carisma en el Espíritu. Pidamos el don de dejarnos sorprender ante lo inabarcable de la Buena Noticia del evangelio que ha de ser anunciada y conocida por toda la humanidad.

Con mirada retrospectiva, más allá de lo histórico, constatamos que el Espíritu aletea en la preparación, en el durante y en la vigencia actual que representa el Concilio Vaticano II. Beberemos de la fuente como el origen de la misión del Espíritu hasta nuestros días, ha de seguirse el itinerario de un recorrido, la inspiración e impulso por donde condujo el Espíritu sus mociones para ver cómo desemboca hoy en el dinamismo urgente de la evangelización. De igual forma, percatarnos del carisma engendrado como unción eclesial de animación misionera en tantos bautizados, intento que realizo en el que ya hay destellos que expresan cómo el Espíritu es el origen y carisma de toda pretensión.

Proponerse ir a las fuentes de la misión del Espíritu en la misión eclesial, es igual que evocar la dinámica de la gestación al parto, el crecimiento y desarrollo de una persona. Por ello, la fuente y caudal del Espíritu que inspiran la misión de la Iglesia en el mundo, como anuncio de la Buena Noticia de Jesucristo a partir del Concilio Vaticano II, es un momento de génesis para nuestros días cuyo culmen ha sido crear el espacio y el lugar de la «conciliar

palabra del Espíritu a la Iglesia en su simplicidad y organicidad fundamentales»<sup>1</sup>. El Espíritu recrea el Concilio, es el que acerca, armoniza, sintoniza, colegia y une a quienes fueron sus protagonistas. El encuentro del Espíritu eclesial en su intimidad, es cenáculo apostólico que concilia a la Iglesia para que cualifique su presencia y misión en el mundo.

### **1.1 Origen y Carisma: palabras conciliares del Espíritu**

A partir de la inspiración y visión elegida para el estudio de esta sesión, al adentrarnos en la fuente conciliar, es esencial ubicar en el itinerario pneumatológico de la misión en el Vaticano II, la comprensión del sentido y significado que tiene ir al principio medular de cualquier objeto de estudio; como también, el impacto y alcance de influencia de lo hallado, es lo que denomino origen y carisma en la misión eclesial. Auscultaremos estas dos palabras conciliares que atraviesan transversalmente el Concilio. Nos ocupa el origen de la Iglesia y el carisma de su misión, el envío de Cristo a los primeros *Discípulos Misioneros*.

Aunque entre los padres conciliares el tema de lo carismático tuvo dos bandos: quienes solo lo reducían a dones extraordinarios y restringidos; otros, avanzaron un poco más e integraron los dones excepcionales y los dones ordinarios. El sentido de cómo el Espíritu los concede permanentemente a todo cristiano y en diversas circunstancias; «al recordar el valor de los dones ‘más ordinarios y comunes’ (*Lumen Gentium*, 12), el Vaticano II, siguiendo las huellas de la renovación bíblica, hará de ellos el tejido normal de la Iglesia»<sup>2</sup>. La base sobre la que se edifica el dinamismo del Espíritu en la Iglesia es el carisma, que en su origen trinitario es concedido como gracia que edifica la Iglesia como Pueblo de Dios.

Origen y carisma, palabras conciliares en tanto acontecimientos y gestos con las que podremos intuir lo que va del Espíritu en la doctrina del Concilio Vaticano II; lo que es el punto de partida y la trayectoria que toma la misión de la Iglesia, sabiéndose en la iniciativa de Cristo y de su acción entre los hombres. Son dos palabras integradoras y conciliadoras, permiten el diálogo y la comprensión de la teología espiritual de la misión en la Iglesia. No le perdamos el rastro a estas dos expresiones, en ellas comprenderemos que el origen de la misión es el Espíritu de Cristo y el carisma es la espiritualidad misionera de la Iglesia.

---

<sup>1</sup> K. WOJTYLA, *La renovación en sus fuentes: sobre la aplicación del Concilio Vaticano II*, BAC, Madrid 1982, 30.

<sup>2</sup> A. TOZZI, *Carisma*, *Diccionario Teológico Enciclopédico*, Verbo Divino, Pamplona 1995, 165.

Comprender la misión de la Iglesia como Espíritu y espiritualidad tiene su sentido en tanto nos referimos al Autor que inició este camino en ella, Cristo en el Espíritu dado en Pentecostés; «el elemento pneumatológico no actúa en un segundo tiempo respecto al cristológico. Cristo y su Espíritu constituyen a la Iglesia confiriéndole una estructura animada por el dinamismo santificador»<sup>3</sup>. De ahí que la Iglesia sea mucho más que una estructura. Ella es el dinamismo vivo de Cristo que contiene al Espíritu Santo expresado en la espiritualidad, explicitado en la acción misionera. Lo original y carismático de la Iglesia es unción y gracia; «este don se presenta como una novedad y guarda relación con la misma raíz de *charis* (gracia). De aquí nace su triple característica: don que procede de la gracia de Dios, don con carácter de utilidad pública, don que se remonta al Espíritu»<sup>4</sup>. El evento del Concilio protagonizó estas tres dimensiones que son vigentes en la misión permanente de la Iglesia.

En tiempo y circunstancias propias, en el desarrollo del Concilio, para que el Espíritu fuera el carisma conciliador, lo presenta el profesor Santiago Madrigal al relatar el primer periodo de sesiones del Concilio en el año 1962, como momento de “debilidad de los esquemas dogmáticos”, en el camino de formulación de la doctrina sobre la Iglesia:

«En la Congregación general 35, el jueves 6 de diciembre, se produjo la intervención del cardenal Lercano, quien comenzó insistiendo en la palabra de Montini del día anterior: la doctrina de la Iglesia debe ir más allá de lo jurídico; hay que mostrar a los hombres que la Iglesia es sacramento de Cristo vivo y actuante entre los hombres, misterio de Cristo en la Iglesia. Es urgente mostrar el misterio de Cristo a los pobres; la Iglesia es de los pobres. Todos los esquemas presentes o futuros deben considerar este aspecto fundamental del misterio de Cristo. La prioridad la tiene la evangelización de los pobres»<sup>5</sup>.

Fue la hora del Espíritu la que condujo a la Iglesia, comprendemos cómo el origen de la misión es el querer de Dios y el carisma fue la apertura eclesial de quienes con el realismo del presente miraban el futuro de la Iglesia en el mundo como un organismo vivo, más allá de una estructura jurídica. El don o carisma es primero, la gracia origina la vida de la Iglesia.

Hurgar la fuente conciliar que llevó a comprender el Espíritu como origen y carisma de la misión, puede abordarse desde lo que fue su gestación. Para el segundo período de sesiones del concilio, año 1963, concentrados en el “debate sobre el esquema eclesiológico”, van y vienen varias intervenciones, «hay muchas cuestiones aún en suspenso que afectan al

---

<sup>3</sup> A. BARRUFO, *Carismáticos, Nuevo diccionario de espiritualidad*, San Pablo, Madrid 2000, 168.

<sup>4</sup> A. TOZZI, *Carisma, Diccionario Teológico Enciclopédico*, op. cit., 129.

<sup>5</sup> S. MADRIGAL, *Tiempo de Concilio, el Vaticano II en los Diarios de Yves Congar y Henri de Lubac*, Sal Terrae, Santander 2009, 157.

texto De Ecclesia: muchos hablan de insertar aquí el De Revelatione, o el esquema mariológico, o un capítulo sobre la Iglesia escatológica, o un esquema sobre la misión»<sup>6</sup>. Lo eclesiológico abre el espacio real a lo misionero, lo que confirma el sentido conciliar del Espíritu; se conduce la reflexión en la preocupación y sensibilidad por la misión como evento pneumatológico. La Iglesia es misión y Espíritu como unidad orgánica y dinámica.

El lugar de la misión en la Iglesia como esfuerzo de reflexión conciliar comienza entretejido con otras realidades esenciales para la vida eclesial, «Congar indica la raíz del problema: el esquema es reflejo de sus mismos orígenes: nunca había sido concebido como un De Ecclesia ni como un texto unitario; más bien, se fueron ensamblando capítulos, como se hace con los vagones de un tren»<sup>7</sup>. Entre muchas partes importantes para la vida eclesial está lo misionero como concreción urgente de la evangelización. Alcanzamos a intuir que, si bien la dimensión misionera urgía como acción y tarea, también se escuchaban voces que clamaban más por su origen esencial; entre los relatos de Congar aparece cómo el «ortodoxo A. Schmemmann insiste en el Espíritu Santo y su acción en la Iglesia»<sup>8</sup>. El origen y carisma de la misión es el Espíritu dado por Cristo, que si bien se expresa en lo visible de la labor y tarea evangelizadora, su sentido es un dinamismo interior, el Espíritu Santo.

El carisma original de la misión del Espíritu en la Iglesia lo bebemos en la fuente del Concilio Vaticano II en su Constitución dogmática sobre la Iglesia, presenta la fuente trinitaria del envío misionero y en la dimensión escatológica de la Iglesia como peregrina en su destino apostólico en el mundo. Adentrarnos en el origen y carisma de la misión es movernos entre el soplo inspirador del Espíritu y el ánimo, el carisma vivificador entregado a la Iglesia que permite seguirle su trayectoria de presente y futuro en la evangelización actual.

La misión del Espíritu es la misión de la Iglesia, dar aliento de vida en Cristo a toda la humanidad como sacramento universal de salvación. Todo ello:

«Porque Cristo, levantado sobre la tierra, atrajo hacia sí a todos (Jn 12, 32); habiendo resucitado de entre los muertos (Rm 6, 9), envió sobre los discípulos a su Espíritu vivificador, y por Él hizo a su Cuerpo, que es la Iglesia, sacramento universal de salvación; estando sentado a la derecha del Padre, actúa sin cesar en el mundo para conducir a los hombres a la Iglesia y, por medio de ella, unirlos a sí más estrechamente y para hacerlos partícipes de su vida gloriosa alimentándolos con su cuerpo y sangre. Así que la restauración prometida que esperamos, ya comenzó en Cristo, es impulsada

---

<sup>6</sup> Ibid., 166.

<sup>7</sup> Ibid., 166.

<sup>8</sup> Ibid., 167.



con la misión del Espíritu Santo y por El continúa en la Iglesia, en la cual por la fe somos instruidos también acerca del sentido de nuestra vida temporal, mientras que con la esperanza de los bienes futuros llevamos a cabo la obra que el Padre nos encomendó en el mundo y labramos nuestra salvación (Flp 2, 12)»<sup>9</sup>.

Con el Espíritu, Iglesia y misión en el Concilio tejen una sola realidad amalgamada en Cristo. De esta manera, el mismo Espíritu que en Pentecostés configuró a la primera comunidad cristiana en torno a la Palabra, a la oración, al compartir y partir el pan, esta vida en común, en medio de sus necesidades cotidianas edificó la unidad, la cual se comunicó y expandió testimonialmente por todos los lugares a donde llegaban los apóstoles. Esto es lo que hoy, con ese mismo impulso del Espíritu, la Iglesia tiene el encargo de anunciar y edificar la idéntica unidad que ha heredado del mandato de Cristo. Como origen, la primera comunidad cristiana descubrió el carisma propio con el que habría que iniciar y culminar toda misión, si es evangelizadora; es decir, con la comunión de la humanidad en la caridad.

En el marco del tema que ocupa esta reflexión, importa ubicar más allá de la historia eclesial, el Concilio Vaticano II como el evento del Espíritu, por eso, es necesario percibir su soplo, el que impulsó a la Iglesia a esta cita colegial. La moción del Espíritu fue la inspiración para que todo el cuerpo eclesial reunido se preguntara quién era ella misma y qué decía de sí misma. Entre los años 1962 y 1965, el Concilio Vaticano II sesionó con una mirada sobre la Iglesia en su origen, que es Cristo, y sobre su carisma, que es el mensaje del evangelio, anuncio de salvación para toda creatura humana.

En el querer y en el deseo de renovación, en el “*aggiornamento*” la Iglesia, que quiere saberse mejor para actuar a la altura del momento, se preguntó con serenidad y lucidez por su ser esencial y accionar en las coyunturas del mundo: «la propia Iglesia quiso contestar estas cuestiones, preguntándose a sí misma quién es: cuál es su origen y su naturaleza (*lumen Gentium*); cuál son las dimensiones constitutivas que la mantienen en su fundamento y en su ser (*sacrosanctum Concilium, Dei Verbum*); cuál es su estructura (*Lumen Gentium*); cuál es su misión en el mundo (*Gaudium et Spes*)»<sup>10</sup>. Estas constituciones conciliares articularon para la vida y misión de la Iglesia un organismo dinámico, a la hora de su visión-misión en el mundo. Para nuestro estudio será el soporte de comprensión de lo que constituye el Decreto conciliar “*Ad Gentes*”. Saber ser Iglesia es el camino para saber obrar y actuar en la misión eclesial para la evangelización en el mundo.

---

<sup>9</sup> LG., 48.

<sup>10</sup> A. CORDOVILLA (ed.), *Cristianismo y hecho religioso*, Publicaciones Universidad Pontificia de Comillas, Madrid 2013, 258.

En el Concilio Vaticano II, los padres conciliares se preguntan, desde la visión divina e histórica, por el origen de la Iglesia: «la mirada teológica contemplando a la Iglesia en su radicación trinitaria como misterio (Capítulo I de la *Lumen Gentium*); y la mirada histórica atendiendo a su realización en la historia como Pueblo de Dios (Capítulo II de la *Lumen Gentium*)»<sup>11</sup>. La Iglesia primero es, luego la acción se corresponde con el deber ser, esto explica y da sentido a las dos palabras conciliares aplicadas al ser eclesial, origen en tanto misterio y carisma como expresión de la Iglesia como Pueblo de Dios.

La Iglesia misionera, supo descifrar su principio y fin en Cristo, para desplegar su mensaje de salvación por todo el mundo, con un talante de unción carismático. El Espíritu Santo, mediante la pregunta por el origen de la misión evangelizadora de la Iglesia, al igual que por los modos de llevarla a feliz término, encuentra en la senda del diálogo colegial en el Concilio el estilo propio del anuncio del evangelio, el cual abrió una novedosa presencia pastoral de todos los bautizados, el modelo de la *comunión y participación*. Origen, *Lumen Gentium* y carisma, “*Ad Gentes*”; palabras conciliares que siguen siendo inspiración y visión para una Iglesia en estado permanente de misión en los tiempos que corren hoy.

Estas dos palabras mencionadas, son conciliares en tanto que, en ellas se inspira lo que realmente vincula y crea la unidad edificada desde la comunión trinitaria:

«El Concilio Vaticano habla de un triple origen que revela que el fundamento de último de su ser y misión es trinitario. Así, la Iglesia tiene un comienzo en el proyecto salvífico de Dios (origen); un surgimiento histórico por la acción y presencia de Jesucristo (principio); y una realización permanente por la fuerza y acción del Espíritu Santo (fundamento)»<sup>12</sup>.

En el propósito señalado, ver el recorrido misionero del Espíritu Santo en la fuentes del Vaticano II, seguimos la travesía por las aguas conciliares. En memoria de Papa san Juan XXIII, que desde la convocación al Concilio soñó lo realizable de la Iglesia, la “pastoralidad” como posibilidad de acercar el evangelio a toda persona humana, en todas partes y circunstancias. Del marcado carácter pastoral de la reflexión conciliar como fuente, manaron los afluentes de la misión en donde bañarnos en sus aguas, en la medida que también descienda sobre nosotros el Espíritu en esta hora de Dios para el mundo, que es aventura de futuro para la Iglesia universal. Percibamos la moción del Espíritu en el Concilio Vaticano II.

---

<sup>11</sup> Ibid., 258.

<sup>12</sup> Ibid., 259

## 1.2 El evento del Espíritu en el Concilio Vaticano II: “*Lumen Gentium*” y “*Ad Gentes*”

La mirada esta puesta en seguirle las huellas al Espíritu Santo, en su trayectoria conciliar de cómo inspira y da visión a los ojos con que observa la Iglesia su renovado deseo de ser, estar y actuar en el mundo.

Al hallar el manantial de donde brota el caudal del Espíritu de la misión eclesial, el mismo Concilio Vaticano II como un Pentecostés, exige bajar a la profundidad de sus aguas para hallar el cauce que conduce a desentrañar la letra y el Espíritu que encierran sus afirmaciones, éstas ayudan a conectar con el contexto, tiempo y circunstancias que iluminaron el ser misionero de la Iglesia. Navegamos en dos afluentes importantes, la Constitución *Lumen Gentium* y el Decreto “*Ad Gentes*”, ambos textos dan razón de lo que es el Espíritu y la espiritualidad misionera, objeto de este estudio.

A partir de aquí, viene bien recorrer este trayecto conciliar con las voces testimoniales de quienes lo vivieron, así percibimos mejor cómo el Espíritu aconteció. Escuchar la memoria del Vaticano II en la presencia y aporte de Yves Congar y Henri de Lubac, son imprescindibles. El dominico francés relata ya a las puertas de finalizar la cita eclesial al expresar su balance, que entre otros se refiere al Decreto “*Ad Gentes*”: «dice que el capítulo I es suyo de la A hasta la Z, con aportaciones de Ratzinger en el número 8»<sup>13</sup>. Son los numerales 2 al 9, correspondientes a los principios doctrinales que en ellos se articula, entre la letra y el Espíritu, lo constitutivo del Concilio sobre la teología de la misión:

«Y para conseguir esto envió Cristo al Espíritu Santo de parte del Padre, para que realizara interiormente su obra salvífica e impulsara a la Iglesia hacia su propia dilatación. Sin duda, el Espíritu Santo obraba ya en el mundo antes de la glorificación de Cristo. Sin embargo, descendió sobre los discípulos en el día de Pentecostés, para permanecer con ellos eternamente (Jn 14,16), la Iglesia se manifestó públicamente delante de la multitud, empezó la difusión del Evangelio entre las gentes por la predicación, y por fin quedó prefigurada la unión de los pueblos en la catolicidad de la fe por la Iglesia de la Nueva Alianza, que en todas las lenguas se expresa, las entiende y abraza en la caridad y supera de esta forma la dispersión de Babel»<sup>14</sup>.

En el Espíritu Santo, dentro de la unidad de la Trinidad está la fuente de donde brota la misión según el Concilio, podríamos afirmar que el origen de la misión sería el envío y el carisma de la misma correspondería al anuncio misionero.

---

<sup>13</sup> S. MADRIGAL, *Tiempo de Concilio, el Vaticano II en los Diarios de Yves Congar y Henri de Lubac*, op. cit., 234.

<sup>14</sup> AG., 4

Estos dos textos, como afluentes de la fuente del Concilio, dan la posibilidad de ver de dónde brota el ser esencial de la Iglesia, esta es la Constitución Dogmática *Lumen Gentium*; para llegar a lo que constituye su misión evangelizadora en todo el mundo sería el Decreto conciliar “*Ad Gentes*”. Nadar entre estas dos corrientes de una única fuente es lo que nos descubre los dos eventos que ocupan esta reflexión, Espíritu y espiritualidad de los *Discípulos Misioneros*. La Constitución *Lumen Gentium*, podría ser el soporte del Espíritu discipular y el Decreto conciliar “*Ad Gentes*” el camino de la espiritualidad misionera.

La recepción del Concilio Vaticano II fue el impulso que dio el Espíritu hacia una nueva dimensión misionera de toda la Iglesia; podríamos afirmar que la Constitución “*Lumen Gentium*” indica en el misterio de la Iglesia, el origen de la misión del Espíritu como envío, «consumada la obra que el Padre encomendó realizar al Hijo sobre la tierra (Jn 17,4), fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés a fin de santificar indefinidamente la Iglesia y para que de este modo los fieles tengan acceso al Padre por medio de Cristo en un mismo Espíritu (Ef 2,18)»<sup>15</sup>. Por Cristo, con el Espíritu Santo se realiza la santificación del mundo.

De otra parte, el Decreto “*Ad Gentes*”, considero que expresa lo propio del carisma como animación y compromiso de una espiritualidad misionera:

«El Espíritu Santo" unifica en la comunión y en el servicio y provee de diversos dones jerárquicos y carismáticos", a toda la Iglesia a través de los tiempos, vivificando las instituciones eclesíásticas como alma de ellas e infundiendo en los corazones de los fieles el mismo impulso de misión del que había sido llevado el mismo Cristo. Alguna vez también se anticipa visiblemente a la acción apostólica, lo mismo que la acompaña y dirige incesantemente de varios modos»<sup>16</sup>.

Intuimos así al Espíritu como origen de la misión y la espiritualidad en tanto carisma de la acción y tarea misionera, expresión de la misión del Espíritu Santo que se identifica en todo bautizado y le constituye como *Discípulo Misionero* en la Iglesia, al servicio del Reino de Dios que vive y actúa en el mundo.

Quienes nos relatan lo vivido en el Concilio insisten en un doble movimiento del Espíritu hacia el carácter universal:

«Para esto envió Dios a su Hijo, a quien constituyó en heredero de todo (*Hb* 1,2), para que sea Maestro, Rey y Sacerdote de todos, Cabeza del pueblo nuevo y universal de los hijos de Dios. Para esto, finalmente, envió Dios al Espíritu de su Hijo, Señor y

---

<sup>15</sup> LG., 4.

<sup>16</sup> AG., 4.

Vivificador, quien es para toda la Iglesia y para todos y cada uno de los creyentes el principio de asociación y unidad en la doctrina de los Apóstoles, en la mutua unión, en la fracción del pan y en las oraciones (*Hch 2,42 gr.*)»<sup>17</sup>.

En la doble dimensión del carácter universal de la Iglesia, el Espíritu “para todos” y el Espíritu “para toda la Iglesia”. Lo universal de la Iglesia es la acción que integra en sentido totalizante del mundo; por el Espíritu, esta obra se realiza y visualiza con el rostro de la comunión entre todos los seres humanos, «sacramento universal de salvación»<sup>18</sup>.

El Espíritu en el Concilio tomó alcance convocante de horizonte universal, donde la Iglesia al verse urgida por la misión mira para todas partes, es el mismo Espíritu el que le inspira a proyectarse desde la visión en la que «toda la Iglesia aparece como un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»<sup>19</sup>. Es la comunidad universal trinitaria que como Pueblo de Dios cambia el paradigma establecido; el Espíritu no deja de sorprendernos y amplía lo convencional ya establecido, lo paradigmático se rompe.

Si seguimos el relato de Yves Congar al comentar los principios doctrinales del Concilio Vaticano II sobre el Decreto “*Ad Gentes*”, nos dice: «la misión de la Iglesia no es únicamente expansión de la Iglesia, es reunión también de todo lo que existe como simiente, y en eso, anticipa de algún modo la escatología»<sup>20</sup>. Lo conciliador del Espíritu en el Concilio, hacia una Iglesia misionera, logra articular dos realidades que concretan lo esencial del envío y del anuncio del evangelio de Jesucristo, llegar a todos los lugares y convocar a todos con la conciencia de saber que quien llega siempre primero es el Espíritu Santo. El impulso del envío nos lanza a los lugares y personas, mientras que el anuncio convoca a quienes tienen ya el Espíritu. Estos dos dinamismos son necesarios para comprender la amplitud y alcance de la espiritualidad misionera de hoy, a sabiendas que hay tantos lugares y personas que esperan por el evangelio y la presencia de la Iglesia.

Al visualizar el Decreto “*Ad Gentes*” entre los números 2 y 5, la intencionalidad de la acción del Espíritu en los padres conciliares es identificar lo que es esencial para llevar la tarea de las misiones fruto de la Misión eclesial. Es el Espíritu el impulso de ésta y el que engendra las mismas en los lugares a donde llega la Buena Noticia del evangelio. Sin Misión no hay obras misionales, aunque ella en la Iglesia es una, la dada por Cristo. La “Misión” en

---

<sup>17</sup> LG., 13.

<sup>18</sup> LG., 1, 2.

<sup>19</sup> Ibid., 4.

<sup>20</sup> J. SCHÜTTE, *Las misiones después del Concilio*, Ed. Guadalupe, Argentina 1968, 66.

las obras misioneras se comprende como la identidad de la Iglesia, ellas son lo propio eclesial en sus más diversas expresiones. Las misiones entonces, son mucho más que extender la Iglesia en territorios, es ante todo la Misión de Cristo por medio de su Espíritu que llega toda la humanidad. La Misión y las misiones, esa es la cuestión: Espíritu y espiritualidad de los *Discípulos Misioneros*.

En concreto, la Constitución *Lumen Gentium* identifica lo esencial de la Iglesia que como Pueblo de Dios se constituye en un Pentecostés: el evangelio, el envío, el discipulado y la misión. Entre tanto, el Decreto “*Ad Gentes*”, inspira la evangelización, orienta la plantación de la Iglesia, impulsa las misiones y la espiritualidad de los misioneros, la institución y colaboración eclesial en el apostolado carismático. Con todo, ambos textos conciliares se articulan al resaltar el carácter pneumatológico de la misión en cada uno de ellos. Me atrevo a ver e identificar: Espíritu (*Lumen Gentium*) y espiritualidad (*Ad Gentes*). Una relación de coexistencia y sinergia recíproca para definir la eclesiología de la misión, pues no hay espiritualidad que no tenga su origen y fundamento en el Espíritu y, no hay Espíritu que no se exprese como carisma en una espiritualidad. Con ello, equiparo el ser de los *Discípulos* con quienes reciben el envío de Cristo con el Espíritu, y de igual forma el ser de los *Misioneros* como el que comunica la espiritualidad del anuncio del evangelio en la Iglesia, con su presencia y testimonio en el mundo.

Desembocamos a lo esencial, lo vinculante de la fuente del Espíritu de la misión en el Concilio Vaticano II, en su Constitución *Lumen Gentium* y en el Decreto “*Ad Gentes*”, es visibilizar en la humanidad, una Iglesia que es expresión del ser Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo. La misión de los *Discípulos Misioneros* en las misiones es configurar y recrear estos tres iconos con su testimonio de vida cristiana en el mundo.

En su momento, el entonces cardenal Wojtyla, hoy San Juan Pablo II, al comentar los principales documentos del Concilio Vaticano II, se refirió a la *Lumen Gentium* como «la clave del pensamiento conciliar en su totalidad»<sup>21</sup>. El Espíritu en la misión “*Ad Gentes*” nos envía a anunciar el evangelio por todas partes, “*para que la oblación de los gentiles sea aceptada y santificada por el Espíritu Santo*” (Rom. 15,16). La totalidad y universalidad de la Iglesia es la “palabra conciliar del Espíritu” sin la cual sería difícil aventurarse a ser *Discípulos Misioneros* para los tiempos de hoy, ya que en este horizonte casi siempre nos

---

<sup>21</sup> S. MADRIGAL, *Tríptico conciliar: relato-misterio-espíritu del Vaticano II*, Sal Terrae, Santander 2012, 106.

perdemos, aún el envío discipular y el anuncio misionero están encerrados entre las paredes de los templos, pues no salimos a todos los lugares y menos llegamos a todas las personas.

Las corrientes conciliares de la *Lumen Gentium* y “*Ad Gentes*” nos lanzan en el Espíritu a la espiritualidad de lo universal, a una Iglesia que mira para todas partes y a todas las personas. No dejemos de navegar por estas dos caudalosas y profundas fuentes conciliares, en tanto que por ellas llegamos a realizar la misión de Cristo en el plan de Dios Padre para la humanidad, “*que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado (Jn 17, 21)*”.

Sigamos nuestra travesía, rememos mar adentro en las abundantes aguas del Concilio, hasta alcanzar a Cristo en toda la humanidad.

### **1.3 La misión del Espíritu acontece en toda la humanidad**

Avanzamos en el estudio y ubicamos ahora el llamado conciliar a la universalidad del anuncio de Jesucristo por parte de la Iglesia, se abre el horizonte convocante a toda la humanidad. Ya la Iglesia sabe de dónde viene y quién es; ahora, necesita comprender quiénes son los destinatarios del mensaje que porta y que le ha sido encargado. Este es el paso que daremos en este acápite, será el Espíritu mismo el que nos lo indicará y conducirá.

Al sumergirnos en la profundidad de las fuentes conciliares, en el Espíritu que impulsa la misión de la Iglesia en el mundo hallamos que en el corazón de la humanidad, «el Espíritu Santo obraba ya en el mundo antes de la glorificación de Cristo»<sup>22</sup>. Tiempo y espacio como acontecer de Dios que en su Hijo comunica el Espíritu a todo ser que vive en el mundo. Es la universalidad de lo universal, todo ha de ser misionado por el Espíritu quien inspira, conduce, mueve, se comunica en sus diversas expresiones, lo llena todo y nada debe quedar por fuera.

Lo abarcador del Espíritu como don de la universalidad, en personas y lugares, se amplía en la medida en que, envío y anuncio traspasan todas las coordenadas y fronteras de la humanidad. Es propio del Espíritu lo universal, de esta manera al venir sobre la Iglesia en Pentecostés, en el universo entero resplandece su presencia, ya que la misión eclesial está inserta en el mundo y nada le puede ser ajeno ni extraño, pues la efusión del Espíritu trajo lo incluyente de la inserción en tiempo y lugar, como también, la cualificación de quien es sujeto

---

<sup>22</sup> AG., 4.

de su presencia mediante la divinización de la creación, es por tanto la vocación y misión del camino eclesial hoy:

«En el Vaticano II la Iglesia tomó conciencia de tener delante un mundo, del que ella misma forma parte, y al que debe ofrecer el evangelio de Jesucristo. Pero al reconocer que este mundo no es terreno barbecho y que fuera del mismo no hay salvación, la Iglesia cambia de mirada respecto al mundo y también cambia el método para ofrecer a este mundo el evangelio. Entrando en el dinamismo humanista de la modernidad, amplía el horizonte proponiendo una trascendencia que ya está sembrada en lo más profundo del corazón humano y hace posible la plena humanización»<sup>23</sup>.

En el mundo y para quienes lo habitan la Iglesia es misión, la humanidad puede escuchar el anuncio de los bautizados enviados, *Discípulos Misioneros* en la universalidad del Espíritu que los consagra con el encargo de Jesús, “*Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*”. (Mt 28,19)

En el afluente conciliar del Decreto “*Ad Gentes*”, se explicita de manera global los alcances que tiene la misión del Espíritu en la Iglesia presente en el mundo y a quien nada ni nadie puede sujetar, ya que éste se mueve con la libertad que le otorga la obediencia en el cumplimiento del mandato ordenado por el Hijo que, como enviado del Padre, prometió a sus discípulos su presencia y conducción, por tanto, «la misión de la Iglesia se realiza mediante la actividad por la cual, obediente al mandato de Cristo y movida por la caridad del Espíritu Santo, se hace plena y actualmente presente a todos los hombres y pueblos para conducirlos a la fe, la libertad y a la paz de Cristo»<sup>24</sup>. Toda la humanidad es de Cristo por su Espíritu.

La corriente conciliar que nos lleva a comprender en el Espíritu, el origen y carisma de la misión eclesial, ilustra una de las intuiciones más lúcidas que para la espiritualidad misionera es cada día actual e imprescindible en la comprensión y realización de la evangelización, es la inequívoca señal de la presencia del Espíritu en toda la humanidad y que el Decreto “*Ad Gentes*” definió con elocuente sabiduría patristica, a partir de San Justino con la presencia de las «semillas del Verbo»<sup>25</sup> en el mundo. El Espíritu acontece en la humanidad desde siempre, a partir la creación del universo y en el conjunto de todas sus criaturas. La vocación y misión del Espíritu dado por Cristo es la divinización de la humanidad, este mismo Espíritu es la espiritualidad que debe comunicar todo discípulo misionero, pues nada puede quedar fuera del viento, fuego y calor del Espíritu en el mundo por la misión eclesial.

---

<sup>23</sup> J. ESPEJA, *A los 50 años del Concilio: camino abierto para el siglo XXI*, San Pablo, Madrid 2012, 135.

<sup>24</sup> *Ibid.*, 5.

<sup>25</sup> AG., 16.



Espíritu y espiritualidad, origen y carisma, *Discípulos Misioneros* configuran en este recorrido cristológico pneumático por las fuentes conciliares, el núcleo de comprensión del sentido último de la misión evangelizadora de la Iglesia en medio de toda la humanidad; por ello, corresponde a lo más esencial de sí misma:

«Así se realiza por ella el designio de Dios, al que sirvió Cristo con obediencia y amor para gloria del Padre que lo envió, para que todo el género humano forme un solo Pueblo de Dios, se constituya en Cuerpo de Cristo, se estructure en un templo del Espíritu Santo; lo cual, como expresión de la concordia fraterna, responde, ciertamente, al anhelo íntimo de todos los hombres»<sup>26</sup>.

El Espíritu Santo edifica a la humanidad como un templo donde él pueda permanecer, pues ya habita desde siempre y para siempre.

El Decreto conciliar “*Ad Gentes*” nos lleva por una corriente fascinante y que constituye la expresión vital con la que afirmamos la presencia permanente del Espíritu en toda la humanidad y que por ningún motivo puede estar fuera de ella. Estamos ante el momento misionero de la Misión, lo que todo discípulo misionero ha de comunicar en el Espíritu y con una espiritualidad original, que la humanidad en Dios es una promesa de amor; «y así por fin, se cumple verdaderamente el designio del Creador, al hacer al hombre a su imagen y semejanza, cuando todos los que participan de la naturaleza humana, regenerados en Cristo por el Espíritu Santo, contemplando unánimes la gloria de Dios, puedan decir: ‘Padre Nuestro’»<sup>27</sup>. El evento del Espíritu en la humanidad es que todos los seres humanos, que toda criatura, pueda sentirse movida a experimentar y vivir la paternidad de Dios. La humanidad no está huérfana, esa es la urgente Buena Noticia universal de hoy que apremia y espera por *Discípulos Misioneros* en la Iglesia y presentes en el mundo.

Y dejándonos arrastrar hasta donde la fuerza de esta fuente del Espíritu nos quiera llevar, recalamos en las apacibles aguas con las que la paternidad de Dios nos baña y empapa, la fraternidad. Adentrándonos en el Espíritu del Concilio, más que en la letra, nos encontramos con lo que venimos percibiendo como “la palabra conciliar del Espíritu”, por eso, todos los fieles dispersos por el orbe se comunican en entre sí en el Espíritu Santo, y así:

«Quien habita en Roma sabe que los de la India son miembros suyos. Y como el reino de Cristo no es de este mundo (*Jn* 18,36), la Iglesia o el Pueblo de Dios, introduciendo este reino, no disminuye el bien temporal de ningún pueblo; antes, al contrario,

---

<sup>26</sup> AG.,7.

<sup>27</sup> Ibid.. 7.

fomenta y asume, y al asumirlas, las purifica, fortalece y eleva todas las capacidades y riquezas y costumbres de los pueblos en lo que tienen de bueno»<sup>28</sup>.

La palabra conciliar del Espíritu a la humanidad, desde la paternidad de Dios, es fraternidad. Todos somos y debemos vivir como hermanos, hijos de un mismo Padre.

La humanidad es fraternidad con el Hijo, en la paternidad de Dios, por el vínculo del Espíritu que vive desde siempre y permanece hasta la eternidad. Sin esta fuente como origen y carisma de la misión, es difícil que lleguemos a puerto seguro y la Iglesia dejará de ser “madre y maestra, experta en humanidad” como afirmó el Beato Papa Pablo VI. Un discípulo misionero, para el mundo actual, donde ya el Espíritu está presente, ha de tejer con todos los hijos e hijas del mundo, en lo diverso y plural, una fraternidad que exprese la paternidad de Dios. La misión visible del Espíritu, es la comunión de los hijos y la caridad en la fraternidad.

En este largo trayecto por las fuentes del Concilio, en el que descubrimos el soplo del Espíritu a la Iglesia para la misión, con la posibilidad de concretar una espiritualidad de *Discípulos Misioneros*, el llamado es, a no detenernos en este viaje, somos Iglesia de peregrinos que hemos sido enviados por Cristo en el Espíritu, «el Concilio ha hecho notar en varios documentos que los pueblos y los hombres de buena voluntad están ‘en camino’. El misionero se encuentra con ellos mientras camina»<sup>29</sup>. No se puede pretender la misión del Espíritu encerrados o estáticos, somos enviados al encuentro con el rostro de los otros que me revelan el rostro de Cristo para acogerlos como hermanos.

La disposición y disponibilidad para la misión, conscientes de la presencia del Espíritu en el corazón de la humanidad, que las “semillas del Verbo” incursionan desde siempre, que somos peregrinos en la fraternidad, ha de llevarnos a comprender que el origen divino y el carisma eclesial de la misión nos rebasa como enviados, debemos estar abiertos, atentos; «si el Espíritu Santo quiere convertir a un no-cristiano a Jesucristo esto es un asunto suyo y nosotros no se lo impediremos»<sup>30</sup>. A todas partes, a todas las personas, con todo lo enseñado y siempre con Él todo el tiempo, el Espíritu de la misión que ilustran las fuentes conciliares es aquel del mandato “*Vayan*”, es el de peregrinos. Espíritu de enviados de Cristo con la espiritualidad del anuncio de su evangelio, *Discípulos Misioneros*.

---

<sup>28</sup> LG., 13.

<sup>29</sup> A. HENRY, *Verdadera y falsa contestación en la misión*, Olivos, Madrid 1972, 11.

<sup>30</sup> *Ibid.*, 13.

El Beato Papa Pablo VI, al abrir la segunda sesión del Concilio Vaticano II, en fidelidad y continuidad a su predecesor, renovó el impulso del Espíritu e indicó que el Concilio:

«Debe tender un puente hacia el mundo contemporáneo, pues la Iglesia se define como fermento vivificador e instrumento de salvación de este mundo, descubriendo y reafirmando su vocación misionera, que es como decir destino esencial a hacer de la humanidad, en cualesquiera condiciones en que ésta se encuentre, el objeto de su apasionada misión evangelizadora»<sup>31</sup>.

En esta cronología que recorreremos del dinamismo conciliar, Henri De Lubac, en torno a la misión de la Iglesia aportó lo referido a «la tarea misionera y la relación de la Iglesia con las religiones no cristianas desde los presupuestos de la libertad religiosa»<sup>32</sup>. Es un aporte que abrió caminos insospechados de cara a lo que desde entonces y en la actualidad es el diálogo interreligioso. El Espíritu como conciliador, sopló hacia lo diverso y plural, circunstancia desafiante en la misión de la Iglesia hoy, donde considero estamos muy dispersos y poco lúcidos. Un camino por andar pero que se vislumbra esperanzador, convocados por el Espíritu a ir y congregar a toda la humanidad en torno al evangelio de Cristo.

La misión eclesial es, tender puentes y tejer relaciones paterno-fraternales que le devuelvan al mundo la base consistente de la convivencia humana entre todos los seres que lo habitan. Es la misión humanizadora de la Iglesia, que ofrece la gracia de la divinización a toda creatura. Es lo que a continuación estudiaremos, la misión de la Iglesia, el camino que el Espíritu le indica y alienta a seguir a los *Discípulos Misioneros* de hoy en el mundo.

#### **1.4 La Iglesia es misionera: mediaciones del Espíritu**

La dimensión y profundidad de la navegación en las fuentes conciliares, con el tema que nos ocupa, la inspiración y visión del Espíritu en la espiritualidad misionera, nos sumerge ahora en lo propio y esencial de la Iglesia al querer comprender su origen, ser, obrar y alcance en el mundo, es adentrarnos en la misión dada por Cristo en el Espíritu. Llegar a comprender que es el mismo Espíritu el que indica cómo sucede y acontece la Iglesia misionera, esto nos llevará a puerto seguro; indagar sobre cada uno de sus modos y mediaciones para encarnar el evangelio en el mundo. La cristología pneumática del envío en la misión de la Iglesia.

---

<sup>31</sup> PABLO VI, *Discurso de la apertura de la segunda sesión del Concilio Vaticano II*, <http://w2.vatican.va> [30-06-2015]

<sup>32</sup> S. MADRIGAL, *Tiempo de Concilio, el Vaticano II en los Diarios de Yves Congar y Henri de Lubac*, op. cit., 237.

En lo más hondo de la fuente doctrinal del Concilio Vaticano II, hallamos las razones para decir que “la Iglesia es misionera o no es Iglesia”; por ello, en su momento relata el cardenal Wojtyla, testigo viviente del Concilio, en su libro “la renovación de las fuentes”:

«El Concilio aporta un enriquecimiento de la fe en la Santísima Trinidad, donde la misión de las personas divinas se dirige al ser humano de salvación venida de Dios para toda la familia Humana. De ahí la afirmación inicial del documento: la Iglesia es, en Cristo, como un sacramento, o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano (*Lumen Gentium I*)»<sup>33</sup>.

Dios dispone los medios para que su Espíritu lo llene todo, de esta manera, la Iglesia misionera es ella misma canal y puente, camino y vía que conduce a toda persona a una relación profunda con Dios Padre, en Cristo, con los hermanos y, por el Espíritu Santo, alcanza la unidad de toda la humanidad. El Espíritu cualifica todas las mediaciones posibles para la misión de los *Discípulo Misioneros* en la Iglesia, para ser, estar y actuar en el mundo.

En el campo de las mediaciones del Espíritu, encontramos una original visión misionera de la Iglesia, «de la mano del decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia introduce la noción de la Iglesia como sacramento de salvación (*Ad Gentes*, 5), así como la principal obligación de la misma Iglesia, que es prolongar su misión caminando por el mismo sendero de Cristo: pobreza, servicio, obediencia, inmolación»<sup>34</sup>. La oferta universal de salvación es la mediación dada por la acción de los sacramentos, es el Espíritu el que nos empuja a salir con modos y estilos auténticos del que nos envía, Cristo: humildes, pobres, servidores, obedientes y abnegados.

Quien bebió de la fuente conciliar, el cardenal Wojtyla cuando invitaba a la aplicación del Concilio insistía en asumir una existencial creación de actitud, para ello señalaba la misión como la primera: «la misión está estrechamente ligada a la revelación y determina de forma dinámica el misterio mismo de la Iglesia, que sigue viviendo de la misión divina del Hijo y del Espíritu Santo. Esta misma misión salvífica de las divinas personas hizo de la humanidad Pueblo de Dios»<sup>35</sup>. Y continúa sustentando esta actitud existencial con el deseo de llevarla a término como tarea de evangelización, «la Iglesia se encuentra en estado de misión, fruto de la misión salvífica trinitaria, y cada cristiano se encuentra en estado de misión»<sup>36</sup>. El discípulo misionero por el bautismo es instrumento de las mediaciones del Espíritu; por tanto, no ha de

---

<sup>33</sup> S. MADRIGAL, *Tríptico conciliar: relato-misterio-espíritu del Vaticano II*, op. cit., 110.

<sup>34</sup> *Ibid.*, 113.

<sup>35</sup> *Ibid.*, 124.

<sup>36</sup> *Ibid.*, 124.

resistirse a la evangelización, su imperativo es inaplazable en anunciar el evangelio de Jesucristo en todos los lugares y a todas las personas.

Adentrados en el significado de la fuente trinitaria de la misión en la Iglesia, como moción del Espíritu en el Concilio, es interactuar con las mediaciones del Espíritu como cuando se establece una conversación tripartita:

«Como el Hijo fue enviado por el Padre, así también Él envió a los Apóstoles (Jn 20,21) diciendo: ‘Id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo’ (Mt 28,19- 20). Este solemne mandato de Cristo de anunciar la verdad salvadora, la Iglesia lo recibió de los Apóstoles con orden de realizarlo hasta los confines de la tierra (Hch1,8). Por eso hace tuyas las palabras del Apóstol: ‘¡Ay de mí si no evangelizare!’ (ICo 9,16), y sigue incesantemente enviando evangelizadores, mientras no estén plenamente establecidas las Iglesias recién fundadas y ellas, a su vez, continúen la obra evangelizadora. El Espíritu Santo la impulsa a cooperar para que se cumpla el designio de Dios, quien constituyó a Cristo principio de salvación para todo el mundo. Predicando el Evangelio, la Iglesia atrae a los oyentes a la fe y a la confesión de la fe, los prepara al bautismo, los libra de la servidumbre del error y los incorpora a Cristo para que por la caridad crezcan en Él hasta la plenitud»<sup>37</sup>.

La Iglesia, mediación espiritual por la comunión de las personas de la Santísima Trinidad, por lo cual, está llamada a vivir la comunión de los hijos y de los hermanos como signo visible y realización de una relación entre todos los seres humanos.

La evangelización como posibilidad de expandir y establecer en muchos lugares la vida de la Iglesia, expresa el carácter de ser una Iglesia peregrina, que camina como Pueblo de Dios junto al mundo, que implementa medios y prepara las condiciones para que sea el Espíritu el que en definitiva transforme todo en un único gesto universal de adoración y contemplación de Dios en medio la humanidad. Universal presencia del Espíritu en el mundo.

La Kénosis de la misión esta mediada por la Kénosis de Cristo misionero del Padre, con el Espíritu los creyentes bautizados descienden por el agua y el Espíritu Santo, hasta purificarse y por el seguimiento de Cristo que es el culmen, así comprendemos que «Cristo se anonadó para ‘llegar a ser igual a los hombres’ (Fil 2, 7). Cristo no tiene necesidad más que de testigos que vayan a vivir en medio de los otros, que muestren la acción del Espíritu, que hagan entender un mensaje del cual han de descubrir las palabras convenientes»<sup>38</sup>. *Discípulos*

---

<sup>37</sup> LG., 17.

<sup>38</sup> A. HENRY, *Verdadera y falsa contestación en la misión*, Op. cit., 12.

*Misioneros* que se abajan con parresía a las profundidades del mundo y de la humanidad para que el Espíritu llegue hasta allí, y ‘*haga nuevas todas las cosas*’ (Ap 21, 5) en Cristo.

El manantial que irriga la vida de la Iglesia después del Concilio Vaticano II, le ha dado un dinamismo propio que para la actualidad es apremiante. La misión y todas las mediaciones misioneras suscitadas por el Espíritu han de tener muy presente los vientos, soplos, fuegos, mociones y dinamismos que el Espíritu Santo impregna en la humanidad. Siempre viene bien alertar sobre los engañosos protagonismos en la evangelización, es tomar conciencia que quien primero llega a “todo el mundo” y a “todas las personas” es el Espíritu de Cristo, lo misionero es posterior. La misión tiene su origen en el Espíritu al igual que, el Espíritu expresa el carisma en la espiritualidad misionera, éste dispone las mediaciones para concretar el dónde, cuándo, cómo, a quienes y los recursos esenciales para el anuncio del evangelio vivo de Jesucristo.

En las mediaciones del Espíritu, el origen es la misión y el carisma son las misiones. Es el Espíritu en los *Discípulos* y la espiritualidad de los *Misioneros*, el envío de Cristo y el anuncio del evangelio. Así se comprende que no basta ser y estar en el mundo como una Iglesia de bautizados sin asumir que quien es cristiano es misión de Cristo en las misiones de la Iglesia en todo el mundo. Se es misionero o no se es Iglesia, por tanto, queda el camino abierto para continuar nuestra navegación y visualizar las dimensiones y alcances de la misión eclesial, se consolida la inspiración del Espíritu como la efusión de la evangelización.

### **1.5 Ámbitos, ambiente, tiempos y lugares del evangelio en el mundo**

En el itinerario pneumatológico del Concilio que recorremos, al saber que la misión de Cristo es la misión de la Iglesia, el Espíritu ahora quiere que la mirada permita observar con detenimiento las coordenadas existenciales de los ámbitos, ambientes, tiempos y lugares que conllevan a que el mismo Espíritu esté presente en la misión de la Iglesia. Nos percatamos de una cosa, mientras más ahondamos en la esencia de la misión de Cristo en la Iglesia, su profundidad y hondura, su expresión inmediata es visibilizada en lo exterior de la acción, la misión eclesial.

Las corrientes conciliares que estudiamos, nos muestran estos dos movimientos con los que también podríamos afirmar que el Espíritu es la corriente interior del envío y la espiritualidad es la corriente externa y visible del anuncio del evangelio. La una no se

comprende sin la otra, no hay Espíritu que no se exprese en una espiritualidad, no hay Iglesia sin misión. Es muy difícil o imposible lo discipular sin lo misionero y lo misionero sin lo discipular.

Así que, en la fuente inmensa del Vaticano II, encontramos el eje reformador de la Iglesia que por la efusión del Espíritu buscó ponerse al día ante las urgentes respuestas a las preguntas del mundo contemporáneo. El Espíritu lo transforma y renueva todo, lo notamos.

La Iglesia conciliar abrió todas sus ventanas para que entrara el viento refrescante del Espíritu y percibir los ámbitos, ambientes, tiempos y lugares a donde debía llegar. El dinamismo conciliar la condujo hasta comprender que «el Espíritu está en el mundo, el Espíritu está en todas partes. Y si hay un dinamismo, es el dinamismo de la historia»<sup>39</sup>. El evangelio en el mundo se ha encarnado, es historia de salvación. Esta irrupción del Espíritu abrió las puertas de la Iglesia para ser respuesta que acompaña la época contemporánea, la Iglesia se actualiza por el Espíritu y cada bautizado es convocado para ser misionero en todas las circunstancias existenciales del mundo.

El Espíritu misionero corre como un torrente y es invocado en todas partes con disímiles iniciativas emanadas del Decreto “*Ad Gentes*”, es un evento trasvase de lo universal y particular en la animación eclesial, ya la *Lumen Gentium* había señalado el Espíritu a seguir:

«Con su trabajo consigue que todo lo bueno que se encuentra sembrado en el corazón y en la mente de los hombres y en los ritos y culturas de estos pueblos, no sólo no desaparezca, sino que se purifique, se eleve y perfeccione para la gloria de Dios, confusión del demonio y felicidad del hombre. La responsabilidad de diseminar la fe incumbe a todo discípulo de Cristo en su parte. Pero, aunque cualquiera puede bautizar a los creyentes, es, sin embargo, propio del sacerdote el llevar a su complemento la edificación del Cuerpo mediante el sacrificio eucarístico, cumpliendo las palabras de Dios dichas por el profeta: ‘Desde el orto del sol hasta el ocaso es grande mi nombre entre las gentes y en todo lugar se ofrece a mi nombre una oblación pura’ (*Ml*, 1, 11). Así, pues, la Iglesia ora y trabaja para que la totalidad del mundo se integre en el Pueblo de Dios, Cuerpo del Señor y templo del Espíritu Santo, y en Cristo, Cabeza de todos, se rinda al Creador universal y Padre todo honor y gloria»<sup>40</sup>.

La misión de los *Discípulos Misioneros* es llegar a todos los ámbitos donde acontece la vida de las personas, todos los ambientes que las mismas personas generan, a todos los lugares a donde llegan sin que se quede ninguno y, a tiempo y a destiempo, llegar a evangelizar. En esta presencia a tiempo, cada vez nos percatamos que llegamos tarde,

---

<sup>39</sup> Y. CONGAR, *El Espíritu Santo: Espíritu del hombre, Espíritu de Dios*, Sígueme, Salamanca 2003, 61.

<sup>40</sup> LG., 17.

inevitable inercia y lentitud. El evangelio debe ser anunciado porque su ámbito, ambiente, lugar y tiempo es el mundo. Una Iglesia misionera y encarnada que recorre los caminos de la humanidad hasta llegar a todos los confines y periferias existenciales de la tierra.

El torrente conciliar llegó también hasta América, su recepción dinamizó de manera sorprendente la vida eclesial del Continente y contrastó con las experiencias originales que se vivían; «dos elementos eclesiológicos y teológicos del Vaticano II posibilitaron especialmente esta recepción creativa del Concilio en América Latina: la eclesiología de la Iglesia local y la teología de los signos de los tiempos»<sup>41</sup>. Posibilidad de una reflexión propia desde los ámbitos, ambientes, lugares y tiempos circunstanciales de la Iglesia en el continente. Signos propios de la cultura originaria de América que se manifestaron como un Pentecostés, el Espíritu se expresó en mociones para una reflexión teológica en la interpretación de los signos de Dios en la realidad de los pueblos y una eclesiología de animación misionera en las comunidades cristianas, que hiciera posible leer y acoger los signos de los tiempos como espiritualidad propia en relación con el Concilio Vaticano II.

Los ámbitos, ambientes, lugares y tiempos del Continente americano son también irrupción del Evangelio, la efusión del Concilio llegó y como ríos se desbordó, «la acción del Espíritu en América Latina en estos años estelares nos da una clave muy luminosa para leer de forma unitaria y coherente la acción del Espíritu en toda la historia de salvación, en la Escritura, en la historia de la Iglesia y del mundo. Esta clave nos permite comprender y discernir lo que es realmente del Espíritu de Jesús y lo que no lo es»<sup>42</sup>. El anuncio del evangelio configura el rostro de una Iglesia con dinamismos propios para la evangelización, al igual que estructuras eclesiales de animación, el Espíritu sopla donde quiere y como quiere, esto bien lo recepcionó en sintonía con el acontecimiento del Concilio Vaticano II la Iglesia en Latinoamérica.

Como eco de la “conciliar palabra del Espíritu” en nuestro Continente, la misma que en el Concilio Vaticano II pudo orientar e iluminar, de manera similar lo ha expresado Pedro Casaldáliga en uno de sus poemas, «el Espíritu Santo ha decidido administrar el octavo sacramento: ¡la voz del pueblo!»<sup>43</sup>. La fuente conciliar de la Iglesia Pueblo de Dios nos llega para recrear todas aquellas expresiones vivas y dinámicas en las que el ser e identidad del

---

<sup>41</sup> V. CODINA, *El Espíritu del Señor actúa desde abajo*, Sal Terrae, Santander 2015, 17.

<sup>42</sup> *Ibid.*, 42.

<sup>43</sup> P. CASALDÁLIGA, *Cantares de la entera libertad*, Managua 1984, 73.



pueblo configuraron el rostro de las comunidades cristianas. La comunión y participación del pueblo es un signo tangible y “sacramental” que comunica la unión trinitaria en la caridad.

Cuando el Espíritu en la misión se presenta en un lugar como evangelio, Buena Noticia, es entonces manifestación de lo propio de la misión de la Iglesia, no se es Iglesia sin la evangelización, lo que urge y apremia es el envío y el anuncio porque es un imperativo inaplazable. El evangelio «está presente y activo en toda la humanidad, en todas las culturas y religiones, asume la diversidad y desde dentro mueve a las personas, los grupos, las comunidades y los pueblos hacia el Reino, hacia una humanidad nueva»<sup>44</sup>. Donde está la Iglesia llegan los *Discípulos Misioneros* llenos del Espíritu del envío y animados con la espiritualidad del anuncio, las personas y las comunidades son renovadas desde dentro y brota un tejido nuevo en todas las dimensiones de la vida hacia fuera con un efecto transformador.

En este numeral dejo señalado el lugar elegido para lo que será la actualización de este estudio, el *Documento de Aparecida* y la *Exhortación Evangelii Gaudium*. Deseo de concreción en el tiempo, lugar y destinatarios de esta travesía pneumatológica de la misión. De igual forma, en el siguiente numeral se expresará el matiz propio de la misión en el campo de la evangelización, que de alguna manera es el fin último del interés aquí propuesto.

## **1.6 De la misión a la evangelización: dinamismo y kerigma**

Para cerrar este capítulo, la fuente conciliar como Pneumatología de la misión eclesial, quiero dejar planteado el fondo o plataforma que da honda profundidad a lo que en sí el Espíritu Santo ha de suscitar en los *Discípulos Misioneros* de hoy, que al ser confirmados por el mismo Espíritu en la fe, han de vivir una espiritualidad misionera. No se comprende de otra manera la espiritualidad cristiana sin el Espíritu que dispone y envía a la misión, con un dinamismo y Kerigma con el que se realiza la evangelización.

En este momento, en las aguas de las fuentes del Concilio con las que llegamos a lo profundo del Espíritu que mueve la dimensión misionera de la Iglesia de los *Discípulos Misioneros* de Jesús, ubicamos lo que es la plataforma que sostiene y encausa la fuente: la evangelización como dinamismo kerigmático. Las aguas estancadas se pudren y apestan, la misión es movimiento del Espíritu en el envío y en el anuncio del evangelio como

---

<sup>44</sup> V. CODINA, *El Espíritu del Señor actúa desde abajo*, op. cit., 70.

espiritualidad, la misión evangelizadora de la Iglesia tiene su origen con el mandato de Jesús y su carisma en el anuncio que comunica como Buena Noticia al mundo entero.

Las aguas del mundo se agitaron y la fuente del Espíritu en la Iglesia respondió, los tiempos del Concilio fueron convulsos, se invocaba al Espíritu para un “*aggiornamento*”; el Papa Benedicto XVI para recordar los 40 años del Concilio expuso que, «finalmente, la aproximación que él considera correcta, que denomina la “hermenéutica de la reforma”, es decir, de la renovación en la continuidad, porque el Concilio modificó algunas cosas, para resolver las difíciles relaciones de la Iglesia con la edad moderna»<sup>45</sup>. La misión evangelizadora pasa por la permanente renovación, lo que permanece es el envío y el anuncio, las formas y métodos son los nuevos desafíos. El dinamismo del Kerigma, por el Espíritu dado a los *Discípulos Misioneros*, es siempre novedad y actualización del misterio de Cristo que se comunica a la familia humana. La novedad de la evangelización está en la lucidez que da la sabiduría del Espíritu, para saber decir lo de siempre en forma nueva, la Buena Noticia de Jesús, como respuesta actual y urgente para la humanidad.

Las aguas que se mueven se oxigenan y regeneran en nueva vida, el Espíritu en el Concilio tuvo la palabra oportuna: renovar. Para el Papa emérito Benedicto XVI, quien fuera teólogo perito para el tiempo conciliar, interpreta este acontecimiento al afirmar, «por otra parte, está la “hermenéutica de la reforma”, de la renovación dentro de la continuidad del único sujeto-Iglesia, que el Señor nos ha dado; es un sujeto que crece en el tiempo y se desarrolla, pero permaneciendo siempre el mismo, único sujeto del Pueblo de Dios en camino»<sup>46</sup>. Cristo ayer, hoy y siempre, el Kerigma permanece, el envío en el Espíritu se renueva y la misión se extiende como un imperativo actual del mandato de Cristo: ¡vayan!

La renovación conciliar de la Iglesia es ser Pueblo de Dios, de aquí brotan los dinamismos kerigmáticos con los que se realiza la evangelización, no prever este principio es perderse en la inmensidad del mundo sin tener horizonte, no poder ser Iglesia peregrina sino dispersa y confusa. Sería ahogarse en las caudalosas y profundas corrientes existenciales del mundo contemporáneo cada día más turbulentas, turbias, encrespadas, arrasadoras y desbordadas, que a su paso dejan desolación y miedo. Se invoca la calma que trae el Espíritu, esa fue la conciliar palabra del Espíritu, una sosegada y serena renovación eclesial.

---

<sup>45</sup> BENEDICTO XVI, *I. Recepción e interpretación del Vaticano II*, <http://www.iglesiaviva.org>, [23.11.2015]

<sup>46</sup> *Ibid.*, <http://www.iglesiaviva.org>, [23.11.2015]

Al hilo de la historia humana y creyente del mundo, la espiritualidad de *Discípulos Misioneros* se ubica como anuncio del Kerigma y envío dinámico; todo ello, en el renovado Espíritu que ha marcado el Concilio Vaticano II, que tal parece es mucho lo que aún nos falta por implementar, una Iglesia más carismática y ministerial, pero mientras esto sucede:

«En visión de la historia de la Iglesia y de la historia de los concilios se abre paso el principio de que lo viejo y lo nuevo están siempre profundamente relacionados entre sí, porque lo nuevo brota de lo viejo, y lo viejo encuentra en lo nuevo una expresión más plena. La noción más perdurable de la institución conciliar: la parádoxis del Kerigma. De esta manera muy consciente se inscribe con su propia originalidad en la lista de los concilios ecuménicos, con especial concentración en la naturaleza y en la misión de la Iglesia»<sup>47</sup>.

El Kerigma es anuncio y el envío es dinamismo, ambos comunican el mismo ser e identidad de la Iglesia, de lo contrario no ocurrirá el encuentro y relación con la persona de Jesucristo, Camino, Verdad y Vida. Se comunica lo que se es, el ser cristiano de *Discípulos Misioneros* con el Espíritu y una espiritualidad propia.

En lenguaje de lo simbólico y que expresa el ser eclesial, desde el Concilio Vaticano II la Iglesia como Pueblo de Dios que es sacramento universal de salvación, la evangelización motiva esta invitación en su permanente anuncio del Kerigma; de esta forma, la referencia que tenemos del Concilio Vaticano II como acontecimiento que afianzó el sentido del anuncio y la misión, la tomamos de uno de sus teólogos protagonistas, es Schillebeeckx quien resalta la figura del Concilio como evento, “algo así como un sacramento”. La señal de la salvación en Cristo que oferta la Iglesia para toda la humanidad.

La descripción del ser y naturaleza de la Iglesia, en relación con el misterio de Cristo, expresa que «la vida de fe de la Iglesia tiene el carácter esencial de anamnesis, es decir, es recuerdo de los acontecimiento de la vida de Cristo tal y como han sido testificados por la primitiva Iglesia en el Kerigma apostólico»<sup>48</sup>. Aunque para los tiempo conciliares la pregunta que se hacía era, ¿Iglesia que dices de ti misma?, desde el post concilio hasta nuestros días se nos lanza a la respuesta, donde más que hablar sobre la Iglesia urge con premura anunciar a Jesucristo, una Iglesia más kerigmática y evangelizadora, la de los *Discípulos Misioneros* que mantengan activa la memoria de los misterios de la salvación y testifiquen a Cristo con su santidad de vida. Una Iglesia menos auto referencial, más kerigmática y mistagógica.

---

<sup>47</sup> S. MADRIGAL, *Tríptico conciliar: relato-misterio-espíritu del Vaticano II*, op. cit., 155.

<sup>48</sup> *Ibid.*, 176.

El Kerigma apostólico que indica a la Iglesia el camino de la evangelización como dinamismo está en el corazón del mismo libro de los Hechos de los Apóstoles, se recrea a Quién tenemos que anunciar y de Quién hemos recibido ese encargo: Cristo; que «‘exaltado por la diestra de Dios, ha recibido de Dios Padre el Espíritu Santo prometido y ha derramado lo que vosotros veis y oís’ (Hc 2, 33). El Kerigma es el Señor y como anuncio del evangelio, como la misma fe que lo acoge, tiene lugar en la historia cambiante y en el dinamismo propio de cada cultura»<sup>49</sup>. El Kerigma no es ajeno ni extraño a la realidad del mundo, se actualiza como anuncio salvífico para todos los seres humanos.

A decir del teólogo holandés Schillebeeckx, al comentar el Concilio Vaticano II, «la Iglesia docente –en perspectiva horizontal- es la actualización del Kerigma apostólico y, al mismo tiempo –en perspectiva vertical-, manifestación actual del Señor celestial, que se entrega a sí mismo en la palabra y en los sacramentos»<sup>50</sup>. El mismo teólogo insiste en que el Concilio «marcó una tendencia fundamental que consistió en acentuar la historicidad al tratar de la verdad especulativa, esto es, en contemplar y vivir el cristianismo como un acontecimiento dinámico, y no sólo como un conjunto de puntos doctrinales»<sup>51</sup>. Lo dinámico es la misión evangelizadora que transfiere el Espíritu de *Discípulos* y la espiritualidad de *Misioneros* a todo bautizado para que haga del Kerigma un anuncio apostólico permanente.

No hay evangelizadores ni evangelizados sin la fuerza dinámica del Kerigma; se podrán realizar labores loables en las comunidades cristianas, pero sin el anuncio explícito de la persona de Jesucristo, encuentro en Dios Padre con el Espíritu, todo queda reducido a fenómenos de lo religioso y no como relación de personas en la comunión de la caridad.

Dejarse llevar por la corriente que mana de la fuente conciliar y que nos ha traído hasta aquí, es sentir ese mismo Espíritu que se cernía sobre las aguas en el momento de la creación, el mismo Espíritu que bajó sobre Cristo en el Jordán, el mismo Espíritu y verdad que pidió la Samaritana, el mismo Espíritu que esperaba el paralítico que moviera las aguas de la piscina y ser curado. «El Espíritu genera vida, dinamismo, es más verbo que sustantivo, es acción, aliento vital, desde la creación hasta la consumación final de la historia, hasta la

---

<sup>49</sup> J. ESPEJA, *A los 50 años del Concilio: camino abierto para el siglo XXI*, op. cit., 147.

<sup>50</sup> S. MADRIGAL, *Tríptico conciliar: relato-misterio-espíritu del Vaticano II*, op. cit., 177.

<sup>51</sup> *Ibid.*, 199.

parusía»<sup>52</sup>. La fuente es el Espíritu, la Iglesia misionera es el canal y cauce, los *Discípulos Misioneros* irrigan cada espacio y lugar del mundo con la Buena Noticia de Jesucristo.

Priorizar el primer anuncio, el Kerigma, es ir a la fuente de la fe que es Cristo el Señor. Para un bautizado su identidad está en la adhesión libre y gozosa a la persona de Jesucristo, ha de suceder el encuentro personal con Él. El dinamismo de este encuentro lo da la permanente disposición a la conversión. Para la actualidad, donde nos encontramos a personas bautizadas sin haber escuchado y recibido el Kerigma, el Espíritu y espiritualidad de la misión llama a los *Discípulos Misioneros* para que ejerzan el ministerio de ser profetas que anuncien a Jesucristo, quien por su pasión, muerte y Resurrección ha salvado la humanidad, que espera ser proclamado por quienes no le conocen como el único Señor. Este es el dinamismo kerigmático evangelizador hoy, Espíritu del envío y espiritualidad del anuncio.

El Kerigma como dinamismo, movimiento y descentramiento es el núcleo del envío y del anuncio, el mismo Jesús en su ser de Enviado del Padre invitó un día a sus discípulos, “*pasemos a la otra orilla*” (Mc 4, 35) , y mientras esto sucedía, el viento daba contra el agua y formaba un movimiento que les resultaba contrario y ponía en peligro la vida de todos. Nos dice el evangelio que Jesús dormía. Para esta primera parte, en que hemos ido a las fuentes conciliares, podemos concluir que la Iglesia en el Concilio identificó dos orillas, la orilla conocida hasta la época, con todo lo heredado de su concepción antropológica, en su tradición y reflexión teológica y estilo eclesiológico, y la orilla hacia donde necesitaba cruzar, la de la modernidad del hombre contemporáneo, travesía que aún hasta los días de hoy resulta tormentosa, ya que arrecian corrientes que son contrarias a la nueva evangelización.

Pasar con Jesús a la otra orilla, para la época era ir a una región de paganos, realidad cultural y religiosa diferente, pero Jesús quiso llegar allí como Enviado con el anuncio de la liberación. “*Ad Gentes*”, es afirmar el dinamismo kerigmático de cruzar a la otra orilla, la misión evangelizadora de la Iglesia que desde la orilla de la fe vivida pasa a la otra orilla de las “semillas del Verbo”, “*al Dios desconocido*” (Hch 17, 23), de quienes no han oído ni siquiera hablar de Dios Padre. Ir a la otra orilla es en sí, la “palabra conciliar del Espíritu” con la que la Iglesia del Concilio se puso en estado existencial y pneumatológico de misión.

---

<sup>52</sup> V. CODINA, *El Espíritu del Señor actúa desde abajo*, op. cit., 70.

El discípulo misionero es todo bautizado que con el envío del Espíritu, dado por Cristo, deja lo conocido de su propia orilla para pasar a la otra orilla con la espiritualidad del anuncio del evangelio a una realidad nueva y desconocida que ha de comenzar a amar.

El Concilio Vaticano II como fuente, en el origen y carisma misionero, nos dejó la rica herencia de ese movimiento salvífico en el que el Hijo enviado por Dios Padre, con la fuerza del Espíritu Santo, quien sigue suscitando en el mundo la historia de la evangelización como realización de la salvación ofertada al hombre contemporáneo. La Iglesia hoy quiere, desea y necesita ir a la otra orilla, más allá de toda frontera humana y de la propia fe. En la otra orilla hay mociones del Espíritu insospechadas y sorprendentes, donde tan solo con una palabra o un gesto despierta una profesión y adhesión de fe a la persona de Jesucristo.

Como el viento que no sabemos de dónde viene y ni hacia dónde va, así es el Espíritu en la Misión eclesial. La otra orilla es para los *Discípulos Misioneros* que se dejen sorprender como lo hicieron tantos testigos creíbles de los que tenemos memoria agradecida por su parresía en el antes, durante y hasta hoy a cincuenta años del Concilio. Para ello, lo esencial es el anuncio del Kerigma. Me inquieta una pregunta desde la otra orilla, las “periferias existenciales”, ¿basta sólo anunciar el Kerigma al ser humano de la contemporaneidad?

A manera de enlace con el siguiente capítulo, el discipulado misionero como cristología pneumática del envío en el tema que nos ocupa de esta tesina, deseo dejar planteado lo que sedimenta como plataforma de fondo en nuestra travesía pneumatológica de lo misionero en la Iglesia del Concilio. Lo formulo ayudado por el Beato Papa Pablo VI que a los diez años de haberse clausurado el Concilio Vaticano II fue lúcido al convocar un sínodo en el año 1974 sobre la evangelización en el mundo moderno, y fruto de éste, nos dejó su reflexión post-sinodal en la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi* del año 1975.

Como propuesta de continuidad, a partir de lo que ha sido este primer capítulo en el sentido de inspiración y visión del tema de análisis, y así dar paso a la segunda parte de este itinerario en clave de la interpretación teológica del Espíritu, deseo formular las mismas preguntas que la Exhortación *Evangelii Nuntiandi* nos ilustra en el camino de la evangelización. Su valor está en que, por lo cercano en el tiempo al Espíritu dejado por el Concilio, se puede apreciar que es un texto para comprender el “para qué” del envío y anuncio misionero. Ya el Concilio en su Constitución dogmática *Lumen Gentium* y en el Decreto “*Ad Gentes*” sugirieron el “qué” de la misión. *Dice la Evangelii Nuntiandi*:

«¿Qué eficacia tiene en nuestros días la energía escondida de la Buena Nueva, capaz de sacudir profundamente la conciencia del hombre? ¿Hasta dónde y cómo esta fuerza evangélica puede transformar verdaderamente al hombre de hoy? ¿Con qué métodos hay que proclamar el Evangelio para que su poder sea eficaz? Estas preguntas desarrollan, en el fondo, la cuestión fundamental que la Iglesia se propone hoy día y que podría enunciarse así: después del Concilio y gracias al Concilio que ha constituido para ella una hora de Dios en este ciclo de la historia, la Iglesia ¿es más o menos apta para anunciar el Evangelio y para insertarlo en el corazón del hombre con convicción libertad de espíritu y eficacia?»<sup>53</sup>.

El fin y objeto último que descubro y me pregunto en el tiempo que me llevó estar sumergido en las fuentes conciliares, de ahondar y llegar hasta lo profundo de los textos estudiados, conducido por el mismo Espíritu, sin el que uno no se puede ni siquiera atrever a lanzarse a la inmensidad de las corrientes doctrinales que se mueven en sus documentos, es el siguiente: ¿cómo llegar a una espiritualidad misionera en la Iglesia, para el mundo contemporáneo en el que vivimos?, ¿cómo acontece y brota la misión? ¿Qué camino recorrer para que surja lo misionero, origen y carisma, en un bautizado y en una comunidad cristiana?

*Recapitulando:*

Este primer capítulo es la inspiración y visión del tema desde la fuente original, el Concilio Vaticano II, sirve de soporte doctrinal a contrastar con el pensamiento teológico emanado a partir de su enseñanza. Inspiración y visión de lo que han sido las mociones, origen y carisma de la misión del Espíritu Santo en la Iglesia.

De esta manera, le hemos seguido la trayectoria al Espíritu en el Concilio, donde constatamos que en la Constitución dogmática *Lumen Gentium* y el Decreto “*Ad Gentes*”, que como fuentes, definen la misión y lo misionero de la Iglesia son el Espíritu y la espiritualidad, ya que perfilan el objeto de la pretensión de este estudio, una teología espiritual de *Discípulos Misioneros* al servicio de la actual evangelización en el mundo.

La clave pneumatológica elegida para formular la inspiración y visión temática, deja bien preciso que estamos ante una cristología pneumática de la misión, es Cristo quien la origina, y su mismo Espíritu, el que la anima y acompaña. Desde esta perspectiva se alcanza a observar que al querer formular una teología espiritual misionera, a partir del Concilio, el Espíritu es a *Discípulos* y la espiritualidad es a *Misioneros*. Por aquí va el soplo del Espíritu, que espero se convierta en nuevo impulso de animación evangelizadora.

---

<sup>53</sup> EN., 4.

Hemos recorrido la fuente conciliar del Vaticano II, en sus palabras dirigidas a la humanidad, su lenguaje convocante para el mundo, su capacidad de diálogo, la creativa presentación de modos y mediaciones para ser interpretado y comprendido, constatar su alcance e impacto dentro y fuera de lo eclesial; pero sobre todo, la razón principal, cómo el Espíritu inspiró la visión a la Iglesia hacia la misión evangelizadora, el anuncio de la persona de Jesucristo y el mensaje de su evangelio.

Hagamos camino de discipulado en la Iglesia y en el seguimiento del Hijo único enviado del Padre, Cristo; que sea el Espíritu el que nos revele la verdad completa, para que las comunidades cristianas de hoy sean misioneras. Otra de las intuiciones que deja este primer capítulo es constatar que será difícil una Iglesia misionera sin antes ser discipular; como también, lo discipular exige lo misionero. Esta es la efusión sinérgica del Espíritu en el Concilio, que permite ser a la Iglesia un organismo vivo que comunique la fuerza transfiguradora de Cristo a toda creatura que viene y vive en este mundo.

Recojamos las palabras que pronunció el cardenal Fernando Filoni, Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, en la Semana de Misionología de Burgos 2015, en su conferencia: “El Decreto “*Ad Gentes*”: Una Visión Teológica e Pastoral sobre la Misión” con motivo de la conmemoración del cincuenta aniversario del Concilio Vaticano II. Considero que viene bien para sintetizar el objeto de este primer capítulo del presente estudio, además, que ilumina el camino de reflexión a continuar y los posibles hallazgos que se logren al final:

«Si lo que nos mueve a celebrar es el amor y la gracia de participar más responsablemente a la misión Trinitaria de salvación de la humanidad, esta celebración no debería terminar nunca; pero si nos quedamos en el estudio científico, histórico o espiritual de un Documento, entre tantos otros emanados por la Iglesia en Concilio, no creo que la celebración se prolongue mucho. De nosotros depende la decisión en uno u otro sentido, o el asumir ambos desafíos al mismo tiempo»<sup>54</sup>.

Continuemos esta travesía después de haber navegado por las fuentes conciliares, abordemos el desafío de la interpretación teológica. El Espíritu nos lo explicará todo.

---

<sup>54</sup>C. FILONI, *El Decreto “Ad Gentes”: Una Visión Teológica e Pastoral sobre la Misión*, 68ª semana de misionología Burgos 2015, <http://www.obrasmisionalespontificias.es> [5-07-2015]



## 2. DISCÍPULADO MISIONERO: *Pneumatología del envío*

El paso que ahora sigue es el conducirnos hacia lo que sería una interpretación teológica espiritual, que exprese el significado de la inspiración y visión del Espíritu y espiritualidad, como origen y carisma de la misión asumido en el acercamiento al Concilio Vaticano II. Insisto en ubicar el referente hermenéutico que aporta la *Evangelii Nuntiandi*, como interpretación y comprensión del “*para qué*” de la misión, según el Espíritu que el mismo Concilio inspiró. El Beato Pablo VI le preguntó a la Iglesia, todavía al calor teológico dejado por la cita conciliar, por la fuerza de la Buena Noticia: «¿Qué eficacia tiene en nuestros días la energía escondida de la Buena Nueva, capaz de sacudir profundamente la conciencia del hombre? ¿Hasta dónde y cómo esta fuerza evangélica puede transformar verdaderamente al hombre de hoy?»<sup>1</sup> Esta es la ruta interpretativa que deseo indicar el “*para qué*” de la *Pneumatología del envío* en el desenlace misionero de la Iglesia.

Propongo como eje articulador de la teología espiritual de *Discípulos Misioneros*, Espíritu y espiritualidad, lo correspondiente a la experiencia de la *Pneumatología del envío*, lo singular del Espíritu entregado por Cristo a la Iglesia apostólica misionera. Que sea el Espíritu el que indique el momento del discipulado misionero como envío en la acción eclesial. El presente capítulo es el centro teológico espiritual del cuerpo reflexivo que desarrollo, el cual indico que sea un movimiento integrador, interdisciplinar y abarcador, «para vivir mejor la experiencia del Espíritu, para captarla en la plenitud de la experiencia cristiana, tenemos la necesidad, más que nunca, de descubrir una visión orgánica de los fundamentos: el misterio trinitario y el corazón de Cristo, la Iglesia del Espíritu, la ley del Espíritu, el discernimiento del Espíritu»<sup>2</sup>. Dejar que sea el mismo Espíritu el que mueva y conduzca en libertad las insospechadas mociones del envío evangélico de ayer, hoy y siempre.

Lo integrador de este estudio es una *Pneumatología* que está en el conjunto de la teología trinitaria, es un dinamismo del envío discipular misionero que indica cómo «el

---

<sup>1</sup> EN., 4.

<sup>2</sup> M-J. LE GUILLOU, *Los testigos están entre nosotros*, Encuentro, Madrid 2013, 199.

movimiento trinitario va del Padre al Hijo, y ese movimiento es el Espíritu Santo: el Espíritu procede del Padre en su paternidad, a pesar de que no es Hijo, es el poder del amor en el que el Padre engendra al Hijo»<sup>3</sup>. Si bien el centro del anuncio es la persona de Jesucristo como Buena Noticia de salvación, lo que dispone e impulsa a ello es el protagonismo de la Tercera Persona de la Trinidad, el Espíritu Santo. Este es el horizonte que invito a no perder de vista.

La misión referencia e implica un envío, de ahí que la comunidad trinitaria, quien siempre revela la acción de Dios Padre, con el Hijo, en el Espíritu Santo, es una imagen que plasma lo que significa en la misión, la Persona que envía; Dios Padre, Espíritu y origen de todo que no es enviado; el Hijo, enviado del Padre en el Espíritu de la encarnación. El Espíritu Santo, el envío del Hijo que está junto al Padre, pues «no se trata de oponer Cristo al Espíritu. El Espíritu no es más que el movimiento hacia Cristo y no tiene otra Palabra que no sea el Verbo. ¿Acaso no es, como decía san Juan Damasceno, el aliento que anuncia al Verbo? Por eso, toda la dimensión pneumática y carismática de la Iglesia es regulada, en su origen mismo, por la forma cristológica y apostólica»<sup>4</sup>. En la comunión de la Trinidad, el Espíritu del Padre en el Hijo es el Enviado y, en el Espíritu Santo es el envío.

## 2.1. La Pneumatología cristológica

Al elegir la Pneumatología cristológica como clave de interpretación del “*para qué*” de la misión eclesial, se asume a Cristo el Enviado en el Espíritu y el Espíritu Santo el enviado dado por Cristo a los *Discípulos Misioneros* de la primera comunidad apostólica. La comprensión pretendida, el Espíritu y espiritualidad para una teología misionera, ubica un camino hermenéutico con el que se dé razón del significado del “envío” como dinamismo inherente a la misión. El sentido que tiene Cristo el Enviado, a partir del “envío” del Espíritu.

Un principio de comprensión, lo da el sentido que «el Pneuma cierra como una grapa por detrás las afirmaciones de la fe sobre Dios y sobre Jesucristo, las reúne y recapitula. Representa el lazo de unión entre Cristo y la Iglesia»<sup>5</sup>. Aquí estamos ante la Pneumatología como cristificación, que en la libertad del Espíritu, que sopla donde menos lo sospechamos, su impulso no es algo determinado y cerrado, sino que es una efusión abierta y una reflexión constante y sugerente, porque su dinamismo es procesual y mucho más allá de un frío

---

<sup>3</sup> F. J. DURRWEL, *Jesús Hijo de Dios en el Espíritu Santo*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1999, 97.

<sup>4</sup> M-J. LE GUILLOU, *Los testigos están entre nosotros*, op. cit., 247.

<sup>5</sup> C. SCHÜTZ, *Introducción a la Pneumatología*, Secretariado Trinitario, Salamanca, 1992, 26.

concepto. Es el Espíritu en cada movimiento de Cristo «el acontecimiento del Espíritu viene de Cristo, apunta hacia Cristo y sirve a Cristo. Es una dimensión que la Pneumatología ha de hacer manifiesta»<sup>6</sup>. La cristología pneumatológica evidencia que el envío es el de Cristo.

Abordar la teología del Espíritu del envío supone entrar en el lenguaje interpretativo, en tanto que «la profesión de fe refleja ya en la misma secuencia del artículo pneumatológico detrás del cristológico un ordenamiento, según el cual la cristología representa como el prólogo de la Pneumatología, mientras que ésta constituye el epílogo decisivo de la cristología»<sup>7</sup>. La Pneumatología cristológica, es movimiento de implicación y fusión.

Ahora bien, la esencia de lo que interesa en el estudio propuesto es perfilar «una Iglesia que se defina a partir del Espíritu se contemplará a sí misma, sus instituciones y su propia historia, en un horizonte marcadamente misionero»<sup>8</sup>. Este horizonte permite una interpretación eclesial de visión amplia, distinta, diversa ante la realidad habitual con la que se asumen las más diversas circunstancias de la obra evangelizadora. El camino queda abierto hacia una eclesiología pneumatológica discipular misionera del envío.

Ante este suceso, cuando en la formación teológica de quienes aspiran a ser agentes cualificados de la misión de evangelización en la Iglesia, al programar los estudios a cumplimentar, en muchas ocasiones, el contenido propio del “envío” queda a nivel de lo práctico y metodológico, los modos y formas, planes y proyectos. Por ello, al profundizar en el núcleo de la teología trinitaria, comprendemos en su corazón vital lo que significa el sentido del Espíritu como envío dado por el Enviado. Nada ha de darse por supuesto, ni reducir a la praxis lo esencial pneumatológico del envío, pues en ello hay un contenido teológico espiritual esencial e inaplazable, sin el que es difícil abrazar una espiritualidad discipular misionera en los actuales desafíos de la teología pastoral evangelizadora.

En este transitar investigativo resulta sugerente cuando se menciona la “ausencia” del Espíritu en la actividad pastoral de la Iglesia, la cual, contrasta con su necesaria “presencia”, en la misión dada por Cristo a los primeros discípulos y asumida por la primera comunidad cristiana en el envío de Pentecostés. Desde la fuente conciliar del Vaticano II, elegida como posibilidad de ahondar en una espiritualidad misionera, encontramos registrado el suceso en el que «durante el concilio, los observadores ortodoxos, protestantes, anglicanos, reprocharon

---

<sup>6</sup> Ibid., 31.

<sup>7</sup> Ibid., 29.

<sup>8</sup> Ibid., 15.

frecuentemente la falta de Pneumatología en los textos en discusión. Algunos han llegado, incluso, a repetir este mismo reproche después del Concilio»<sup>9</sup>. La reflexión sigue abierta y pienso que es un signo vivo del mismo Espíritu, algo necesario en la misión. Considero que es una ausencia de desconocimiento existencial y espiritual, y, no tanto de olvido, de ahí el sentido del estudio y profundización de la dimensión pneumatológica de la misión “*Ad Gentes*” que pueda iluminar una espiritualidad misionera de evangelización.

Es la vigencia y actualidad que cobra la Pneumatología cristológica del envío, para emprender toda iniciativa misionera de la Iglesia en el mundo, un envío que sigue siendo universal ayer, hoy y siempre. El llamado es a interpretar e interiorizar que «el Espíritu es el Espíritu de Cristo, que realiza la obra de Cristo, la construcción del cuerpo de Cristo. Se nombra incesantemente al Espíritu Santo como principio de la vida de este cuerpo que es la Iglesia»<sup>10</sup>. En el envío de Pentecostés la Iglesia queda enviada a realizar el encargo pascual del Resucitado: “*¡vayan!*”

### **2.1.1. Cristo el Enviado del Padre**

El “envío” es el de Cristo que como Enviado comunica el Espíritu a quienes ha elegido, llamado y enviado para la misión de anunciar la Buena Noticia, “*Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo*” (Jn 20, 21). Para la teología de la misión es el contenido y objeto de estudio en el itinerario a descubrir y recorrer en el camino trazado entre el Espíritu del Enviado y el Espíritu del “envío”. Es Cristo y el Espíritu Santo, Enviado y envío. Así se teje el cuerpo eclesial de la misión. Sin ello, el discipulado misionero carece de los hilos esenciales del envío, quedan sueltos, sin objeto y contenido evangelizador en los enviados.

La teología trinitaria da cuerpo a la dimensión misionera de la Iglesia, cuando en ella lo pneumatológico es el eje transversal que recorre como dinamismo toda la extensión y alcance que la contiene. Al adentrarnos en la doctrina conciliar, quedamos convencidos de ello, «muchos de los documentos del Vaticano II fundamentan su doctrina en una visión trinitaria de la economía de la creación y la gracia. Y esto, ante todo, por lo que se refiere al principio: plan del Padre, misión del Verbo-Hijo, misión del Espíritu»<sup>11</sup>. Una visión orgánica

---

<sup>9</sup> Y. CONGAR, *El Espíritu Santo*, op. cit., 195.

<sup>10</sup> *Ibid.*, 196.

<sup>11</sup> *Ibid.*, 197.

de la misión evangelizadora es obra de la comunión trinitaria, la cual, ha de estar inserta y articulada en una comunidad cristiana como dinamismo espiritual y pastoral.

Al expresar la teología del Cuerpo de la Iglesia, la imagen que nos dejó el Concilio Vaticano II para recrear la misión dada por el Enviado y recibido como envío por quienes viven el ser del discipulado misionero, es el contenido que encierra cuando se refiere a la Iglesia como «Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo, templo del Espíritu Santo»<sup>12</sup>. Una noción de totalidad que envuelve y despliega el significado del ser y tarea de la acción misionera de la Iglesia. El discipulado misionero es un rostro del Espíritu, que se expresa en la misión eclesial recibida en el bautismo, expresión del mandato misionero de Cristo.

Ser y edificar la Iglesia, en tanto mandato misionero de Cristo dado a los apóstoles, junto a la promesa del envío del Espíritu Santo, constituye la comunión y participación de todo bautizado que vive su fe como efusión de un envío recibido y que le urge comunicar. De esta manera, «la Pneumatología, como teología y dimensión de la eclesiología, sólo encontrará su pleno desarrollo en lo que se realice y viva de la Iglesia»<sup>13</sup>. La pasividad en la recepción del Espíritu, prepara el envío misionero como salida activa a la misión encomendada por Cristo. Es una pasividad de apertura al don que dispone la capacidad de ofrendarse en el envío misionero para entregar el evangelio.

La Pneumatología cristológica del envío concentra su atención a partir del momento en que la Iglesia descubre su vocación misionera como inspiración suscitada en la encarnación de Jesús. Así Congar cita a W. Kasper respecto a la misión del Espíritu con el Verbo encarnado:

«La Iglesia es el lugar concreto donde la obra de la salvación de Dios en Jesucristo está presente por el Espíritu Santo. La eclesiología es una función de la Pneumatología. Sin embargo, en la teología moderna se tiene frecuentemente la impresión de que la Pneumatología se ha convertido en una función de la Eclesiología. El Espíritu se convierte en el garante de la institución Iglesia y la Pneumatología se convierte en una superestructura añadida a la eclesiología»<sup>14</sup>.

En este aspecto, comparto esta opinión, la eclesiología expresa la vivencia que suscita el envío del Espíritu a la Iglesia, evento pneumatológico; de no ser así, viene la confusión y dispersión, no acabaremos de comprender la presencia y acción del Espíritu en el Cuerpo de

---

<sup>12</sup> Ibid., 197.

<sup>13</sup> Ibid., 201.

<sup>14</sup> Ibid., 253.

la Iglesia y seguirá siendo el eterno desconocido, con probabilidades de ser olvidado. Lo que sí es evidente, es que la misión eclesial debe ser en esencia encarnada en el Espíritu. En este sentido, le doy fuerza a la teología espiritual misionera que se origina en el misterio de la encarnación como ya lo hemos apreciado. La encarnación como la concreción de la misión del Padre, por el Hijo, con el Espíritu Santo.

El dinamismo que la comunidad trinitaria comunica, es el mismo movimiento que la Iglesia vive al ser misionera, desplegar por el mundo que Dios es amor. De ahí que una Pneumatología cristológica del envío, nos adentra en lo que el Concilio Vaticano II diseñó como hoja de ruta de la vocación misionera para una Iglesia discipular y que vuelvo a referenciar como fuente en el Decreto conciliar “*Ad Gentes*”, el cual lo formula así:

«Aunque a todo discípulo de Cristo incumbe el deber de propagar la fe según su condición, Cristo Señor, de entre los discípulos, llama siempre a los que quiere para que lo acompañen y los envía a predicar a las gentes. Por lo cual, por medio del Espíritu Santo, que distribuye los carismas según quiere para común utilidad, inspira la vocación misionera en el corazón de cada uno y suscita al mismo tiempo en la Iglesia institutos, que reciben como misión propia el deber de la evangelización, que pertenece a toda la Iglesia. Porque son sellados con una vocación especial los que, dotados de un carácter natural conveniente, idóneos por sus buenas dotes e ingenio, están dispuestos a emprender la obra misional, sean nativos del lugar o extranjeros: sacerdotes, religiosos o laicos. Enviados por la autoridad legítima, se dirigen con fe y obediencia a los que están lejos de Cristo, segregados para la obra a que han sido llamados (Cf. Act., 13,2), como ministros del Evangelio, "para que la obediencia de los gentiles sea aceptada y santificada por el Espíritu Santo" (Rom. 15,16)»<sup>15</sup>.

Seguidamente, a la vocación como misión le acompaña la espiritualidad misionera, como expresión de esa vida en el Espíritu de quienes se sienten llamados a anunciar la Buena Noticia del evangelio por el mundo. El Decreto “*Ad Gente*” describe la teología espiritual de la vocación y misión como fundamento de interpretación del discipulado misionero:

«El hombre debe responder al llamamiento de Dios, de suerte que no asintiendo a la carne ni a la sangre, se entregue totalmente a la obra del Evangelio. Pero no puede dar esta respuesta, si no le mueve y fortalece el Espíritu Santo. El enviado entra en la vida y en la misión de Aquel que "se anonadó tomando la forma de siervo". Por eso debe estar dispuesto a permanecer durante toda su vida en la vocación, a renunciarse a sí mismo y a todo lo que poseía y a "hacerse todo a todos". El que anuncia el Evangelio entre los gentiles dé a conocer con confianza el misterio de Cristo, cuyo legado es, de suerte que se atreva a hablar de Él como conviene, no avergonzándose del escándalo de la cruz. Siguiendo las huellas de su Maestro, manso y humilde de corazón, manifieste que su yugo es suave y su carga ligera. Dé testimonio de su Señor con su vida enteramente evangélica, con mucha paciencia, con longanimidad, con suavidad, con caridad sincera, y si es necesario, hasta con la propia sangre. Dios le concederá

---

<sup>15</sup> AG., 23.

valor y fortaleza para que vea la abundancia de gozo que se encierra en la experiencia intensa de la tribulación y de la absoluta pobreza. Esté convencido de que la obediencia es la virtud característica del ministro de Cristo, que redimió al mundo con su obediencia. A fin de no descuidar la gracia que poseen, los heraldos del Evangelio han de renovar su espíritu constantemente. Los ordinarios y superiores reúnan en tiempos determinados a los misioneros para que se tonifiquen en la esperanza de la vocación y se renueven en el ministerio apostólico»<sup>16</sup>.

Para este Espíritu y espiritualidad de *Discípulos Misioneros*, el envío nos lanza a comprender que es algo más que iniciar una acción y tarea que comienza por nosotros mismos. El misionero que recibe el envío ha de saber que el Espíritu del Enviado ya está presente con antelación en las personas y lugares a donde es destinado, pues no se comienza de cero, sino que «varios documentos conciliares nos dicen todo lo que hay de verdadero y bueno, e incluso de divino, entre estos hombres que encuentran por primera vez el heraldo de evangelio. Este debe venir no para comenzar absolutamente, sino para hacer generar la semilla y recoger la mies del Espíritu»<sup>17</sup>. El Espíritu Santo llega primero y permanece siempre allí donde menos lo imaginemos y sospechemos para preparar el la presencia del Enviado.

### **2.1.2. El envío del Espíritu por el Hijo**

El Espíritu del Enviado precede al envío misionero, lo que indica que es necesario pasar primero por un camino de discipulado con el Enviado, Cristo, para luego, experimentar el envío como encargo misionero. De no ser así, la evangelización será solo de unos activistas propagandistas de lo religioso que pregonan doctrinas y conceptos abstractos sobre la fe.

Precisar una Pneumatología cristológica del envío, implica en este segundo capítulo, retomar el significado del origen y carisma inspirado en la doctrina conciliar que describimos en el primer capítulo, aquello que en el concilio se suscitaba en torno a: “Iglesia, qué dices de ti misma”. Por eso, «la actividad misionera de la Iglesia se basa en profundas premisas teológicas, en el conocimiento de la esencia misma de la Iglesia, en su universalidad–catolicidad–, que corresponde al designio eterno de salvar a todos por obra de Dios y redimir a todos por medio de Cristo»<sup>18</sup>. La Pneumatología cristológica del envío le pone rostro de universalidad a la Iglesia, su nombre es acogida, fraternidad y solidaridad. Es Cristo que en el

---

<sup>16</sup> AG., 24.

<sup>17</sup> A. HENRY, *Verdadera y falsa contestación en la misión*, op. cit., 13.

<sup>18</sup> K. WOJTLA, *La renovación en sus fuentes: sobre la aplicación del concilio vaticano II*, op. cit., 320.

Espíritu configura el don universal a la salvación, como llamado y seguimiento: “*Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes*” (Mt 28, 19).

Si nos detenemos un momento en este trayecto pneumatológico que recorremos, nos encontraremos con un evento que a lo largo de la historia de la Iglesia en estos últimos años, cada vez más se mueve entre la claridad y la confusión, distancia y acercamiento, no obstante, sugiero encausarlo como encuentro de complementariedad: oriente y occidente. De entrada, alcanzo a visualizar un dinamismo propio del Espíritu que puede ayudar a este diálogo. En oriente la iglesia se extiende y crece por la tradición de lo divino-litúrgico y universal-sacramental, mientras que en occidente, se propaga y disemina por la misión como envío del mandato de Jesús realizado en acciones de evangelización. Tejer con estos dos hilos resultará una obra necesaria del Espíritu para una renovada teología espiritual misionera, si no será una madeja que se enreda cada vez más y no aparece la imagen diseñada por Cristo, la de ser el salvador de todos los hombres en cumplimiento de la misión del Padre.

No pretendamos avanzar y dar pasos misioneros en la Iglesia con *Discípulos* que no hayan recibido el envío como *Misioneros* del Espíritu de Cristo, el Enviado del Padre. Sin una Iglesia discipular la misión resulta como “*arar en el mar*”, el esfuerzo misionero de evangelización se diluye. De esta premisa parto para dar paso al primer fundamento de la Pneumatología del envío, que es la encarnación del Enviado, la que aconteció en el instante anunciado por el ángel: “*el Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios*” (Lc 1, 35). Asumimos que Cristo es el Enviado y en su Espíritu acontece el envío misionero.

## **2.2. El Espíritu en la encarnación del Enviado**

Lo primero, sin encarnación no hay misión. Categórica afirmación que nos introduce en este segundo acápite, con el que comenzamos a interpretar que el discipulado misionero contiene el rostro de Cristo con el Espíritu, para ilustrar la teología espiritual misionera de la Iglesia. Es el evento que le da pleno cumplimiento al plan salvífico de Dios. En este mismo momento estoy ante el Espíritu de la encarnación del Enviado, Cristo. Es el único camino de interpretación para comprender la inspiración y visión de este estudio propuesto, Espíritu y espiritualidad de *Discípulos Misioneros*. La encarnación de Cristo, Enviado del Padre, con la



presencia del Espíritu Santo, ilumina a la Iglesia que tiene urgencia de ser discípula de Cristo y misionera del Espíritu en medio del mundo mediante la evangelización de los pueblos.

“En el *principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios*”. (Juan 1, 1) En el principio y desde el principio, en su concepción en el vientre de la virgen María, el Espíritu Santo está presente en Jesús como inicio del envío para un anuncio: encarnarse. El Espíritu Santo fecunda al Dios Hijo, al Enviado. Es protagónico este momento en el que la misión de Dios se encarna por el Hijo en el Espíritu. La encarnación es la Palabra hecha Persona, Jesús. El Espíritu en la encarnación del Enviado es principio e inicio de la misión, es el impulso que inaugura el comienzo del anuncio de la presencia del salvador en la humanidad.

La Palabra-Espíritu, es el instante fecundo de una presencia salvífica «la señal de reconocimiento de que Jesús es el Mesías, el enviado de Dios, es que pronuncia su palabra y da su Espíritu sin medida. Esta expresión es de una indudable densidad cristológica: él es la persona que Dios envía, el que profiere las palabras del Padre y está lleno del Espíritu (bautismo) para, a su vez, otorgarlo universalmente»<sup>19</sup>. La encarnación del Hijo, en el Espíritu, irrumpe la misión como misterio de salvación en Cristo. Algunos teólogos aducen el término de Pneumatología cristológica a la relación de Cristo y el Espíritu Santo en la misión. Sin embargo, creo que sería más exacto enunciarla como Pneumatología cristológica del envío, para centrar la iniciativa de Cristo el Enviado que otorga el envío en el Espíritu.

En este trayecto de interpretación teológica espiritual, en la que escudriñamos la presencia del Espíritu en la misión como evento encarnatorio, sucede que el Espíritu encarnado se manifiesta como un don, en el que «se tiene el Espíritu por un acto de Dios que expresa su amor y engendra una unión correspondiente con él. Un primer envío del Espíritu –Santo Tomás habla de “misión” del Espíritu Santo– ha constituido “santo” e “hijo de Dios” (= Mesías) a este ser diminuto, a Jesús en el seno de María»<sup>20</sup>. Dar razón de la misión del Espíritu Santo es el tema que nos ocupa en este acápite, de esta manera podremos comprender de dónde brota la espiritualidad misionera. Puesto que en la encarnación tenemos el referente original con el que se inaugura toda misión en el mundo, con la divinización de la humanidad.

---

<sup>19</sup> N. MADONIA, *Cristo siempre vivo en el Espíritu*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2006, 77.

<sup>20</sup> Y. CONGAR, *El Espíritu Santo*, Herder, op. cit., 42.

De qué manera irrumpe la encarnación es la pregunta cuya respuesta acontece en tanto que «el Espíritu y María tienen una misma misión, que cumplen en perfecta sinergia, el uno de modo celestial y la otra del modo humano, la única melodía del misterio de la encarnación. De esta manera nace un hombre que es el Hijo de Dios, ya que Dios lo engendra del Espíritu y del seno de María»<sup>21</sup>. Un Espíritu que une lo divino con lo humano, puente y vínculo que obra la redención de toda la humanidad. En la encarnación del Enviado, el Hijo hace al hombre hijo, para que éste a su vez reciba el don del Espíritu que nos enseña a llamar a Dios Padre.

La clave interpretativa de la encarnación evidencia y expresa la misión del Espíritu, su participación en la concepción divina del Enviado y luego su efusión como envío conferido por Cristo a los primeros discípulos. El Enviado del Padre es un Hijo en el que se comunica el Espíritu, el cual dispone la creación entera para que sea toda ella vocación y misión de salvación: obrar la encarnación explícita el envío del Espíritu para que irrumpa la misión del Enviado, que a su vez entrega el mismo espíritu a quienes le siguen y configuran la primera comunidad discipular.

De qué manera sucede la encarnación del Enviado, es una pregunta cuya respuesta trasciende el horizonte del misterio en quien la descubre. El Espíritu santo actúa de forma sorprendente en lo humano y lo divino, siendo principio hermenéutico para comprender la forma en que el Enviado entra en la humanidad engendrado con el Espíritu. El Espíritu posibilita la entrada de Cristo:

«Así pues, el Espíritu se manifiesta como el poder de Dios en su paternidad. Usamos una imagen cuando afirmamos que Dios es Padre, que engendra; no podemos prescindir de las imágenes para decir lo indecible. Para hablar del Espíritu Santo, se ofrece a la mente la imagen de un seno misterioso, en donde el Padre engendra al Hijo. Este nacimiento es extraño: el Hijo no sale de ese seno, sino que nace entrando en él a través de su vida y de su pasión. Jesús ha sido sacado hacia el Padre, ha sido investido por ese poder de engendramiento que es el Espíritu, hasta su nacimiento de plenitud en el seno del Padre que es la resurrección: “Hoy te he engendrado” (Hch 13, 33)»<sup>22</sup>.

El Espíritu que engendra al Enviado del Padre, Jesucristo, realiza una encarnación en la que nacer es entrar. Dios entra en la humanidad con su nacimiento en el Hijo hasta la resurrección, asume la humanidad como lugar y espacio en el que el Espíritu obra al nacer, padecer y resucitar. En la encarnación entra el Espíritu del Padre y sale en Espíritu del Hijo, estos dos movimientos son los que unidos por el mismo Espíritu, dan la vida al mundo. Es la

---

<sup>21</sup> F.J. DURRWEL, *Jesús Hijo de Dios en el Espíritu Santo*, op. cit., 90.

<sup>22</sup> *Ibid.*, 90.

Buena Noticia que cree y anuncia todo discípulo misionero que ha recibido el don del Espíritu. La vida cristiana como un entrar y salir en el Espíritu, es el entrar en el discipulado y el salir hacia el envío misionero. Sentido y significado de la misión encarnada que se le pide a la Iglesia en su perenne presencia evangelizadora en el mundo.

La misión encarnada de Cristo en la Iglesia pasa por interpretar y comprender la Pneumatología de la encarnación, el momento en que por el envío del Espíritu Santo se anuncia a María el nacimiento del Hijo de Dios. Es una misión encarnada aquella en la que se da la acogida abierta al don de lo alto, que actúa desde el abajamiento humilde, la obra de amor con la que el hombre es abrazado por Dios, le levanta y rescata, le dignifica y santifica. Resulta difícil formular y elaborar una espiritualidad misionera que no sea de encarnación, que no especifique el primer anuncio sucedido en la humanidad, Jesús hecho carne y constituido Hijo Enviado con la fuerza del Espíritu.

En la encarnación del Enviado, el Espíritu es donación de amor que se entrega, de un Dios que sale de sí para entrar en el hombre como un Tú, apertura de una nueva relación. Cristo encarnado revela el querer del Padre con la efusión del Espíritu, son esas mociones con las que toda criatura se ve tomada y revestida de una presencia que le imprime novedad. Es el amor del Verbo encarnado que se aproxima al corazón de la humanidad para darle impulsos, los propios de un padre con un hijo. El Espíritu siempre actúa en todo momento como encarnación y de esta manera es disposición de envío. Cristo se encarnó y por el Espíritu es misión de envío, no se entiende de otra manera. No hay envío sin encarnación-relación. Esto sucedió en la Anunciación y se prolonga hasta hoy, cuando la Iglesia en cada comunidad promueve el discipulado como formación encarnada para el envío y anuncio misionero.

En el Enviado, Cristo, el Espíritu realiza la mayor de las misiones del Padre, la filiación de amor. Así, a la luz interpretativa de *Evangelii Nuntiandi*, para «anunciar el Evangelio y para insertarlo en el corazón del hombre con convicción, libertad de espíritu y eficacia»<sup>23</sup>, la misión eclesial es encarnación que engendra hijos por Cristo, en el Espíritu:

«El Espíritu es la fuerza de apertura de sí mismo, de la absoluta donación de sí. En el Espíritu de amor, el Padre está en éxtasis de sí mismo en su Hijo: el Verbo brota del corazón del Padre. La frase lapidaria de san Agustín: aquí tenemos tres cosas: el amante, el Amado y el Amor, puede formularse de este modo: aquí tenemos tres cosas: el engendrante, el Engendrado y el poder divino de engendrar. El Padre y el Hijo son

---

<sup>23</sup> EN., 4.

tales en el Espíritu Santo: una persona engendrante y una persona filial que se deja engendrar. Son personalizados en el Amor: Padre en el Amor, Hijo en el Amor»<sup>24</sup>.

Qué sucede en la encarnación del Enviado, la respuesta está en que «así, para Juan (1, 32 – 34), Jesús, Verbo hecho carne, tiene ya el Espíritu»<sup>25</sup>. Es un acontecimiento único y completo en un solo movimiento. Dios se manifiesta todo y actúa como Espíritu por el Hijo, con el Espíritu. Todo sucede en un mismo instante y no tiene interrupciones, «al igual que cuando tiene lugar el anuncio (Lc 1, 35), la Palabra y el Espíritu vienen juntos»<sup>26</sup>. En el discipulado misionero, el Espíritu del Enviado obra de igual forma, se funde en una efusión en la que la persona es tomada por la única Palabra que engendra filiación, Cristo Hijo de Dios Padre. Este núcleo existencial y espiritual en el interior de quien anuncia el Evangelio se vuelve Espíritu que engendra a otros para que vivan en el amor filial del Padre Dios. Engendrar hijos libres para ser amados y amar es la misión discipular de la Iglesia en las comunidades cristianas.

Cuando San Ireneo nos comunica el sentido de la encarnación, donde Jesús, «en cuanto Dios, recibe del Padre, es decir, de Dios, el trono de la realeza eterna y el aceite de la unción»<sup>27</sup>; manifiesta la intención con la que nos quiere ilustrar que el Espíritu encarnado del Enviado se da a toda la humanidad y dice que «por esta razón descendió sobre Jesús en el momento de su bautismo, a fin de que él pudiera comunicárnoslo. De esta manera, el verbo se hizo Jesucristo»<sup>28</sup>. La misión encarnada de una Iglesia discipular misionera, ha de registrar este evento como la mayor de las posibilidades de evangelización, que resuene esta voz de lo alto: “*Tú eres mi hijo; yo hoy te he engendrado*” (Lc 3, 22). La filiación en el poder dado por el Espíritu de engendrar hijos para la Iglesia, presentes en la humanidad al servicio del Reino.

El Espíritu en la encarnación es el mismo instante del envío del Enviado, Cristo que por obra del Espíritu entra en el mundo, Él mismo ya se dispone a enviarnos el Espíritu con el que nos participa de su misión dada por el Padre. El Enviado es el que envía porque porta el don del Espíritu, de esta forma, la misión es obra santificadora de divinización. El Espíritu en el Hijo Enviado, por la encarnación, nos participa de este suceso salvador para toda la humanidad, nos integramos a la obra de la redención. Una buena interpretación y comprensión del tema que nos ocupa lo tomamos de la patrística con Metodio de Filipo, un

---

<sup>24</sup> F.J. DURRWEL, *Jesús Hijo de Dios en el Espíritu Santo*, op. cit., 96.

<sup>25</sup> Y. CONGAR, *El Espíritu Santo*, Herder, op. cit., 43.

<sup>26</sup> Ibid., 44.

<sup>27</sup> Ibid., 44.

<sup>28</sup> Ibid., 48.

siglo posterior a Ireneo quien repite sin cesar: «por la encarnación, el mortal se ha convertido en inmortal, el pasible en impassible»<sup>29</sup>. Es el acontecimiento de la encarnación como hecho vivo y salvífico para toda la humanidad.

Esta visión de la encarnación es la misión del Espíritu que eleva al hombre a Dios. Es la evidencia de la Pneumatología cristológica del envío con la que interpretamos que el Espíritu en la encarnación comunica la gracia de la divinización humana. Es la Buena Noticia encarnada en el seguimiento discipular misionero de todo cristiano bautizado.

Jesús aporta a la humanidad por su encarnación en el Espíritu con el que se hizo hombre, la gracia, salvación y divinización. Un itinerario pneumatológico de la misión que manifiesta que en el ser de Cristo como Enviado, tiene un recorrido específico de la misión recibida del Padre y que a su vez es comunicada en el envío en quienes son constituidos *Discípulos Misioneros*. La teología de la misión realiza la divinización del hombre como gracia y la salvación de la humanidad en tanto dignificación, a través de quienes reciben el envío del Espíritu Santo como encargo dado por el Hijo Enviado, Jesús.

### **2.2.1. Unción encarnada de Cristo**

Nos detenemos en uno de los instantes centrales en que la economía de la salvación en sí misma es historia salvífica para la humanidad; se nos presenta, el evento de la unción de Jesús a la hora de su misión, que además de ser el elegido es ungido. Pero se produce un suceso inédito, el Hijo en su divinidad encarnada es ungido de lo alto, para lo cual nos encontramos ante un momento revelador en el que «la encarnación y la unción son así dos momentos no sólo diferenciados, sino también relacionados: el Espíritu Santo enviado por el Padre viene sobre Jesús, el Hijo hecho hombre, como su lugar propio y natural. La unción sigue a la encarnación y es su consecuencia»<sup>30</sup>. Para la teología espiritual misionera es iluminadora esta apreciación en tanto que el *Discípulo Misionero* es mucho más que alguien con conciencia bautismal de escogido y elegido, necesita auto comprender su identidad cristiana y misión eclesial, en la plena conciencia de su unción sacramental. Este es un llamado que urge y en el cual apremian caminos de búsqueda para la actual identidad misionera de la Iglesia.

---

<sup>29</sup> Ibid., 50.

<sup>30</sup> L. LADARIA, *La trinidad misterio de comunión*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2002, 180.

Es lo que acontece en la teofanía del bautismo de Jesús, lo que allí ocurre marca el inicio de la misión salvífica de Cristo al ser ungido: «la unción en el Jordán santifica por tanto la humanidad asumida por el Hijo que, en su divinidad, no se ve afectado por esta efusión del Espíritu»<sup>31</sup>. Es impensable así, una Iglesia discipular misionera que no procure la santificación de todos sus hijos en la obra de la evangelización, tanto en los evangelizadores como en los evangelizados. Pero para que ello suceda, la unción bautismal recibida debe ser alentada y animada en todo instante mediante la catequesis mistagógica en la que se identifique la experiencia de vida adquirida a partir de la acción santificante de la unción como evento transformador humano divino en toda persona que recibe y acoge el misterio de la fe. Cuánto camino por recorrer en el ejercicio mistagógico de la fe en el que se contiene en sí la fuerza testimonial misionera, poder contar lo que la gracia de la unción realiza en el creyente es ya un anuncio y envío que compromete la plena y total participación en la iniciación cristiana.

La encarnación como unción, expresa el centro de la acción del Espíritu en Jesús como Enviado, toda criatura necesita ser agraciada desde lo alto, ungida. Así lo señala San Atanasio: “*por la encarnación del logos, la humanidad fue ungida por el Espíritu Santo*”. De esta manera, el Espíritu no se revela a sí mismo, sino que aparece totalmente relacionado con Jesús, el Hijo Enviado y nacido del Espíritu. La Pneumatología cristológica de la encarnación, como origen de la misión del Hijo Enviado, es fundamento para una pastoral misionera discipular, que realiza el anuncio y Cristo obra como misionero del Padre, de aquí que:

«La individualidad humana suscitada en el seno de María por el Espíritu es, en el mismo instante, asumida por el Verbo-Hijo y comienza a existir la persona de este Hijo. Se trata de una misión visible porque el Verbo-Hijo, expresión del ser de Dios (Heb 1, 3), es verdaderamente una expresión humana de Dios. No se trata de una simple teofanía, sino de la realidad personal y sustancial del verbo hecho carne. “Salí del Padre y he venido al mundo” (Jn 16, 28)»<sup>32</sup>.

El Espíritu ha constituido a Cristo misionero del Padre por su encarnación. Esta es la inequívoca acción del Espíritu con la que también hoy la evangelización permite que los *Discípulos Misioneros* encarnen el evangelio del Hijo ungido para la santificación del mundo.

Las misiones del Verbo y del Espíritu son evidentes y reveladoras de la plena intención de Dios Padre, que por medio del Hijo y con el Espíritu comunican esta vocación y

---

<sup>31</sup> *Ibid.*, 178.

<sup>32</sup> Y. CONGAR, *El Espíritu Santo*, op. cit., 211.

misión salvadora, siendo así que «las misiones del Hijo y del Espíritu son reales y se expresan y despliegan en el interior de la única misión divina en favor de los hombres»<sup>33</sup>. En tiempo y lugar ocurre la encarnación del Enviado, que ya desde el principio de la creación, hasta la plenitud de los tiempos, la economía de la salvación da razón de esta obra de amor.

En una teología discipular de la misión, a partir de la encarnación, las misiones del Verbo y del Espíritu Santo son la participación continuada que han de llevar todos aquellos que ungidos con el Santo Crisma en el bautismo y la confirmación son llamados a proclamar el evangelio por todo el mundo «porque estas ‘misiones’ –la encarnación para el hijo y la efusión de Pentecostés para el Espíritu– no son sino las procesiones trinitarias eternas en cuanto tienen como término un efecto creado: la asunción de la naturaleza humana en unidad hipostática y la santificación de los discípulos»<sup>34</sup>. Los *Discípulos Misioneros* prolongan en el mundo la misión de Cristo y del Espíritu, se santifican y son santificados por la unción.

La procesión del Espíritu que se manifiesta en la encarnación, inaugura la procesión de Cristo en el mundo, de esta forma proyecta la misión de quienes le siguen, «Jesús dona a sus discípulos ese Espíritu en quien él es el Hijo y el Señor: ‘si me voy, os lo enviaré’ (Jn 16, 7)»<sup>35</sup>. La Pneumatología cristológica del envío es la constante animación de las procesiones trinitarias con las que la Iglesia misionera comunica el mensaje del evangelio, presenta cada una de las acciones con las que Dios Padre, por el Hijo, con el Espíritu Santo quieren abrazar a todos los seres humanos y reunirlos como hijos amados. Son procesiones de la misión que comienzan por formar y animar comunidades cristianas en el discipulado misionero, “*Venid y lo veréis*” (Jn 1, 39).

La misión del Enviado, el ungido, es la presencia misionera de Cristo que permanece y es parte de un legado y herencia que como promesa se prolonga en el tiempo, «la unción con el Espíritu es en este sentido un requisito indispensable para poder llevar a cabo la misión que le ha sido encomendada por el Padre»<sup>36</sup>. Por ello, la teología de la unción es propia de la misión, pues ella es consagración dada en la plenitud con la que «Jesús resucitado por el poder del Espíritu es la persona que promete a sus discípulos su postrer revestimiento de lo alto con la misma fuerza con la que también él fue revestido»<sup>37</sup>. La misión viene de lo alto y

---

<sup>33</sup> N. MADONIA, *Cristo siempre vivo en el Espíritu*, op. cit., 232.

<sup>34</sup> Y. CONGAR, *Sobre el Espíritu Santo: Espíritu del hombre, Espíritu de Dios*, op. cit., 64.

<sup>35</sup> F. J. DURRWEL, *Jesús Hijo de Dios en el Espíritu Santo*, op. cit., 125.

<sup>36</sup> L. LADARIA, *Jesús y el Espíritu: la unción*, Monte Carmelo, Burgo 2013, 18.

<sup>37</sup> N. MADONIA, *Cristo siempre vivo en el Espíritu*, op. cit., 39.

se realiza abajándose en la humildad de quienes sólo se saben instrumentos inútiles y frágiles, abnegados, portadores de una Persona y una Palabra, Jesucristo.

La encarnación discipular originada en el Hijo Enviado, es obra del Espíritu en tanto que conduce desde el principio hasta la consumación del mundo todas las formas en que se realiza la presencia salvífica de Dios en la humanidad. En el Enviado que tiene el Espíritu del que envía, es el mismo que en varias ocasiones fue anunciado por Cristo a sus apóstoles. Vemos que «este Espíritu es ahora prometido a los discípulos para que continúen la obra del Maestro. Lo que da Jesús se transmite a los discípulos como elemento de continuidad entre la historia de Jesús y la historia de la Iglesia»<sup>38</sup>. Una Iglesia misionera encarnada vive la misión del Enviado y prolonga en cada uno de los bautizados el envío discipular conferido por la unción sacramental del bautismo y la confirmación.

Los bautizados ungidos en y por Cristo, son consagrados y enviados con la misma intencionalidad con que «en virtud de esta unción Jesús pasa por el mundo haciendo el bien y sanando enfermos; su posesión del Espíritu es la señal de que ‘Dios está con él’ (Hch 10, 38). El Espíritu Santo no es simplemente una fuerza que se apodera de Jesús, sino el principio interno en virtud del cual lleva a cabo su obra. Cristo no es un ‘pneumático’ poseído por la fuerza divina, sino el ‘Señor del Pneuma’»<sup>39</sup>. Al estar ungidos en Cristo, el bautizado como discípulo misionero comunica la unción recibida cuando imita el mismo paso de Jesús por el mundo haciendo el bien. La misión ungida de Cristo consagra la misión de la Iglesia y con ella la de cada uno de los evangelizadores y evangelizados.

El Hijo enviado, en una Pneumatología del envío nos revela que la misión principal dada por Dios Padre con el Espíritu, es realizar la obra de la filiación. Este suceso constituye el núcleo vital del espíritu misionero de un discípulo de Cristo hoy. Lo interpretamos y comprendemos, si acogemos con humildad el evento de la encarnación y lo vemos así:

«Para el Hijo, haber nacido es tener el ser del Padre. De igual manera, ser enviado es conocerse como viniendo del Padre. Es decirle: Tú eres mi Padre. Ésta será la confesión constante de Jesús a lo largo de su vida pública: en aquel momento, se estremeció de gozo Jesús en el Espíritu Santo y exclamó: yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra; porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, así lo has querido tú’ (Lc 10, 21)»<sup>40</sup>.

---

<sup>38</sup> Ibid., 40.

<sup>39</sup> L. LADARIA, *Jesús y el Espíritu: la unción*, op. cit., 16.

<sup>40</sup> Y. CONGAR, *El Espíritu Santo*, op. cit., 418.



El discipulado misionero que emana de la teología espiritual de la encarnación, cuando Congar estudia a K. Rahner al exponer la vinculación existente entre la encarnación y el Espíritu Santo, nos ilustra el sentido de la inmanencia del Espíritu dentro de la Trinidad, la cual se expresa en el mundo y que es precisamente el encargo del anuncio misionero de la filiación, ser hijos amados de Dios por el Hijo. Estamos ante lo correspondiente a una Pneumatología cristológica, la presencia del Espíritu que actúa desde Cristo, en el conjunto de la unidad trinitaria. Rahner es citado por Congar para este efecto de la siguiente manera:

«Hay, por tanto, al menos, una ‘misión’, una presencia en el mundo, una realidad económica-salvífica no meramente apropiada a una persona divina determinada, sino peculiar suya. Aquí no se habla únicamente ‘sobre’ esa persona divina determinada en el mundo. Aquí acaece fuera de la vida intradivina, en el mundo mismo, algo que no es simplemente acaecer del Dios tripersonal en cuanto uno, actualmente en el mundo con causalidad eficiente, sino que pertenece sólo al Logos y que es la historia de una persona divina diferenciada de las otras»<sup>41</sup>.

Todo bautizado recibe el envío del Enviado, el Espíritu Santo comienza a actuar de todas las formas y maneras por la unción sacramental, se mueve y comunica con múltiple creatividad, son insospechadas las dimensiones y alcances que toma el Espíritu cuando el discípulo misionero vive del envío de Cristo, en especial, en lo que éste realiza como obra de comunión en la humanidad.

El Enviado en tanto que Hijo nos convoca a ser hijos, es la misión principal dada por el Padre. Este mismo encargo como envío lo ha recibido la Iglesia discipular del Resucitado como mandato misionero, de aquí se desprende que la Pneumatología de la misión es movimiento constante de filiación, creer y acoger al Hijo que nos comunica y relaciona por el Espíritu, el ser de hijos de Dios Padre. Por eso:

«En Jn 10, 36 Jesús se define como aquel a quien el Padre ha consagrado y enviado al mundo. Es el Hijo de Dios engendrado en y para el mundo. Su misión queda inscrita en su consagración filial. Era por nacimiento un hombre para los demás, pero por su envío, lo mismo que su consagración, no es total más que a través de la muerte (Jn 17, 19): Dios ha resucitado a su siervo y os lo envía (Hch 3, 26)»<sup>42</sup>.

El envío misionero es, vayan y tejan la relación-comunión de hijos en el Hijo Enviado, *Discípulos Misioneros* de la filiación en Dios con la unción encarnada en los sacramentos.

---

<sup>41</sup> Ibid., 455.

<sup>42</sup> F. J. DURRWEL, *Jesús Hijo de Dios en el Espíritu Santo*, op. cit., 120.

Esta vida de hijos en el Verbo encarnado es fruto de una historia salvífica que abarca, desde la creación hasta la resurrección gloriosa. Por tanto, no es un instante o episodio aislado, es el conjunto de manifestaciones con las que sentimos que Dios desde siempre y para siempre nos ha amado. Asume este encargo quien es elegido y ungido discípulo para recibir un envío misionero. La mejor de las noticias que la misión discipular ha de comunicar es la Resurrección de Cristo, «Jesús es enviado en su resurrección; pues bien, es resucitado en el Espíritu Santo (Rm 8, 11) y ha sido enviado en él. Es enviado a la vez al corazón y al cabo del mundo, ya que ha sido creado por el Padre que engendra a Cristo, en el poder del Espíritu Santo»<sup>43</sup>. En el Espíritu con el que fue engendrado y ungido el Enviado, no solo en ese mismo, hoy Cristo está vivo y resucitado en la Iglesia, nos unge y da su envío misionero.

El envío en el Hijo encarnado por el Espíritu Santo, es dado a la Iglesia como misión, unción-encargo, ésta ha de llevarse a cabo en todo el mundo, anunciar un mensaje que como una luz se extiende e ilumina a todos los seres humanos. La visión misionera se interpreta y comprende mejor a partir de la espiritualidad ortodoxa, Solowiew ilustra la noción de totalidad, el conjunto. Se parte del evangelio de san Juan, “*en Él estaba la vida; y la vida era la luz del mundo*”. (Jn 1, 4) Lo manifiesta como «el verbo de Dios, sentido y razón de ser en el mundo, no es una idea abstracta, sino una fuerza real y substancial, que abraza y define por Sí mismo toda la vida de la naturaleza»<sup>44</sup>. La misión como unción en el Espíritu encarna el evangelio en el mundo consagrándolo y santificándolo.

La Pneumatología cristológica del envío, se encarna en el discípulo misionero que también logra encarnarse en tiempo real como luz y fuerza de unción transformadora del evangelio en el mundo. Ladaria se fundamenta en Heribert Mühlen para afirmar que en la relación de la encarnación con la unción en la misión de la Iglesia, su dimensión de horizonte amplio y abarcante, en tanto que, «la Iglesia no es la continuación de la encarnación como tal, sino la continuación histórico-salvífica de la unción de Jesús con el Espíritu Santo»<sup>45</sup>. Una alentadora visión para la eclesiología discipular misionera en la que todos los bautizados estamos llamados a ser y prolongar la historia de salvación en el envío misionero de cada día. Una interpretación en la que la Iglesia se auto comprende como comunidad discipular.

El discipulado misionero es el espacio vital en el que se encarna el evangelio, de lo contrario, se ofrecen experiencias en que congregarse puede ser lo más parecido a un club

---

<sup>43</sup> Ibid., 120.

<sup>44</sup> W. S. SOLOWIEW, *Los fundamentos espirituales de la vida*, Ed. Platino, Buenos Aires 1953, 100.

<sup>45</sup> L. LADARIA, *La trinidad misterio de comunión*, op. cit., 187.

social, a una junta de socios o a una organización de bienestar humano. La clave de la encarnación como Pneumatología cristológica, permite comunidades cristianas encarnadas a partir de un Espíritu y espiritualidad de *Discípulos Misioneros*.

El sentido de lo afirmado, es que el Espíritu que nos une al Hijo ungido y Enviado, se teje con hilos que enlazan a todos los seres humanos en una comunión de filiación de amor que crea cercanía y hermandad. Allí nadie es extraño ni anónimo. En medio de las tinieblas del individualismo, la teología misionera discipular se siente llamada a disipar, mediante la luz del Espíritu, toda sombra de tristeza y nube de desanimo. El discípulo misionero ungido por Cristo sabe que su presencia y testimonio, le exige correr riesgos, a sabiendas que:

«El sentido del mundo es una lucha con estas tinieblas en la vida de la naturaleza, lo individual no se une más que involuntariamente, y no se relaciona con todo más que exteriormente, sin reconciliarse íntimamente, porque ese todo al cual le enlaza y hacia el cual le atrae la fuerza fatal de la vida, permanece siendo para él desconocido y extraño. No sabe absolutamente de nada; no puede, pues por sí mismo, tender a unirse a él. Su único sentimiento respecto a ese todo es el temor y la hostilidad, precisamente porque le es desconocido y extraño»<sup>46</sup>.

El envío dado por el Hijo Enviado, en el Espíritu, urge que todos los seres humanos vivamos en el mundo como hijos y hermanos, no como extraños y desconocidos. Es el momento para una Pneumatología misionera de la identidad. Saber quiénes somos y a quién pertenecemos, es la obra de la comunión en el Espíritu de quien anuncia el evangelio. La vocación de toda persona, en especial del cristiano, es alcanzar una filiación con Dios Padre en la que al ser hijo, alcance «el sentido y razón de ser del mundo, en el cual también se halla la Verdad divina, es la unión íntima de cada uno con el todo. Considerada como fuerza viva y personal, esta unión es el amor»<sup>47</sup>. Cuando creemos que el Verbo habitó entre nosotros, es porque vivimos identificados y reconocidos los unos con los otros. La misión-unción encarnada en el discipulado misionero, es aquella en la que el Espíritu conduzca a toda la humanidad a reconocerse en Dios y a no vivir en el anonimato ni en una burbuja individualista o ensimismada. Nuestro todo en Cristo Jesús, es la comunión filial y fraterna.

---

<sup>46</sup> W. S. SOLOWIEW, *Los fundamentos espirituales de la vida*, op. cit., 102.

<sup>47</sup> *Ibid.*, 115.

### 2.2.2. La gracia del envío por el Hijo Enviado

Camino de una antropología teológica, de la mano de la Pneumatología de la misión, nos introducimos en lo que significa el Espíritu en la encarnación como principio del sentido del hombre espiritual, la gracia. El Hijo Enviado fue anunciado en la encarnación como Aquel sobre quien en la Anunciación dijo a María: *“El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios”* (Lc 1, 35). Por tanto, «si el primer hombre, el hombre natural, era imagen y semejanza de Dios, el nuevo hombre espiritual es Dios mismo, porque el Ser divino que se manifiesta en Él resumía el sentido verdadero de todo lo que existe y se manifestaba en su absoluto»<sup>48</sup>. La Iglesia es misionera si despierta al hombre espiritual, que por momentos tiene adormecida la gracia bautismal. Necesita ser estremecido por el Espíritu, para que vuelva a agitar el agua con la que recibió el don de ser hijo de Dios en la familia de la Iglesia.

Es la ocasión para que la sacramentalidad contenida en el bautismo sea catequizada y agraciada a partir de la pedagogía teológica del discipulado misionero. Quienes celebran su iniciación cristiana en la Iglesia y desean configurar su identidad en el seguimiento de Cristo, en medio de la sociedad donde viven, podrían ser invitados a congregarse en este estilo espiritual que comunica el don de la gracia recibida.

En Cristo, el Enviado del Padre, se expresa la imagen y semejanza de Dios más perfecta, la de un Hijo, pues, «la encarnación del logos divino en la persona de Jesucristo es la aparición del nuevo hombre espiritual, del nuevo Adán»<sup>49</sup>. Esta noción interpretativa es la nueva vocación con sentido universal que ha de extenderse por toda la tierra, es un movimiento vivo y orgánico que ha de dar vida a toda la humanidad. En esta medida, la economía salvífica nos ilustra lo que ha de ser el centro de la búsqueda espiritual del hombre, «en la esfera de la existencia externa y divina, Cristo es el centro espiritual del organismo universal»<sup>50</sup>. La llamada universal a la salvación está en el hallazgo de la gracia en el Espíritu que da vida a cada persona humana y ésta edifica su identidad personal en el discipulado y su dimensión universal a partir del sentido de lo misionero.

Clarificar la interpretación pneumatológica del envío en la encarnación, es tarea permanente de la Iglesia discipular. Ni deísmo (Dios que actúa desde fuera) ni panteísmo

---

<sup>48</sup> Ibid., 115.

<sup>49</sup> Ibid., 115.

<sup>50</sup> Ibid., 116.

(Dios como un todo universal y el hombre un fenómeno). Sino que junto a una reflexión teológica consistente, se invita a descubrir que el Espíritu se revela en Cristo como Enviado, Aquel que sale a encontrarse con el hombre en la historia y sus circunstancias existenciales para comunicarle su gracia salvadora. La Pneumatología cristológica del envío da identidad y rostro revelador:

«De tal suerte, este último nacimiento, la encarnación de la Divinidad, no presenta nada extraño al orden general de la vida, sino que está, por el contrario, ligado esencialmente a toda la historia del mundo y de la humanidad, como un acontecimiento que esta historia prepara y que se deduce lógicamente de ella. En Jesús, la Divinidad se encarna, no en cuanto trascendente, en cuanto es plenitud absoluta de la vida o un ser encerrado en sí mismo (lo cual no sería posible), sino que es Dios Verbo que se encarna, es decir, un principio que se manifiesta al exterior, que obra en la periferia de la existencia... Dios en carne humana no es más que una teofanía completa y más perfecta en una serie de otras teofanías incompletas, preparatorias y figurativas»<sup>51</sup>.

La teología espiritual del Hijo Enviado, que junto al Espíritu entra en la historia de la humanidad, es el fundamento que nos permite interpretar y formular el Espíritu y espiritualidad de la misión, como posibilidad de iluminar la vida y acción de los *Discípulos Misioneros* en el contexto actual de la evangelización. Esta dispone la imaginación, la creatividad e iniciativa en el anuncio de la persona de Jesucristo como encuentro de gracia y salvación. Nos preguntamos así, ¿cómo fomentar una inquietud misionera y reflexión teológica, inspirada en la encarnación y la búsqueda en el Espíritu del Hijo Enviado, que conduzca a una Pneumatología del envío? ¿Se habrá desarrollado suficientemente en la Iglesia una teología de la misión con sentido del “envío” y recepción de la gracia en el Espíritu del Hijo Enviado? Y algo más, ¿la misión eclesial hoy, expresa un discipulado lleno de la gracia de Cristo?

Es el objeto que nos ocupa en este apartado, por lo cual, no deja de ser una moción propia del Espíritu. Confiamos nos asista para conocer, interpretar y matizar su presencia misionera en la Iglesia, que sea la gracia del Hijo Enviado la que acompañe la transformación que pide el momento actual que vive el mundo.

Al acercarnos a la respuesta de estas inquietudes en el presente estudio, las intuimos e interpretamos en Quien se encarnó y dio inicio a su presencia encarnada. Por eso, cuando Jesús al iniciar la misión confiada por el Padre pronunció: “*el Espíritu del Señor esta sobre*

---

<sup>51</sup> Ibid., 118.

*mí, porque me ha unguido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor”* (Lc 4, 18 – 19), se sabe consagrado y habitado por el Espíritu, vive en su ser el envío. Se muestra claramente cómo, «el Espíritu consagró a Jesús para una misión, siendo su compañía inseparable para toda la vida, especialmente en los momentos reveladores de su misión, como guía permanente para el pleno cumplimiento de la voluntad del Padre y la realización de su papel salvífico a favor de todos los hombres»<sup>52</sup>. Este es el mismo Espíritu que promete y dará como envío de gracia a sus discípulos, para que unjan y consagren el mundo con la Buena Noticia de liberación.

Se recibe la gracia con un envío encarnado para una misión, la Pneumatología de la evangelización en los tiempos actuales urge ir a las fuentes originales del evangelio. Los apóstoles acogen el llamado de su Maestro para ir a todos los confines de la tierra, con todo lo enseñado, oído, y con la garantía de su permanente presencia y compañía, y de esta manera, extender el Reino de Dios. El Espíritu de Cristo encarnado implica el envío agraciado, sin el cual todo será inútil, pues es el mandato de Jesús el que motiva una Palabra que dispone a salir e ir a donde el Espíritu sugiera. El contenido de la misión abarca el sentido universal, en tanto que «el Espíritu no tiene palabra ni mensaje propio, sino que ayuda a que la Palabra de Jesús sea conocida y asimilada, ayuda a que la Iglesia vaya adelante a través de la historia y a que la comunidad camine hacia el Reino»<sup>53</sup>. Es aquí donde actúa el Espíritu dado por Cristo para que obre la gracia concedida y acogida, capaz de transformar y santificar todo.

Para que esto acontezca, sólo puede darse a través de *Discípulos* encarnados y llenos de la gracia, y luego con *Misioneros* que logren en el Espíritu, encarnar a Cristo en el mundo.

Si conectamos, una vez más, con la fuente de inspiración y visión de nuestro estudio, encontramos otra posible respuesta a los interrogantes expuestos. En un comentario a las declaraciones conciliares sobre las misiones, a propósito del Decreto “*Ad Gentes*”, el teólogo peruano en tiempos del concilio, Joseph Ratzinger expresa:

«El mandato misional de evangelio de Mateo se relaciona con el concepto más amplio de la ‘misión’ del Hijo, cuyo desarrollo teológico presenta San Juan: Cristo mismo es el enviado, su ser es misión: no por sí, ni para sí, sino trascendiendo estas dos limitaciones del yo, unido enteramente al Padre y sirviendo enteramente como

---

<sup>52</sup> N. MADONIA, *Cristo siempre vivo en el Espíritu*, op. cit., 199.

<sup>53</sup> V. CODINA, *El Espíritu del Señor actúa desde abajo*, Sal Terrae, Santander 2015, 70.

instrumento en favor de los hombres. De este modo la misión de la Iglesia se relaciona con la gran misión del Hijo saliendo del Padre».<sup>54</sup>

Es todo un fundamento cristológico de la misión que anima a vivir el envío misionero como don y gracia de un envío en el mismo Espíritu dado por Cristo, del cual urge ser portadores hoy en una Iglesia que necesita ser más discipular misionera y, no tanto, auto referencial, sino servidora de la gracia salvadora de Cristo para todos.

No obstante, para lo que nos ocupa, el carácter teológico del Espíritu, hay una segunda parte, a decir de Joseph Ratzinger: «parte de la persona del Espíritu Santo: la misión es, desde este punto de vista, el cumplimiento de la voluntad salvífica del Padre en la historia del mundo; la Iglesia es instrumento del Espíritu Santo, que la urge interiormente para ponerse al servicio de su obra»<sup>55</sup>. La Iglesia misionera que vive del envío recibido de Cristo, ofertar la gracia de la redención que el mismo Señor quiere realizar por toda la humanidad. Los *Discípulos Misioneros* anuncian y llevan el evangelio de la gracia de salvación como Buena Noticia para todos.

Llegar hasta aquí, ha sido fruto de querer interpretar el suceso de la encarnación como primera iluminación del discipulado misionero, en tanto, una Pneumatología del envío con la que el sentido y significado del Espíritu en la misión de la Iglesia actualiza el evento en que: *“la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad”* (Jn 1, 14). Un discipulado encarnado lleno de gracia que engendra comunidades de hijos en el Hijo Enviado. Es lo que a continuación se interpretará con fuerza y concreción, como lo propio de Cristo encarnado, su misión en el Espíritu como Redentor.

### **2.3. La misión del Redentor: entregar el Espíritu**

En el conjunto de la obra salvadora de Cristo, en continuidad a la encarnación le sigue la redención, misión por excelencia de Cristo. Pero ahora hallaremos la hermenéutica que ésta encierra, para iluminar el discipulado misionero como Espíritu y espiritualidad de la misión. Al momento de comprender y asumir esta dimensión, la clave será la redención como entrega del Espíritu por parte de Cristo, que es su portador como Hijo Enviado del Padre.

---

<sup>54</sup> Cfr. J. SCHÜTTE, *Las misiones después del Concilio*, op. cit., 41.

<sup>55</sup> Cfr. *Ibid.*, 41.

En el núcleo de la Pneumatología cristológica del envío misionero de la Iglesia discipular, acontece el evento esencial, Cristo que entrega el Espíritu como lo más propio de la misión con la que el Padre lo ha consagrado: «esta ósmosis del misterio del Espíritu y del Espíritu y del de Cristo en su ser filial y divino deja presagiar que la misión salvífica, esencial a Cristo, se cumple a la vez en él y en el Espíritu, en una perfecta sinergia. Sobre todo si se piensa que Dios realiza todas sus obras en el poder del Espíritu Santo»<sup>56</sup>. El Espíritu Santo contiene a Cristo, afirmación para decidir con fuerza, que el envío misionero es y debe realizarse como Pneumatología cristológica del envío; es decir, Cristo que tiene el Espíritu y lo entrega a los *Discípulos Misioneros* para continuar la misión del Padre en el mundo.

Estamos ante uno de los acontecimientos más reveladores de Jesús en el que muestra la interioridad de su misión al comunicar, como Hijo amado del Padre, que es el Espíritu quien le lleva a realizar su comunión filial con Dios. Cristo comunica a sus discípulos en muchos momentos de su vida íntima, lo original de su presencia entre ellos como un hecho pneumatológico, «pero si la misión redentora se identifica con el misterio personal filial, a través de la vida y la muerte de Jesús, no es posible ignorar al Espíritu Santo, dado que el misterio personal de Jesús es incomprendible en la ausencia del Espíritu»<sup>57</sup>. En la unidad de la Trinidad, en la comunión de Personas, la misión de Cristo y la del Espíritu Santo, dadas por el Padre, son insustituibles e inseparables de este para llevar adelante la única misión, la redención del mundo. Obra que es en definitiva, entregar el Espíritu para que de verdad se lleve a cabo la obra redentora de Cristo en la humanidad.

La entrega del Espíritu en la misión redentora de Cristo, tiene carácter de identidad porque en Jesucristo, «su ser es idéntico a su misión»<sup>58</sup>. En toda su persona está contenida la obra que realiza: la salvación de la creación entera. Como portador del Espíritu, lo que entrega es lo constitutivo esencial de su ser. Bien aparece en el episodio del bautismo que recibe de Juan en el río Jordán, la teofanía que proclama la razón vital de la misión con la que el Padre, al entregarle el Espíritu, espera que la cumpla en total filiación de amor. En la teología bautismal, como recepción primera del Espíritu Santo, Éste es misión, no se entiende de otra manera. Aquí el camino está por emprender de cara a la teología espiritual de la misión.

La catequesis pre sacramental que hoy ofrece la Iglesia, tiene entonces una oportunidad sin igual para introducir un catecumenado discipular, que interprete la

---

<sup>56</sup> F. J. DURRWEL, *Jesús Hijo de Dios en el Espíritu Santo*, op. cit., 115.

<sup>57</sup> *Ibid.*, 115.

<sup>58</sup> *Ibid.*, 119.



incorporación a Cristo por la fe como un llamado misionero. La teología de los sacramentos es la entrega del Espíritu de Cristo con el que Él nos salva y lleva al amor del Padre, pero espera que esta entrega del Espíritu se prolongue y llegue a toda creatura. De ahí, el llamado y la tarea de los *Discípulos Misioneros* que vivan el Espíritu y espiritualidad de la entrega y abnegación en la misión eclesial.

El Espíritu y espiritualidad de la misión discipular de la Iglesia, comienza con ese primer encuentro personal con Jesucristo en el bautismo, cuando no se comprende lo que verdaderamente inicia en este primer Pentecostés de toda persona, resulta inconsistente el pretender formar comunidades de *Discípulos Misioneros* dispuestos a anunciar el evangelio en todos los lugares, donde con prontitud se necesita dar a conocer a Jesucristo. Para una teología de la misión, en la que todo bautizado participe de la misión redentora de Cristo, el itinerario a seguir es el que el mismo Espíritu condujo en Cristo:

«En el acontecimiento del bautismo se lleva a cabo una nueva misión o comunicación. En este acontecimiento se constituye Jesús y, en todo caso, lo declara como mesías, como aquel sobre quien reposa el Espíritu, aquel que obrará por el Espíritu, aquel que glorificado y constituido Señor, dará el Espíritu. Porque si es consagrado en su bautismo para el ministerio profético, solo cuando sea ‘exaltado a la derecha de Dios’ podrá derramar el Espíritu»<sup>59</sup>.

En el conjunto de una Pneumatología cristológica, más allá de entrar en discusiones teológicas que ya otros han ocupado mucho tiempo, encontramos que «Jesús mismo toma entonces plenamente conciencia de ser Aquel a quien el Padre ha consagrado y enviado al mundo (Jn 10, 36). Tocamos aquí un punto delicado, difícil de poner en claro y de expresar, el del crecimiento, en el conocimiento humano de Jesús, de la conciencia que tuvo de su calidad de elegido, enviado, Hijo de Dios y siervo-cordero de Dios»<sup>60</sup>. La misión de Cristo está definida en su ser de Hijo elegido, ungido y enviado. Su presencia salvadora en la humanidad se describe en cada episodio del evangelio en el que evidencia la entrega del Espíritu en gestos y palabras, en especial allí donde faltaba, entre los pobres y más débiles, los pecadores y excluidos. Entregar el Espíritu es comenzar a que lo insignificante signifique, lo que no cuenta sea tenido presente, lo débil sea fortaleza, lo pobre riqueza, el pecado manifestación de la misericordia, la exclusión sea acogida inclusiva.

Esta misión de la entrega del Espíritu está señalada en Cristo, desde su concepción, nacimiento y el propio bautismo. Luego, hasta su misma pasión, muerte y resurrección, ya

---

<sup>59</sup> Y. CONGAR, *El Espíritu Santo*, op. cit., 43.

<sup>60</sup> *Ibid.*, 45.

que «Jesús vino al bautismo y vivió el acontecimiento en la disposición de ofrecerse y abrirse a todo el plan que Dios tenía sobre él, plan que pasaba por el tipo del Siervo y engloba la ofrenda suprema de la vida (Heb 10, 5-10). Jesús vio su muerte como ‘bautismo’ (Mc 10, 38; Lc 12, 50). Se ofreció a Dios como víctima sin mancha ‘por el Espíritu eterno’: el Espíritu Santo»<sup>61</sup>. La entrega del Espíritu por parte de Jesús en cada paso de su misión y que le mueve, incluso, a prometerlo como signo de su permanencia entre sus discípulos antes de regresar al Padre, es signo de una conciencia de ofrenda. Jesús entrega el Espíritu con su propia vida y lo promete como permanente presencia suya, el que les alentará en el envío misionero. Jesús formó a sus discípulos a partir de su vida como ofrenda de entrega, un discipulado que les capacitó para que el envío fuera misionero, entregar su Espíritu a nuevos discípulos para ser misioneros.

En Cristo que entrega el Espíritu como acción propia de la misión del Redentor, se revela esa unión hipostática de lo humano y divino que resulta esencial en la acción mesiánica de Jesús, marcada por la misión de ser el siervo que se ofrece, el servidor humilde en que: «la bajada del Espíritu a Jesús inmediatamente después de su bautismo es presentada como una unción: unción profética, unción para una misión de anuncio, pero también de realización de la buena nueva de una liberación del mal y del maligno»<sup>62</sup>. Cristo entrega el Espíritu de la unción de su consagración como Hijo, con el que consagra a quienes lo siguen en el camino de discípulos y continuarán su obra en la Iglesia como misioneros en el mundo.

La misión del Redentor, obrada por la entrega del Espíritu, nos indica que se parte de un don inédito y original contenido en el mismo Cristo. Ya hemos descrito cómo en la comunidad trinitaria la comunicación del Espíritu es una íntima unión, donde el Padre es el dador, y el Hijo, junto al Espíritu Santo, son enviados y portadores de su fuerza; pero, ante todo, es evidente que «Jesús da el Espíritu. Pero, ante todo, lo tiene. (Jn 3, 34) Puede traducirse: aquel a quien Dios envió habla las palabras de Dios, que le da el Espíritu sin medida, o bien: y él da el Espíritu sin medida»<sup>63</sup>. Cristo entrega lo que posee y de lo que esta ungido, el Espíritu. Una señal más que completa el objeto de este capítulo dedicado a la interpretación del discipulado misionero como Pneumatología del envío.

---

<sup>61</sup> Ibid., 47.

<sup>62</sup> Ibid., 47.

<sup>63</sup> Ibid., 76.

### 2.3.1. Kénosis de la vida en el Espíritu

La plenitud del Espíritu como movimiento y dinamismo del envío pneumatológico, en la misión de la Iglesia, responde al mismo recorrido que realiza Cristo durante toda su presencia entre sus discípulos. Vive, habla y actúa conforme al Espíritu, de lo que es y está contenido eso comunica con absoluta libertad. «El que Cristo haya recibido el Espíritu sin medida fundamenta el que pronuncie las palabras de Dios y realice su obra»<sup>64</sup>. Cristo actúa por y en el Espíritu, pues está constituido en la comunión trinitaria y es el modo propio de proceder de quien tiene la misión de la redención de la humanidad mediante la entrega del Espíritu, para que toda creatura sea divinizada y santificada en Dios.

El sentido teológico de la entrega del Espíritu, referido a la misión del redentor y con ella a la Iglesia, no lo podemos dispersar en conceptos abstractos, entregar el Espíritu es la propia vida en hechos y palabras, obras y milagros, el perdón de los pecados. Por eso, los discípulos de la evangelización en el mundo actual, han de comunicar el Espíritu entregado por Cristo, al igual que, la espiritualidad de los misioneros de la Iglesia que entregan la Palabra como anuncio de Buena Noticia de salvación y consolación para todos. No hay misión sin la entrega de la propia vida en el Espíritu como se entregó Cristo a sí mismo.

Llegamos a un instante trascendental de este acápite, el cual constituye uno de los fundamentos de esta pretensión interpretativa que ilumine una teología espiritual misionera. La Pneumatología cristológica del envío, en la misión del Espíritu en Cristo Redentor, tiene su expresión culmen de la entrega de la vida en el Espíritu, en la hora de la glorificación cuando en el momento de entrar en su pasión, Jesús dice:

«Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre, y Dios en él; ...Dios lo glorificará en sí mismo, y lo glorificará en seguida». Y posteriormente: “Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo... Y ahora glorificame tú, Padre, junto a ti mismo, con la gloria que yo tenía junto a ti antes que el mundo existiera”. La glorificación que condiciona el envío del Espíritu por Jesús consiste en que su gloria celeste o divina de Hijo sea comunicada a la humanidad ofrecida e inmolada»<sup>65</sup>.

Una teología de la misión, para una espiritualidad misionera en la Iglesia, ha de contar con una plataforma esencial sobre la cual sostener todo lo que signifique la consagración de los *Discípulos Misioneros* presentes en el mundo. El referente principal es Cristo en la cruz, cuya gloria ha sido entregar el Espíritu. Es significativa «la expresión absolutamente singular

---

<sup>64</sup> Ibid., 76.

<sup>65</sup> Ibid., 79.

que emplea Juan para decir que Jesús muere: no, como Mateo (27, 50) ‘exhaló el Espíritu’, no como Marcos (15, 37) y Lucas (23, 46), ‘expiró’, términos triviales y sin intención doctrinal»<sup>66</sup>. La Buena Noticia de salvación que la Iglesia misionera debe comunicar, con alegría gozosa, es que Cristo al morir “entregó el Espíritu” (Jn 19, 30). Ésta es la razón que nos abre a la original esperanza de la vida, la cual será certificada en la verdad de la fe en la resurrección y confirmada en el ardor de la caridad con el fuego de Pentecostés. El Espíritu de Cristo con el que estamos avocados a ser *Discípulos Misioneros* hoy es el llamado apremiante de entregar la vida.

La Iglesia discipular es comprensión inequívoca del suceso salvífico por excelencia acontecido en Cristo, su entrega redentora del Espíritu a la hora de ser glorificado en el Padre está motivado por ese apasionante episodio narrado por el evangelista Juan cuando dice: “*Todo está cumplido. E inclinando la cabeza entregó el espíritu*” (Jn 19, 30). Con qué fuerza la humanidad necesita escuchar hoy este mismo anuncio en medio del terror y la sombra de muerte. Sólo *Discípulos Misioneros* dispuestos a entregar la vida en el Espíritu de Cristo, podrán anunciar noticias que disipen el fatalismo y desesperanza, frustración y desventura.

Precisemos e interpretemos mejor para comprender la ruta elegida de una Pneumatología en el envío del discipulado misionero. No es lo mismo “morir” que “entregar el Espíritu”: para una teología del Espíritu y una espiritualidad de la misión es clave fundamental asumir este dinamismo interior y pedir la gracia al mismo Espíritu de entregar la vida. El misionero en el morir en la cruz de Cristo, cada día debe realizar con Cristo la participación de la obra redentora de la humanidad y la única posibilidad de llevarla a feliz término es entregar la vida en el Espíritu de quien le envió, Cristo el Señor.

El icono sugerente para una teología de *Discípulos Misioneros*, lo encontramos en la presencia de María y Juan junto a la Cruz. «Jesús expira sobre María y Juan, que son como la Iglesia a los pies de la cruz; trasmite su Espíritu»<sup>67</sup>. Desde la Pneumatología cristológica del envío, con sólo mirar esta imagen encontramos la fuerza misionera que a partir de esa hora de la cruz, inauguraré la vida de la Iglesia, cuyo encargo no es otro que comunicar y entregar el mismo Espíritu que Cristo insufló sobre aquellos que permanecieron en actitud discipular junto a Él a la hora de morir. Cuántos *Discípulos Misioneros* mártires hoy, que al permanecer junto a su pueblo en realidades de injusticia y explotación, optan por quedarse hasta padecer,

---

<sup>66</sup> Ibid., 79.

<sup>67</sup> Ibid., 79.

incluso, la muerte. Todo ello, es signo y presencia de la entrega redentora del Espíritu de Cristo, el cual fructificará para la salvación de muchos y para glorificación de Dios. La escatología de la misión, la vida plena en Dios: “*Esos son los que vienen de la gran tribulación; han lavado sus vestiduras y las han blanqueado con la sangre del Cordero*” (Ap 7, 14).

La misión del Redentor como entrega del Espíritu, si bien tiene el sentido de una teología de la Kénosis, el vaciamiento de sí, es Cristo quien comunica y da su Espíritu en la medida de su entrega total. «Si ‘entregar el Espíritu’ muestra el fin de Jesús, no significa que el Espíritu lo abandone en el momento de la muerte y se extinga en él»<sup>68</sup>. Es la entrega del Espíritu al Padre, en quien permanece y el mismo que le resucitará. La misión del Espíritu es comunicar la vida que hay en Dios y que ésta no conoce la muerte ni siquiera en el Hijo. En la entrega kenótica de Cristo en la que da su Espíritu, nos enlaza directamente con el Espíritu de Dios Padre que no quiere que ninguno de sus hijos perezca. Cuando se entrega el Espíritu en la comunión con Dios, permanecemos vivos y seremos glorificados a la hora de la muerte. No moriremos para siempre.

Urge una Pneumatología del envío para una Iglesia de *Discípulos Misioneros* que lo arriesguen todo, para anunciar que la gloria de Dios está en entregar el Espíritu con la propia vida recibida en el bautismo, en el morir de cada día, se ha de comunicar una espiritualidad de la cruz en la abnegación, humildad, servicio, obediencia, escucha y solidaridad. La Buena Noticia dada por Cristo: “*Yo soy la resurrección, el que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto? (Jn 11, 25)*”, se convierte en el anuncio apremiante de hoy. En la hora kenótica del mundo, sufrimiento, dolor y muerte porque hemos renunciado al amor de Dios en los hermanos y se ha roto la obra del Espíritu. No hay otra respuesta que la misión redentora de la entrega del Espíritu de Cristo, en *Discípulos* del amor de Dios por la humanidad y *Misioneros* de la comunión eclesial que acogen a toda persona con el abrazo de la paz del resucitado.

En la teología del discipulado misionero, interpretar la Pneumatología cristológica en la hora de la glorificación en Cristo, cuando entrega el Espíritu, marca una nueva dimensión de su presencia en el mundo. En el “*todo está cumplido*” (Jn 19, 30) de Cristo en la cruz culmina la misión del Hijo y comienza en su misma entrega al Padre, la donación de su Espíritu que inaugura la novedad de su eterna presencia entre quienes son sus discípulos en el

---

<sup>68</sup> N. MADONIA, *Cristo siempre vivo en el Espíritu*, op. cit., 38.

seguimiento. «La existencia terrenal de Jesús termina, ya lo sabemos; mas su ‘tiempo’ deviene cumplimiento e inicio del tiempo del Espíritu y el de la Iglesia que, a decir de Lucas, viene tras la marcha de Cristo como su prolongación»<sup>69</sup>. La comunidad trinitaria cohesiona con sentido de totalidad la eterna presencia de Dios en la creación entera. Como personas divinas, acontecen a unísono y, en cada una de las misiones, expresan la perfecta unidad según la vocación a la que está llamado quien profesa la fe en la Trinidad, la eternidad en Dios. En el evento del cumplimiento de la misión de Cristo, será el Espíritu quien comunique cómo permanecer e indicará a la primera comunidad discipular el camino a seguir.

### **2.3.2. La obra del Redentor en la Iglesia**

En una eclesiología de la misión por la obra reveladora de Cristo, la entrega del Espíritu trasciende el alcance de su acción redentora y salvífica. Siendo así que dispone una nueva dimensión en la que no es el final de una misión a la que ha respondido como Enviado del Padre. Estamos ante un suceso en el que se va a manifestar la plena divinización de la humanidad, por tanto, es la donación del Espíritu el vínculo con el que Dios Padre, por el Hijo, con el Espíritu Santo sella el pacto de amor eterno con la creación redimida y que ahora necesita ser santificada. La misión de la Iglesia es santificar y santificarse en el mundo.

En la obra del Redentor en la misión de la Iglesia, santificar y santificarse, como donación en la entrega, incluye que:

«Por supuesto, no podemos afirmar que se trate del Espíritu Santo cuya donación situará Juan en el día de Pascua (20, 22), pero, al nivel de los símbolos en los que Juan sabe poner tanta intensidad de significación, es una expresión de lazo estrecho entre el don del Espíritu y Jesús inmolado. Jesús entrega su último soplo y, por su muerte voluntariamente aceptada, entrega el Espíritu a sus discípulos»<sup>70</sup>.

La humanidad es santificada por la misión del Espíritu entregado a quienes han de continuar la obra de Cristo y que recibieron el envío pascual en el cenáculo discipular en Pentecostés y les empujó a salir al anuncio misionero de la Persona de Cristo.

Para la teología espiritual de la misión santificadora de la Iglesia, ofrecer una interpretación en la que se pueda visualizar cómo se desenvuelve el itinerario de las misiones de la trinidad resulta de vital importancia, pues ello permite que se configuren comunidades

---

<sup>69</sup> Ibid., 38.

<sup>70</sup> Y. CONGAR, *El Espíritu Santo*, op. cit., 79.

misioneras que repliquen la imagen original de la comunión misionera de la Trinidad. Por momentos, se suele presentar una visión fragmentada de la obra de Dios Creador, el Hijo el Redentor y el Espíritu Santo el Santificador, algo compartimentado y no vinculante. Ha de ilustrarse la verdadera expresión de la teología trinitaria como comunidad que comunica la eterna y permanente misión de comunión divina, que se continúa por *Discípulos Misioneros* del amor trinitario, enviados en el Espíritu al mundo a testificar la comunión apostólica.

La Entrega del Espíritu como comunicación de Cristo a la primera comunidad discipular, a quienes entre la promesa y envío les confiere así la misión, no se comprende en dar el Espíritu sin un envío, y viceversa, recibir un envío sin la fuerza del Espíritu. Precisamente, una Pneumatología del envío se ha de profundizar, ya que en ocasiones, se da por supuesto que quienes asumen un encargo misionero en la Iglesia, carecen por momentos, de gestos y lenguaje propios de una teología espiritual misionera. Pienso que les falta el itinerario teológico del discipulado, la entrega del Espíritu discipular y el envío misionero. De esta manera, sólo hablamos de meros activistas y proselitistas de lo religioso.

Para una Iglesia misionera hoy, cumplir la promesa del envío del Espíritu está en el corazón de la misión del Hijo, Cristo completa y prolonga su obra salvadora con el anuncio de esta nueva presencia, «Jesús comunica el Espíritu Santo, pero no exactamente el Paráclito, tal como lo prometió en Jn 14 y 16. El Espíritu no es dado personalmente; es conferido como una fuerza que responde a una misión comunicada. Ciertamente, esta misión es sobre humana; es la continuación de la de Cristo mismo, enviado por el Padre: 17, 18; 13, 20. Debe realizarse aquí abajo, en la Iglesia»<sup>71</sup>. La entrega del Espíritu es ya la misión eclesial de la divinización.

Es irrenunciable en la pastoral misionera de la Iglesia, el encargo de dar continuidad a la misión de Cristo, que debe ser la misión eclesial. Perder este horizonte significa que el Espíritu entregado por Cristo está desconocido o aún más, olvidado.

Jesús es anunciado y nace siendo misionero del Padre, desde los primeros sucesos del misterio de su nacimiento, todo el contexto que envuelve los episodios principales de su vida, son la presencia de anuncio de Buena Noticia. A ello le continúa la escena de su bautismo por parte de Juan como lugar en el que es ya señalado como Aquel a quien se esperaba y ahora es el Enviado:

---

<sup>71</sup> Ibid., 81.

«Tras el bautismo y la oficialización de su misión en Nazaret, Jesús desarrolla todo lo que le queda de su vida pública comportándose como Mesías con la seguridad de que es guiado de lo alto. Se comporta, actúa, habla con extraordinaria autoridad; su vida pública, en las distintas dimensiones y funciones, es una continua revelación del poder del Espíritu que reside en él; la misma función reveladora de Jesús acontece en el Espíritu: “mis palabras son Espíritu y vida” (Jn 6, 63)»<sup>72</sup>.

Hacia una Iglesia del envío, el Espíritu y Jesús son la misión que se entrega y lleva a cabo la obra salvífica del mundo. Algo por interpretar y catequizar en los desafíos actuales de la evangelización, una catequesis post bautismal hasta completar la iniciación cristiana, donde se presente la incorporación al Cuerpo de Cristo, la Iglesia como lugar para continuar la entrega del Espíritu de Cristo como *Discípulos Misioneros*.

Para una eclesiología de la misión, en relación con lo que significan los sacramentos en la Iglesia, hay un largo camino por recorrer en el momentos de presentar el itinerario catequético de la iniciación cristiana. Un posible vacío y ausencia de la entrega del Espíritu, puede estar en la preparación y recepción del bautismo, en el cual, el seguimiento post bautismal queda interrumpido y debilitado, con la sensación de no comprender que la vida cristiana es la misión del Espíritu en la que se entrega el mismo Espíritu recibido, dado en nombre de la Trinidad cuando se vierte el agua sobre la persona que se bautiza y queda constituida como miembro de la Iglesia misionera. Tal parece indicar que no se comunica la unción del envío misionero del Padre, por el Hijo, con el Espíritu Santo en la pastoral bautismal. La teología espiritual sobre el sacramento del bautismo pide ser más misionera.

La teología espiritual misionera podría ofrecer, desde la noción de la entrega del Espíritu, una iluminación doctrinal que oriente los procesos formativos de la iniciación cristiana en las comunidades cristianas. Una teología bautismal discipular, en la que se comprenda el ser cristiano como un camino de seguimiento permanente, que compromete toda la existencia de la persona que se ha encontrado con Jesucristo. Con esto, decimos que a la Pneumatología del envío, pues todavía le queda mucho por ser comprendida, hasta que no se establezcan espacios de discipulado misionero en la animación de la vida de las comunidades cristianas, el Espíritu seguirá siendo un eterno desconocido, con el riesgo de ser olvidado. Este es un inmenso campo de renovación teológica y eclesiológica en la evangelización actual. Algo que no se puede aplazar más.

---

<sup>72</sup> N. MADONIA, *Cristo siempre vivo en el Espíritu*, op. cit., 29.



La renovación eclesial es una urgencia de la praxis misionera de la Iglesia, que pasa por comprender los orígenes de la misma obra redentora de su Autor primero. Cristo entregó su Espíritu a la Iglesia y por esto mismo:

«El misterio de Cristo sólo puede ser comprendido partiendo de una renovación total del ser de los discípulos por el Espíritu de la Resurrección. Por eso, resucitado en y por el Espíritu, Cristo comunica a sus discípulos, de junto al Padre, el fuego divino que lo anima y constituye en “cuerpo espiritual”, un lugar donde el Espíritu puede soplar con toda fuerza para comunicarles el poder de la Resurrección»<sup>73</sup>.

La novedad de la renovación misionera de la Iglesia, sólo es posible a partir de saber interpretar que la entrega que realiza Cristo del Espíritu es pascual, no hay otra forma de ser *Discípulos Misioneros* que estar insertados en la comunidad discipular de Cristo resucitado, en la comunión del Espíritu del envío con el que se sale a ser misionero de su evangelio.

La teología del envío es la misión redentora de Cristo, e incluye, en el instante de la entrega del Espíritu, una apertura humilde y abandono total. En el abajamiento de Cristo todos los bautizados tenemos el vivo ejemplo a seguir. Como teología de la misión, es el Espíritu el que conduce y acompaña el anuncio apremiante de hacer discípulos por todas partes. El Espíritu y espiritualidad de *Discípulos Misioneros*, es comunión y apertura al don de lo alto, pero realización de abajamiento a las profundidades de la existencia humana, incluso las más caídas y ocultas. Así, la acogida del Espíritu entregado por Cristo, lleva a comprender que:

«La fe en el Espíritu es inseparable de la fe en Cristo. La misión del Espíritu no tiene otro contenido que el cristológico: la Kénosis de Jesús configura la Kénosis del Espíritu. La mano del Espíritu junto con la mano de Cristo nos revela el amor del Padre que, con estas dos manos, nos crea, abraza y salva, nos hace participar de su vida y comunión trinitaria»<sup>74</sup>.

La doble dimensión ireneana es camino original de renovación en la Pneumatología del envío misionero en la vida de la Iglesia. Entre el Verbo y el Espíritu se da la singularidad de complementariedad, por la unidad existente en la comunidad trinitaria. Cristo entrega el Espíritu del Padre y el Espíritu realiza el envío de Cristo en todo bautizado, es el instante en que el Espíritu es vida interior que explica la totalidad de la existencia creyente de la persona y le lanza a preguntarse por su misión en el mundo como continuación de la obra redentora que Cristo confió a la Iglesia apostólica, por lo cual, no le queda otra disposición que abrirse

---

<sup>73</sup> M-J. LE GUILLOU, *Los testigos están entre nosotros*, op. cit., 52.

<sup>74</sup> V. CODINA, *El Espíritu del Señor actúa desde abajo*, op. cit., 63.

al Espíritu que le indicará lo más íntimo de sí mismo, ser *Discípulos Misioneros* de Jesucristo Redentor del mundo.

Al finalizar este acápite, considero que la Pneumatología del envío, en torno a la interpretación de esta segunda clave, la misión del Redentor, en tanto entrega del Espíritu a la Iglesia para que continúe también la obra de la redención. Es un dinamismo pneumatológico que abre el instante de preguntarnos por las expresiones y realizaciones que alcanzan los *Discípulos Misioneros*, que saben y sienten que han recibido el don del Espíritu Santo entregado por Cristo en una Iglesia, tejida desde lo discipular misionero. Es lo que a continuación le pediremos al mismo Espíritu que nos envíe su efusión para conducirnos a lo más interior de su intimidad en Dios.

#### **2.4. Efusión del Espíritu Santo: maestro y misionero interior**

Adentrados en la travesía pneumatológica del tema que nos ocupa, Espíritu y espiritualidad de los *Discípulos Misioneros* en la misión de la Iglesia, nos internamos en uno de los espacios más complejos e insospechados de la teología del Espíritu Santo, sobre todo, en la intuición interpretativa para una Pneumatología cristológica. Es la presencia del Espíritu como efusión y moción, fuerza y realización de su obra como maestro y misionero interior.

Es una tercera clave que propongo, después de la encarnación y redención ya expuestas. Deseo interpretar la manera accesible del Espíritu en la misión de la Iglesia. Una Pneumatología descendente, el Espíritu que baja de lo alto para animar la interioridad misionera de todo bautizado en Cristo. Para la teología del discipulado misionero que buscamos, el Espíritu entregado por Cristo se convierte ahora en signo y mediación, el rostro de maestro y misionero de la interioridad.

Estamos ante el tercer evento de la Pneumatología del envío, que en la secuencia de una teología espiritual misionera, constituye lo que representa el Espíritu en quien lo ha recibido de Cristo, Quien lo entrega. Lo cual, es una efusión permanente del soplo divino que llena todo el ser de la persona, convirtiéndola en sujeto espiritual con una misión específica que brota de la interioridad e intimidad del encuentro divino humano con Cristo, producido en quien se sabe cristiano bautizado y presente en el mundo. No basta ser alguien en la existencia y estar presente en el mundo, lo esencial es permanecer en Dios y para ello, necesitamos el maestro y misionero interior, el Espíritu Santo.

¿Cómo sucede y se comporta el dinamismo de la interioridad profunda e íntima del Espíritu en quien se sabe portador de una misión dada de lo alto por la gracia conferida en Cristo a quienes son sus *Discípulos Misioneros* en el mundo? Esa es la ruta que indica el Espíritu cuando transita como maestro y misionero interior. Para ello, observemos los alcances de esta presencia. Para una comprensión hermenéutica que amplíe el horizonte y dinámica del discipulado misionero, la presencia y acción del Espíritu en la Iglesia. Por ello:

«El Espíritu introduce en la plenitud de la verdad de Cristo y en la intimidad y profundización de su conocimiento. Una de las funciones principales del Espíritu es la de llevar al creyente a la verdad revelada, la de penetrar en la verdad de Dios, cuyo máximo esplendor es Jesucristo. Decía Gregorio Magno que el Espíritu es el maestro interior: “la misión del Espíritu es iluminar la palabra del maestro en la mente y el corazón del discípulo, de introducirle en la profundidad de su espíritu para mostrarle todo su valor y que resplandezca en toda su luz»<sup>75</sup>.

¿Qué es lo específico del Espíritu como maestro y misionero interior en el creyente que sabe de la necesidad de anunciar a Jesucristo, para vivir el compromiso bautismal y promover la extensión del Reino? «En Juan la enseñanza del Espíritu se orienta hacia la comprensión de las cosas que Jesús dijo. Entonces, ¿en qué se diferencia? En ser una enseñanza interior, una iluminación de las palabras de Jesús para el pleno entendimiento de su persona y obras»<sup>76</sup>. El seguimiento discipular de Cristo comienza por ese encuentro de conocimiento personal, en palabras y gestos que encontramos en el evangelio. El Espíritu en la intimidad de quien se sabe interpelado, escucha y ausculta todo lo que Jesús decía y hacía. El don del entendimiento es el que actúa por el Espíritu, para que Cristo Maestro y misionero del Padre, sea a su vez el maestro y misionero interior de cada dinamismo e iniciativa en el discípulo misionero que ha recibido la tarea de ser evangelizador en el mundo. De esta interpretación teológica espiritual, estamos hoy un poco lejos y distantes, aún, para la comprensión y sentido de la Pneumatología del envío en la misión de la Iglesia.

#### **2.4.1. Interioridad de la misión en Cristo**

En la actividad misionera actual, una de las efusiones del Espíritu más solicitadas por parte de quienes emprenden una labor evangelizadora, es encontrar y conocer la verdad de las realidades en las cuales se ha de anunciar la Verdad de Jesucristo. El conocimiento de la realidad mediante metodologías que ayudan al diagnóstico y constataciones de necesidades

---

<sup>75</sup> N. MADONIA, *Cristo siempre vivo en el Espíritu*, op. cit., 242.

<sup>76</sup> *Ibid.*, 83.

urgentes que esperan por una respuesta. Son los pasos que desafían en la actualidad la aventura de la evangelización, que en múltiples circunstancias nos rebasan y desbordan. Por todo ello, «el Espíritu, en definitiva, emplaza a los creyentes en el interior de la verdad de Cristo para sostenerlos en la fe en medio de las dificultades»<sup>77</sup>. El Espíritu, como maestro y misionero interior, nos adentra en Cristo, única Verdad auténtica reveladora de la verdad de Dios, del hombre y del mundo.

Pero en lo más profundo, la hondura que tiene el Espíritu como maestro y misionero interior en la Pneumatología del envío es que el discipulado misionero se adentra en la contemplación de la intimidad del ser de Dios que hay en quienes van a ser enviados. Junto a la vocación de divinización se produce la misión de configurar todo en Cristo. El Espíritu cristifica a la persona del misionero hasta lanzarlo a la dimensión más trascendente que es la promesa futura alcanzada sólo en Dios. En la comprensión interpretativa del Espíritu como maestro y misionero interior:

«Se trata de lo que la tradición patristica llamará nuestra “deificación”. Los textos bíblicos, incluidos los de San Pablo mismo, tienen una fuerza que no podemos esquivar: Cristo es todo en todos (Col 3, 11), Él es quien vive en nosotros (Gal 2, 20); todos vosotros sois hijos de Dios, os habéis revestido de Cristo (Gal 3, 26-27); finalmente, Dios será todo en todos (1 Cor 15, 28). Tenemos que admitir que nosotros somos y seremos el sujeto de una cualidad de existencia y de actos que derivan de la esfera de la existencia y de operaciones de Dios. Éste es el contenido final de la promesa. Éste es el fruto propio del Espíritu, principio de nuestra vida escatológica: 1 Cor 15, 44ss»<sup>78</sup>.

Para la teología de la misión y la espiritualidad misionera, en la evangelización del mundo, el anuncio encarnado del evangelio consiste en la divinización de la creación, donde el ser humano como criatura alcanza su mayor plenitud en Cristo, el llamado a la perfección según la vocación recibida de Dios Padre, de ser imagen y semejanza por el amor. Llegar a este significado y realización, fruto de la obra misionera de la Iglesia, es lo propio de ese anuncio kerigmático como evento primero e insustituible. Por momentos, aquí nos dispersamos, y aunque se llega con el primer anuncio, el kerigma no lo logramos comunicar como evento significativo como la intimidad que Dios quiere con cada persona y por tanto, el discípulo misionero necesita, ante todo, recorrer en el Espíritu, maestro y misionero interior, su propia vida. El evangelio es intimidad de vida, no intimismo sentimentalista de emociones externas, para luego ser anunciado en la interioridad de cada persona y le transforme.

---

<sup>77</sup> Ibid., 91.

<sup>78</sup> Y. CONGAR, *El Espíritu Santo*, op. cit., 59.

La Pneumatología del envío en los *Discípulos Misioneros* de la interioridad está referida a lo que significa que «el Espíritu hace conocer, reconocer y vivir a Cristo. No se trata únicamente de una proposición doctrinal; es algo existencial que viene de un don y que compromete toda la vida. No hay un cuerpo del Espíritu Santo, sino un cuerpo de Cristo»<sup>79</sup>. Con esto, vamos mucho más allá de un intimismo emotivo y sentimentalista, que a propósito, invade hoy casi todos los espacios donde se intentan experiencias de formación y animación en la fe. Lo que el Espíritu, como maestro y misionero interior conduce, se denomina vida interior de la persona, esa total configuración existencial y creyente con Cristo, que le permite sentir, comunicar y vivir transfigurado mediante la conversión, para transformar la realidad personal, eclesial y social en la que se desenvuelve.

La hermenéutica de la interioridad en el Espíritu se comunica en la exterioridad de todo aquello que por la misma acción santificadora que se realiza como don y gracia, se transforma y renueva. La espiritualidad misionera urge en la actualidad de Agentes Pastorales de la evangelización que construyan puentes entre la intimidad de Dios y la interioridad de la humanidad, con lo cual sea posible experimentar que Dios penetra el corazón de las personas y establece un vínculo de amor que le trae paz y fortaleza. La exterioridad del mundo está revuelta, dispersa, confusa, ideologizada, deteriorada, vive amenazada, padece el riesgo de extinguirse. Ofertar el Espíritu como maestro y misionero interior será una de las posibilidades para la post modernidad en la que nos debatimos, alternativa de búsqueda de sentido de lo humano e inquietud de apertura a lo divino.

Resuena el referente interpretativo dado por el Beato Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi* y que sirve como indicador para este capítulo: «¿qué eficacia tiene en nuestros días la energía escondida de la Buena Noticia, capaz de sacudir profundamente la conciencia del hombre?»<sup>80</sup>. Para este acápite, no perdamos esta señal orientadora.

El primero de los frutos de la acción del Espíritu como maestro y misionero interior, incorporado a los procesos pastorales de evangelización, es que la persona vuelva a ser sujeto humano, la centralidad de la persona en Cristo. Es apasionante ver la originalidad que imprime en quien actúa, «la peculiaridad del Espíritu Santo consiste en estar en todos – permaneciendo único e idéntico– sin borrar la originalidad de las personas ni de los pueblos, de su talante peculiar, de su cultura; consiste en lograr que cada uno exprese las maravillas de

---

<sup>79</sup> Ibid., 66.

<sup>80</sup> EN., 4.

Dios en su lengua»<sup>81</sup>. ¿De qué manera el Espíritu de la intimidad de Dios se convierte en interioridad reveladora de la riqueza profunda del ser humano? Una teología espiritual misionera hoy, debe iluminar y mostrar itinerarios en los que se acompañen procesos personalizados y comunitarios de fe, conducentes a un conocimiento íntimo de Dios y una transfiguración de la interioridad de las personas, en bien del entorno donde convive.

#### **2.4.2. La Palabra, voz interior del Espíritu**

En la teología espiritual del Nuevo Testamento, podríamos identificar los rasgos del Espíritu que actúan en forma de maestro y misionero interior a lo largo del evangelio de san Juan. Una rica Pneumatología del envío en clave de acción íntima del Espíritu, para articular la interioridad de los primeros discípulos en el seguimiento de Cristo. Así las cosas, la teología espiritual misionera encuentra su fundamento en la Palabra de Dios, para alentar la recepción del Espíritu como única disposición consistente de quien es designado a un envío evangelizador.

A partir del siguiente elenco de textos joánicos, se puede tejer el Espíritu y espiritualidad de animación espiritual de los misioneros para los momentos actuales que vivimos y los lugares a dónde llegar. Una lectura interpretativa que ayuda a comprender el discipulado misionero como itinerario teológico de la interioridad hacia la intimidad con Dios.

Comencemos por los textos donde el Espíritu Santo, como envío del Hijo Enviado, de parte del Padre, se presenta como el Paráclito que confiere su efusión sobre los discípulos: *“el Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce. Pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros”* (Jn 14, 17), es vínculo de conocimiento y permanencia fiel, estar con y junto a ellos. La garantía de su presencia estable e insustituible pues les será dado, es un don, *“y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre”* (Jn 14, 16). Como maestro y misionero interior, les activa la memoria y sentido del anuncio, *“pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho”* (Jn 14, 26).

Estudiemos y profundicemos un poco más, descubramos la relación discipular del Espíritu. El Paráclito como soplo divino tiene el carácter de enviado, *“cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del*

---

<sup>81</sup> Ibid., 72.

*Padre, él dará testimonio de mí” (Jn 15, 26). Un envío que es certeza confiada y garantía para conducir la vida y la acción del anuncio, la firme convicción de permanecer en la comunión como presencia continuada y que vendrá sobre ellos, “pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré” (Jn 16, 7). Es el carácter de continuidad que en este camino teológico espiritual ya intuimos, no hay misión en la Iglesia, sin el envío del Espíritu.*

San Juan concreta la Pneumatología discipular que hurgamos, presenta cómo el maestro y misionero interior, el Espíritu, ejerce sobre los discípulos del seguimiento de Jesús, la tarea eficaz de revelarles la vida como camino conducente a la verdad plena, *“cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir” (Jn 16, 13). La relación de los discípulos con el Paráclito, como disposición al envío, se les manifestará en su totalidad. Nada quedará sin comunicárseles y podrán descifrar todos los acontecimientos que sucederán, le conferirá la visión del futuro. No es más que el mismo Espíritu de Cristo el que actuará como maestro y misionero interior en el anuncio.*

Estos textos del evangelista Juan, centran la Pneumatología del envío al ubicar a Jesús, que reconocido como Maestro por sus discípulos, establece una relación en la que por los gestos y palabras, llegan a conocerlo y a vivir de su intimidad, por eso, el envío del Paráclito significa: *“él me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros” (Jn 16, 14). Evidencia total del Maestro Misionero del Padre, Cristo que les comunica a sus discípulos la intimidad interior que viven en el Espíritu y que les es dado, ellos reciben en esencia lo que es el mismo Jesús. De aquí, que un discípulo misionero, desde la teología del Espíritu del envío, es un sujeto propio de la evangelización que lleva en su interior una vida y un mensaje, una palabra testimonial. No es alguien que simplemente transfiere un conocimiento o unos conceptos doctrinales que le han encargado. El envío misionero recibido implica y compromete toda la vida del evangelizador y de la comunidad eclesial que lo envía.*

La doctrina joánica explicita la acción del Espíritu que actúa en la apertura a su presencia de manera pasiva como don de lo alto, para convertirse en dinamismo activo, maestrante y misionero en la interioridad del discípulo misionero, quien ha de permanecer en total actitud de acogida: *“cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí” (Jn 15, 26). Será el momento de acoger al Espíritu que procede del Padre como donación. En esta misma medida,*

la apertura a la pasividad divina del don, permite que el Espíritu espabile el oído y afine la escucha, *“pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga”* (Jn 16, 13). La pasividad activa que el Paráclito suscita en la disposición misionera, comunica un lenguaje único, un mensaje en el que habla con propiedad lo escuchado del Maestro, Cristo.

San Juan introduce el culmen del envío del Paráclito. Al establecer su conexión discipular con quienes le recepcionan de parte de Cristo, acontece en la oportunidad que tendrán de dar gloria a Cristo y participar con Él de la glorificación del Padre, *“él me dará gloria”* (Jn 16, 14). A esto se suma la concreción de la glorificación como vivencia objetiva de la misión, en tanto mandato dado por Cristo, *“él dará testimonio de mí. Pero también vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio”* (Jn 15, 26 - 27). La gloria del testimonio es el sello emblemático que ratifica la autenticidad de la misión discipular. Cuando se expresa que la Iglesia, o es misionera o no es Iglesia, es el imperativo radical de lo testimonial como fuerza transformadora del mundo. En muchos lugares y territorios de misión, que son objeto de una acción evangelizadora de primer anuncio, lo que abre y rompe el camino de acogida del evangelio es la presencia de testigos creíbles. Constató que en lugares de iniciación en la fe, lo que cualifica la evangelización es el testimonio de cristianos convertidos, más que la elocuencia de creyentes convencidos.

Cerramos este recorrido pneumatológico joánico en el que hemos presentado los rasgos que confiere el Espíritu, en sus diversas facetas como maestro y misionero interior. Es la luz reveladora de la presencia del Espíritu Santo en medio del mundo, quien descubre las realidades con las que la humanidad se confronta en su existencia: *“y cuando él venga, convencerá al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio; en lo referente al pecado, porque no creen en mí; en lo referente a la justicia porque me voy al Padre, y ya no me veréis; en lo referente al juicio, porque el Príncipe de este mundo está juzgado”* (Jn 16, 8 – 11). Con todo, será el Espíritu el que en su sabiduría de maestro y su resonancia de voz interior, conduzca a toda la creación hacia la plenitud divina, en que resplandecerá cara a cara, el verdadero rostro de Dios, el Hijo amado, Jesucristo.

### **2.4.3. Habitados por el Espíritu de Cristo**

Demos un paso más para descifrar lo que corresponde en la teología espiritual misionera lo pneumatológico del envío, de qué manera actúa como maestro y misionero interior el Espíritu, en tanto que:



«La acción del Espíritu consiste, en primer lugar, en hacer creer que el Hijo fue enviado en nuestra carne; en hacer que le conozcamos, que le confesemos. Y esto supone amarle como él amó (1Jn 4, 14ss; 3, 23). Para ello, el Espíritu une su testimonio al que Jesús, enviado del Padre en nuestra carne, dio y que es actualizado en la Iglesia por el bautismo y la eucaristía»<sup>82</sup>.

Su concreción es visible y realizable a la hora de profesar la fe y confesar el credo, en la interioridad de cada bautizado se produce un movimiento interno de firme convicción creyente, permanecer en el amor. Interioridad es amar en la intimidad de Dios, donde no hay miedo sino la certeza de la plena confianza de quien se sabe amado. Clama la misión amorosa por los *Discípulos Misioneros* que le devuelvan a la humanidad un amor íntimo que salve, el del Hijo amado, Cristo, Maestro y Misionero interior de todo hombre que viene a este mundo.

La Iglesia discipular misionera del maestro y misionero interior, el Espíritu Santo, está llamada a comunicar los símbolos y lenguajes de los signos significantes de la vida de quienes abrazan la fe en Jesucristo. Necesita ser expresiva y significativa en medio de realidades en que lo bello, lo noble y lo significativo, parece diluirse en el relativismo y nuevas formas de colonialismo ideológico. Que los signos vuelvan a ser significantes, que comuniquen la vida interior que contienen, recuperar la riqueza del lenguaje simbólico. Es la imagen de:

«Jesús, cuando tiene que abandonar la tierra, envía su Espíritu como agua viva en el interior de los creyentes, como Paráclito para asegurar la fe el testimonio de ellos, como actuando conjuntamente con la palabra, el agua del bautismo, la eucaristía, el testimonio, el ministerio de reconciliación. En una palabra, obrando en el tiempo de la Iglesia la misión recibida del Padre»<sup>83</sup>.

La maestría interior del Espíritu permite que el discípulo misionero oferte la intimidad profunda de los sacramentos y demás signos sacramentales contenidos en la liturgia. El Espíritu, maestro interior, cualifica el ser de los misioneros como comunicadores de la gracia y fieles hermeneutas del lenguaje de la Palabra de Dios que salva. Un discipulado misionero de la belleza, de la gracia de Dios que llega a todos y se exprese en todos.

En la interioridad de toda persona, en el espacio inviolable de su conciencia es el lugar para el obrar con plena libertad. El Espíritu, como maestro y misionero interior, anuncia el evangelio por medio de la Iglesia discipular con evangelizadores que promueven la dignidad humana de cada persona y sociedad. Somos habitados por la libertad en el Espíritu: “*Si, pues, el Hijo os da la libertad, seréis realmente libres*” (Jn 8, 36); o “*porque el Señor es el Espíritu,*

---

<sup>82</sup> Y. CONGAR, *El Espíritu Santo*, op. cit., 85.

<sup>83</sup> *Ibid.*, 89.

*y donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad*” (2 Cor 3, 17). Qué mejor maestro y misionero interior necesitan las personas que viven esta hora de la historia en medio de las múltiples expresiones de esclavitud y sometimiento inhumano de la sociedad contemporánea. El clamor que aturde y rompe al ser humano hoy es libertad. La única que da el Espíritu que entrega Cristo a través de quienes han recibido su envío misionero de anunciar la liberación.

La novedad de la intimidad alcanzada en el Espíritu, maestro y misionero del ser humano, y que sólo bajo este rostro ha de comunicarse, es que en la interioridad de quien recibe el don divino del Espíritu Santo comienza una nueva relación existencial y espiritual con Dios y los hermanos. La maestría misionera del Espíritu cohesiona la comunión de la participación fraterna, la pertenencia y adhesión, la identidad y filiación. La novedad de la relación en la divinización, la personalización relacional con Dios:

«El Espíritu-Paráclito de la revelación cristiana no es el pneuma de los estoicos. Nosotros distinguiremos entre la acción del Espíritu, que implica ciertamente su presencia, pero una simple presencia de causa, y el don, la habitación del Espíritu como comunicación de gracia que nos habita para entablar con Dios relaciones de comunión y de intimidad familiar»<sup>84</sup>.

La espiritualidad discipular misionera forma evangelizadores en la interioridad en el Espíritu, en la intimidad de la paternidad filial y fraternidad de hermanos. Es la misión discipular que pide la Iglesia de hoy: *“Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes”* (Mt 28, 19). El envío en el Espíritu es continuidad para más discipulado misionero.

Reconocer la presencia del Espíritu es la vivencia posible para evidenciar que él es maestro y misionero. Ello se expresa al comprender que «el Espíritu es invisible, interior a nosotros; no tiene nombre, es anónimo, lo nombramos con diversos símbolos (viento, soplo, agua, paloma...); no se encarna en nadie, no está concreto, sino que es enviado a todos los pueblos, a todos los lugares y a todos los tiempos»<sup>85</sup>. Una Iglesia en estado permanente de misión ha de estar sensible a las múltiples mociones del Espíritu para que sin manipularlo o atarlo, sea el que conduzca la interioridad e intimidad de la experiencia de Dios en todas las personas que acogen la Buena Noticia del Evangelio, con la certeza de que *“nadie puede decir: ¡Jesús es Señor! sino con el Espíritu Santo”* (1 Cor 12, 3).

La interioridad del Espíritu, maestro y misionero, se refleja en la experiencia de fe en la Palabra por parte del discípulo y el gesto misionero que obre a través de la Iglesia. Es la

---

<sup>84</sup> Ibid., 65.

<sup>85</sup> V. CODINA, *El Espíritu del Señor actúa desde abajo*, op. cit., 69.

mejor forma de comprender todo lo que hemos abordado en este trayecto. La teología espiritual misionera ha de interpretar la Pneumatología del envío como el Espíritu que conduce el discipulado de quienes siguen a Cristo, para que ilumine la espiritualidad con la que es enviado el misionero a proclamar el evangelio de la salvación.

A esta altura del camino, el binomio Espíritu discipular y espiritualidad misionera, sedimenta y consolida la reflexión en desarrollo. De ser así, nos preparamos para dar un salto cualitativo y esencial en nuestra pretensión, sobre todo, porque nos remite a la inspiración y visión que originó la inquietud, la fuente conciliar. Lo referido a la Iglesia Pueblo de Dios, la cual se visibiliza en el Espíritu cuando se expresa en los carismas y ministerios con los que edifica y sirve el Reino de Dios en el mundo con su presencia misionera.

Avancemos hacia la cuarta clave hermenéutica del discipulado misionero, a partir de la comprensión de la Pneumatología del envío correspondiente al significado del Espíritu en la Iglesia, presente en los carismas y ministerios al servicio de la evangelización.

## **2.5 El Espíritu en la Iglesia: carisma y ministerio**

Volvamos la mirada al referente interpretativo elegido para comprender el discipulado misionero que analizamos. La *Evangelii Nuntiandi* preguntó: ¿hasta dónde y cómo esta fuerza evangélica puede transformar verdaderamente al hombre de hoy? Ésta es la hoja de ruta que guiará este acápite: ¡sigámosla!

El configurar una teología espiritual misionera, con el énfasis en lo pneumatológico del envío, nos permite dar un paso más en continuidad con lo que hemos tratado en los numerales anteriores, adentrarnos en lo concreto y visible de la presencia y efusión del Espíritu en la vida de la Iglesia, como son los carismas y ministerios. Al hilo de la fuente conciliar del Vaticano II que hemos expuesto, es uno de los caminos de más novedad y dinamismo renovador, al querer expresar la vida de la Iglesia como Cuerpo de Cristo y su presencia en el mundo como espacio de comunión y participación misionera.

La visión de conjunto que da la teología trinitaria, la comunidad que el Espíritu comunica en la relación de las tres personas divinas, el Espíritu Santo, se identifica como el evento que conduce el inicio de la vida de la Iglesia. La Pneumatología del envío nos permite recepcionar el acontecimiento propio en el que Cristo resucitado manifiesta el mandato sobre

sus discípulos. La promesa del envío del Espíritu Santo convertido en Paráclito en orden a su presencia y modo de acompañar el encargo dado para la misión. Los carismas y ministerios, serán objeto de estudio como posibilidad de acercar a la vida de los *Discípulos Misioneros* que sirven hoy la evangelización, a lo que en sí es signo existencial y espiritual de la acción directa del Espíritu, quien dona a la Iglesia diversos modos de crear y recrear la comunión y participación entre los bautizados, el discipulado misionero.

La edificación de la vida de la Iglesia en nombre del Padre, por el Hijo, con el Espíritu Santo, comienza por darle su identidad ontológica de sentido. La Iglesia es ante todo, comunidad refleja de la Trinidad, el Espíritu dispone a todos los que se acogen a ella de manera discipular, a comprometer todo su ser y obrar en filiación de identidad y pertenencia. La vida de comunión que configura a la Iglesia tiene su origen primigenio en el Espíritu que Cristo como Enviado ha querido comunicarle; «antes de convertirse en comunidad de Pentecostés, es la comunidad de Cristo resucitado, la comunidad pascual»<sup>86</sup>. La comunidad eclesial nace, entre el trayecto pascual del Resucitado y la irrupción del Espíritu en Pentecostés. La misión discipular que reciben los apóstoles de parte de Cristo vivo, que les convoca e invita a permanecer unidos es la señal inequívoca con la que lo original de la vocación y misión de la Iglesia, carismática y ministerial, es ser Comunión y participación.

El origen pascual de la vida de la comunión eclesial es entonces el fundamento esencial para que el Espíritu se exprese en la vida de todo bautizado, como carisma y ministerio. Sin comunión pascual es difícil la koinonía eclesial vivida en los carismas y ministerios. Considero que este es el camino con el que los *Discípulos Misioneros* han de comenzar la presencia y animación del anuncio del evangelio, cuando son enviados a lugares donde la iniciación cristiana, mediante la catequesis kerigmática que desemboca en los sacramentos ha de conducir a la configuración de comunidades vivas y dinámicas. El trayecto de Jesús que lo llevó hasta la Pascua de Resurrección configuró el discipulado de quienes lo siguieron. En Pentecostés el Espíritu confirió el envío misionero a quienes creyeron en Él. Es el itinerario a replicarse hoy en los procesos formativos y de animación en la vida eclesial.

---

<sup>86</sup> M-J. LE GUILLOU, *Los testigos están entre nosotros*, op. cit., 213.

### 2.5.1. El Pentecostés de los carismas y ministerios en la Iglesia

El protagonismo de la comunidad cristiana, es esencial en la teología espiritual discipular misionera de una Iglesia carismática y ministerial nacida en Pentecostés, «si el Espíritu Santo es el principio de unidad de la Iglesia porque nos hace entrar desde lo más profundo de nuestro ser en la comunión del Padre y del Hijo, también es su principio de diferenciación. En efecto, la Iglesia es un cuerpo compuesto de muchos miembros que tienen carismas diferentes»<sup>87</sup>. Es importante comprender desde la figura del poliedro, pues con ello caemos en la cuenta que el ser y el qué hacer de la vida eclesial no es un movimiento monolítico o unidimensional, sino que la comunión de vida en el Espíritu es efusión expresada en lo diverso, plural, poliédrico, dialógico, participativo. Todo aquello que disipa lo confuso, anárquico, autoritario y uniforme. Es la unidad que acoge, escucha, nuclea, convoca, discierne, dinamiza el “con” y no tanto el “para”. La comunidad discipular misionera llega a todos y fraterniza. La Iglesia es y se expresa desde y con Pentecostés.

Una clave importante que nuestra reflexión teológica, en torno a la dimensión misionera de la Iglesia actual, es sin lugar a dudas la pregunta por el lugar y espacio que debe ocupar cada creyente bautizado en el cuerpo eclesial vinculado a Cristo como cabeza. Le sigue una segunda pregunta, ¿cómo ser una Iglesia más carismática y ministerial donde broten los diferentes servicios proféticos, santificadores y caritativos en los miembros de la comunidad cristiana, hacia dentro y fuera de ella? ¿Cómo ser un eterno Pentecostés?

El inicio de una respuesta puede estar en la apertura a una teología con el matiz de la Pneumatología del envío, donde el Espíritu que es conferido por Cristo en el bautismo, imprime a todo cristiano el carácter de gracia, y por ello, es dinamismo de vida que se expresa y comunica, es movimiento y talento, creatividad e imaginación, santidad y mística, iniciativa y sugerencia, ardor y método, liderazgo y complementariedad, plan y programación. Todo ello, una vocación y misión de servicio humilde y entrega abnegada. Es la mejor manera del envío del Espíritu dado por Cristo a la Iglesia en Pentecostés para la misión en el mundo.

Una referencia iluminativa la hemos visualizado en el primer capítulo del tema en cuestión, las fuentes conciliares, donde el Espíritu marcó líneas propias para la misión en la Iglesia «por lo que respecta al Espíritu Santo, la eclesiología pneumatológica del Concilio ha

---

<sup>87</sup> Ibid., 220.

logrado la gran recuperación de los carismas»<sup>88</sup>. Con ello, abrimos un abanico de posibilidades en una Iglesia deseosa de ser “Pueblo de Dios”, con rostro de comunión y participación mediante los dones y carismas, servicios y ministerios. Configurar un cuerpo eclesial que comunique la vida de Cristo cabeza, junto a cada uno de los bautizados como miembros cualificados de la gracia sacramental avivada por el Espíritu.

La Pneumatología cristológica del envío, interpreta la viva imagen de Cristo misionero del Padre, el Enviado, precisar la función y rasgos propios del envío como movimiento singular y original que realiza el Espíritu en quien es constituido discípulo misionero. La Iglesia es discipular misionera desde Cristo cabeza. Por tanto, «la vida en Cristo –o él en nosotros– es eclesial. El Espíritu realiza una tarea decisiva en la construcción de la Iglesia. *“Todos fuimos bautizados en un solo Espíritu para formar un solo cuerpo”* (1 Cor 12, 13). Lejos de existir una oposición entre Espíritu y cuerpo, se reclaman mutuamente»<sup>89</sup>. No existe imagen más apropiada para comprender el alcance que tiene el envío del Espíritu en Pentecostés que la ilustración dada en el sentido del cuerpo, donde el envío es eclesial porque la misión es ser y hacer la comunión en la comunidad mediante el discipulado misionero.

En la teología espiritual discipular misionera no se comprenden las acciones o iniciativas aisladas, al estilo satélite fuera de órbita. Ni los guetos y capillismos, los excentricismos y liderazgos absorbentes o manipuladores, los populismos mesiánicos, los movimientos reducidos a espiritualismos fanáticos, fundamentalistas y de gran carga emotiva o moralista. Esta realidad, por los momentos que atraviesa el mundo, es bien delicada para la evangelización, puesto que se trata de no apagar el pábilo vacilante, ni ser ingenuos en avivar el fuego que no ilumina. Es el Espíritu el que ayuda a discernir cómo proceder en las diversas búsquedas del ser humano contemporáneo. Como también, en nombre del Espíritu, conformamos comunidades cristianas con una carga pentecostalista que no deja ver el rostro del Espíritu transfigurado y transformador de la vida de quienes se congregan animados por la fe, esperanza y caridad. Es una pastoral de la evasión y emotividad que se queda en la epidermis existencial del creyente, sin comprometer la vida espiritual creativa y promotora de la caridad en la sociedad. En la actualidad, este campo se presenta confuso, complejo y enigmático. Nos descoloca y se reflexiona poco, es un asunto para discernir en el Espíritu.

---

<sup>88</sup> Y. CONGAR, *El Espíritu Santo*, op. cit., 199.

<sup>89</sup> *Ibid.*, 59.

### 2.5.2. El discernimiento eclesial en el Espíritu

Ante todo, discernir. Este es el llamado constante del Espíritu para no quedarnos en el lamento. Interpretar que «el Espíritu puede ser principio de comunicación y de comunión entre Dios y nosotros, entre todos nosotros porque, como Espíritu, es soberano y sutil, único en todos; porque une a las personas sin profanar su interioridad ni poner acotaciones a su libertad»<sup>90</sup>. ¿Cómo discernir que es el Espíritu Santo el que dispone y mueve la interioridad de los corazones, las mentes y los movimientos del actuar humano? Todo ello es la labor de centrar la auto comunicación de Dios realizada en su Hijo Jesucristo, Enviado que envía. Abrirnos al don de lo divino como trascendencia que responde a las búsquedas originales del ser humano, para ser respuesta en la Palabra y Persona por Cristo, con el Espíritu. La unificación alcanzada en Dios, por Cristo, con el Espíritu, es la comunión tejida por los carismas y ministerios. Lo que no fructifique desde aquí, es caos y dispersión.

A partir de la *Lumen Gentium*, la Iglesia vio abierto un amplio sendero de renovación de su presencia y participación, hacia dentro y fuera de la vida de las comunidades cristianas. Que por otra parte, también suscitó resistencias a los cambios propuestos por el Concilio. No obstante, el que hoy se tengan y busquen nuevos espacios en la que todos los miembros de la Iglesia sean *Discípulos Misioneros* es signo de este cincuentenario llamado eclesial. En la actualidad registramos que «se ha escrito mucho sobre los carismas. Gran número de ellos adolecen de dos defectos: de una parte, la equivocada oposición, convertida en falsa problemática, entre “carismas” e “institución” o funciones institucionalizadas»<sup>91</sup>. Materia de discernimiento eclesial en el Espíritu para crecer en la vocación y misión evangelizadora.

Considero que la clave pneumatológica cristológica del envío que analizo, permite dar el salto cualitativo de no reducir la acción del Espíritu a lo institucional-funcional, y así dar paso al Paráclito como dinamismo en cada cristiano bautizado que encuentra un lugar y espacio de pertenencia y participación en la Iglesia, hasta vivir la animación misionera discipular. Constato, cómo esta discusión hoy por hoy, desgasta y empobrece a algunas comunidades cristianas, con el fatal resultado de no generar ni lo carismático ni ministerial en quienes se congregan en ellas. El Espíritu queda “enlatado” en lo institucional-funcional.

En lo eclesiológico, al carecer de un estilo de Iglesia discipular misionera, el discernimiento falta, sobre todo porque no expresa lo que hoy es clamor y grito evangélico

---

<sup>90</sup> Ibid., 60.

<sup>91</sup> Ibid., 62.

como conversión pastoral. La interpretación pneumatológica que tengamos del envío discipular misionero marca la imagen que fomentemos como signo de la comunión y participación de cada bautizado. El carisma define el ser (discípulos) y el ministerio expresa el hacer (misioneros). Ahora bien, ¿cómo identificar esta vocación y misión, dentro de la vida o estructura eclesial? Opino aquí nos perdemos y no acabamos de acertar. Lo institucional termina por apagar lo carismático ministerial. Fomentamos más una evangelización con estructuras estratégicas que con el dinamismo de los dones y efusiones creativas del Espíritu.

Momento para que la teología espiritual misionera, ilumine la búsqueda eclesial para el mundo actual, comunidades más vivas y dinámicas, convertidas y testimoniales, con un Espíritu del seguimiento de Cristo y una espiritualidad del anuncio de su evangelio. Espacios para comunidades en permanente Pentecostés de envío y pastoral misionera de salida. Es lo que intuimos en este desarrollo teológico espiritual, el discipulado en el Espíritu para los *Discípulos* y el envío misionero en la espiritualidad de los *Misioneros*.

Para una Iglesia discipular misionera, en la que se expresen más y mejor los carismas y ministerios, los dones y funciones del Espíritu Santo, la teología espiritual paulina en la carta a los Corintios puede resultar iluminadora para la Pneumatología del envío que introduzca el discernimiento eclesial de todo itinerario misionero:

«Respecto de estos dones o talentos que vienen de la gracia de Dios, nos dice San Pablo: 1) que son distribuidos por el Espíritu según su voluntad; 2) que son diversos; da diversas listas de ellos que no coinciden entre sí ni pretenden ser exhaustivas; 3) que el Espíritu los da diferentes con vistas al de todos; es decir, para que sirvan a la construcción de la comunidad eclesial o a la vida del cuerpo de Cristo. Por último, 4) colocan el don o carisma del amor por encima de todos los restantes y sitúa en su justo lugar dos dones del Espíritu o pneumática altamente apreciados por los Corintios: el hablar en lenguas y la profecía»<sup>92</sup>.

Lo carismático ministerial en la comunión eclesial en la misión, comienza por ser don ofertado, distribuido a cada quien y personalizado. Por lo mismo, son diversos en lo particular, pero generan la unidad en la totalidad, donde el referente es Cristo, cabeza del cuerpo. La primacía del don y función del Espíritu radica en el amor. Para el discernimiento quedan los dones y funciones del hablar en lenguas y la profecía. Es del Espíritu, el carisma y ministerio que cohesiona la vida de la comunidad discipular misionera, centrada en el amor de Cristo. No llegar, o pasarse en este referente, impide realizar en plenitud la misión del envío evangelizador. Hoy constatamos diversas modalidades y propuestas pastorales que buscan con

---

<sup>92</sup> Ibid., 63.



honestidad la centralidad en el Espíritu del Hijo Enviado, abiertas al envío del Espíritu dado por Él. También contrastamos, en ocasiones, una Iglesia auto referencial y egolátrica, donde el Espíritu esta “enlatado” al no permitir a Cristo ser encuentro personal y respuesta de vida.

Para este acápite que nos ocupa, en el conjunto de la reflexión teológica espiritual de *Discípulos Misioneros*, en el Espíritu y la espiritualidad de quienes son responsables de la evangelización hoy, las mociones y efusiones del Espíritu Santo confluyen en que «el tiempo de la Iglesia es esencialmente el de la misión, del testimonio y del Kerigma. Es digno de tener en cuenta que todos los evangelios terminan con el envío de los apóstoles a la misión, con la donación de una donación del Espíritu Santo»<sup>93</sup>. En una teología de la misión, el matiz pneumatológico esclarece e ilumina la trayectoria a seguir. Considero sea una de las posibilidades de animación y apertura misionera eclesial de este tercer milenio.

El imperativo evangelizador de la misión, convoca a la Iglesia del don y las funciones del Espíritu, a expresarse en los carismas y ministerios, certeza de la promesa dada por Cristo, en medio del realismo existencial y espiritual de la primera comunidad discipular:

«Se trata de todos los discípulos que existirán a lo largo del tiempo de la Iglesia. El Espíritu los guiará en el conocimiento de la verdad plena; incluso les anuncia o comunica que vendrá. Mientras los discípulos acompañaban a Jesús, le veían y escuchaban, su fe iba unida a la falta de ella, sobre todo la falta de inteligencia. El Espíritu hará que se presenten en primer plano de sus recuerdos las enseñanzas de Jesús y madurará en ellos un testimonio que no será simplemente la repetición de los hechos en su materialidad, sino inteligencia y comunicación de su sentido»<sup>94</sup>.

La libertad que mueve y comunica el Espíritu, supera toda manipulación, sopla donde quiere, no lo vemos pero sí lo sentimos, percibimos sus movimientos y acciones. La apertura a sus dones, carismas y ministerios, tejen la vida de comunión con sentido de “comunidad (discipulado) de comunidades (misionero)”, dinámica concéntrica que expresa la efusión y la fuerza del Espíritu al crear espacios de cohesión y participación, cada cristiano congregado es corresponsable sin ningún tipo de retraimiento, restricción o imposición. «El Espíritu Santo no es monopolio ni de la jerarquía ni de algunos inconformistas. Otorga sus carismas a todos los miembros vivos del Cuerpo místico de Cristo»<sup>95</sup>. El Espíritu actúa de moderador y aglutinador. Supera la rivalidad o excentricismo deformador de la armonía del cuerpo eclesial, es discernimiento constante y real.

---

<sup>93</sup> Ibid., 86.

<sup>94</sup> Ibid., 87.

<sup>95</sup> Ibid., 87.

### 2.5.3. Lo propio del Espíritu misionero en la Iglesia

Volvamos a navegar por la fuente conciliar de donde hemos partido y escuchemos a Y. Congar comentar, en lo que respecta al sentido de lo que da inicio a la misión con la que el Decreto “*Ad Gentes*” en el numeral cuatro expone lo que ha de dar origen a la misión, convirtiéndose en el eje transversal de lo que va a ser la teología de la misión en adelante. Su interpretación y horizonte es que:

«La Iglesia se manifestó públicamente, se presentó como enviada y comprometida en la difusión del evangelio comenzando por Jerusalén (Lc 24, 47; Ac 1, 8). El texto dice de qué manera, desde entonces, el Espíritu Santo acompaña a la Iglesia, y “concelebra”, en cierto modo, con la acción apostólica en lo que ésta hace para realizar el designio de gracia de Dios. No hay solamente ministerios instituidos, hay también carismas, que por lo demás, no se oponen a aquellos, pero conservan su originalidad. El Espíritu Santo es como el alma de la Iglesia, pero esto no se debe comprender solamente en el sentido institucional: supone, no sólo un aspecto de interioridad personal (el Espíritu infunde en las almas aquel mismo sentido de la misión, por el cual condujo a Cristo), supone también de parte del Espíritu iniciativas, ya sea para abrir, ya para cerrar, ciertos caminos; los Hechos de los Apóstoles y toda la historia de la Iglesia, nos ofrecen innumerables ejemplos de ello»<sup>96</sup>.

Podríamos afirmar que Congar marca la trayectoria esencial para el Espíritu misionero de la Iglesia, en lo que sería hasta los días de hoy una interpretación de la teología de la misión y la espiritualidad misionera. Desde este mismo texto que él comenta, prácticamente es poco lo que se pueda decir de más. La propuesta está abierta y vigente hasta nuestros días, da esperanza para la animación de una Iglesia más discipular misionera en todo el mundo.

La tarea de la teología espiritual misionera, de aquí en adelante es la que piensa, ora y discierne la amplitud de su misma dimensión como anuncio de la Buena Noticia de Jesús; al igual que, el carácter de la experiencia del Espíritu como Pneumatología del envío. Así lo presenta la Carta Encíclica “*Dominum et Vivificantem*” de san Juan Pablo II: “*En todo caso, toda la historia de la misión, es la de la acción del Espíritu Santo*”. Así nos lo indica:

«Esta ‘era de la Iglesia’, se ha manifestado de manera especial por medio del Concilio Vaticano II, como concilio de nuestro siglo. En efecto, se sabe que éste ha sido especialmente un concilio ‘eclesiológico’, un concilio sobre el tema de la Iglesia. Al mismo tiempo, la enseñanza de este concilio es esencialmente ‘pneumatológica’, impregnada por la verdad sobre el Espíritu Santo, como alma de la Iglesia. Podemos decir que el Concilio Vaticano II en su rico magisterio contiene propiamente todo lo ‘que el Espíritu dice a las Iglesias’ en la fase presente de la historia de la salvación»<sup>97</sup>.

<sup>96</sup> Cfr. J. SCHÜTTE, *Las misiones después del Concilio.*, op. cit., 69.

<sup>97</sup> DV., 26.

La Pneumatología del envío, experiencia del Espíritu en sus más diversas manifestaciones, desde el magisterio del Concilio Vaticano II ha acercado a los bautizados como discípulos del seguimiento de Cristo a la ministerialidad como respuesta al modelo eclesial de “Pueblo de Dios”, una pertenencia y participación para la comunión. «Esto significa una visión de la Iglesia como hecha por Jesucristo y por su Espíritu Santo, actuando en todos los miembros vivos del cuerpo para hacerlos concurrir, cada uno con sus valores propios a la vida del todo. Se crea así en el cuerpo todo un intercambio de aportes y servicios, una pluralidad de ministerios»<sup>98</sup>. Estamos ante una Pneumatología de lo propio del Espíritu en una Iglesia misionera y convocante, acogedora y servidora. Esta es la efusión orgánica y dinámica del Espíritu que mueve todo el cuerpo.

Sin olvidar la fuente de inspiración y visión de nuestra reflexión, el aporte más alentador de la doctrina pneumatológica post conciliar, ha sido el trayecto indicado entre la unidad en la diversidad. La pedagogía del Espíritu que comunicado y donado en carismas y ministerios, le da vida y rostro a la Iglesia. No es la unidad sociológica de una organización colectivizada, es un estilo propio de quienes movidos por la unción bautismal de pertenencia de hijos y la participación comunitaria de hermanos, abren todas las puertas y ventanas de la Iglesia para que sea lo propio del Espíritu el que insufla, sin distinción y exclusión, sus dones y carismas:

«En la Iglesia hay variedad de ministerios, pero unidad de misión. A los Apóstoles y a sus sucesores les confirió Cristo el encargo de enseñar, de santificar y de regir en su mismo nombre y autoridad. Mas también los laicos hechos partícipes del ministerio sacerdotal, profético y real de Cristo, cumplen su cometido en la misión de todo el pueblo de Dios en la Iglesia y en el mundo»<sup>99</sup>.

La Pneumatología del envío, expresada en carismas y ministerios, evidencia y explica si la Iglesia tiene el talante discipular misionero. La misión define el rostro de lo propio que el Espíritu oferta como don y función en la vida de los miembros de una comunidad cristiana.

Para la inspiración y visión conciliar que intentamos interpretar, el Espíritu y espiritualidad en la misión de los *Discípulos Misioneros* de la Iglesia, intuita en el Concilio Vaticano II. Por tanto, es esencial insistir en no dejar de navegar en esta fuente. Ya a las puertas del Concilio Vaticano II, K. Rahner incursionaba en lo que sería una teología sobre el Concilio y uno de los aspectos que reflexiona en torno a la constitución jerárquica de la

---

<sup>98</sup> Y. CONGAR, *Verdadera y falsa contestación en la Iglesia*, op. cit., 27.

<sup>99</sup> AA., 2.

Iglesia en su institucionalidad es que en esencia, la Iglesia no se agota en el episcopado universal. Así lo refiere el profesor Santiago Madrigal:

«Es un error pensar que la vida entera de la Iglesia se agota en el ejercicio de las potestades de enseñar, santificar y gobernar jurisdiccionalmente a las comunidades o Iglesias locales. Por ello considera, en el marco de la reflexión sobre lo carismático, de qué modo la efectividad carismática del Espíritu, es decir, lo libremente carismático, pertenece también a la esencia de la Iglesia. Evidentemente, estos dos pilares del ministerio y del carisma están en relación con la única actuación salvífica de Dios; hay que distinguir, entonces, entre la comunicación de la gracia a cada hombre y la mediación sacramental por medio de la Iglesia en su potestas ordinis. Lo primero tiene que ver con la actividad carismática y libre del Espíritu; por tanto, el ministerio no puede pensar que depende de él, como si poseyera el monopolio absoluto del Espíritu en la Iglesia. Ello no excluye que el ministerio tenga su propio carisma y que también pueda darse en el portador del ministerio el carisma libre»<sup>100</sup>.

Esta intuición rahneriana, considero que ayudó a ampliar la dimensión de lo esencial de la misión como acción propia del Espíritu y el alcance de una espiritualidad misionera discipular en la Iglesia, que traspasa todas las fronteras como expresión de la misma, en tanto carisma y ministerialidad. Es que el Espíritu en la Iglesia, es carisma y ministerio, por eso, todos los bautizados como *Discípulos Misioneros* están ungidos por esta gracia y la han de ejercer en el servicio eclesial en la sociedad donde viven.

En las aportaciones de Rahner, sobre la constitución de la Iglesia, desde su teología sobre el Concilio alcanzamos a leer: «la Iglesia como misterio y la Iglesia como comunidad de cristianos. Constitutivamente, la Iglesia ha de ser pensada como esa sociedad que es conducida por el ministerio y como esa comunidad que es guiada por el Espíritu y por la conciencia de cada uno. Cuando los cristianos obran y actúan en cuanto tales, la Iglesia obra en ellos»<sup>101</sup>. Lo discipular misionero de lo carismático ministerial, implica la vida social y eclesial de todo bautizado, el Espíritu es unción y gracia de envío dentro y fuera de la Iglesia.

A manera de cierre de este acápite en el que el mismo Espíritu nos ha conducido por los amplios horizontes de la dimensión de los carismas y ministerios, en un continuo Pentecostés eclesial, comprendemos la necesidad de disponer mejor el camino de la iniciación cristiana a la hora de engendrar nuevos hijos de Dios y “templos del Espíritu Santo”. Por el bautismo se despierta a la vida, junto a una familia de hijos y hermanos, es un estilo y disposición, relación y comunión. La presencia del Espíritu en el surgir de los primeros cristianos caracteriza con imágenes reales cómo el don y la función es una «asistencia que se

---

<sup>100</sup> S. MADRIGAL, *Karl Rahner y Joseph Ratzinger: tras las huellas del Concilio*, Sal Terrae, Santander 2006, 33.

<sup>101</sup> *Ibid.*, 60.

hace realidad gracias al Espíritu que anima continuamente a la comunidad de creyentes – “sentido de los fieles”- y suscita en esa comunidad ministerios de autoridad que garantizan la fidelidad a la tradición apostólica»<sup>102</sup>. Los *Discípulos Misioneros* que sirven la ministerialidad en la Iglesia, están llamados a configurar un anuncio carismático del evangelio que engendre comunidades cristianas discipulares que crezcan y permanezcan en la vida que les comunica el Espíritu, y no tanto por la rutina de una estructura hierática que expresa poca vida misionera, donde lo propio del Espíritu le falta todo su dinamismo espiritual y eclesial.

La teología espiritual discipular es envío misionero, porque se mueve por la vitalidad del Espíritu y no por la estrategia programática de un evento. El Espíritu, como envío, crea y recrea un organismo vivo, la estrategia sigue directrices paradigmáticas. La Pneumatología del envío, de carismas y ministerios en la vida de la Iglesia, es un continuo Pentecostés de dones y funciones en los bautizados que todos los días profesan y renuevan la fe como compromiso transformador de su existencia en la realidad circundante donde viven.

La teología espiritual de los carismas y ministerios, dispone el envío como salida o efusión del Espíritu, *Discípulos Misioneros* fieles intérpretes del mandato de Cristo: ¡vayan!

En un largo viaje, se vive la ilusión de llegar al lugar esperado, es lo que en este instante de la reflexión se expresa al decir: ¡hemos llegado!

El discipulado misionero, como Pneumatología del envío se concreta como fuerza de lo propio del Espíritu en la misión eclesial. Le sigue ahora el núcleo vital de la teología misionera del envío, para los tiempos que corren es el llamado a una Iglesia en salida, es el contraste de llegar a la teología espiritual del envío, para disponerse a peregrinar hacia una eclesiología de salida, movimientos unidos en el Espíritu. Dispongámonos a salir, peregrinos del evangelio, enviados como *Discípulos Misioneros* de la Iglesia hacia toda la humanidad.

## **2.6. Discípulos misioneros, “envío” y “salida” del Espíritu**

Este punto de llegada, más que una meta, es un nuevo impulso, un nuevo Pentecostés, en el que, esta quinta clave del discipulado misionero como Pneumatología del envío dispone la razón esencial de la misión evangelizadora de la Iglesia. Los *Discípulos Misioneros* son

---

<sup>102</sup>J. ESPEJA, *A los 50 años del Concilio: camino abierto para el siglo XXI*, op. cit., 152.

peregrinos, su itinerario de vida espiritual es entrar en el envío con el Espíritu de Cristo y salir en la Iglesia con la espiritualidad misionera a llevar la Buena Noticia del evangelio.

La hermenéutica del peregrino tiene su esencia en que no se detiene para quedarse, sino que su movimiento es entrar en Dios y salir a los hermanos, sobre todo a los alejados y excluidos. Esta clave interpretativa es definitiva en el objeto de este estudio, a la altura del camino en que nos encontramos. No comprenderlo, es empezar a perder el horizonte del camino alcanzado hasta ahora en esta propuesta teológica espiritual misionera.

A esta altura de la travesía, concluyo este capítulo dedicado a la dimensión de la Pneumatología del envío, abierto a la experiencia del Espíritu para discernir el movimiento que ha de darse en la teología espiritual misionera entre “envío” y “salida”. El envío en el Espíritu se expresa en una espiritualidad de salida. El *envío* del discípulo (Espíritu) es la *salida* del misionero (espiritualidad). La salida es la del envío, el Espíritu que está en los *Discípulos Misioneros*, y como envío, éste se vuelve salida. Es mucho más que un juego lingüístico, es el doble movimiento teológico discipular misionero que estudiamos.

¿Se podrá recibir el envío del Espíritu, dado por el Hijo Enviado, y no disponerse a la salida misionera? Una buena pregunta que nos ayuda a comprender la creativa tensión en el Espíritu entre envío y salida. No perdamos este horizonte que nos llevará a donde debemos llegar, o incluso, a los más insospechados dinamismos de una Iglesia misionera en salida.

En la teología espiritual de la misión, desde la comunicación trinitaria, comprendemos que el discípulo misionero es elegido en Dios Padre, llamado por el Hijo, y enviado con el Espíritu Santo. Tres rasgos divinos que configuran la vocación y misión de todo bautizado, quien ha de escuchar con atención el mandato de Cristo resucitado: ¡Vayan!

Más allá de escuchar el mandato evangélico de Cristo, “vayan”, ¿no será asunto de asumir primero el envío del Espíritu Santo dado por el mismo Cristo? Otra manera de mantener la pregunta e inquietud que nos ocupa. Por tanto, indaguemos un poco más para concretar y preguntémonos: ¿No faltará lo propio del Espíritu? ¿Damos por supuesta la acción del Espíritu Santo en la misión de la Iglesia? ¿Hará falta identificar el Espíritu propio del *envío* de Cristo para una espiritualidad de una Iglesia en *salida*? ¿Podrá ser la Iglesia del envío, la de Discípulos, vivida como vocación, y una Iglesia en salida, la de los misioneros, asumida como misión peregrina? Lo cierto es que se juega aquí la esencia del camino propuesto, el Espíritu y espiritualidad en la teología espiritual misionera.

Por momentos se constata que el mandato del *envío* se da por asumido, pues denominamos casi todas nuestras acciones como misión pero hay algo por complementar, la misión tiene un Espíritu que es un evento netamente pneumatológico del envío, el cual puede estar disperso o desconocido. El Espíritu del envío ha de explicitarse, definirse como lo esencial de la efusión fundante que mueve al discípulo. Dar por supuesto el *envío*, en el transcurso del proceso de la misión en una Iglesia en salida, vacía y arriesga la consistencia sobre la que se edifica el anuncio. Ser tomado, poseído y ungido por el Espíritu, es la mística del discipulado misionero para el envío. El envío del discípulo ha de ser catequizado en el Espíritu, para luego, certificar una espiritualidad como misionero en salida en la obra apostólica de la Iglesia.

Si bien urge una Iglesia misionera en salida, es esencial disponerse a ello con un envío discipular, el del Espíritu Santo. Este es un tiempo y lugar de cenáculo, espacio ineludible si se quiere evangelizar, no como un instante eventual y fugaz, sino como un itinerario procesual y transformador. El evangelio como Buena Noticia de Jesús, tiene que estar consagrado por el Espíritu en quien lo anuncia, ungido por el Espíritu para ser peregrino en salida hacia la misión universal en el mundo.

¡Vayan! Es el imperativo envío de Jesús a sus discípulos. Es un mandato que contiene dos efusiones del Espíritu, “envío” y “salida”. El envío, en tanto quien da el mandato, el Hijo Enviado que tiene el Espíritu; la salida, dispone la animación a ejecutar la acción de ir hacia. En la teología espiritual de la misión se necesita con insistencia articular estos dos movimientos, pues son inherentes a la propuesta pneumatológica del envío, como experiencia totalizante y envolvente de la dimensión misionera de la Iglesia.

El envío es el de Cristo y la salida es la de la Iglesia. Con ello explicitamos el carácter global y unificador del Espíritu y espiritualidad de los *Discípulos Misioneros* que se quiere sustentar a lo largo de esta reflexión teológica espiritual de la misión. Comprender el alcance de esta visión de la misión eclesial para esta hora de Dios en el mundo, es la razón por la que toma fuerza permanecer junto al sentido de lo que significaría hoy el llamado del Papa Francisco a una “Iglesia en salida”, icono que identifica la *Evangelii Gaudium* como hoja de ruta peregrina para la Iglesia actual.

### 2.6.1. Teología del envío misionero

Será posible una Iglesia en estado permanente de misión, envío y salida, con *¿Discípulos sin Espíritu y Misioneros sin espiritualidad?* Este es el núcleo teológico espiritual misionero que nos ocupa y el que, con el sólo deseo de preguntarnos y querer responder, contribuimos a una nueva hermenéutica y comprensión de la misionología. La primera respuesta de la Pneumatología del envío es: la misión eclesial es “salida”. Para interpretarla es necesario ponerse en camino, peregrinos del evangelio de Jesucristo por el mundo.

¿De qué salida peregrina misionera hablamos? La que se realiza con el espíritu del “envío y salida” evangelizadora, binomio inseparable desde la misma Pneumatología del envío. Una Iglesia en salida por el envío del Espíritu Santo nos indica de dónde, por dónde, hacia dónde, cuándo, cómo, con quien, para qué, etc. Es el horizonte universal que da el mismo Espíritu a la Iglesia para que oriente su vocación y misión en el mundo.

Es la salida que conduce al suceso primordial y esencial de toda persona que vive en este mundo, tener acceso a Alguien que tiene ya el Espíritu y que a su vez lo entrega. Por eso:

«Si Cristo no es sólo una idea, sino un hombre concreto, si la salvación en Cristo no acontece solamente por la comunicación de una ideología, la cual en principio pudiera conseguirse también con independencia de Jesús y de su predicación, si la salvación depende del suceso concreto de su cruz, muerte y resurrección, consecuentemente esta salvación no puede estar dada y sustentada sólo por una interioridad subjetiva; entonces la concreción de Jesucristo como el que me exige debe salirme al encuentro en lo que llamamos Iglesia, en una Iglesia que no formo yo por primera vez, que no se constituye primeramente por mis deseos y mis necesidades religiosas, sino que es una misión, un encargo, una proclamación, y así hace en verdad presente para mí la realidad de la salvación»<sup>103</sup>.

La misión de Cristo es el contenido del *envío* que da razón de la *salida* de la Iglesia, para que suscite el encuentro con Jesucristo en toda persona que entra en relación con los *Discípulos Misioneros*. Es convocación y apertura, llamado e invitación, es oportuno, a tiempo y a destiempo, sorpresa, pregunta, sospecha, oferta, rechazo, confusión, diálogo, certeza, discusión, concepto, experiencia. Todo aquel espacio que incluye el recorrido que dura el trayecto para el encuentro con ese Otro. Porque la salida la emprenden los bautizados que al recibir el envío del Espíritu Santo comprenden que:

«La Iglesia está presente en todas partes: en los sacramentos, actúa el Señor glorificado a través del Espíritu que procede de Él y así consuma propiamente la

---

<sup>103</sup> K. RAHNER, *Curso fundamental sobre la fe*, Herder, Barcelona 2007, 400.



acción salvífica. La mirada del Jesús terrestre se dirige constantemente al futuro, en el que Él como glorificado ‘atraerá a todos hacia sí’ (Jn 12, 32), continuará la misión en la que la congregación de los hijos dispersos de Dios llevará a la grey una, y en la que estará unido con los suyos a la manera como la vid comunica su fuerza vital a los sarmientos, el Paráclito, convencerá al mundo»<sup>104</sup>.

Para la Pneumatología del envío resulta esencial comunicar la experiencia del Espíritu, que al presentarse como un ser sin rostro ni nombre, se puede afirmar de ella que «el Espíritu es la Persona más extrovertida de la Trinidad, que lleva a la Trinidad a ir fuera de sí misma. Portador de la Trinidad a los hombres, lleva también a los hombres hacia Dios»<sup>105</sup>. La salida que expresa el envío es en la teología espiritual discipular misionera el ámbito del movimiento unificador de todos los que al recibir el anuncio del evangelio se congregan en unidad y comunión por el Espíritu. La vida eclesial está sostenida en el vínculo de la gracia conferida por la Trinidad, la misma que en un acto de donación de amor sale de sí misma. Todo bautizado en el nombre del Padre, del Hijo y con el Espíritu Santo, es enviado por todo el mundo a anunciar la Buena Noticia de Jesús, la que ha de atraer y unir a toda la humanidad en torno a Dios Padre en un abrazo fraterno de hijos y hermanos.

En el “*Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*” (Mt 28, 19). Envío en salida que el Resucitado indica a sus discípulos. Cristo que sale al encuentro de toda persona en la misión apostólica recibida por la Iglesia como tradición testimonial. El eco del envío de Cristo se extiende hasta nuestros días en cada envío que la comunidad cristiana realiza en los bautizados. Comprender la vida espiritual, por el Espíritu, lleva al firme convencimiento que la fe se vive en salida, éxodo y peregrinación. Conocer el evangelio es disponerse a la itinerancia creyente, llegar a otros para que en igual disposición de peregrinos de la fe se encuentren con Jesucristo. Nunca el “envío-salida” es estático, fluye y se mueve, sino que las aguas estancadas se pudren, la agitación constante del agua bautismal en la vida de los *Discípulos* los lanza como un torrente a ser *Misioneros*. Urge en la actualidad una efusión del Espíritu que mueva con fuerza el agua del bautismo de tantos cristianos que permanecen indiferentes, apáticos y alejados. Es la hermenéutica misionera del bautismo la que puede renovar las actuales comunidades cristianas en su búsqueda inquieta de su espiritualidad misionera discipular.

El “envío-salida”, dos caras de una misma moneda, refleja que «el Espíritu, dado por el Resucitado a la Iglesia, empuja a la misión y al testimonio, desde Jerusalén hasta los

---

<sup>104</sup> Ibid., 395.

<sup>105</sup> N. MADONIA, *Cristo siempre vivo en el Espíritu*, op. cit., 251.

confines del mundo»<sup>106</sup>. La obra evangelizadora de la Iglesia se propaga y edifica a partir del encargo pascual dado por el Señor, el mundo es el lugar, el Espíritu ayuda al misionero a recorrer toda la geografía de la tierra sin que se quede nada fuera. El ímpetu del Espíritu es universal, es una onda expansiva ondulatoria que llega a todos los rincones donde viva un ser humano. El evangelio por antonomasia es “envío-salida”, de no ser así, quedamos auto excluidos de la misión apostólica de Cristo en la Iglesia. Con todo, somos empujados a comunicar el testimonio misionero, el evangelio que hemos conocido ha de ser de igual manera anunciado a otros. Para el bautizado es imposible no auto comprenderse a sí mismo como “envío-salida”, de no suceder esto, la presencia del Espíritu es una ausencia por desconocimiento que conduce a la inercia total de la existencia y vida espiritual del cristiano.

Viene bien que la Iglesia hoy se pregunte desde la Pneumatología del envío, por el desconocimiento del Espíritu. Comenzaría ya a ser una respuesta a la ausencia de animación misionera en la actual pastoral de evangelización en algunos lugares.

Una comunidad cristiana en permanente Pentecostés es aquella en la que el Espíritu sensibiliza a cada uno de sus miembros para que salgan al encuentro de todas las personas a quienes el evangelio ha de llegar. Este es un don dado de lo alto como “envío salida”, no se trata de salir a la deriva y sin rumbo. El objeto misionero es una apertura creativa en la que se experimenta que «el Espíritu Santo en particular es la persona de la Trinidad que más se abre al exterior, en contacto permanente con los hombres y el mundo»<sup>107</sup>. El discípulo misionero es el creyente que vive el “envío salida” y pasa todo el tiempo expuesto como propuesta de anuncio y oferta de seguimiento para toda persona con quien entre en relación.

El llamado universal a la salvación que la Iglesia vive como parte de su vocación y misión en el mundo, incluye la comprensión de todos los que la conforman y están unidos al cuerpo eclesial de la evangelización. La Pneumatología del “envío-salida” tiene alcance netamente global y de conjunto, es un todo incluido en que «el Espíritu es la mediación para que la salvación universal llegue a todos los hombres. Cristo es la mediación para el envío del Espíritu, gracias a la cual la salvación (entendida como la participación en la vida del Espíritu) se constituye en un hecho para todos»<sup>108</sup>. El Espíritu y espiritualidad de la teología misionera del envío es conducir a toda creatura humana a vivir en y del Espíritu, razón para comprender el carácter soteriológico obrado en el Espíritu por la entrega de Cristo.

---

<sup>106</sup> Ibid., 34.

<sup>107</sup> Ibid., 256.

<sup>108</sup> Ibid., 256.

Ayer, hoy y siempre es Pentecostés, vigencia y renovación constante, el Espíritu no está quieto ni un instante, va y viene, está aquí y allá, su inmensidad lo abarca todo, su ímpetu no se detiene y alcanza en el tiempo, la espera escatológica:

«El Espíritu constituye la fuerza para el anuncio del evangelio. El Pentecostés lucano describe el don de una fuerza que proviene de lo alto, que obra prodigios en todos y empuja a la Iglesia a la misión y al anuncio. Lo que acontece en el Pentecostés histórico es ejemplo emblemático de lo que el Espíritu habrá de realizar en el interior de la Iglesia cuando acontezca el Pentecostés perenne»<sup>109</sup>.

Esperamos todos en ese “siempre es Pentecostés”, la parusía del Espíritu con el que toda la creación glorificará a Dios. Una siempre de eternidad que acoge a la Iglesia apostólica y peregrina en “envío-salida” hacia la Jerusalén del cielo. Esta significación pneumatológica del envío, haría de la Iglesia misionera en el mundo un testimonio más alegre y gozoso del anuncio del evangelio. Falta la escatología del Espíritu en la alegría del envío-salida, en el anuncio del evangelio. He aquí otro camino teológico espiritual por explorar y realizar.

## **2.6.2. Eclesiología de la salida misionera**

En la misionología, la teología espiritual discipular en salida misionera, constituye a la Iglesia en cenáculo permanente de “envío-salida”, estamos ante el cumplimiento de un mandato que se extiende en el tiempo: «el Espíritu es una promesa dada por el Resucitado como fuerza que impulsa a prolongar la misión de ser discípulos fieles, desde Jerusalén hasta los confines del mundo»<sup>110</sup>. Es la misión que la Iglesia ha de cumplir, comunicar el Espíritu Santo con el que Cristo podrá ser conocido a la hora de un encuentro personal con Él. La dinámica misionera del “envío-salida” corresponde a lo que el mismo evangelio de Lucas describe, «a Jesús ‘lleno’ pero también ‘dador’ del Espíritu. Jesús puede donar el Espíritu porque precisamente lo ha recibido en plenitud»<sup>111</sup>. Esta es una buena síntesis de comprensión, “envío-llevo” y “salida-dador”. La Iglesia llena del Espíritu es “envío”, para de esta manera, ser “salida” dadora del Espíritu.

En la Pneumatología del envío, la teología paulina amplía el horizonte discipular misionero. En Pentecostés la Iglesia nació universal, su configuración no es uniforme, se sabe y expresa diversa, vive de lo que el Espíritu suscite en cada cultura y en su propia lengua, el

---

<sup>109</sup> Ibid., 35.

<sup>110</sup> Ibid., 40.

<sup>111</sup> Ibid., 46.

evangelio que traspasa las fronteras y llega hasta lo más insospechado, los recónditos lugares y periferias existenciales. El “envío salida” paulino es un vivo testimonio a imitar y seguir:

«Desde que el Señor subió a los cielos y se encuentra junto al Padre, el Espíritu está en la Iglesia como poder de difusión de fe y de vida. Todo ello traerá consigo la salida en clave Judío. Es curioso el hecho de que ésta sea precisamente la vocación de un decimotercer apóstol que no conoció a Cristo según la carne y que fue suscitado por el Señor que es Espíritu. Pablo realizó no solo la entrada de paganos en el nuevo pueblo de Dios sino el paso al mundo griego y grecorromano. Fue la primera entrada de un pluralismo sociocultural»<sup>112</sup>.

Sin perder el horizonte inicial de nuestro estudio, la fuente conciliar con la que indagamos el origen y carisma de la misión de la Iglesia según el Espíritu, la Pneumatología del “envío-salida” confluye en la gran misión universal en la que toda la creación sea unificada en el único amor en la eterna gloria de Dios Padre. El cuerpo de la Iglesia, presidida por su Cabeza que es Cristo, encuentra su rostro y nombre por medio del Espíritu Santo, cuando a una sola voz coral pueda cantar las bienaventuranzas y escuchar a toda la humanidad que se dirige a Dios cuando dicen: Padre Nuestro. Bien nos lo describe Y. Congar así:

«Como ha dicho Paul Evdokimov, ‘sabemos dónde está la Iglesia, pero no tenemos facultad alguna para juzgar y decir dónde no está la Iglesia’. La Iglesia, que conoce a Dios y trata de buscar su gloria, intenta hacer participar de este conocimiento a fin de incrementar la gloria. Los motivos que empujan a la actividad misionera se reducen a un intento de reunir el género humano en un pueblo de Dios, un cuerpo de Cristo, un templo del Espíritu Santo. Al precisar estos motivos, el Concilio concluye: ‘así, por fin, se cumple verdaderamente el designio del creador, al hacer al hombre a su imagen y semejanza, cuando todos los que participan de la naturaleza humana, regenerados en Cristo por el Espíritu Santo, contemplando unánimes la gloria de Dios puedan decir: Padre nuestro’»<sup>113</sup>.

Los *Discípulos Misioneros* para la evangelización reciben el don divino del “envío-salida”, para congregar, llamar, proclamar y santificar la creación entera. Al pasar por el mundo dejan las semillas del evangelio para que fructifiquen con el mismo Espíritu con que fueron sembradas por los misioneros. De esta manera, se comprende que la teología espiritual discipular de la eclesiología de la salida misionera es mucho más que un encargo o una tarea, es un dinamismo que implica toda la vida del mensajero del evangelio. El Espíritu de “envío salida” es la presencia viva de Cristo en la persona de los *Discípulos* y un servicio de los *Misioneros* de la Iglesia en el mundo.

---

<sup>112</sup> Y. CONGAR, *El Espíritu Santo*, op. cit., 229.

<sup>113</sup> *Ibid.*, 429.

En orden a precisar un poco más la Pneumatología del envío, Cristo es el portador del Espíritu y lo comunica a la Iglesia apostólica. Comprendemos así que en la teología espiritual misionera que, en Cristo, el Hijo Enviado, reside el “envío-salida” de la Iglesia misionera en el mundo, su fundamento está en que Él mismo es el “envío” y la “salida” que nos ha comunicado el Padre. Para mejor comprensión, detengámonos aquí:

«Pero Jesús no dijo: yo me voy y vendrá otro en mi lugar, sino: me voy y vengo a vosotros (Jn 14, 28). El Espíritu no viene al lado de Cristo, enviado por él al mundo de la misma manera con que el Padre envía a su Hijo; él es la vida del Resucitado; es interior a él, es inseparable de él. Por tanto, no es un regalo que Cristo haga a los suyos, sino su propio Espíritu del que vive y que es el lazo que lo une a sus fieles. La llama no arde independientemente de la materia inflamada; Cristo propaga el fuego de su filialidad dándose a sí mismo: el que tiene al Hijo tiene la vida, la del Espíritu (1Jn 5, 12); si alguien no tiene el Espíritu de Cristo, no le pertenece (Rm 8, 9)»<sup>114</sup>.

La teología del Espíritu de la evangelización es discipular (envío) misionera (salida), porque continua la tradición apostólica originada por Jesús, en el llamado y seguimiento de los primeros apóstoles de lo visto, oído y vivido con el Maestro. El “envío-salida” con el que comenzó la misión de los doce. Fue a partir de ese momento en que «viviendo él mismo al lado de los discípulos es como derrama su soplo sobre ellos (Jn 20, 9 – 22)»<sup>115</sup>. Es casi que imposible desear ser una Iglesia misionera en salida en el tiempo actual sino se cuenta con una Pneumatología cristológica del cenáculo, una escuela de discipulado en la que se capte y recepcione todo el Espíritu con el que Cristo entregó el evangelio como Buena Noticia. Aún más, es arriesgado una Iglesia en salida con *Discípulos Misioneros* que no estén dispuestos a ser fieles al Espíritu con el que Cristo entregó su propia vida. El “envío-salida” es palabra y testimonio de Cristo en el mundo, una palabra que salva y un testimonio que santifica.

Al cerrar este capítulo doctrinal teológico, la Pneumatología del envío de los *Discípulos Misioneros*, vienen bien las palabras de Y. Congar quien vivió de cerca el Concilio Vaticano II, y al respecto comenta el impacto del Decreto “*Ad Gentes*”, lo cual, no debemos perder de vista, sabiendo que ello hoy equivale a una eclesiología “*Ad Gentes*” en salida:

«Los discípulos son enviados a doble título: porque pertenecen a una Iglesia que ha recibido, en el grupo de los doce, un mandato formal de misión, y porque la vida que hay en ellos –fe, caridad, incorporación al Cuerpo místico, presencia del Espíritu Santo– les crea una responsabilidad y los impulsa por un dinamismo interior a dar

---

<sup>114</sup> F. J. DURRWEL, *Jesús Hijo de Dios en el Espíritu Santo*, op. cit., 126.

<sup>115</sup> *Ibid.*, 126.

testimonio del evangelio y a dilatar el Cuerpo de Cristo, en nuevas vidas personales y en nuevos espacios humanos»<sup>116</sup>.

El discipulado misionero y la Pneumatología del envío nos coloca en posición de una espiritualidad eclesiológica de salida, en la que el evangelio sea el anuncio de la Buena Noticia de salvación que facilite el encuentro personal con Jesucristo, vida plena para todos.

*Recapitulando:*

El contenido desarrollado a esta altura del camino, diríamos que en el primer capítulo fuimos a la fuente conciliar como inspiración y visión del objeto de estudio, el Espíritu y espiritualidad para una teología misionera de *Discípulos Misioneros*. En el segundo capítulo hurgamos e intuimos en lo que ha sido el trayecto post conciliar, la interpretación y aportación hermenéutica de la Pneumatología del envío, como clave de comprensión del discipulado misionero en una Iglesia del envío y salida de evangelización.

Si recapitulamos el recorrido metodológico emprendido, el primer movimiento en el Espíritu fue sumergirnos en las fuentes (inspiración); el segundo impulso ha sido una larga travesía (interpretación); y, de aquí en adelante, el tercer dinamismo a seguir será el de una epiclesis (invocación-actualización).

¡Pedimos, venga el Espíritu Santo!

---

<sup>116</sup> Cfr. J. SCHÜTTE, *Las misiones después del Concilio.*, op. cit., 71.

### **3. ESPIRITUALIDAD DEL DISCÍPULO MISIONERO: *epiclesis en salida***

Llegados hasta aquí, asistiremos al desenlace de la trayectoria seguida: la inspiración, la interpretación y ahora la actualización en clave pneumatológica de la misión “*Ad Gentes*”, bajo el simbolismo de la epiclesis o invocación del Espíritu sobre la Iglesia. Es el mismo Espíritu el que impulsa estos tres eventos. Del estudio explorado y las posibilidades encontradas para un desarrollo actualizado y aplicado de lo propio del Espíritu en la misión como culmen investigativo, surge el resultado del itinerario recorrido con el que llegamos al núcleo vital, el Espíritu de la espiritualidad misionera en los *Discípulo Misioneros*: la “*invocación*”. Se trata de la teología espiritual misionera que permite la actualizada y aplicada presencia del Espíritu Santo en la obra misionera de la Iglesia: la epiclesis en salida.

Más allá del sentido etimológico con el que se identifica la epi-klesis (griego: *epí*: sobre, *kaleo*: llamar) como invocación, (latín: *invocare*), para la Pneumatología de una Iglesia en salida, es la plegaria ininterrumpida con la que los *Discípulos Misioneros* se consagran en el Espíritu a salir a proclamar el evangelio por todas partes y a todas las creaturas. En la actitud orante de la Iglesia misionera su lenguaje se vuelve oración sacramental al pedir la presencia del Espíritu en sus acciones evangelizadoras, que por supuesto culminan en la única plegaria epiclética por excelencia, la eucaristía, fuente y culmen, envío y salida de la Iglesia discipular misionera. Epiclesis en salida invoca el Espíritu como envío trinitario.

Pedimos que venga el Espíritu, invocación constante y actual que vive la Iglesia en los principales acontecimientos con que realiza la misión salvífica de Cristo en el mundo.

Si con el mismo Espíritu hemos ido hasta las fuentes de inspiración conciliar, al igual que fue el que nos impulsó hasta el don de su interpretación y comprensión para la vida de la Iglesia misionera, ahora invocamos la presencia del Espíritu Santo para que actualice la obra de la evangelización en la vida eclesial, como respuesta vigente y actuante de Cristo en los *Discípulos Misioneros* que se consagran en el día a día, como peregrinos del evangelio y salen por todas partes a proclamar la Buena Noticia de salvación para todos.

Para completar este dinamismo metodológico dado por el Espíritu e iniciado con la Constitución *Lumen Gentium* y con el Decreto “*Ad Gentes*” (*inspiración*), seguido luego por la *Evangelii Nuntiandi* (*interpretación*); en este tercer capítulo, a modo de aplicación y actualización de la temática abordada, Espíritu y espiritualidad de la teología espiritual misionera, la referencia será el esfuerzo que realizó la Iglesia desde la Encíclica *Redemptoris Missio* (*actualización*) de san Juan Pablo II, que desde el año 1990 busca que la evangelización se exprese en modos y estilos transformadores de la vida de los pueblos. Así fue presentado en su momento este llamado misionero:

«A los veinticinco años de la clausura del Concilio y de la publicación del Decreto sobre la actividad misionera *Ad gentes* y a los quince de la Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, del Papa Pablo VI, quiero invitar a la Iglesia a un renovado compromiso misionero, siguiendo al respecto el Magisterio de mis predecesores. El presente Documento se propone una finalidad interna: la renovación de la fe y de la vida cristiana. En efecto, la misión renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones. ¡La fe se fortalece dándola! La nueva evangelización de los pueblos cristianos hallará inspiración y apoyo en el compromiso por la misión universal»<sup>1</sup>.

Es una clave de actualización y aplicación que abrió para nuestra propuesta en el estudio del camino discipular misionero, un horizonte esencial basado en el compromiso misionero que además de ser parte de la naturaleza de la Iglesia, marca la trayectoria de la fe como identidad cristiana, lo que resulta de vital importancia para la teología espiritual misionera de hoy. Será lo que el *Documento de Aparecida* y la *Exhortación Evangelii Gaudium* concretara como perfil de animación de la misión permanente de la Iglesia y que ilustraremos a modo de invocación del Espíritu: «en la Palabra de Dios aparece permanentemente este dinamismo de ‘salida’ que Dios quiere provocar en los creyentes»<sup>2</sup>. Por aquí será el transitar de este acápite con carácter de actualización y aplicación teológico espiritual para la vigente misión de evangelización como identidad eclesial.

Hemos desarrollado el “*qué*” (*Lumen Gentium* y “*Ad Gentes*”); el “*para qué*” (*Evangelii Nuntiandi*), ahora estamos ante el “*cómo*” a partir de la *Redemptoris Missio* con su actualización y aplicación en el *Documento de Aparecida* y la *Evangelii Gaudium* para la teología espiritual discipular misionera. Para este efecto, el “*cómo*” lo defino *epiclesis*, pues no hay otra manera de actualizar la misión de Cristo en la Iglesia sin antes invocar que venga el Espíritu, y «al participar de esta misión, el discípulo peregrina hacia la santidad. Vivirla en

---

<sup>1</sup> RM., 2.

<sup>2</sup> EG., 20.



la misión lo lleva al corazón del mundo»<sup>3</sup>, plegaria constante y permanente de toda comunidad cristiana discipular misionera para el envío de hoy en una Iglesia en salida.

La línea de avanzada que emprendemos en este acápite final, nos pone en comunión litúrgica con el Espíritu, y si bien la fuente y el culmen de toda la vida de la Iglesia es el sacramento eucarístico, el horizonte de la epiclesis en salida con el que sustentaremos las posibles certezas de llegada del trayecto recorrido nos amplía el abanico de animación espiritual misionera actual. La espiritualidad del discipulado misionero con una epiclesis en salida es la dimensión orante celebrativa eucarística «en el culto, gracias a una serie de epiclesis que se repiten y brotan sin cesar, el Espíritu ‘re-presenta’ la obra de Cristo; de ese modo impide que ella sea relegada a un pasado lejano, a una cultura separada»<sup>4</sup>. El deseo es que el Espíritu y espiritualidad en los *Discípulos Misioneros* se renueve y esté siempre actualizado en la vida de la Iglesia. Su vigencia es plegaria epiclética peregrina en salida.

Envía Señor tu Espíritu de salida, queremos llegar a todas partes y a todos.

### **3.1 Epiclesis en salida: mística peregrina**

La Encíclica *Redemptoris Missio*, se convierte en su momento en la carta de navegación que daría horizonte a la actividad misionera señalada en el Decreto “*Ad Gentes*”. La pastoral misionera de la Iglesia necesitaba ser expresada en modos y medios que dieran impulso a la nueva evangelización. Me atrevo a mencionar que es una apuesta por invocar el Espíritu o una epiclesis en disposición de salida que invitó a la Iglesia a ofertar lo propio de la misión de Cristo redentor de la humanidad y para ello abrir sin miedo todas las puertas de su anuncio al hombre contemporáneo. Su sentido epiclético se expresa con esta invocación: «hoy conviene orar para que Dios nos conceda la libertad de proclamar el Evangelio; conviene escrutar las vías misteriosas del Espíritu y dejarse guiar por él hasta la verdad completa (Jn 16, 13)»<sup>5</sup>. Insistente plegaria de la Iglesia misionera que se extiende sin cesar hasta hoy.

La pretensión y expresión sintética es la epiclesis como invocación del Espíritu que recoja el modo y estilo de animación y acción de los *Discípulos Misioneros* en la Iglesia. Es la imagen de la Iglesia orante y suplicante, plegaria permanente en medio de su presencia en el

---

<sup>3</sup> DA., 148.

<sup>4</sup> O. CLÉMENT, *Los rostros del Espíritu*, Sígueme, Salamanca 2015, 89.

<sup>5</sup> RM., 87.

mundo. Para este capítulo en el que con lucidez se busca la actualización y aplicación del llamado misionero a la Iglesia, mediante una teología espiritual que aliente a la salida evangelizadora, es esencial la invocación del Espíritu como plegaria que abarque todo el ser de la Iglesia, pues toda ella es misión. No solo es la epiclesis eucarística por excelencia, es la petición del Espíritu en todas las dimensiones y expresiones de la vida eclesial que permiten la auto comprensión de su naturaleza y misión, «soy una eucaristía, una anamnesis, una epiclesis y una doxología, una memoria y una súplica, el intento de una fidelidad agradecida, sostenida por el Paráclito»<sup>6</sup>. Lo epiclético es lo abarcador de toda la vida del cristiano que ha de estar y permanecer en actitud suplicante al Espíritu.

La teología espiritual de la misión en clave de epiclesis en salida, es un doble movimiento pneumatológico, se invoca para recibir el Espíritu y se sale para dar al mismo Espíritu. Es lo que con insistencia ya he afirmado en el segundo capítulo y ahora confirmo, el Espíritu en tanto envío (recibir) de los *Discípulos* y la espiritualidad como salida (dar) de los *Misioneros*. «La misión renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones. ¡La fe se fortalece dándola!»<sup>7</sup> Toda la vida de la Iglesia como una invocación al Espíritu y una realización de la misión con el Espíritu. Actualizamos y aplicamos la misión de la Iglesia, cuando invocamos al Espíritu y éste nos indica la señal de salida en el anuncio del evangelio. La pasividad de la invocación se transforma en dinamismo de salida hasta los lugares y personas a donde el mismo Espíritu lo desee, disponga y alcance.

Al hilo de lo tratado en los dos capítulos anteriores, entre el Espíritu Santo en las fuentes conciliares y la Pneumatología del envío, la propuesta de una espiritualidad del discipulado misionero en la dimensión de la epiclesis en salida es imprimirle el carácter de actualidad en la pretendida renovación permanente que debe vivir la Iglesia. La manera actualizada que ha de servir la misión la Iglesia es no dejar de invocar con insistencia que venga el Espíritu. Pues de lo contrario, se corre el riesgo del inmovilismo y rutina, pierde el impulso conciliar con el que el Espíritu la ha puesto y enviado al corazón de la humanidad.

Ahora bien, la epiclesis en salida tiene su esencial invocación en tanto es lo propio del Espíritu como espiritualidad de la discipular misión de la Iglesia, la transformación que se inspira en el Espíritu dado como transfiguración de la vida eclesial en Cristo. A lo largo de este estudio, el cuestionamiento propuesto ha sido preguntar por lo propio del Espíritu en la

---

<sup>6</sup> P.M. PAGANO FERNÁNDEZ, *Espíritu Santo Epiclesis Iglesia*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1998, 3.

<sup>7</sup> RM., 2.

misión. Una posible respuesta pneumatológica es la comunidad eclesial en actitud constante de invocación del Espíritu en salida. Una Iglesia que se sabe y vive renovada es capaz de transformar los lugares y las personas con las que comparte el evangelio de salvación que comunica, sabiendo así que «la invocación al Espíritu se mantiene viva la expectativa del acontecimiento salvífico realizada en Jesucristo como liberación para una humanidad llamada a su profunda y definitiva renovación»<sup>8</sup>. Lo propio del Espíritu en la misión para la espiritualidad misionera en la Iglesia es no dejar de decir: ¡Envía Señor tu Espíritu!

Una vez más estamos ante el referente de una Pneumatología cristológica del envío, vista en el anterior capítulo y que nos corrobora el camino para una espiritualidad del discipulado misionero, viene bien una epiclesis en salida en tanto «la invocación al Espíritu se transforma en invocación al Cristo. En el corazón de la Iglesia orante, el Espíritu ora con ella y la orienta al Esposo. ‘Y el Espíritu y la esposa dicen: ¡Ven!’ (Apoc 22, 17)»<sup>9</sup>. La Iglesia que permanece en vigilante oración pide el Espíritu a todas horas para realizar toda su misión.

En nuestra pretensión de una actualización de la vigente misión evangelizadora de la Iglesia, es esencial permanecer en la plegaria, la invocación incesante del Espíritu por aquellos *Discípulos Misioneros* que se presentan en el mundo con la Buena Noticia de Cristo. Mantener actualizado el mensaje con el que se sale a predicar es la respuesta que el Espíritu obra en quienes lo invocan, y es una necesidad vital porque «tanto la existencia de la Iglesia como su misión y los medios para cumplirla provienen de Dios como don prometido y confiado a la cooperación humana»<sup>10</sup>. La misión y los misioneros son la respuesta a una invocación, el Espíritu sale en disposición y acción en cada iniciativa evangelizadora.

La epiclesis en salida es una dimensión pneumatológica que explicita un acto eclesial expreso de las dimensiones propias de la fe que profesan todos los bautizados en Cristo. Es la comunidad de los hermanos que saben que tienen una vocación y misión que realizar, para la cual están convocados como *Discípulos Misioneros*. La epiclesis eclesial como invocación comunitaria de interacción entre la oración personal y la fuerza de la plegaria del “nosotros” eclesial. El Espíritu de la misión recibido y vivido en cada bautizado se expresa en la espiritualidad misionera de la comunidad cuando sale a comunicar a todos el Kerigma.

---

<sup>8</sup> P.M. PAGANO FERNÁNDEZ, *Espíritu Santo Epiclesis Iglesia*, op. cit., 78.

<sup>9</sup> Ibid., 78.

<sup>10</sup> Ibid., 386.

A partir de la recepción del Concilio Vaticano II en América Latina, que la Iglesia invoca al Espíritu y cuenta con su fecunda cosecha teológica espiritual en su haber de animación misionera. Desde *Río de Janeiro* (1955), *Medellín* (1968), *Puebla* (1979), *Santo Domingo* (1992), la última plegaria brotó en el *Documento de Aparecida* (2007), «Con la luz del Señor resucitado y con la fuerza del Espíritu Santo[...] Lo hemos hecho como pastores que queremos seguir impulsando la acción evangelizadora de la Iglesia, llamada a hacer de todos sus miembros discípulos y misioneros de Cristo, Camino, Verdad y Vida para que nuestros pueblos tengan vida en Él»<sup>11</sup>. Clamor de vida en Cristo que mueve a los *Discípulos Misioneros* a invocar el Espíritu como fuerza impulsora del anuncio en el Continente.

Como lugar de llegada en la aplicación y actualización de nuestra propuesta ya recorrida, presento a partir de la tercera parte del *Documento de Aparecida, la vida de Jesucristo para nuestros pueblos*: en el capítulo siete: *la misión de los discípulos al servicio de la vida plena* y específicamente, el compromiso con la misión “*Ad Gentes*” en los números 373 al 379. Considero que la epiclesis en salida para la espiritualidad de *Discípulos Misioneros* en la misión actual de la Iglesia, tiene un lúcido itinerario a partir de la inspiración conciliar del origen y carisma de la misión del Espíritu en la Iglesia que hemos interpretado y que en este capítulo pretendemos actualizar. A continuación explicitamos que este deseo plasmado como “Iglesia en salida”, es una epiclesis o invocación “*Ad Gentes*” actualizada desde *Aparecida* para toda la Iglesia.

Vayamos tras este impulso del Espíritu e invoquemos su presencia.

### **3.2 Discipulado Misionero: “*Ad Gentes*”, el Espíritu en *Aparecida***

Sin perder de vista que la fuente conciliar del Decreto “*Ad Gentes*” ha sido nuestra inspiración, el intento de llegada como actualización en el *Documento de Aparecida* deja entrever que se da un giro cualificado en la misionología del Continente es movimiento, el dinamismo es desde la misión “*ad Gentes*” hacia la Iglesia en estado permanente de misión en “*salida*”. Es una actualización de la teología espiritual de la misión “*Ad Gentes*” de hondo calado y que con insistencia la explícita el Papa Francisco en su Exhortación *Evangelii Gaudium* al darle el nombre de «Iglesia en salida»<sup>12</sup>. Creo que son de esas nuevas expresiones de la teología misionera que más allá de un mero lenguaje sintético que lo abarca todo, se

---

<sup>11</sup> DA., 1.

<sup>12</sup> EG., 24.

convierte en un término simbólico que permite que la realidad nombrada cobre vigencia y novedad con fuerza de identidad evangélica. Son intuiciones de horizonte que ya vislumbramos en el camino de los capítulos tratados, sólo que ahora se matizan con fuerza y se representan mejor. Estamos ante la hermenéutica simbólica que amplía la visión y misión de la Iglesia, que a su vez le interpela y le permite estar en permanente apertura al Espíritu.

Lo que la Iglesia vivió después del Concilio con el Decreto “*Ad Gentes*”, es lo que en la actualidad es el Kairós de la misión significado en el insistente llamado a ser una “Iglesia en salida”. La Iglesia en América Latina relee el Concilio y, con atención, el Decreto “*Ad Gentes*” con la referencia dada por la *Redemptoris Missio* para su actualización y aplicación a los llamados de hoy- Considero que desde Aparecida se introduce una nueva inspiración, interpretación y actualización teológica espiritual de la misión. Pienso que responde a la propuesta que he venido formulando, un discipulado del envío y unos misioneros en salida. La correspondencia del Espíritu al discípulo (envío) y la espiritualidad al misionero (enviado).

Me arriesgo a afirmar que evoluciona y avanza significativamente con respecto a lo que el Concilio ofreció como teología misionera. Para su comprensión, conviene tener en la memoria lo que ya se ha expuesto en el capítulo referido al *Discipulado Misionero* en dimensión de la Pneumatología cristológica del envío. Es para este instante donde encuentra su aplicación como identidad teológica misionera. Se puede afirmar que “Iglesia en salida”, tal como lo enfoco en este estudio propuesto, es un paso mayor y superior al dado en el Concilio con la misión “*Ad Gentes*”. Una evolución para mejor y mayor sentido de comprensión del carácter teológico de la misión como identidad en el Espíritu de quien es discípulo y una espiritualidad en quien es misionero. La misión eclesial en el envío de Espíritu de Cristo es más que una mera actividad, es ante todo un movimiento orgánico que imprime carácter de identidad espiritual al enviado.

En esta perspectiva, la formulación propuesta del sentido teológico del Espíritu y espiritualidad de los *Discípulos Misioneros*, sería el contenido esencial para la obra evangelizadora de la Iglesia en la actualidad. Es la experiencia de un largo camino eclesiológico en América Latina desde la recepción del Concilio hasta hoy. Una propuesta probada y que es plegaria orante como invocación de nuestros pueblos y comunidades cristianas. «Esta vez nos pareció necesario llegar con profundidad a la identidad viva y a la misión del sujeto que debe responder a los grandes retos de nuestro tiempo. Fuimos al corazón de nuestra existencia y vocación: al encuentro con Jesucristo vivo, que nos hace sus

discípulos misioneros»<sup>13</sup>. La epiclesis en salida, es petición de ser una Iglesia discipular misionera en permanente estado de peregrinación evangelizadora que le de identidad propia.

La espiritualidad del discipulado misionero a la luz del *Documento de Aparecida* es lo que le permite al Papa Francisco en su Exhortación *Evangelii Gaudium*, darle rostro visible a esta actualización de la teología de la misión al insistir en la evangelización con una “Iglesia en salida”. La posibilidad de darle identidad a la obra misionera de la Iglesia mediante el desarrollo teológico de los contenidos que incluyen la pedagogía del seguimiento de Cristo como discipulado, junto a un talante o modo de proceder de quienes se disponen a la salida con el evangelio de Jesucristo como auténticos misioneros en el mundo.

El puerto de llegada propuesto para la actualización y aplicación de nuestro objeto de estudio es el que el *Documento de Aparecida* señala entre los números 374 y 379. Nos puede servir el análisis comparativo en entre los textos del Decreto “*Ad Gentes*” número 2 y lo que expresa el *Documento de Aparecida* en el numeral 373. Ambos se corresponden y dan la nota de actualización de la teología de la misión, que desde su origen trinitario la Iglesia se auto comprende en su esencia como peregrina y misionera en el mundo. Iglesia en salida peregrina que continúa la obra misionera de Cristo en medio del mundo.

AG, 2	DA, 373
<p>«<u>La Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo</u>, según el designio de Dios Padre. Pero este designio dimana del "amor fontal" o de la caridad de Dios Padre, que, siendo Principio sin principio, engendra al Hijo, y a través del Hijo procede el Espíritu Santo...»<sup>14</sup>.</p>	<p>«Conscientes y agradecidos <u>porque el Padre amó tanto al mundo que envió a su Hijo para salvarlo</u> (cf. Jn 3, 16), <u>queremos ser continuadores de su misión, ya que ésta es la razón de ser de la Iglesia y que define su identidad más profunda</u>»<sup>15</sup>.</p>

De igual manera, a partir del número 4 del Decreto “*Ad Gentes*” y el *Documento de Aparecida* en el numeral 374. Entre ambos presentan la misión de la Iglesia como la misión de Cristo. La presencia del Espíritu Santo expresa su dinamismo en los signos visibles con los que el evangelio es anuncio transformador de la realidad evangelizada.

<sup>13</sup> CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO, *Testigos de Aparecida*, Vol. I, CELAM, Bogotá 2008, 17.

<sup>14</sup> AG., 2.

<sup>15</sup> DA., 373.

AG, 4	DA, 374
<p>«Y para conseguir esto envió Cristo al Espíritu Santo de parte del Padre, para que realizara interiormente su obra salvífica e impulsara a la Iglesia hacia su propia dilatación. Sin duda, <i>el Espíritu Santo obraba ya en el mundo antes de la glorificación de Cristo</i>. Sin embargo, descendió sobre los discípulos en el día de Pentecostés, para permanecer con ellos eternamente (Cf. Jn., 14,16), la Iglesia se manifestó públicamente delante de la multitud, empezó la difusión del Evangelio entre las gentes por la predicación, y por fin quedó prefigurada la unión de los pueblos en la catolicidad de la fe por la Iglesia de la Nueva Alianza, que en todas las lenguas se expresa, las entiende y abraza en la caridad y supera de esta forma la dispersión de Babel. Fue en Pentecostés cuando empezaron "los hechos de los Apóstoles", como había sido concebido Cristo al venir al Espíritu Santo sobre la Virgen María, y Cristo había sido impulsado a la obra de su ministerio, bajando el mismo Espíritu Santo sobre El mientras oraba»<sup>16</sup>.</p>	<p>«Como discípulos misioneros, queremos que el influjo de Cristo llegue hasta los confines de la tierra.</p> <p><i>Descubrimos la presencia del Espíritu Santo en tierras de misión mediante signos:</i></p> <ul style="list-style-type: none"> <li>a) La presencia de los valores del Reino de Dios en las culturas, recreándolas desde dentro para transformar las situaciones antievangélicas.</li> <li>b) Los esfuerzos de hombres y mujeres que encuentran en sus creencias religiosas el impulso para su compromiso histórico.</li> <li>c) El nacimiento de la comunidad eclesial.</li> <li>d) El testimonio de personas y comunidades que anuncian a Jesucristo con la santidad de sus vidas»<sup>17</sup>.</li> </ul>

Es a partir de este numeral 374 de Aparecida donde sustentamos una epiclesis en salida que ilustra los modos y formas en que la invocación del Espíritu es la pedagogía pneumatológica con la que los *Discípulos Misioneros* mantienen actualizado y vigente el ardor evangelizador en la Iglesia. Fuente del Espíritu y espiritualidad para una teología espiritual de la misión. El numeral 374 de Aparecida ilustra cuatro movimientos epicléticos con los que se anima hoy la Iglesia misionera en salida: la presencia, la creencia, la comunidad y el testimonio. La pretensión última de Aparecida es que la Iglesia en el Continente imprima identidad a su misión, con «la expresión discípulos y misioneros; sin duda se quiere así despertar la conciencia de misión. Pero la vocación misionera ya va incluida en la condición de todo verdadero discípulo»<sup>18</sup>. Misión es identidad de naturaleza, sigamos tras sus huellas inspiradoras y acojamos sus mociones para el tiempo actual.

<sup>16</sup> AG., 4.

<sup>17</sup> DA., 374.

<sup>18</sup> J. ESPEJA, *A los 50 años del Concilio: camino abierto para el siglo XXI*, op. cit., 138.

La actualización de la misión es Cristo que comunica a la Iglesia su Espíritu para que a todos llegue la salvación, su aplicación en una espiritualidad misionera es la que indagamos, avancemos un poco más sin dejar que sea una invocación y plegaria de deseo espiritual.

### 3.3. Espíritu creativo: del anuncio de *siempre* a la *novedad* del evangelio

Damos un paso hacia el Espíritu como invocación, la primera de las plegarias de la Iglesia misionera es llamar al Espíritu para saber percibir «la presencia de los valores del Reino de Dios en las culturas, recreándolas desde dentro para transformar las situaciones antievangélicas»<sup>19</sup>. Entre los contenidos estudiados hemos identificado cómo el Espíritu está presente con anterioridad allí donde ha de llegar el anuncio del mensaje evangélico. Por tanto, es oportuno no dejar de invocar al Espíritu para saber acertar entre la *novedad* del mensaje que Cristo comunica hoy a través de *Discípulos Misioneros* que llevan el anuncio de *siempre*. Cómo presentar el anuncio de *siempre* con la *novedad* de su mensaje hoy, es una de las plegarias al Espíritu que no ha de faltar en quien se dispone a salir a evangelizar en las actuales circunstancias del mundo.

El anuncio es del Cristo, el mensaje es el evangelio para la humanidad que habita en las disímiles circunstancias. Los modos y estilos que suscite el Espíritu harán que brote con fuerza la obra transformadora del mensaje creativo del evangelio, que contiene en sí el llamado inequívoco a la conversión como camino de certeza para comunicar los valores del Reino de Dios en el mundo. En cada cultura se extiende el Reino de Dios y la presencia de Cristo en su Espíritu establece la comunicación de aquellos valores que dignifican y divinizan a toda creatura humana. El espíritu creativo lo da la invocación del Espíritu como conversión.

La Pneumatología de la epiclesis en salida nos coloca entre lo de “*siempre*” y la “*novedad*”, dos coordenadas e indicadores que sirve a los *Discípulos Misioneros* para no perder el horizonte de actualización en el Espíritu y espiritualidad misionera. Movimiento que ha de realizarse con la sinergia que confiere el mismo Espíritu. Al unísono se ha de anunciar *siempre* a Cristo y la *novedad* de su evangelio hoy. So falta uno, viene la confusión y dispersión en la misión. Por momentos este dinamismo evangelizador se diluye con otros modos de proceder en la evangelización, que sin dejar de ser creativos no alcanzan el nivel de

---

<sup>19</sup> DA., 374.



transformación que suscita el mensaje cristiano. En ocasiones está la pastoral de eventos o entretenimiento, que dista de la evangelización de procesos fruto de la conversión pastoral.

Lo de *siempre* y la *novedad* expresa un dinamismo en el que «el Espíritu actúa con energía creativa y fuerza rompedora; para él la obra de Cristo no sólo se extiende o se actualiza, sino que se profundiza y completa»<sup>20</sup>. Los *Discípulos Misioneros* articulan estas dos realidades de manera que no pierden la actualidad de la misión, el Espíritu es el *siempre* de Cristo y la espiritualidad es la *novedad* de su mensaje evangélico. *Discípulos* del *siempre* de Dios, Cristo, y *Misioneros* de la *novedad*, el evangelio como conversión a su amor.

A modo de síntesis de esta primera plegaria, viene bien lo que expresó el patriarca ortodoxo Ignace Hazim sobre la acción del Espíritu en la vida cristiana al señalar:

“¿Cómo el acontecimiento pascual, realizado una vez por todas, viene a nosotros hoy? Por medio de aquel que es el artífice desde el origen y en la plenitud del tiempo, el Espíritu. Él es personalmente la novedad en la acción en el mundo. Él es la presencia del Dios con nosotros junto a nuestro espíritu (Rom 8, 16). Sin él, Dios está lejos; Cristo permanece en el pasado; el evangelio es letra muerta; la Iglesia, una simple organización; la autoridad, un dominio; la misión, una propaganda; el culto, una evocación; el actuar cristiano, una moral de esclavos. Pero en él, y en una sinergia indisoluble, el cosmos es sostenido y gime en el alumbramiento del reino; el hombre está en lucha contra la carne; Cristo resucitado está aquí; el evangelio es fuente de vida; la Iglesia significa comunión trinitaria; la autoridad es un servicio liberador; la misión es Pentecostés; la liturgia es memorial y anticipación; el actuar humano es divinización”<sup>21</sup>.

Cómo no invocar el Espíritu Santo a partir de la misma plegaria misionera para que siempre llegue su efusión como la posibilidad de realizar y vivir la misión entre el anuncio de *siempre* y la *novedad* del mensaje, Jesucristo evangelio vivo del Padre.

### **3.4. Lenguaje del Espíritu: mística de comunión universal**

La segunda invocación epiclética con la que la Iglesia en estado permanente de misión pide el Espíritu es la que le permite ampliar su mirada y tener visión de horizonte universal: Saber comprender «los esfuerzos de hombres y mujeres que encuentran en sus creencias religiosas el impulso para su compromiso histórico»<sup>22</sup>. La historia universal es el camino en el que confluyen todos los seres humanos y los *Discípulos Misioneros* de la Iglesia la edifican

---

<sup>20</sup> N. MADONIA, *Cristo siempre vivo en el Espíritu*, op. cit., 256.

<sup>21</sup> V. CODINA, *El Espíritu del Señor actúa desde abajo*, op. cit., 119.

<sup>22</sup> DA., 374.

con el talante de la comunión en la vinculación al Cuerpo de Cristo. Esta segunda actualización pneumatológica del Espíritu y la espiritualidad de la misión, abarca el corazón de la evangelización a partir de Concilio, «es únicamente una comprensión espiritual de la acción del Señor en su pueblo y en el mundo la que nos permite descubrir la grande, múltiple y mística significación de este encuentro católico»<sup>23</sup>. Es el sentido y dimensión de la universalidad de la salvación como oferta para todos. El Espíritu y espiritualidad se actualizan en la universalidad eclesial en el mundo y tiene su aplicación al lograr la unidad de sus hijos.

Invocar el Espíritu como lenguaje de comunión universal, ensancha el corazón de los *Discípulos Misioneros*. Las dimensiones de amplitud conducen hasta saber que «el Espíritu es la fuerza de Dios que obra en su Hijo Cristo y el hermeneuta del mundo»<sup>24</sup>. Cristo en su Espíritu permite interpretar el universo y sus diversos acontecimientos. Esta plegaria no ha de faltar para que la humanidad sea cada vez signo y presencia de la comunión de Dios con cada creatura humana. Como lo señalamos en el trayecto interpretativo del segundo capítulo, la Pneumatología del envío evoca el Espíritu como lenguaje divino que contiene el misterio, «mientras la teología destaca un lenguaje conceptual, la Escritura evoca el misterio en imágenes: el Espíritu es un soplo, una agua viva, a veces un fuego. Una vez captado, el soplo es soplo; encerrada, el agua viva deja de ser ella misma y el fuego se apagaría. El Espíritu se habría escapado, si uno pretendiese haberlo captado en una definición, en unos conceptos»<sup>25</sup>. El Espíritu es el lenguaje universal de Dios abierto por Cristo para todos, aquello que no se debe encerrar ni “enlatar”. “*El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que nace del Espíritu*” (Jn 3, 8)

El *Documento de Aparecida* ubica el llamado universal de la misión dada por Cristo a la Iglesia como sacramento en la comunión con la que los hombres y mujeres viven sus búsquedas religiosas y creyentes, en la medida de su compromiso con la vida y la historia misma. Se ha de invocar al Espíritu que conduce y acompaña al encuentro de todos los seres que viven en el mundo para que sean una sola creación en el lenguaje universal que es Dios. De esta forma, «la Iglesia se reconoce en las enseñanzas del Concilio Vaticano II como ‘sacramento de unidad del género humano’»<sup>26</sup>, la moción del Espíritu que impulsa a lo

---

<sup>23</sup> M-J. LE GUILLOU, *EL rostro del resucitado*, Ed. Encuentro, Madrid 2012, 58.

<sup>24</sup> N. MADONIA, *Cristo siempre vivo en el Espíritu*, op. cit., 107.

<sup>25</sup> F. J. DURRWEL, *Jesús Hijo de Dios en el Espíritu Santo*, op. cit., 99.

<sup>26</sup> DA., 523.

universal como comunión de vida, es signo evidente de la actualización existente del Espíritu y la espiritualidad misionera en la Iglesia.

Invocamos el Espíritu para saber interpretar y comprender la universalidad que hay en él mismo, pues «el Espíritu Santo es quien permite a la Iglesia pensar todos los elementos del misterio en su unidad: Escritura, dogmas, enseñanzas de los doctores, espiritualidad, vida de los santos. Por eso no distinguimos nunca mística y teología, experiencia personal el misterio divino y dogmas afirmados por la Iglesia»<sup>27</sup>. Esta epiclesis en salida ha hecho de la Iglesia en el Continente Latino Americano un constante llamado a saberse integrar en el conjunto de la universalidad mediante la comunión de la vida y del Espíritu. Cada vez más el diálogo teológico espiritual se ve enriquecido por la interacción con otras culturas y corrientes de reflexión. Es el mismo sentido “*Ad Gentes*” que como Iglesia en salida hoy desde el corazón universal de la Iglesia es clamor y plegaria ininterrumpida. Salgamos, es la voz del Espíritu que grita a la Iglesia.

Por recoger esta segunda invocación, epiclesis en salida es del Espíritu cuando los *Discípulos Misioneros* tienen todos sus sentidos abiertos al don de la universalidad de la fe, con lenguajes y gestos que acogen a todos e incluyen a todas las personas sin fronteras. Irrenunciable plegaria: que venga el Espíritu Santo a toda la humanidad del universo entero.

### **3.5 Comunidad en misión: capacitada y asociada al Espíritu**

Sigamos nuestro itinerario peregrino de invocación, la tercera plegaria está llena del Espíritu en su dimensión comunitaria, «el nacimiento de la comunidad eclesial»<sup>28</sup>. El Espíritu Santo es quien teje la relación de comunión al interior de la comunidad trinitaria, porque es visible en la vida de la Iglesia cuando ella es palabras-iconos de la misión. «Toda ella está dirigida hacia el misterio de su Señor, la Iglesia redescubre así en su verdad interior su condición orgánica, concreta y unitaria que renovada le permitirá transmitir el evangelio vivo y actual»<sup>29</sup>. Comunidad es misión, para ello el Espíritu capacita y nuclea en socio a cada bautizado en la vida de comunión con quienes recibieron el mismo envío bautismal de Cristo como vocación y misión.

---

<sup>27</sup> M-J. LE GUILLOU, *Los testigos están entre nosotros*, op. cit., 226.

<sup>28</sup> DA., 374.

<sup>29</sup> M-J. LE GUILLOU, *EL rostro del resucitado*, op. cit., 62.

La epiclesis en salida que ha de vivir una comunidad cristiana, está vinculada a lo que significa «en esta invocación incesante del Consolador, en esta escucha que es espera y acogida fecunda, perseverante en la fe, está el fundamento de toda acción evangelizadora y de todo servicio eclesial a la comunidad de los hombres»<sup>30</sup>. Estamos ante una eclesiología del Espíritu en la que la comunidad es misión en el Espíritu que engendra el nacimiento de la misma comunión eclesial, la Iglesia que en Latinoamérica toma la fuerza de expresarse cada vez más con la imagen simbólica de: la comunidad cristiana, “*comunidad de comunidades*”: «es comunidad de comunidades, santuario donde los sedientos van a beber para seguir caminando, y centro de constante envío misionero»<sup>31</sup>. En esta dimensión:

«Todos los miembros de la comunidad parroquial son responsables de la evangelización de los hombres y mujeres en cada ambiente. El Espíritu Santo que actúa en Jesucristo es también enviado a todos en cuanto miembros de la comunidad, porque su acción no se limita al ámbito individual, sino que abre siempre a las comunidades a la tarea misionera, así como ocurrió en Pentecostés (Hch 2, 1-13)»<sup>32</sup>.

De igual forma que nos preguntamos por el Espíritu de la espiritualidad misionera, puede ser el momento para saber el lugar de la comunidad cristiana en la obra misionera de la Iglesia surge así la necesidad de «integrar el modelo de la *missio ad gentes* con un modelo más conscientemente pneumatológico, que fundamente la urgencia misionera de la transmisión de la fe como elemento constitucional del ser eclesial en su plenitud»<sup>33</sup>. La comunidad tiene el lugar de la comunión como comunicación que transfiere la experiencia de la vida e identidad en Cristo. Es el Espíritu Santo quien capacita y cualifica a los miembros de la comunidad cristiana convirtiéndolos en testigos convertidos, capaces de convocar, acoger e iniciar a otros por “atracción” y no por “proselitismo”, en el conocimiento y seguimiento de Cristo para que lleguen a ser *Discípulos Misioneros*.

Uno de los signos de la epiclesis en salida se expresa en el doble impulso que suscita el Espíritu en la vida de la comunidad cristiana, de evangelizadora a ser evangelizada. La Iglesia en salida experimenta la tensión entre el “*ad intra*” y el “*ad extra*”. Los efectos de ser peregrina en el corazón del mundo que le llevan a comprender que traspasar «la frontera de la misión pasa ante todo por las elecciones fundamentales que cualifican la vida, y, por eso, también por la comunidad eclesial que, evangelizando, tiene siempre nuevamente necesidad de ser evangelizada y de decidirse por su Señor en la realidad de las situaciones siempre

---

<sup>30</sup> B. FORTE, *La transmisión de la fe*, op. cit., 113.

<sup>31</sup> EG., 28.

<sup>32</sup> DA., 170.

<sup>33</sup> B. FORTE, *La transmisión de la fe*, op. cit., 23.

nuevas de la historia»<sup>34</sup>. La comunidad evangelizadora es evangelizada, es la mejor de las respuestas a la invocación y plegaria epiclética que comunica el Espíritu y espiritualidad de actualización y aplicación de la misión eclesial.

Como respuesta a la epiclesis en salida, la Iglesia se percató de cómo «la comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha primereado en el amor (1 Jn 4, 10); y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos»<sup>35</sup>. Actualización “*Ad Gentes*” en salida que el Papa Francisco ha señalado como hoja de ruta para los tiempos que corren hoy, es la inequívoca iniciativa discipular misionera.

Una pregunta propia que formula el Espíritu a la espiritualidad misionera es, ¿cómo la misión renueva y fortalece la comunidad cristiana? Es lo que de muchas formas hoy es plegaria e invocación que implora por la identidad misionera de la Iglesia, «una mirada sobre el carácter misionero permite situar el proceso de la construcción de la Iglesia, cual comunidad originaria, en esa historia apostólica que comenzó el día de la venida del Espíritu Santo»<sup>36</sup>. La comunidad cristiana como un nuevo y eterno Pentecostés. La respuesta por el Espíritu de la espiritualidad en la misión de la comunidad será una actitud permanente de invocación, es un camino por abrir y recorrer, la epiclesis en salida está por ser un dinamismo a incorporar en la vida de las comunidades que deseen ser peregrinas del evangelio.

Para este paso en la espiritualidad misionera de una comunidad cristiana, es necesario partir del fundamento visto en la Pneumatología cristológica del envío, «no debemos olvidar que la comunidad no anunció al Espíritu sino a Cristo. Por ello, gracias a él es posible conocer la realidad del Espíritu y entrar en comunión con él»<sup>37</sup>. Es el encuentro con Jesucristo como insiste el *Documento de Aparecida*, el itinerario para llegar a configurar el nacimiento de una comunidad eclesial fruto de la misión. Lo propio del Espíritu en la comunidad cristiana es en definitiva la comunión en Cristo, la misma que dispone a sus miembros a salir a anunciar a otros la alegría gozosa de la fe y la vida en fraternidad que viven al saberse hijos de un mismo Padre con el Espíritu de Cristo.

---

<sup>34</sup> Ibid., 27.

<sup>35</sup> EG., 24.

<sup>36</sup> K. WOJTLA, *La renovación en sus fuentes: sobre la aplicación del concilio vaticano II*, op. cit., 319.

<sup>37</sup> N. MADONIA, *Cristo siempre vivo en el Espíritu*, op. cit., 101.

Para captar lo esencial de esta tercera invocación, la estructura visible y societaria de la Iglesia no es más que el signo y medio de la acción de Jesucristo en el Espíritu, ésta ubica el campo de lo que significa en la vida eclesial el continuo ejercicio de la reflexión teológica. En ocasiones se plantea, ante la urgencia de la animación misionera, si este dinamismo del anuncio del evangelio en la actualidad es más asunto de lo propio de la ecclesiológia o de la teología. La verdad es que por el recorrido planteado, es cuestión de una visión y acción más integradora de lo que significa la teología como dinamismo orgánico. Por ello, desde la connotación pneumatológica, se alcanza la vinculación con todas las partes que integran la obra evangelizadora de la Iglesia.

Con todo, la invocación del Espíritu como epiclesis en salida de la comunidad cristiana pide una reflexión seria y profunda de discernimiento teológico que abarque y cree una interrelación reveladora de la verdad de la fe comprendida e integrada con la vida:

“Si la tarea es ardua para los teólogos, resulta más fácil para los fieles en cuanto tales, por el mismo motivo porque es ardua en teología. Ésta tiene la misión de abrir la razón a un misterio que evidentemente la desborda y que no es comprensible más que a la luz, por otra parte misteriosa, del Espíritu Santo. Pero como el Espíritu puede hacer accesible el misterio, se les ha concedido una cierta inteligencia del mismo a los fieles. Porque el Espíritu es un bien común a todos. Antes de ayudar a los teólogos por los caminos de la razón, el Espíritu conduce a los fieles por los senderos del corazón. Les abre los ojos del corazón (Ef 1, 18), los guía a la verdad entera (Jn 16, 17). Los fieles saben. Al creer, saben de alguna manera; el Espíritu hace el misterio del Hijo sensible al corazón”<sup>38</sup>.

En la vida de los miembros de la comunidad creyente hay un saber y contenido de reflexión, una sabiduría original que bajo la invocación del Espíritu puede inspirar e iluminar la teología espiritual misionera, como posibilidad de actualización y aplicación para la animación de la pastoral de las misiones. Son cantidad las comunidades cristianas en estado permanente de misión que hoy tendrían una palabra que decir y un testimonio que impulsar. Este itinerario queda abierto desde el planteamiento que hemos intuido, el Espíritu y espiritualidad de los *Discípulos Misioneros*. Se necesita escuchar más al Espíritu que habita en las comunidades cristianas que crecen y se fortalecen en la fe desde y hacia la misión.

Que venga el Espíritu, nos conduzca a los lugares donde está y nos abra el oído para salir y estar allí.

---

<sup>38</sup> F. J. DURRWEL, *Jesús Hijo de Dios en el Espíritu Santo*, op. cit., 136.

### 3.6. Palabras-iconos discipulares misioneras: gestos en salida peregrina

Culminamos esta secuencia epiclética con la cuarta plegaria que podríamos denominar la irrupción del Espíritu Santo en la Iglesia misionera de los *Discípulos Misioneros*, aquellas palabras-iconos discipulares misioneras expresadas en lenguaje y gestos como signos sensibles del Espíritu, «la Iglesia de la Palabra es necesariamente Iglesia del Espíritu, y el individuo en la Iglesia se moverá en su existencia global dentro de esta idéntica guía que explica espiritualmente»<sup>39</sup>. Es la fuerza y el poder del Espíritu que envuelve toda palabra y gesto, de esta manera el Espíritu se explicita en la espiritualidad: «no captamos el Espíritu de otro modo que a través de la mediación de sus signos»<sup>40</sup>. El lenguaje del Espíritu que se quiere comunicar es el de la unificación orgánica desde la misma vida en Cristo que sólo se alcanza con el Espíritu Santo en la vida de la Iglesia.

Las invocaciones al Espíritu que desde el clamor misionero brotan como plegaria de actualización de la acción misionera de la Iglesia desde el *Documento de Aparecida*, peticiones que no deben faltar en los *Discípulos Misioneros*: que venga el Espíritu para que la misión sea entre el anuncio de siempre, Cristo, y la novedad de su evangelio, Que llegue el Espíritu para que el compromiso histórico de la Iglesia sea realizar la mística de la comunión universal, invocamos el Espíritu para que la evangelización sea la comunidad cristiana en estado permanente de misión de donde nacen nuevas comunidades eclesiales.

Completamos la cuarta epiclesis en salida con un elenco de palabras-iconos que exponen y concretan «el testimonio de personas y comunidades que anuncian a Jesucristo con la santidad de sus vidas»<sup>41</sup>. Se ilustran diez imágenes sintéticas sugerentes que quieren plasmar la pretendida actualización y aplicación de la indagación que venimos auscultando del Espíritu y espiritualidad de los *Discípulos Misioneros* que la Iglesia invita hoy a peregrinar por el mundo y a invocar insistentemente la presencia del Espíritu, ya que «si hay una realidad que caracterice profundamente nuestra época es, sin duda alguna, el redescubrimiento del valor inalienable de las imágenes y de los símbolos»<sup>42</sup>. Diez palabras-iconos cargadas del simbolismo epíctico en la analogía de salida que le dan frescor y vigencia al nuevo nombre de la misión “*Ad Gentes*”, Iglesia en salida peregrina.

---

<sup>39</sup> H. U. VON BALTHASAR, *Teológica, el Espíritu de la verdad*, Ed. Encuentro, Madrid 1998, 379.

<sup>40</sup> *Ibid.*, 379.

<sup>41</sup> DA., 374.

<sup>42</sup> M-J. LE GUILLOU, *EL rostro del resucitado*, op. cit., 46.

Encontraremos en estas palabras-íconos de la epiclesis en salida de hoy, a modo de lenguajes y gestos del Espíritu, la explicitación actual de lo urgente de la misión eclesial con la que ha de disponerse a llevar la Buena Noticia del evangelio de Jesucristo a todos. Es invocación y respuesta en el mismo evangelio de Jesucristo a todos. Es invocación y respuesta en el propio Espíritu, dado que «el creyente adulto en la fe está, luego, llamado a anunciar el Evangelio en el que ha creído haciéndose siervo por amor, viviendo el éxodo de sí sin pedir nada a cambio, en el seguimiento del abandonado, solidario especialmente con los más débiles y los más pobres de sus compañeros de camino»<sup>43</sup>. No hay epiclesis sin respuesta, el Espíritu siempre viene y actúa en el obrar evangelizador de los *Discípulos Misioneros* con un lenguaje significativo y signifiante en su pleno sentido real.

Así como en el lenguaje simbólico de la palabra-ícono vemos y tocamos el misterio, se corre el velo y «el ícono expresa lo que es la transfiguración de lo humano por lo divino, de lo visible por lo invisible; nos introduce en el secreto de la vida cristiana»<sup>44</sup>. En el trayecto deseado de actualización y aplicación del camino teológico espiritual de la misión, nos movemos entre la propuesta teológica espiritual del *Documento de Aparecida* y la animación pastoral misionera de la Exhortación *Evangelii Gaudium*. Todo ello, como respuesta al referente elegido en la Encíclica *Redemptoris Missio* en la búsqueda de esos modos y estilos propios para la evangelización que requiere la Iglesia.

A partir de este marco teológico espiritual-pastoral de la misión, hallaremos las palabras-íconos evangelizadoras con los que se podría animar y recrear la espiritualidad misionera de hoy en la Iglesia. Como epiclesis en salida, estamos ante un evento netamente pneumatológico. La Iglesia impulsada por el Espíritu y no por conceptos y programas estratégicos. La eclesiología misionera es el dinamismo de un organismo vivo que comunica la vida cristiana, por ello, la Exhortación *Evangelii Gaudium* señaló que:

«Esta certeza es lo que se llama sentido de misterio. Es saber con certeza que quien se ofrece y se entrega a Dios por amor seguramente será fecundo (cf. Jn 15, 5)» (...) A veces nos parece que nuestra tarea no ha logrado ningún resultado, pero la misión no es un negocio ni un proyecto empresarial, no es tampoco una organización humanitaria, no es un espectáculo para contar cuánta gente asistió gracias a nuestra propaganda; es algo mucho más profundo, que escapa a toda medida (...) Solo

---

<sup>43</sup> B. FORTE, *La transmisión de la fe*, op. cit., 63.

<sup>44</sup> M-J. LE GUILLOU, *EL rostro del resucitado*, op. cit., 51.



sabemos que nuestra entrega es necesaria. Aprendamos a descansar en la ternura de los brazos del Padre en medio de la entrega creativa y generosa»<sup>45</sup>.

Las palabras-iconos simbolizan lo que en la teología espiritual significan los iconos como mediaciones para entrar en la contemplación en el Espíritu que conduce a una transfiguración divina, de esta manera acontece una espiritualidad que actualiza la mística de la acción. Son las dos epiclesis (palabra-icón) misioneras en salida que invocamos para los *Discípulos Misioneros*. La palabra-icón evoca una teología espiritual misionera encarnada.

Contemplar el Espíritu del envío en el icón como lenguaje de Dios y contemplar la espiritualidad de la mística en salida en el lenguaje de gestos personificados y concretos de la vida de nuestros pueblos. Estas diez palabras-iconos permiten ver y vernos con el Espíritu en una Iglesia que peregrina por el mundo con rostros de *Discípulos Misioneros* de Cristo, «quien vive el discipulado, no hace de la misión un simple concepto o una opinión de escuela y del momento, sino una realidad viviente y permanente. La misión también tiene un rostro y un nombre, puesto que ha quedado personificada en el mismo Cristo»<sup>46</sup>. El Hijo Enviado, palabras-iconos que nos comunica su envío dándonos el Espíritu para que salgamos a proclamar su evangelio a todos en permanente salida peregrina por el mundo.

Lenguajes y gestos configuran la palabra-icón de la epiclesis en salida de la Iglesia, «renovar el espíritu de la misión es también recuperar sus mística de itinerancia y provisionalidad»<sup>47</sup>, mueve a ser peregrinos y a no quedarnos extasiados en nuestras propias auto-referencialidades. Pongámonos y hagamos camino de invocación al contemplar el simbolismo de cada uno de estas palabras-iconos, «sólo la realidad contemplativa –y misionera porque contemplativa– del Vaticano II es la base de su originalidad irreductible; sólo ella determina el sabor de los frutos que se producirán en el seno de la Iglesia, sólo ella dispone las condiciones de su renovación así como las de su diálogo con el mundo y, finalmente, sólo ella fija la amplitud de su misión»<sup>48</sup>. El horizonte de la teología espiritual misionera lo define la contemplación mística del peregrino en salida que busca que la Iglesia se renueve, teja la comunión en la unidad y diálogo con el mundo.

---

<sup>45</sup> EG., 279.

<sup>46</sup> J. E. BIFET, «La misionariedad de la Iglesia en América Latina, a la luz del discipulado evangélico», en: *Medellín*, N.º. 125 (2006), 100

<sup>47</sup> *Ibid.*, 104.

<sup>48</sup> M-J. LE GUILLOU, *EL rostro del resucitado*, op. cit., 59.

A partir de este instante, contemplemos las diez palabras-iconos con las que ayudados por el simbolismo espiritual de la teología iconográfica, recrean la mística de una Iglesia discipular misionera que invoca el Espíritu en salida peregrina en la actualidad y que tiene su inspiración una vez más en la fuente conciliar, «¡qué maravilloso redescubrimiento se ha hecho del valor de las imágenes en el Concilio! Abraza la estructura misma del hombre que se realiza en el amor a través de una actividad simbólica. Habrá que escrutar esta última para poder precisar el significado y el valor»<sup>49</sup>. Es lo que seguidamente apreciaremos en cada palabra-icóno representado y con su lenguaje iluminaremos los rostros de los *Discípulos Misioneros* que se disponen a transfigurar su propia vida en Cristo para que el mundo conozca, ame y siga la única palabra-icóno que da vida plena a todos, Jesucristo.

El binomio palabra-icóno para la teología espiritual misionera remite a esas imágenes espirituales que nos simbolizan la invisible presencia divina, que a su vez adquiere un rostro visible en la animación del anuncio de la fe en Jesucristo, cuando la evangelización es encarnada y transformadora de la vida de los pueblos. Palabra-icóno es transfiguración hacia la vida plena para todos en Cristo a partir de gestos que expresan el lenguaje de salvación.

Diez palabras-iconos que han de formarse, imprimirse y permanecer en quienes los configuren mediante la invocación del Espíritu, imágenes que crean y recrean la memoria, la gratitud y el asombro ante Dios. Sin estas tres dimensiones el Espíritu no logra penetrar con su luz hasta lo más profundo del discípulo misionero, como lo apreciamos en el icóno de los discípulos de Emaús, quienes solo vivían el desencanto ante lo sucedido con Jesús. Si la Iglesia del Tercer Milenio en que vivimos pierde la memoria, la gratitud y el asombro espiritual, retarda la misión que Cristo le ha encomendado, y sobre todo, su renovación ante un mundo que experimenta desolación y desconcierto.

Venga sobre la Iglesia el Espíritu de las diez palabras-iconos discipulares misioneros de hoy...

### **3.6.1. Palabra-icóno *Todos*: vida plena en Él**

En esta primera palabra-icóno contemplamos la imagen de Pentecostés, suceso que convoca y acoge a todos. “Todos” es el icóno de Pentecostés como imagen de la plegaria que han de invocar los *Discípulos Misioneros*, aquella epiclesis en salida a todos los lugares, a

---

<sup>49</sup> Ibid., 170.

todas las personas y lenguaje culturales. Es el llamado que pide a todos los modos y estilos de animación misionera en la Iglesia el llamado a que:

«Las comunidades parroquiales no deben replegarse en la sola gestión de lo que ya existe, sino que tienen que estar dispuestas a llegar a todos: los lejanos, los indiferentes, aquellos que están fuera de circulación o en los márgenes de la sociedad, aquellos que viven en situaciones de degradación social y ambiental sin ver vías de salida, cuantos han abandonado la fe por las más diversas motivaciones o no tienen ya razones para seguir viviendo y esperando»<sup>50</sup>.

Es la puesta en evidencia de una mística de la espiritualidad misionera en la que la contemplación del Espíritu ensancha el corazón de los Agentes Pastorales convocados como *Discípulos Misioneros* cuyo carisma y ministerio es ir a todos. En esta palabra-ícono “Todos”, expreso la síntesis de la dimensión universal del anuncio, el cual es la razón esencial de la misión de la Iglesia. Los sujetos misioneros y los misionados, aquellos que siendo misioneros son misionados, deben llegar a todos los lugares y a todas las personas. Es una palabra-ícono simbólica que trasluce vida plena para todos en el Espíritu, la única que se alcanza solo en Jesucristo y en la que todo bautizado está llamado a participar. “Todos” como significado y sentido del cuerpo eclesial en comunión universal con el Cuerpo de Cristo, la Iglesia.

Es lo que la Exhortación *Evangelii Gaudium* indica a los obispos y en ellos a todos los que sirven en la Iglesia la misión de conducir las comunidades cristianas, dice «el obispo estará a veces delante para indicar el camino y cuidar la esperanza del pueblo, otras veces estará simplemente en medio de todos con su cercanía sencilla y misericordiosa, y en ocasiones deberá caminar detrás del pueblo para ayudar a los rezagados»<sup>51</sup>. Son imágenes vivas de la misión en salida permanente con la que las comunidades se abren al Espíritu para evangelizar sin que nadie quede excluido y en esa medida acoger los diferentes ritmos graduales del anuncio evangélico.

En la palabra-ícono “Todos”, contemplamos el llamado “*Ad Gentes*” que se actualiza en el *Documento de Aparecida* en la necesidad de extender la misión al mundo entero, la clave es “ir a todos”. El llamado es a sensibilizar a la Iglesia en el Continente y para ello:

«Al mismo tiempo, el mundo espera de nuestra Iglesia latinoamericana y caribeña un compromiso más significativo con la misión universal en todos los Continentes. Para no caer en la trampa de encerrarnos en nosotros mismos, debemos formarnos como discípulos misioneros sin fronteras, dispuestos a ir “a la otra orilla”, aquella en la que

---

<sup>50</sup> B. FORTE, *La transmisión de la fe*, op. cit., 34.

<sup>51</sup> EG., 13.

Cristo no es aún reconocido como Dios y Señor, y la Iglesia no está todavía presente»<sup>52</sup>.

Es una palabra-icóno en la que se contempla con el Espíritu el mundo como lugar y una espiritualidad de envío, salida con la mística de la “otra orilla” a la que Jesús quiere llegar por medio de *Discípulos Misioneros* que comprendan que «no se trata sólo de estrategias para procurar éxitos pastorales, sino de la fidelidad en la imitación del Maestro, siempre cercano, accesible, disponible para todos, deseoso de comunicar vida en cada rincón de la tierra»<sup>53</sup>. La teología misionera que se desprende es la del evangelio como anuncio misionero al servicio de la vida que comunica plenitud y gozo de creer y esperar solo en Cristo el Señor.

Escuchemos al Espíritu en la palabra-icóno “Todos” y salgamos a convocar y llamar a todos los seres humanos para contemplar a Jesús que actualiza y realiza la epiclesis: “*Recibid el Espíritu Santo*” (Jn 20, 22). Envía a toda la Iglesia con renovado ardor: “*Id al mundo entero*” (Mt 28, 19).

### **3.6.2. Palabra-icóno Liturgia: Signos de fe y vida**

Una segunda palabra-icóno en el que invocamos al Espíritu Santo para contemplar la fuente y el culmen de toda misión eclesial es la “Liturgia” como acción santificadora en los sacramentos, en especial la Eucaristía, epiclesis por excelencia de la Iglesia.

Estamos ante el icóno de la “aparición de Cristo resucitado”, los discípulos encerrados perciben la presencia del Señor que después de saludarlos con la paz les dice: “*Recibid el Espíritu Santo*” (Jn 20, 22) para encargarles la misión de continuar su obra. En la teología espiritual misionera, es esencial comprender que «la Iglesia no se inventa ni se produce, sino que se recibe: es don que debe ser acogido con la invocación y la acción de gracias, con un estilo de vida contemplativo y eucarístico»<sup>54</sup>. La epiclesis en salida es momento litúrgico de envío, «el memorial se presenta como el evento que expresa y realiza sumamente la misión de la Iglesia: celebrando el memorial del Señor, la comunidad cristiana se hace disponible a la acción del Espíritu, que hace presente en la diversidad de los tiempos y de los lugares el

---

<sup>52</sup> DA., 376

<sup>53</sup> Ibid., 372.

<sup>54</sup> B. FORTE, *La transmisión de la fe*, op. cit., 31.

acontecimiento de salvación, objeto de la buena noticia»<sup>55</sup>. Se celebra y actualiza el anuncio del evangelio, es lo que ofrecen los *Discípulos Misioneros* al ser de nuevo enviados al mundo.

Como lo hemos estudiado en el capítulo dedicado a la Pneumatología cristológica del envío, «la presencia del Espíritu Santo se afirma en la iniciación cristiana, en la liturgia bautismal y en la confirmación como don del Espíritu. La dualidad bautismo-confirmación reproduce a nivel sacramental la dualidad trinitaria entre Cristo y el Espíritu. En cambio, en el canon romano no existe una explícita epiclesis o invocación al Espíritu»<sup>56</sup>. Cristo es el Liturgo por antonomasia que ofrece y entrega el Espíritu para que la Iglesia salga a proclamar la fe que ha celebrado como asamblea litúrgica. De igual forma la misma comunidad cristiana que celebra, toma conciencia que a partir del bautismo y la confirmación vivimos estas dos misiones en Cristo, «pensamos que la dualidad sacramental bautismo-confirmación y la dualidad relato-epiclesis en la celebración eucarística son una traducción, a nivel del simbolismo litúrgico, de la dualidad de misión del Verbo encarnado y del Espíritu para realizar la misma obra de comunión salvadora en el misterio de Dios o de la divinización»<sup>57</sup>. La vida litúrgica como plegaria de la Iglesia en salida comunica la riqueza del lenguaje creído, celebrado y anunciado por la comunidad cristiana. La Iglesia en salida misionera facilita el que quienes reciben la Buena Noticia del evangelio entren, vean y crean en Cristo para darlo a conocer a otros y comiencen a creer en Él.

Estamos ante la expresión culmen del Espíritu y la espiritualidad de los *Discípulos Misioneros* dentro de la Iglesia como cuerpo litúrgico que celebra a Cristo misionero del Padre y que en todo cristiano se identifica a partir del su bautismo y se completa con la confirmación. Toda la vida es misión, «el hecho de que se haya distinguido en el mismo proceso de iniciación –que se consumara en el sacramento del cuerpo y de la sangre– un momento simbólico que consuma y sella, el sacramento de la señal del don del Espíritu es, a nuestro juicio, la expresión litúrgica de la dualidad de misión y de agentes, Verbo-Hijo y Espíritu Santo, asociados para la misma obra»<sup>58</sup>. Lo que constituye que la teología espiritual misionera es una invocación del Espíritu para alcanzar la plena unificación en Dios de toda la obra salvífica que realiza la Iglesia en nombre de Cristo y confirmada por el mismo Espíritu.

---

<sup>55</sup> Ibid., 112.

<sup>56</sup> V. CODINA, *El Espíritu del Señor actúa desde abajo*, op. cit., 88.

<sup>57</sup> Y. CONGAR, *El Espíritu Santo*, op. cit., 655.

<sup>58</sup> Ibid., 655.

La liturgia como lugar para la misión, actualización y aplicación, es una riqueza insospechada para expresar los signos de fe y vida contenidos en el anuncio del Evangelio y que engendran la vitalidad de la comunidad cristiana. La evangelización le da valor significativo a los signos con los que la palabra se vuelve gesto. Hoy es necesario volver al primer anuncio de los signos propios del kerigma de la vida cristiana, que lo significativo de la fe vuelva a ser significativo para la vida de los miembros de la comunidad creyente. En esta misma dirección, «está muy claro que el culto en el Espíritu Santo envuelve toda la vida, de la acción litúrgica a la evangelización, de la participación a la celebración eucarística, al compromiso en la vida cotidiana para dar testimonio de Jesucristo»<sup>59</sup>. Mística litúrgica misionera que catequiza los signos de fe y vida desde la misma asamblea celebrativa de cada liturgia. Expresión de la fe y la vida del pueblo a partir de los misterios divinos revelados.

Para la epiclesis en salida, en el lenguaje del Espíritu misionero de la liturgia ocurre un evento privilegiado cuando el anuncio del evangelio se incultura, de modo que junto a aquellos en las misiones, los elementos de iniciación contenidos en la tradición cristiana «pueden admitirse también aquellos que se encuentran en uso en cada pueblo, en cuanto puedan acomodarse al rito cristiano»<sup>60</sup>. En el *Documento de Aparecida* es esencial que la espiritualidad misionera ayude a vivir y comunicar a nuestros pueblos la vida nueva en Cristo. Una liturgia que celebre y crea en la vida desde el encuentro con Jesucristo y se exprese en la misma vida de los pueblos. Una evangelización que siembre arraigo y fidelidad en los *Discípulos Misioneros* permite que el Espíritu y espiritualidad sea un auténtico servicio a la vida plena por la fe en Jesucristo.

Invoquemos el Espíritu de la palabra-icón de la liturgia como un nuevo pentecostés eclesial, para que cada eucaristía que nos une sea un envío, pues «al vivirla, celebrando el misterio pascual, los discípulos de Cristo penetran más en los misterios del Reino y expresan de modo sacramental su vocación de discípulos y misioneros»<sup>61</sup>. Así lo expresamos en la plegaria eucarística IV: “*Y a fin de que no vivamos ya para nosotros mismos, sino para él, que por nosotros murió y resucitó, envió, Padre, al Espíritu Santo como primicia para los creyentes, a fin de santificar todas las cosas, llevando a plenitud su obra en el mundo.*”

---

<sup>59</sup> M-J. LE GUILLOU, *EL rostro del resucitado*, op. cit., 310.

<sup>60</sup> SC., 65.

<sup>61</sup> DA., 250.

La fe anunciada se celebra y de esta manera vuelve a ser anuncio cuando en el rito de despedida la comunidad escucha el envío “pueden ir en paz”. Es la mística de la salida peregrina hacia la liturgia del mundo.

### **3.6.3. Palabra-ícono *Libertad*: pasión por la verdad**

La palabra-ícono que ahora contemplamos como plegaria en la epiclesis en salida peregrina es la libertad, donde visualizamos el Espíritu de la verdad y la espiritualidad como la mística de la pasión por ella.

Miremos el ícono de Jesús ante Pilato, la libertad con la que dialoga y expresa su pasión por la verdad que es Él mismo como Enviado del Padre. Con la palabra el Espíritu comunica la verdad y la espiritualidad se expresa en el gesto de la pasión, arrojo y parresía con la que los *Discípulos Misioneros* peregrinan por todas partes con el anuncio de la Buena Noticia de liberación. Es el momento para la epiclesis en salida, al comprender que «nadie puede confesar ‘*Jesús es el Señor*’ si no es en el Espíritu (1Cor 12, 3), y del mismo modo nadie puede tener el Espíritu si no vive en libertad y en amor. Hay claramente un vínculo de simultaneidad entre el Espíritu y a libertad; si hay Espíritu de Cristo hay libertad, y donde está el Espíritu de Cristo ahí hay libertad»<sup>62</sup>. La misión es liberación en la única Verdad que es Cristo, vida plena para todos.

Cristo es la libertad y la verdad, la única verdad que nos libera. Por tanto, una Iglesia en salida compromete la misión con el sentido de que «anunciar a Cristo significa mostrar que creer en Él y seguirlo no es solo algo verdadero y justo, sino también bello, capaz de colmar la vida de un nuevo resplandor y de un gozo profundo, aun en medio de las pruebas»<sup>63</sup>. Constante insistencia del Papa Francisco a la hora de querer dar a entender y comprender lo que sueña como Iglesia en salida en las actuales circunstancias del mundo.

La epiclesis en salida desde la Pneumatología del envío misionero que hemos abordado, nos lanza como indica N. Madonia cuando cita a W. Kasper: «el Espíritu es al mismo tiempo la libertad personificada del amor en Dios y el principio creador que identifica al hombre Jesús, que lo capacita para ser, gracias a su libre obediencia y donación, la

---

<sup>62</sup> N. MADONIA, *Cristo siempre vivo en el Espíritu*, op. cit., 257.

<sup>63</sup> EG., 167.

respuesta encarnada de Dios»<sup>64</sup>. La libertad como pasión por la verdad exige arraigo, los *Discípulos Misioneros* se juegan la vida en muchos lugares por el anuncio liberador del Evangelio, en esta medida promueven itinerarios espirituales en los que se identifica que hoy, «más que nunca, necesitamos cristianos adultos, convencidos de su fe, expertos en la vida según el Espíritu, dispuestos a dar razón de su esperanza. En este sentido, la caridad más grande que hoy se pide a los discípulos del Crucificado Resucitado es la de ser con la vida testigos de Aquel que es la esperanza que no decepciona, misioneros enamorados de la verdad que salva»<sup>65</sup>. La esperanza esperanzada que clama por un anuncio misionero en la humanidad del presente.

En el contexto actual de la evangelización, en un mundo en el que la libertad y la verdad son dos de las realidades más vulnerables y ante los contrastes de su auténtico anhelo de realización, la salida de *Discípulos Misioneros* que invocan la palabra-ícono de la libertad del Espíritu para pedir los lenguajes y gestos oportunos que les lleve al anuncio de la única Verdad liberadora, les exige:

«Encontrar la fuerza de la pasión por la verdad viva y viviente, que es el Señor Jesús, en el amor en el que se funda de la manera más auténtica la dimensión misionera de la vida eclesial. Estar dispuestos a pagar el precio por esta verdad, que es él, en toda elección y comportamientos, es la fidelidad exigida al cristiano adulto, testigo de la esperanza que no decepciona: se trata de hacer madurar conciencias deseosas de agradar a Dios en todo, dispuestas a señalar la relevancia del sentido más grande de la vida y de la historia en cada acto»<sup>66</sup>.

En la pasión por la verdad invocamos la epiclesis como plegaria de hoy y de siempre por los cristianos perseguidos, es momento para la anamnesis, memoria agradecida por todos los mártires que han fecundado con su sangre la semilla del evangelio sembrado en los surcos de los pueblos del mundo, ellos son las palabras-íconos vivientes y presentes en la misión de la Iglesia.

El modo, estilo y talante de los *Discípulos Misioneros* que promueven en el Espíritu la libertad desde una espiritualidad apasionada por la verdad, la han de realizar sabiendo que «no es lo mismo que alguien que proclama una verdad creyendo que es un sabio o un dueño de la verdad, que alguien que se considera un humilde discípulo, necesitado del Maestro, que aprende de él todos los días, que necesita volver a escucharlo, volver a consultarlo, volver a

---

<sup>64</sup> N. MADONIA, *Cristo siempre vivo en el Espíritu*, op. cit., 257.

<sup>65</sup> B. FORTE, *La transmisión de la fe*, op. cit., 62.

<sup>66</sup> *Ibid.*, 64.



imitarlo»<sup>67</sup>. El misionero que vive en la verdad con la que ha sido liberado, Cristo, testimonia y señala a otros el camino recorrido. De igual manera, se sigue el dinamismo propio del Espíritu invocado, la total apertura y capacidad de salir en el horizonte de la libertad y pasión por la verdad, «al mismo tiempo, alguien que tiene corazón de discípulo sabe que tiene que aprender de los demás, y por eso fomenta el diálogo con los diferentes, se deja cambiar los esquemas, se deja enriquecer por los otros. Evidentemente, no es lo mismo un sacerdote, un político o un docente, si tiene o no tiene un corazón de discípulo»<sup>68</sup>. La libertad del discípulo (Espíritu) es vivir en la verdad (espiritualidad) como misionero.

Contemplemos esta palabra-ícono e invoquemos que venga el Espíritu de la libertad en la pasión por la verdad a un mundo confundido y a la deriva, que como Pilato que pregunta: “y ¿qué es la verdad?” (Jn 18, 38). La humanidad está llamada a vivir en la única verdad que le libere y santifique: Cristo. «El Espíritu Santo debe ser santificador, si ha de conducir hasta la verdad completa»<sup>69</sup>. Es la pasión por la verdad que encierra la pasión por el hombre en su dignidad. Por eso, cuando el Beato Pablo VI afirmó al clausurar el Concilio Vaticano II, que la Iglesia es “*experta en humanidad y servidora del hombre*”, indicó el carácter antropológico de la vocación de toda persona a ser auténticamente libre en su dignidad. En esta medida, «a pesar de sus deficiencias, la Iglesia es pues sacramento de la humanidad: ‘la Iglesia es a la vez –nos dice la *Gaudium et Spes*- signo y salvaguardia del carácter trascendente de la persona humana (GS 76)»<sup>70</sup>. Libertad en la verdad es crecer en humanidad, es el anuncio misionero de Cristo Camino, Verdad y Vida que dignifica a la persona.

Escuchemos lo que dice el Espíritu en la palabra-ícono de la libertad para que al recibir este don de la verdad la comuniquemos mediante una espiritualidad transfigurada por Cristo, única Verdad capaz de liberar a toda creatura humana que vive en este mundo.

#### **3.6.4. Palabra-ícono Reino: profetas testigos de justicia y paz**

Invocamos y contemplamos la palabra-ícono del Espíritu en la imagen del “Reino”, en la que somos llamados a ser artesanos de la justicia y la paz. Ser bienaventurados y dichosos.

---

<sup>67</sup> V. M. FERNÁNDEZ, «*Claves de interpretación y aplicación del Documento de Aparecida*», en: Medellín, N° 131 (2007), 369.

<sup>68</sup> *Ibid.*, 369.

<sup>69</sup> H. U. VON BALTHASAR, *Teológica, el Espíritu de la verdad*, op. cit., 77.

<sup>70</sup> M.-J. LE GUILLOU, *EL rostro del resucitado*, op. cit., 206.

Dirijamos la mirada al icono de “Jesús bautizado por Juan en el río Jordán”, profeta que anuncia la llegada del Reino con el bautismo de Jesús y su presencia revela el rostro del Hijo elegido y amado. Los *Discípulos Misioneros* claman por el Espíritu para que sus palabras y gestos sean proféticas en el corazón de la humanidad. La misión recibida en el bautismo de ser profetas ha de inspirar la epiclesis en salida que compromete los hilos más decisivos de la presencia misionera de la Iglesia en los lugares donde anuncia el evangelio. Bien lo señalaba el Papa emérito Benedicto XVI:

«Una Iglesia misionera, consciente de que tiene el deber de anunciar su mensaje a todos los pueblos, necesariamente debe comprometerse en favor de la libertad de la fe. Quiere transmitir el don de la verdad que existe para todos y, al mismo tiempo, asegura a los pueblos y a sus gobiernos que con ello no quiere destruir su identidad y sus culturas, sino que, al contrario, les lleva una respuesta que esperan en lo más íntimo de su ser, una respuesta con la que no se pierde la multiplicidad de las culturas, sino que se promueve la unidad entre los hombres y también la paz entre los pueblos»<sup>71</sup>.

Está en la esencia teológica de la Iglesia el Espíritu profético, es de las palabras-iconos que refleja con mayor nitidez la obra que conduce el mismo Espíritu en quienes ofertan el servicio de anuncio, denuncia y coherencia evangélica. La Iglesia misma en Cristo es profecía, «hemos de comenzar profetizando en el seno mismo de la Iglesia los fundamentos de nuestra fe en la trasfiguración del mundo, deseada por Cristo»<sup>72</sup>. Los profetas son aquellos *Discípulos Misioneros* que transparentan las diferentes palabras-iconos que se derivan del Reino instaurado por Cristo y que bien se plasman en las bienaventuranzas. No obstante, «Dios nos mostrará, a través del amor por nuestros hermanos vivido en el Espíritu, los caminos de la verdadera creación cultural, a través del humilde servicio a los pobres y a los oprimidos de este mundo, en una lucha incesante contra todas las fuerzas del mal, destructoras del hombre»<sup>73</sup>. El Reino está presente y tiene que notarse, acontece aquí y ahora, no tiene fronteras, es insospechado.

La palabra-icono del Reino como epiclesis en salida contempla a toda la Iglesia misionera como comunidad de los *Discípulos Misioneros* profetas, porque «la Iglesia que queremos debe ser una comunidad profética, que, en la escuela de la Palabra de Dios, escuchada y proclamada, sepa renovar las modalidades de su anuncio y de la formación en la fe, buscando una relación siempre nueva con la gente, para ser instrumento de un cristianismo

---

<sup>71</sup> BENEDICTO XVI, *I. Recepción e interpretación del Vaticano II*, en <http://www.iglesiaviva.org>, [23.11.2015]

<sup>72</sup> M-J. LE GUILLOU, *Los testigos están entre nosotros*, op. cit., 195.

<sup>73</sup> *Ibid.*, 195.

creíble y eficaz en la historia»<sup>74</sup>. Urge la necesidad de ser una Iglesia más profética a partir de la conciencia bautismal y que se plenifica en «la consagración y la gracia de la confirmación como una participación en la misión profética para la que Cristo fue consagrado»<sup>75</sup>. Un camino por recorrer en el que se dan tímidos pasos, considero que este itinerario se aplaza, sabiendo que es el que imprime identidad a cada miembro de la comunidad cristiana y a la Iglesia en su presencia misionera. Es un asunto pendiente y un camino abierto de reflexión en la praxis pastoral.

Desde el *Documento de Aparecida* cuando expresa el compromiso con la misión “*Ad Gentes*”, lo referencia desde la Pneumatología misionera, el Espíritu Santo como protagonista de la acción evangelizadora. Así, la palabra-icóno del Reino en salida se refleja en un profetismo donde «la fidelidad al Espíritu es una expresión de la vida teologal del apóstol: expresión de fe como fidelidad al mensaje de esperanza como fidelidad a las promesas y expresión de caridad como fidelidad a la acción santificadora y transformante»<sup>76</sup>. Una Iglesia misionera en el Espíritu y espiritualidad con humildad apostólica, la sobriedad y sencillez con la que se expresa en los modos y estilos para el anuncio. Se invoca al Espíritu para que los *Discípulos Misioneros* como profetas tengan un corazón universal, tejan la comunión, vivan la unidad, sientan la fraternidad y extiendan la solidaridad con una parresía y entusiasmo valiente.

Todos estos signos han acompañado el camino profético de la Iglesia en América Latina en tantos *Discípulos* profetas y *Misioneros* mártires. Que venga el Espíritu para que no le falten profetas a mi pueblo...

### **3.6.5. Palabra-icóno *Misericordia*: prójimos de los pobres y excluidos**

De las primeras palabras-íconos que la Iglesia en América Latina ha contemplado ha sido el de la misericordia de Dios en el rostro de los pobres. Nuestros pueblos del Continente contemplan en silencio el ícono de Nuestra Señora la Virgen de Guadalupe, patrona de América. En su historia se nos cuenta que:

---

<sup>74</sup> B. FORTE, *La transmisión de la fe*, op. cit., 34.

<sup>75</sup> Y. CONGAR, *El Espíritu Santo*, op. cit., 652.

<sup>76</sup> S. CALADEZ FUENTES, «*Espiritualidad de la acción misionera a la luz de Aparecida*» en: *Medellín*, N° 135 (2008), 481.

«En aquel amanecer de diciembre de 1531 se producía el primer milagro que luego será la memoria viva de todo lo que este Santuario custodia. En ese amanecer, en ese encuentro, Dios despertó la esperanza de su hijo Juan, la esperanza de su Pueblo. En ese amanecer Dios despertó y despierta la esperanza de los pequeños, de los sufrientes, de los desplazados y descartados, de todos aquellos que sienten que no tienen un lugar digno en estas tierras»<sup>77</sup>.

En este ícono mariano de la guadalupana, emblema de nuestro Continente, la opción evangélica por los pobres revela la imagen de la misión de los *Discípulos Misioneros* como aquellos que son la voz de quienes son empobrecidos en su dignidad de personas y de hijos de Dios, a causa de los males estructurales de injusticia y marginación social y económica, de los modelos de desarrollo, que están lejos de la promoción y progreso integral de las personas. «La misión supone siempre un ‘estar con’ para que los hombres escuchen el evangelio. Esto significa que es necesario que los misioneros no sean forasteros sino hermanos que, con la generosidad del amor humilde, consientan introducirse poco a poco, lenta y suavemente en la realidad cotidiana de sus existencia»<sup>78</sup>. El ícono de la guadalupana revela un amor preferido por los pobres y excluidos en el que Dios por intercesión de María dice: ¡estoy aquí!

Para esta espiritualidad discipular misionera de una Iglesia en salida samaritana y prójima, a decir del Papa Francisco a los pies de la virgen de Guadalupe, «¿Acaso no estoy yo aquí, yo que tengo el honor de ser tu madre?» (cf. Nican Mopohua, 107.118). Anda a construir mi santuario, ayúdame a levantar la vida de mis hijos, tus hermanos...»<sup>79</sup>. Los santuarios de las obras de misericordia que esperan por una Iglesia en permanente misión en salida, levantar la humanidad caída y que desea levantarse con dignidad. La guadalupana es ícono de una renovada Iglesia que como madre peregrina con y junto a los pobres.

En la invocación ante la palabra-ícono de la Misericordia, la Iglesia misionera del Continente, en especial, «las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano, fieles a las orientaciones del Concilio, se han mantenido firmes en la opción preferencial por los pobres como principio irrenunciable para diseñar la presencia pública de la Iglesia en la sociedad. Esta visión, que sin duda es fruto del Espíritu, puede responder a ese vacío del Concilio»<sup>80</sup>. Opción que siendo preferencial vincula a todas las llamadas de las diferentes pastorales de la Iglesia, sin dejar que los pobres sean la plegaria de original clamor. Lo preferencial no excluye, es un matiz evangélico y clamor del Espíritu.

---

<sup>77</sup> Homilía del Papa Francisco en la Basílica de Guadalupe, México 2016, <http://w2.vatican.va> [15.02.2016]

<sup>78</sup> M-J. LE GUILLOU, *EL rostro del resucitado*, op. cit., 188.

<sup>79</sup> Homilía del Papa Francisco en la Basílica de Guadalupe, México 2016, <http://w2.vatican.va> [15.02.2016]

<sup>80</sup> J. ESPEJA, *A los 50 años del Concilio: camino abierto para el siglo XXI*, op. cit., 115.

La epiclesis en salida de una Iglesia que contempla la palabra-icón de la Misericordia, se mira en la imagen compasiva ilustrada por el mismo Jesús en el evangelio «el buen samaritano es la figura del hombre que, al quedar impactado por el sufrimiento del otro, altera su existencia, cambia de planes, deja sus proyectos y sus ganancias; sale de la propia tierra para salvar la vida del caído»<sup>81</sup>. He aquí la palabra y el gesto de actualización y aplicación del Espíritu y espiritualidad de los *Discípulos Misioneros* de la misericordia ante el rostro de los pobres y excluidos. Lo concreto del rostro misericordioso de Dios se vive cuando la Iglesia misionera «es el amor que es Jesucristo y nada más. Entendemos las palabras de Pascal: ‘todo lo que no conduce a la caridad es figura’»<sup>82</sup>. Lo triste es que en ocasiones, las expresiones de amor misericordioso terminan en meras caricaturas que desfiguran el rostro auténtico del amor de Dios por la humanidad.

La misericordia como clamor de los pobres y excluidos es urgencia misionera, por que «la llamada del Espíritu al corazón del mundo moderno es más segura que nunca: es la llamada a la caridad inventiva y creadora»<sup>83</sup>. Es significativamente contrastante en la actualidad lo que ocurre entre el desarrollo y adelanto científico del mundo, en relación con las posibilidades y oportunidades de bienestar para todas las personas. Los modelos políticos, económicos y de desarrollo cada vez más vulneran los derechos de los pueblos al generar desigualdad, exclusión, descarte, marginación, ideologización, fundamentalismos, pobreza y miseria. Cómo acercar el corazón a todas estas imágenes heridas que desfiguran las palabras-íconos del amor de Dios, es la inevitable e inaplazable pregunta de los *Discípulos Misioneros* de la espiritualidad de la misericordia que desean ser prójimos.

Si volvemos la mirada a las fuentes conciliares que inspiran nuestra reflexión teológica espiritual misionera, desde la recepción del Concilio Vaticano II en Latinoamérica ampliamos la visión eclesial:

«Un hecho significativo en la Iglesia en América Latina en los últimos años ha sido la conciencia de responsabilidad que ha desarrollado con respecto a la Iglesia universal. La Conferencia de Medellín, y más tarde la de Puebla, constataron los aportes significativos de América Latina a toda la Iglesia; la riqueza de la fe popular, sus comunidades cristianas y ministerios laicos, sus síntesis entre la evangelización y el servicio al pobre, los derechos humanos, la liberación y la justicia»<sup>84</sup>.

---

<sup>81</sup> Ibid., 266.

<sup>82</sup> M.-J. LE GUILLOU, *EL rostro del resucitado*, op. cit., 398.

<sup>83</sup> Ibid., 195.

<sup>84</sup> S. GALILEA, *La responsabilidad misionera de América Latina*, Ed. Paulinas, Bogotá 1981, 79.

La invocación apremia al Espíritu para que la evangelización lleve el rostro de la misericordia de Dios a todos y a todas partes, «ahora bien, lo misionero como adjetivo de la evangelización quiere acentuar en ella una cualidad hoy particularmente importante: que la evangelización ha de privilegiar los sectores más necesitados y periféricos»<sup>85</sup>. El evangelio como palabra-icón de la misericordia nos recrea con las imágenes de la oveja perdida (Lc 15, 10) y el buscar a los enfermos y pecadores (Mt 9, 12 y 13). «El acento misionero nos pone en guardia contra una evangelización que se consuma en los ya convertidos, en los practicantes, en el mundo católico»<sup>86</sup>. Iglesia en salida misericordiosa que llega hasta lo más insospechado, donde la humanidad vive en el éxodo existencial y espera por *Discípulos Misioneros* de la liberación misericordiosa de Dios, los alejados e indiferentes, todos los necesitados de un encuentro con Jesucristo y los hermanos.

En el *Documento de Aparecida* su centralidad teológica de comunicar el evangelio del amor a nuestros pueblos para que tengan vida plena en Cristo, pone su urgencia misionera en que «los discípulos-misioneros deben actuar ‘animados por el amor’ (EN 79) para entregar la propia vida por el evangelio (1Tes 2, 8). Hoy se necesita una formación integral que desarrolle una espiritualidad centrada en el amor pastoral como fuerza unificadora de toda la vida cristiana para ‘comunicar la caridad de Cristo, Buen Pastor’ (PDV 57)»<sup>87</sup>. La epiclesis discipular misionera en salida de una espiritualidad de la misericordia urge la caridad pastoral de toda la Iglesia por el Espíritu de Cristo misericordia del Padre, ingente e inaplazable llamado.

Estamos ante la palabra-icón de la misericordia que opta por los pobres porque en el Espíritu y espiritualidad misionera se ha de suceder el discernimiento que conduce a priorizar los modos y estilos de la presencia y anuncio evangélico, por ello, los pobres apremian la misericordia. En esta dimensión, la invocación del Espíritu por parte de «los evangelizados-evangelizadores o discípulos-misioneros, debería trazar una espiritualidad en la que la santidad se realice y exprese a través del servicio del amor evangelizador»<sup>88</sup>. Invocamos al Espíritu junto a San Juan de la Cruz para decir: "*En el ocaso de nuestra vida seremos juzgados en el amor*". No hay otra forma de ser Iglesia peregrina en salida que el amor al prójimo, otros modos y estilos terminan siendo atajos en los que casi siempre terminamos

---

<sup>85</sup> Ibid., 7.

<sup>86</sup> Ibid., 7.

<sup>87</sup> C. M. GALLI, «Comunicar el Evangelio del amor a nuestros pueblos de América Latina y el Caribe», en: *Medellín*, N° 125 (2006), 175.

<sup>88</sup> Ibid., 175.

perdidos en la mundanidad mediocre que caricaturiza lo que en verdad puede estar inspirado en buenas intenciones pero lejos del Espíritu del evangelio y de la espiritualidad de las Bienaventuranzas.

Resaltemos el momento actual que vive la Iglesia universal al vivir el Jubileo de la Misericordia, el Papa Francisco al convocar esta iniciativa mediante la bula *Misericordiae Vultus*, en su parte final señala lo que considero la fuerza esencial de este llamado al invitar a que:

«En este Año Jubilar la Iglesia se convierta en el eco de la Palabra de Dios que resuena fuerte y decidida como palabra y gesto de perdón, de soporte, de ayuda, de amor. Nunca se canse de ofrecer misericordia y sea siempre paciente en el confortar y perdonar. La Iglesia se haga voz de cada hombre y mujer y repita con confianza y sin descanso: ‘Acuérdate, Señor, de tu misericordia y de tu amor; que son eternos’ (Sal 25,6)»<sup>89</sup>.

La teología espiritual misionera que recrea el Año Jubilar de la Misericordia amplía el horizonte del tema que profundizamos, el Espíritu y espiritualidad de los *Discípulos Misioneros* para este tiempo, que a buena hora para toda la humanidad, es el tiempo de la misericordia. La misión de la Iglesia siempre es reproducir con fidelidad la misión de Cristo, por eso:

«La Iglesia tiene la misión de anunciar la misericordia de Dios, corazón palpitante del Evangelio, que por su medio debe alcanzar la mente y el corazón de toda persona. La Esposa de Cristo hace suyo el comportamiento del Hijo de Dios que sale a encontrar a todos, sin excluir ninguno. En nuestro tiempo, en el que la Iglesia está comprometida en la nueva evangelización, el tema de la misericordia exige ser propuesto una vez más con nuevo entusiasmo y con una renovada acción pastoral. Es determinante para la Iglesia y para la credibilidad de su anuncio que ella viva y testimonie en primera persona la misericordia. Su lenguaje y sus gestos deben transmitir misericordia para penetrar en el corazón de las personas y motivarlas a reencontrar el camino de vuelta al Padre»<sup>90</sup>.

Si recogemos el Espíritu y espiritualidad que puede mover a los *Discípulos Misioneros* de la misericordia en las actuales circunstancias de la misión eclesial, deben asumir un itinerario indicado por lo que significa «atrevámonos un poco más a primerear!»<sup>91</sup> en tanto la primacía de la gracia, un estilo evangélico propio en la comunidad evangelizadora que es el de “*olor a oveja*”, un anuncio encarnado de la Palabra de Dios que permita a la misericordia tener entrañas; y por último, como colofón de la auténtica palabra-icóno del amor

---

<sup>89</sup> MV., 25.

<sup>90</sup> MV.,12.

<sup>91</sup> EG., 24.

misericordioso de Dios Padre con todos, es la misión festiva y celebrativa de cada señal donde el perdón, la reconciliación, el alivio, la paz, la fraternidad, la convivencia, la dignidad humana, la sanación, la alegría, la restauración, la reparación, todas aquellas expresiones en las que ha sido transparentado el rostro de Cristo como misericordia de Dios Padre, se ha de vivir la fiesta con la alegría del beso y el abrazo, este momento no puede faltar pues es en sí un anuncio misionero que dispone a la salida peregrina hacia tantas personas destinatarias del nombre de Dios que es misericordia.

Que venga a nosotros el Espíritu, que la contemplación de la palabra-icón de la misericordia nunca nos falte, pero «hay que decir sin vueltas que existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres. Nunca los dejemos solos»<sup>92</sup>, todos los que esperan ser tenidos en cuenta por el amor misericordioso de Dios Padre. Los pobres y excluidos son el color que resalta en las palabras-íconos de Cristo como Enviado del Padre al cargar sobre sus hombros a la humanidad caída, de esta forma es inconfundible la voz de la Iglesia para los *Discípulos Misioneros* cuando el Papa Francisco en su libro *el nombre de Dios es Misericordia* invita a ser «una Iglesia que caliente el corazón de las personas con la cercanía y la proximidad»<sup>93</sup>. Y con insistencia, por activa o por pasiva, escuchamos su llamado misionero a peregrinar llevando la misericordia, «salir de las iglesias y parroquias, salir e ir a buscar a las personas allí donde viven, donde sufren, donde esperan»<sup>94</sup>. La epiclesis de la misericordia convoca a todos a ser “misericordeados” como el Padre Dios.

Escuchemos la voz del Espíritu invocado en el palabra-icón de la misericordia para que resuenen las palabras de Jesús como un renovado envío a toda la Iglesia a evangelizar con un rostro samaritano en el que somos prójimos ante las palabras de Jesús que nos dice: “*ve, y haz tú lo mismo*” (Lc 10, 37).

### **3.6.6. Palabra-icón *Encuentro*: divinización de lo humano**

Considero que estamos ante la palabra-icón central de la galería teológica espiritual misionera de la Iglesia con la que se logra la actualización y aplicación del estudio propuesto. “Encuentro” es el rostro visible de la misión porque se dirige hacia todas las personas en su fin último que es su humana divinización en Cristo.

---

<sup>92</sup> Ibid., 48.

<sup>93</sup> PAPA FRANCISCO, *El nombre de Dios es Misericordia*, Planeta 2016, 28.

<sup>94</sup> Ibid., 66.



Contemplemos el simbolismo que revela el ícono del encuentro de Jesús con Nicodemo, la transfiguración en la invitación a “*nacer de nuevo del agua y del Espíritu*” (Jn 3, 5), un camino de divinización humana. El Espíritu empuja a la divinización y la espiritualidad mueve a la mística de ofertar a toda persona este encuentro en tanto su ser de imagen y semejanza de Dios. Esta es la invocación epiclética en salida, somos encontrados en Jesucristo para ir al encuentro de los hermanos y que juntos digamos “*Padrenuestro*”.

La epiclesis del encuentro es una vocación y misión propiamente eclesial, en las fuentes conciliares encontramos cómo la Constitución *Gaudium et Spes* propone el camino de la Iglesia que siendo: «conducida por el Espíritu Santo, que ha recibido de su Fundador. Es la persona del hombre la que hay que salvar. Es la sociedad humana la que hay que renovar. Es, por consiguiente, el hombre; pero el hombre todo entero, cuerpo y alma, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad, quien será el objeto central de las explicaciones que van a seguir»<sup>95</sup>. La vocación y misión de la Iglesia es salir y suscitar el encuentro del hombre con Jesucristo, no hay otra salida más misionera que favorecer la pastoral misionera del encuentro.

La invocación y plegaria de una Iglesia en salida actualizada en «el encuentro personal con Jesucristo, gracias al Espíritu que con su luz y fuerza nos recuerda –hace que pase por nuestro corazón– la experiencia o espacio interior de Jesús que incluye tres rasgos inseparablemente unidos: la intimidad con el Padre, en quien siempre se puede confiar, el apasionamiento por construir el reino de Dios o fraternidad universal, y la compasión eficaz ante el sufrimiento de los excluidos»<sup>96</sup>. Son tres interpretaciones que se pueden expresar desde esta palabra-ícono del “encuentro” y no deberían borrarse ni perder la intensidad de su color espiritual en los *Discípulos Misioneros*, es a lo que *Aparecida* quiere darle rostro de identidad espiritual en cada miembro de las comunidades cristianas.

Lo referimos en la Pneumatología cristológica del envío cuando describimos la encarnación del Enviado, «la vida sobrenatural es una verdadera participación en la vida trinitaria. El amor por el que el Padre y el Hijo se abrazan y se comunican entre sí, se derrama, en efecto, sobre nosotros. Nos hace amar a Dios y comunicarnos con nuestros hermanos en la Iglesia, y este amor fraternal, efusión en nosotros del Espíritu-Amor, nos revela la propiedad personal del Espíritu»<sup>97</sup>. Encuentro es fraternidad, relación que el Espíritu en Cristo ha realizado como filiación con Dios Padre y que la espiritualidad misionera

---

<sup>95</sup> GS., 3.

<sup>96</sup> J. ESPEJA, *A los 50 años del Concilio: camino abierto para el siglo XXI*, op. cit., 188.

<sup>97</sup> M-J. LE GUILLOU, *Los testigos están entre nosotros*, op. cit., 220.

anuncia e implanta con arraigo en el corazón de la humanidad en los lugares a donde la misión de la Iglesia llega.

Contemplar la palabra-ícono “encuentro” nos comunica la luz inconfundible de la teología espiritual misionera, «el objetivo de la misión no es otro sino llevar al encuentro con Cristo: se dirige directamente a la verdad profunda de todo ser humano, necesitado de encontrarse con el Resucitado y de experimentarlo siempre de forma nueva»<sup>98</sup>. No hay otro camino para la misión que salir al encuentro del hombre y que éste descubra su humana divinización en Cristo. Los *Discípulos Misioneros* se percatan de algo, «la frontera de la evangelización no es la línea de demarcación exteriormente reconocible entre el espacio sagrado y espacio profano, sino, ante todo, el lugar de la decisión salvífica, el corazón humano, allí donde la totalidad de una existencia alcanzada por el Espíritu Santo se decide por Cristo»<sup>99</sup>. ¡Bendita divinización humana!

En la plegaria pneumatológica de la Iglesia en salida, pedimos que el Espíritu Santo sea «esa presencia activa del Absoluto en nosotros que profundiza en nuestra interioridad haciéndola viva y cálida, y que nos pone en relación con los otros: es exigencia y medio de comunión»<sup>100</sup>. Es un clamor actual, que la evangelización cuente con un Espíritu y espiritualidad del encuentro de vida interior en el Espíritu, personal y comunitario, sabiendo que «el camino de la Iglesia pasa a través del corazón del hombre porque está aquí el lugar recóndito del encuentro salvífico con el Espíritu Santo, con el Dios oculto y, precisamente aquí el Espíritu Santo se convierte en ‘fuente de agua que brota para vida eterna’»<sup>101</sup>. Todo esto lejos de las actuales corrientes intimistas religiosas espiritualizadas que abstraen al individuo, sin permitirle ser persona-sujeto de encuentro auténtico comprometido consigo mismo y con otros. La persona, en estas corrientes, entra en una nube espiritualista abstracta.

En el *Documento de Aparecida*, “encuentro” es la palabra-ícono que recrea y actualiza la misión de la Iglesia en el Continente, ya que «puesta la mirada en el sujeto discípulo y misionero, para que los cristianos profundicen en el estilo de vida propio de los discípulos de Jesús. Para enriquecer la identidad cristiana de los bautizados hay que crecer en el encuentro con Cristo y ser un evangelizado evangelizador. El camino del discipulado misionero abre la

---

<sup>98</sup> B. FORTE, *La transmisión de la fe*, S op. cit., 27.

<sup>99</sup> Ibid., 27.

<sup>100</sup> Y. CONGAR, *Sobre el Espíritu Santo: Espíritu del hombre, Espíritu de Dios*, Sígueme, Salamanca 2003, 72.

<sup>101</sup> DV., 67.

Vida de Cristo a todos»<sup>102</sup>. Estamos en el corazón del Espíritu y espiritualidad de los *Discípulos Misioneros*, la plegaria de la Iglesia Latinoamericana es un doble llamado, «un encuentro vital y permanente con Cristo, pues la santidad de vida nunca se ha dado si no es un proceso de oración y de búsqueda permanente de configurarse con él»<sup>103</sup>, al que le sigue en ese mismo dinamismo del Espíritu, «vivir en un proceso permanente de conversión, pues ‘todas las auténticas transformaciones se fraguan y forjan en el corazón de las personas’. De manera que no podrá haber nuevas estructuras si no hay hombres nuevos y mujeres nuevas que movilicen y hagan converger en los pueblos ideales y poderosas energías morales y religiosas’ (DA 538)»<sup>104</sup>. La mística de palabras y gestos de Dios que toma la iniciativa y el ser humano que se deja encontrar, divinizar, su propia naturaleza frágil se vuelve fortaleza y dignidad.

La palabra-icóno “encuentro” invoca la imagen del evangelio en el seguimiento de Cristo, «discípulo es el que aprende, acoge y se deja transformar por la palabra y el espíritu del maestro. Como todo lo humano, se hace cada día en la escucha en el dinamismo de la propia existencia; por eso hablamos de discipulado. Los cristianos somos discípulos de Jesucristo, vocacionados para escuchar su voz e ir configurando nuestra historia según el evangelio»<sup>105</sup>. Es casi imposible contemplar el seguimiento de Cristo sin ser discípulo (Espíritu) y ser discípulo sin ser misionero (espiritualidad), «es verdad que según el texto evangélico, ‘estar con Jesús’, y ‘anunciar la llegada del Reino’, son dos aspectos que van inseparablemente unidos, no hay intimidad con Jesús que no se traduzca en misión, y no hay misión auténtica sin la comunión con Jesús»<sup>106</sup>. La autorevelación del encuentro con el rostro de Cristo se desvela en la Iglesia, lugar del hallazgo de la divinización humana.

En la teología espiritual misionera que se encierra en simbolismo de la palabra-icóno “encuentro”, se produce el hallazgo y la ruta en la que el sendero recorrido de la divinización de lo humano es una alianza o pacto de amor en el que acontece «el milagro asombroso, tanto en el cielo como en la tierra, es que Dios esté en la tierra y el hombre en el cielo»<sup>107</sup>. Es la encarnación de Dios y la deificación del hombre, es para no salir del asombro y permanecer

---

<sup>102</sup> C. M. GALLI, «Discípulos misioneros para la comunión de vida en el amor de Cristo, promoviendo la integración de los pueblos de América Latina y el Caribe», en: *Medellín*, N° 129 (2007), 129.

<sup>103</sup> S. CALADEZ FUENTES, «Espiritualidad de la acción misionera a la luz de Aparecida», en: *Medellín*, N°135 (2008), 477.

<sup>104</sup> *Ibid.*, 477.

<sup>105</sup> J. ESPEJA, «El discipulado en la teología latinoamericana», en: *Medellín*, N° 125 (2006), 72.

<sup>106</sup> *Ibid.*, 81.

<sup>107</sup> L. A. USPENSKI, *Teología del icóno, Sígueme*, Salamanca 2013, 491.

en la doxología contemplativa con la que toda creatura humana encuentre lo sagrado de su dignidad de persona y dignidad de hija de Dios. El estupor que origina el rostro de Cristo resucitado es que en Él «la revelación redentora significa que la divinidad se ha establecido en el corazón de la humanidad para transfigurar lo humano en divino, lo visible en invisible»<sup>108</sup>. Si el camino misionero de la Iglesia es toda persona humana, el *Discípulo Misionero* ha de desandar por esta senda peregrina con actitud de salida hacia su encuentro de todo ser humano para divinizarlo en su relación con Dios.

Escuchemos al Espíritu en la palabra-icóno del encuentro para contemplar una teología espiritual de la misión con *Discípulos Misioneros* anuncien la invitación a «cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso»<sup>109</sup>. Considero que entre el *Documento de Aparecida* y la *Exhortación Evangelii Gaudium* se consolida un itinerario teológico espiritual para el futuro misionero de la Iglesia peregrina en salida, pues la centralidad del evento “encuentro” como misterio divino-humano que acontece en Jesucristo es un esperanzador trayecto que los *Discípulos Misioneros* han de recorrer con humildad junto a todo el Pueblo de Dios. Es la epiclesis de la Iglesia en salida que a su vez le permite entrar en el misterio asombroso de la divinización de lo humano, se sale para entrar, es la contemplación que esta palabra-icóno nos transparenta.

Detengámonos unos instantes antes de continuar el camino e inclinados digamos: ¡somos dichosa divinización!

De esta manera, la invocación actualizada y aplicada de una teología espiritual misionera de la divinización humana, desde el *Documento de Aparecida* se inquieta por «la respuesta a la misión “*Ad Gentes*”, dentro y fuera del Continente, es la que corresponde a un verdadero discipulado, que se inspire en el encuentro con Cristo y en su seguimiento, a nivel personal y comunitario. Toda comunidad eclesial, por ser comunidad del Resucitado, tiene que asumir la misión universalista confiada por el Señor»<sup>110</sup>. Algo que la Iglesia en el Continente a lo largo de sus Conferencias Generales ha venido actualizando y ha marcado originales vivencias de animación eclesial a partir de la «nota característica del discipulado

---

<sup>108</sup> M-J. LE GUILLOU, *EL rostro del resucitado*, op. cit., 86.

<sup>109</sup> EG., 3.

<sup>110</sup> J. E. BIFET, «*La misionariedad de la Iglesia en América Latina, a la luz del discipulado evangélico*», en: *Medellín*. No. 125 (2006), 117.

evangélico, que no se encuentra en otros tipos de discipulado, consiste en que es eminentemente relacional y oblativo, en sintonía con las mismas vivencias de Cristo»<sup>111</sup>. Ejemplo de ello es toda la espiritualidad que se ha tejido en torno a las *Comunidades Eclesiales de Base* como animación de la comunión y misión que inspira una identidad cristiana bien arraigada por la pertenencia y participación. La misión construye la comunidad y la comunidad se dispone a salir como peregrina a la misión en busca de toda persona llamada a su divinización humana.

Contemplemos el rostro de Cristo resucitado, palabra-icóno resplandeciente y divinizante con el que la Iglesia misionera sale al encuentro de la humanidad...

### **3.6.7. Palabra-icóno *Alegría*: gozo festivo del anuncio del evangelio**

Continuamos el recorrido por la galería teológica con la que pretendemos actualizar el semblante misionero de la Iglesia y nos hallamos ante la palabra-icóno del Espíritu la “alegría” cuya espiritualidad es la mística del gozo que produce el anuncio del evangelio, es lo que en este acápite invocamos para unir nuestra plegaria como *Discípulos Misioneros* que contemplamos una Iglesia en salida en un modo y estilo de evangelización que contagia alegría y siembra el gozo en quien anuncia el evangelio, al igual que en quienes lo acogen en sus corazones. Estamos ante una de las palabras-íconos más expresivas en palabras y gestos, el evangelizador alegre contagia su gozo a los evangelizados, fruto de la misma alegría que da el anuncio del evangelio.

Para tener una imagen más viva de esta palabra-icóno, no tenemos mejor paradigma simbólico que el de María de Nazaret quien nos muestra el sentido de la epiclesis en salida. Después de recibir el anuncio alegre del Ángel y quedar llena del gozo del Espíritu Santo, se dispone a peregrinar a donde está Isabel (Lc 1, 39 – 56). Contemplamos el icóno de la Visitación. Con alegría desbordante de gozo María proclama el Magníficat como la primera discípula misionera de Aquel a quien lleva en su vientre. Qué mejor palabra-icóno para comprender el Espíritu y espiritualidad de la teología misionera de la Iglesia en salida peregrina de la alegría del anuncio del evangelio.

En el *Documento de Aparecida* los *Discípulos Misioneros* son invitados desde el inicio a la gratitud y la alegría de ser cristianos, «aquí está el reto fundamental que afrontamos:

---

<sup>111</sup> Ibid., 104.

mostrar la capacidad de la Iglesia para promover y formar discípulos y misioneros que respondan a la vocación recibida y comuniquen por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo»<sup>112</sup>. El documento comienza con una alegre y gozosa acción de gracias por todos aquellos signos de vida que son presencia del evangelio y de la misión de la Iglesia en el Continente y dice: «esta alegría no es un sentimiento artificialmente provocado ni un estado de ánimo pasajero. El amor del Padre nos ha sido revelado en Cristo que nos ha invitado a entrar en su reino. El nos ha enseñado a orar diciendo ‘Abba, Padre’ (Rm 8, 15; cf. Mt 6, 9)»<sup>113</sup>. No perder esta alegría es ya el primer anuncio que comunicamos.

La vida plena que comunica el encuentro con Jesucristo en la propia vida de nuestros pueblos se refleja en la alegría gozosa, signo de la profundidad y transformación que sucede en quienes reciben la Buena Noticia del evangelio y han sido transfigurados en Cristo.

Para una epiclesis en salida la imagen de la palabra-icóno de la alegría transparente que «la razón de la alegría radica en el hecho de que el Espíritu consuma o lleva a cumplimiento la revelación de Jesús, ayudando a los discípulos a entender lo que por ellos mismos serían incapaces de vislumbrar»<sup>114</sup>. No cualquier alegría es reveladora de la verdadera intimidad o del gozo que acontece como fruto de un encuentro, sino que Cristo entrega su Espíritu para que sea quien nos haga descubrir y vivir la vida plena. De esta manera, «sin el propio testimonio del Espíritu, no existiría el de los discípulos. La presencia testificante del Espíritu que muestra a Jesús vencedor del mundo y glorioso a la diestra del Padre tiene la misión de convencer a los discípulos de la victoria de Cristo, suscitando en ellos la fe y la valentía ante las persecuciones»<sup>115</sup>. La palabra-icóno de la alegría es la cara visible de la interioridad de la misión de la comunidad cristiana, es el anuncio que desde dentro mejor dispone a salir y dar razón de la fe.

Esta invocación urge y ha de ser intensa para los *Discípulos Misioneros* de hoy, cuando estamos envueltos en la tristeza y dolor que sufre la humanidad. El evangelio necesita volver a ser la alegría de todos. Cuando los análisis y diagnósticos pastorales de evangelización que en los diversos continentes se exponen con resultados entre preocupación y desafío, la alegría del anuncio de la fe en Jesucristo no nos debe ser quitada. Es uno de los

---

<sup>112</sup> DA., 14.

<sup>113</sup> Ibid., 17.

<sup>114</sup> N. MADONIA, *Cristo siempre vivo en el Espíritu*, op. cit., 85.

<sup>115</sup> Ibid., 83.

fundamentos que me lleva a profundizar en este estudio del Espíritu y espiritualidad de la misión como posibilidad de conducir a cada bautizado a interiorizar el gozo de la fe (Espíritu) para que exteriorice la alegría de anunciar (espiritualidad) a Cristo vivo en la misión de la Iglesia.

Actualizamos la misión “*Ad Gentes*” con un Espíritu y espiritualidad transformadora en el llamado que clama por un apostolado de la alegría. El mundo necesita palabras y gestos de testigos creíbles de un anuncio que dé esperanza. Bien lo indicaba en su momento de recepción del Concilio el cardenal Wojtyla al referirse a la actitud de la misión y el testimonio al decir que el testigo es aquel que «se abandona enteramente a Dios, el hombre que aceptando el testimonio divino transmitido en Jesucristo y asumiéndolo con todo su ser, está dispuesto a confesar a Cristo y a dar testimonio de Dios»<sup>116</sup>. Sólo el testimonio alegre y gozoso de cristianos convertidos por el evangelio de Jesucristo, alejan a quienes presagian y pregonan para el mundo mensajes de desastres y calamidades, miedo, pesimismo y derrota.

Si bien la humanidad sufre y padece la tristeza ante el horror de las guerras y diversas formas de atentados contra la dignidad humana, invocar el Espíritu para ser peregrinos de la alegría gozosa es el imperativo de la espiritualidad misionera, «la vida espiritual profunda, la oración libre y la alegría entusiasta son mejores respuestas a la necesidad de recuperar la dimensión del corazón que las opciones violentas y furores destructivos. Pero el Espíritu no debe suponer un empequeñecimiento del hombre»<sup>117</sup>. Es el instante para levantar la mirada a la altura de la gracia que se halla en la cruz, donde Cristo entrega su Espíritu para devolver al género humano la vida sin penas ni dolores, la alegría de solo esperar en Dios Padre.

El salto mayor en el interior de los *Discípulos Misioneros* se produce cuando contemplan en la palabra-ícono de la alegría el gozo de Cristo resucitado, el mismo que vivió la primera comunidad discipular y que le impulsó a ser misionera «como lo muestran los Hechos de los Apóstoles, la experiencia del Espíritu se traduce realmente en una seguridad intrépida al dar testimonio de la Resurrección que podamos considerar un acontecimiento siempre y cuando sea comprendido como revelación del misterio oculto en Dios desde la eternidad. Los apóstoles experimentan la fuerza divina del Espíritu que sostiene su

---

<sup>116</sup> S. MADRIGAL, *Tríptico conciliar: relato-misterio-espíritu del Vaticano II*, op. cit., 124.

<sup>117</sup> Y. CONGAR., *Sobre el Espíritu Santo: Espíritu del hombre, Espíritu de Dios*, op. cit., 53.

testimonio»<sup>118</sup>. Es el testimonio de cristianos resucitados el que le devuelve la alegría gozosa de Cristo al mundo.

La epiclesis en salida de la Iglesia peregrina es posibilidad de actualización como invocación del Espíritu y espiritualidad para los *Discípulos Misioneros* del evangelio, sobre todo para los tiempos que corren en que la humanidad vive la confusión y el caos, necesita auténticos apóstoles de la alegría. Una teología misionera donde «la experiencia espiritual nos es dada únicamente a través de la mediación de los signos del Espíritu: la objetiva, la del testimonio apostólico; la subjetiva, la de los sentimientos espirituales que suscita en nosotros»<sup>119</sup>. La formación misionera de quienes quieren ser peregrinos del Evangelio de la alegría ha de indicar un permanente discernimiento actualizado en el Espíritu, que permita a los evangelizados evangelizadores (*Discípulos Misioneros*) comprender que «los apóstoles nunca dejan que la experiencia del Espíritu se convierta ella misma en su propia norma: hacen constantemente referencia a la escritura, al misterio de Cristo y a la Iglesia para manifestar el significado de la venida del Espíritu. En conclusión, la objetividad de esta referencia siempre garantiza la verdad de la experiencia espiritual»<sup>120</sup>. La humanidad necesita una alegría gozosa auténtica que únicamente comunica Cristo, Camino, Verdad y Vida plena para todos.

La invocación del Espíritu Santo en la palabra-icóno de la alegría nos transporta al Tabor, lo que objetiva el Espíritu y espiritualidad misionera de la Iglesia en salida es el grupo de aquellos apóstoles evangelizadores que como «testigos del Espíritu han transformado la cultura humana y apoyado la creación teológica a través de la revelación de una humanidad llena de ternura, transfigurada por el Espíritu, toda trasparente al misterio de Cristo que carga con el pecado del mundo»<sup>121</sup>. Los colores de la palabra-icóno de la alegría son los mismos que resplandecen en el misterio de la Transfiguración, esa es la única alegría gozosa que cambiará la humanidad y que invocada por *Discípulos Misioneros* de la alegría podrá ser anunciada y conocida por todos.

La actualidad aplicada e invocada para una teología espiritual misionera es la que ha exhortado el Papa Francisco en su hoja de ruta para la Iglesia en salida. La *Evangelii Gaudium* es un elenco de réplicas de la palabra-icóno “alegría” que hemos ilustrados. Veamos las más sugerentes:

---

<sup>118</sup> M-J. LE GUILLOU, *Los testigos están entre nosotros*, op. cit., 58.

<sup>119</sup> *Ibid.*, 77.

<sup>120</sup> *Ibid.*, 77.

<sup>121</sup> *Ibid.*, 193.



«El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien. Los creyentes también corren ese riesgo, cierto y permanente»<sup>122</sup>.

Y continúa con vehemencia:

«Por consiguiente, un evangelizador no debería tener permanentemente cara de funeral. Recobremos y acrecentemos el fervor, ‘la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas (...) Y ojalá el mundo actual —que busca a veces con angustia, a veces con esperanza— pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo»<sup>123</sup>.

Además insiste en que:

«Todos tienen el derecho de recibir el Evangelio. Los cristianos tienen el deber de anunciarlo sin excluir a nadie, no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable. La Iglesia no crece por proselitismo sino ‘por atracción’»<sup>124</sup>.

Su clamor final es: «Por todo esto me permito insistir: ¡No nos dejemos robar la alegría evangelizadora!»<sup>125</sup>.

Y que mejor actualización y aplicación de la alegría del anuncio del evangelio que la reciente Exhortación Apostólica Postsinodal la alegría del amor, “*Amoris Laetitia*” del Papa Francisco. El desafío al anuncio alegre del evangelio desde la familia como evangelizadora. Su llamado es a que «los hijos que crecen en familias misioneras a menudo se vuelven misioneros, si los padres saben vivir esta tarea de tal modo que los demás les sientan cercanos y amigables, de manera que los hijos crezcan en ese modo de relacionarse con el mundo, sin renunciar a su fe y a sus convicciones»<sup>126</sup>. Sin duda la familia es el espacio alegre y gozoso del anuncio del evangelio, «la alegría del amor que se vive en las familias es también el júbilo de la Iglesia»<sup>127</sup>, así da inicio el Papa a su Exhortación.

---

<sup>122</sup> EG., 2.

<sup>123</sup> Ibid., 10.

<sup>124</sup> Ibid., 14.

<sup>125</sup> Ibid., 83.

<sup>126</sup> AL., 289.

<sup>127</sup> Ibid., 1.

Escuchemos el Espíritu en la palabra-icón de la alegría para sentir el gozo de vivir y anunciar a Jesucristo en las actuales tristezas y miedos del mundo...

### **3.6.8. Palabra-icón *Migrantes*: hospitalidad con el refugiado**

Momento impactante de la actual salida peregrina de la Iglesia, en el camino nos encontramos un incalculable número de seres humanos que deambulan por el mundo cruzando fronteras o desafiando la furia de los mares, son los migrantes que se convierten a su vez en refugiados, necesitados de un lugar, pues han sido arrancados de su propia tierra a causa de la guerra o la ausencia de posibilidades de una vida digna y próspera. En los colores de esta palabra-icón se transparentan las heridas de Cristo por la humanidad, sobre todo porque ésta, hoy por hoy, no sabe cómo actuar y tan solo se pregunta “¿cuándo te vimos forastero, y te hospedamos (Mt 25,37-39)”. Lo más doloroso es que por momentos se mira para otro lado.

Contemplemos el icón de José, María y el niño Jesús en su huida a Egipto. Transfiguradora imagen simbólica que revela lo frágil de la vida y lo vulnerable de la convivencia humana a lo largo de la historia de la humanidad. Es el drama constante del desarraigo que sufre el ser humano en la necesidad de un hábitat cuando experimenta que una de sus condiciones es sobrevivir como refugiado en una tierra extraña.

La epiclesis de una Iglesia en salida peregrina al contemplar esta palabra-icón “migrantes”, en el Espíritu y espiritualidad de los *Discípulos Misioneros*, considero que es en el que se encuentra lo que más les identifica con toda la historia de la salvación y de la fe, pues está escrita en clave de éxodo. Así lo ilustra el Pontificio Consejo para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes en su Instrucción *Erga Migrantes Caritas Christi* (la caridad de Cristo hacia los emigrantes):

«El cristiano contempla en el extranjero, más que al prójimo, el rostro mismo de Cristo, nacido en un pesebre y que, como extranjero, huye a Egipto, asumiendo y compendiando en sí mismo esta fundamental experiencia de su pueblo (cfr. Mt 2,13ss.). Nacido fuera de su tierra y procedente de fuera de la Patria (cfr. Lc 2,4-7), "habitó entre nosotros" (Jn 1,11.14), y pasó su vida pública como itinerante, recorriendo "pueblos y aldeas" (cfr. Lc 13,22; Mt 9,35). Ya resucitado, pero todavía extranjero y desconocido, se apareció en el camino de Emaús a dos de sus discípulos que lo reconocieron solamente al partir el pan (cfr. Lc 24,35). Los cristianos

siguen, pues, las huellas de un viandante que "no tiene donde reclinar la cabeza (Mt 8,20; Lc 9,58)»<sup>128</sup>.

Por tanto, decidirse a salir y encontrarse con los migrantes y refugiados actualiza y aplica la vigencia de la teología espiritual vivida por el pueblo de Israel, hasta el mismo envío de Jesús a los apóstoles. Ahora bien, la Iglesia en salida misionera que hace camino con migrantes y refugiados, es un clamor unívoco de mutua e incondicional acogida hospitalaria.

La epiclesis como invocación del Espíritu en lenguaje y gestos nos coloca en la actualidad ante la palabra-icóno "migrantes" como semblante humano vulnerable y necesitado de ser transfigurado hacia una auténtica dignidad que le devuelva a cada ser humano errante, la posibilidad establecerse en un lugar con sus legítimos derechos, incluida su libertad religiosa. Es el Espíritu el que nos empuja a peregrinar junto al éxodo humano de quienes su país es la provisionalidad de un lugar, es lo que hoy se ha denominado como el nuevo continente flotante con toda la población que dispersa por el mundo deambula en busca de un sitio donde habitar. Con todo, estamos ante una espiritualidad misionera que despierta la mística de la hospitalidad con toda persona que llega como refugiado. *Discípulos misioneros* que se convierten en peregrinos con los migrantes es una de las nuevas expresiones actualizadas de la misión "Ad Gentes" de la Iglesia en salida. Aquí sí que urge descubrir dónde está el Espíritu de la espiritualidad misionera que debe formarse, animarse y organizarse en la actual pastoral evangelizadora de las comunidades cristianas.

Es la invocación del Espíritu ante la palabra-icóno dramático: "migrantes". Nos abre los ojos para que contemplemos lo que el Papa emérito Benedicto XVI indicó y que el *Documento de Aparecida* refiere: «el campo de la Misión *ad gentes* se ha ampliado notablemente y no se puede definir sólo basándose en consideraciones geográficas o jurídicas. En efecto, los verdaderos destinatarios de la actividad misionera del pueblo de Dios no son sólo los pueblos no cristianos y las tierras lejanas sino también los ámbitos socioculturales y, sobre todo, los corazones»<sup>129</sup>. Son esos nuevos ámbitos y ambientes de las migraciones ante los que los *Discípulos Misioneros* se deben abrir en Espíritu y espiritualidad misionera con la mística de palabras y gestos de corazón universal hospitalario. El paradigma de la misión ha cambiado; desde nuestra clave de actualización y aplicación de las formas y modos para la misión dados por la *Redemptoris Missio*, «en la Iglesia, pues, también los emigrantes están

---

<sup>128</sup> EMCC., 15.

<sup>129</sup> DA., 375.

convocados a ser protagonistas con todo el Pueblo de Dios peregrino en la tierra»<sup>130</sup>. El giro es significativo y desafiante. En los migrantes también llega el anuncio del evangelio.

Invoquemos el Espíritu en la palabra-icón de los migrantes para que la Iglesia en salida peregrina lleve y realice la misión más original que tiene con toda la humanidad, edificar un solo Pueblo de Dios. El compromiso transformador en el camino con los migrantes y refugiados es que no pierdan la posibilidad de ser hermanos, de ahí que urgen *Discípulos Misioneros* que interioricen el Espíritu y espiritualidad de una teología de la misión que conduce a que «la Iglesia, en lo más profundo, es la comunión de aquellos que se dejan transfigurar por el Espíritu»<sup>131</sup>. ¿Qué rostro de Cristo se transparenta en una Iglesia en salida peregrina que camina en acogida hospitalaria junto a los migrantes y refugiados? ¿Ante qué palabras-íconos de Cristo estamos?

Cuando hoy se invoca al Espíritu para que la Iglesia sea samaritana y prójima es porque, sin lugar a dudas, la hospitalidad cambia radicalmente la mirada y la visión de la misma dinámica misionera, ya que «para que todas las personas queden ‘sanadas’, unas de su ‘invisibilidad’ y otras de su ‘ceguera’, no tenemos otra opción que derrumbar fronteras y recuperar, juntos, los relatos, los encuentros y los espacios visibilizadores que ponen de manifiesto nuestra común humanidad»<sup>132</sup>. Una vez más estamos ante la inquietud que venimos explorando en este estudio, qué Espíritu y espiritualidad discipular misionera desafía la evangelización de hoy para una Iglesia en salida y de “hospital de campaña”, tiempo de hospitalidad misericordiosa en el llamado apremiante del Papa Francisco.

Escuchemos al Espíritu en la palabra-icón de los migrantes y refugiados a tenor del clamor de los rostros sufrientes que nos duelen, presentado en el *Documento de Aparecida*, y que más que un lamento es un signo teológico espiritual misionero, «los migrantes deben ser acompañados pastoralmente por sus Iglesias de origen y estimulados a hacerse discípulos y misioneros en las tierras y comunidades que los acogen, compartiendo con ellos las riquezas de su fe y de sus tradiciones religiosas. Los migrantes que parten de nuestras comunidades pueden ofrecer un valioso aporte misionero a las comunidades que los acogen»<sup>133</sup>. Definitivamente el universo geográfico de la misión “*Ad Gentes*” se amplía. Estamos ante

---

<sup>130</sup> RM., 32, 49, 71.

<sup>131</sup> M-J. LE GUILLOU, *EL rostro del resucitado*, op. cit., 399.

<sup>132</sup> C. MARK, *Fronteras que vuelven invisibles*, [www.sjme.org](http://www.sjme.org) [15-03-2016]

<sup>133</sup> DA., 415.

una nueva dimensión de la teología espiritual misionera con nuevos contenidos y nuevos lugares.

Contemplemos el icono de Cristo en el rostro de migrantes, sin encerrarnos en nuestro metro cuadrado o desviando la mirada para otro lado, salgamos en acogida hospitalaria de los refugiados...

### **3.6.9. Palabra-icono *Cultura*: peregrinos por la “casa común”**

Invocamos el Espíritu con el que contemplamos la palabra-icono de la “cultura” para una espiritualidad en la mística de peregrinos entre los areópagos del mundo que es nuestra “casa común”. La imagen que se transparenta es el icono donde aparecen los encuentros de Jesús con Zaqueo y la mujer samaritana junto al pozo. Jesús se hizo encontradizo y dialogante. El Espíritu y espiritualidad de los *Discípulos Misioneros* que se disponen a caminar con la humanidad contemporánea para que en medio de sus inquietudes, desencantos, anhelos y sueños se encuentren con Jesucristo y comprendan las razones existenciales y espirituales de la comunión fraterna entre todas los seres humanos y la creación entera.

La Iglesia misionera se abre a la epiclesis en salida peregrina porque descubre que «el Espíritu, que está presente como hálito vital en el hombre, en las culturas y en las religiones, extiende la singularidad de Cristo a todo el mundo, orientando hacia éste todo el elemento religioso fundamental que pervive en el hombre y en sus concretas cualidades culturales»<sup>134</sup>. Nada humano le es ajeno ni lejano a los *Discípulos Misioneros* que han de penetrar el corazón de la humanidad para comprender los latidos de vida y allí manifestar las palabras y gestos oportunos como el llamado a conocer, amar y servir el Reino de Dios revelado en Cristo.

La plegaria que actualiza la misión “*Ad Gentes*” en la Iglesia en salida nos vuelve hacia las fuentes conciliares, de esta forma la Constitución *Gaudium et Spes* nos enseña que «la Iglesia, en virtud de la misión que tiene de iluminar a todo el orbe con el mensaje evangélico y de reunir en un solo Espíritu a todos los hombres de cualquier nación, raza o cultura, se convierte en señal de la fraternidad que permite y consolida el diálogo sincero»<sup>135</sup>. El Concilio Vaticano II nos mostró la vocación y misión de la Iglesia donde el camino a recorrer es la humanidad y el mensaje es el anuncio del Evangelio de Jesucristo. Este criterio

---

<sup>134</sup> N. MADONIA, *Cristo siempre vivo en el Espíritu*, op. cit., 247.

<sup>135</sup> GS., 90.

antropológico y cristológico de la misión que se encuentra con la oferta de la gracia en Cristo, es lo mismo que resplandece en la palabra-icón de la cultura, en el que contemplamos los “zaqueos” y “mujeres samaritanas” del mundo actual.

Invocar el Espíritu es la fuerza necesaria de los *Discípulos Misioneros*, que en la mística peregrina, se disponen a salir al encuentro con los caminantes y buscadores del mundo para anunciarles a Jesucristo y establecer una nueva mirada y relación. Es la epiclesis en salida en que los misioneros extienden un diálogo discipular como «acción del Espíritu a las obras del hombre –descubrimiento de la verdad, derecho, poesía y cultura...– y eventualmente también a las religiones»<sup>136</sup>. El Espíritu es el que conduce: “os guiará hasta la verdad completa” (Jn 16, 13). Esa es la certeza de comunión que siempre esperamos y la humanidad necesita vivir con ansia en la “casa común”.

Estamos ante una palabra-icón en la que sus imágenes y mejores coloridos describen la realidad cultural que la Iglesia ha de actualizar en el Espíritu su vocación de anuncio en salida y la espiritualidad peregrina de la misión. ¿Ante qué realidad del “Areópago del mundo” estamos? Una luz iluminó nuestro Continente Latinoamericano en el discurso inaugural de la Conferencia de Aparecida, cuando el Papa emérito Benedicto XVI afirmó:

«¿Qué es esta "realidad"? ¿Qué es lo real? ¿Son "realidad" sólo los bienes materiales, los problemas sociales, económicos y políticos? Aquí está precisamente el gran error de las tendencias dominantes en el último siglo, error destructivo, como demuestran los resultados tanto de los sistemas marxistas como incluso de los capitalistas. Falsifican el concepto de realidad con la amputación de la realidad fundante y por esto decisiva, que es Dios. Quien excluye a Dios de su horizonte falsifica el concepto de "realidad" y, en consecuencia, sólo puede terminar en caminos equivocados y con recetas destructivas»<sup>137</sup>.

La palabra-icón de la cultura en los “buscadores del mundo”, zaqueos y samaritanas, es una recreación sugerente para los *Discípulos Misioneros* de hoy, sobre todo cómo ver, discernir y proceder ante la realidad cultural contemporánea que desafía la evangelización, una viva representación de lo que es el Espíritu y espiritualidad de la misión de la Iglesia en salida peregrina, conocer y comprender la realidad, el diálogo con la Palabra de Dios, para luego abrirse a una nueva relación de vida.

---

<sup>136</sup> Y. CONGAR, *Sobre el Espíritu Santo: Espíritu del hombre, Espíritu de Dios*, op. cit., 66.

<sup>137</sup> BENEDICTO XVI, *Discurso inaugural en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano año 2007*, <http://w2.vatican.va> [28.05.2015]

Son palabras y gestos en salida peregrina del Espíritu, es la novedad de la relación discipular de la comunión fraterna que permite el diálogo con la cultura del mundo, lleva al discípulo misionero a vivir una nueva dimensión de su existencia a partir del Espíritu en el encuentro con Jesucristo en cada persona o ambiente compartido. Bien lo expresa la *Evangelii Gaudium*:

«Hoy, que las redes y los instrumentos de la comunicación humana han alcanzado desarrollos inauditos, sentimos el desafío de descubrir y transmitir la mística de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de tomarnos de los brazos, de apoyarnos, de participar de esa marea algo caótica que puede convertirse en una verdadera experiencia de fraternidad, en una caravana solidaria, en una santa peregrinación. De este modo, las mayores posibilidades de comunicación se traducirán en más posibilidades de encuentro y de solidaridad entre todos. Si pudiéramos seguir ese camino, ¡sería algo tan bueno, tan sanador, tan liberador, tan esperanzador! Salir de sí mismo para unirse a otros hace bien. Encerrarse en sí mismo es probar el amargo veneno de la inmanencia, y la humanidad saldrá perdiendo con cada opción egoísta que hagamos»<sup>138</sup>.

La palabra-icóno del Espíritu de la cultura ¿qué espiritualidad mística peregrina nos revela? La de Cristo resucitado que camina junto a la humanidad para desandar su tragedia desencantada de la vida e indicarle los nuevos pasos del ser peregrinos esperanzados en medio del mundo al igual que les sucedió a los dos peregrinos de Emaús.

Invocamos el Espíritu de Cristo vivo en la palabra-icóno de la cultura para que sea Él quien proclame la plegaria que marque la identidad en el Espíritu y espiritualidad de los *Discípulos Misioneros* que han de anunciar lo que ya viven y comuniquen la alegría de ser cristianos, insistiendo que «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o por una gran idea filosófica, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»<sup>139</sup>. Lo más actual y aplicable para la teología espiritual misionera de la Iglesia en salida peregrina es que siempre se anuncie a Jesucristo como acontecimiento personal en la vida de toda persona y comunidad humana.

Recordemos nuestro referente pneumatológico de interpretación en este estudio, la *Evangelii Nuntiandi* del Baeto Pablo VI con quien nos hicimos la pregunta: «la Iglesia, ¿es más o menos apta para anunciar el Evangelio y para insertarlo en el corazón del hombre con

---

<sup>138</sup> EG., 87.

<sup>139</sup> DA., 5.

convicción, libertad de espíritu y eficacia?»<sup>140</sup>. En una epiclesis en salida los *Discípulos Misioneros* no deben renunciar a esta constante pregunta, la que hay que alimentar con las palabras y gestos del Resucitado que peregrina con la Iglesia para devolverle la esperanza al mundo desencantado y que quiere vida plena, «hay una fuerte y clara continuidad entre el tiempo de Cristo y el de la Iglesia; cambian solo los lugares, los espacios y el tiempo, por Cristo y el Espíritu realizan la misma obra salvífica en continuidad y sinergia integradora. Al dividir y unir ambos momentos de la historia descubrimos el sentido de la pascua de Jesús y la obra del Espíritu, el primero actuando sobre Jesús de Nazaret y el segundo sobre los discípulos»<sup>141</sup>. El Espíritu es el de Cristo en los *Discípulos* del anuncio y la espiritualidad la de los *Misioneros* en salida, como ya lo estudiamos en la Pneumatología cristológica del envío. A la continuidad le sigue su actualización en la pastoral misionera de la Iglesia.

Escuchemos el Espíritu en la palabra-icóno de la cultura para que contemplemos nuestra “casa común” a partir de la sensibilidad con la que la Encíclica *Laudato Si* nos conmueve y moviliza a transfigurar nuestro agonizante planeta con Espíritu y espiritualidad discipular misionera por la madre tierra desde una visión de la ecología integral:

«¿Qué tipo de mundo queremos dejar a quienes nos sucedan, a los niños que están creciendo? Esta pregunta no afecta sólo al ambiente de manera aislada, porque no se puede plantear la cuestión de modo fragmentario. Cuando nos interrogamos por el mundo que queremos dejar, entendemos sobre todo su orientación general, su sentido, sus valores. Si no está latiendo esta pregunta de fondo, no creo que nuestras preocupaciones ecológicas puedan lograr efectos importantes. Pero si esta pregunta se plantea con valentía, nos lleva inexorablemente a otros cuestionamientos muy directos: ¿Para qué pasamos por este mundo? ¿para qué vinimos a esta vida? ¿para qué trabajamos y luchamos? ¿para qué nos necesita esta tierra? Por eso, ya no basta decir que debemos preocuparnos por las futuras generaciones. Se requiere advertir que lo que está en juego es nuestra propia dignidad. Somos nosotros los primeros interesados en dejar un planeta habitable para la humanidad que nos sucederá. Es un drama para nosotros mismos, porque esto pone en crisis el sentido del propio paso por esta tierra»<sup>142</sup>.

Contemplemos el icóno de Cristo en la palabra-icóno “cultura” y escuchemos su invitación a decirle a tantos “zaqueos” del día a día: “*baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa*” (Lc 19, 5); o a tantas “samaritanas” inquietas del mundo: “*Si conocieras el don de Dios*” (Jn 4, 10).

---

<sup>140</sup> EN., 4.

<sup>141</sup> N. MADONIA, *Cristo siempre vivo en el Espíritu*, op. cit., 95.

<sup>142</sup> LS., 160.



### 3.6.10. Palabra-icóno *Ecumenismo*: bienaventurada glorificación

Cerramos esta galería de imágenes en dinámica de la actualización de la teología espiritual misionera en la contemplación del Espíritu en la palabra-icóno “ecumenismo”.

Contemplemos el icóno de la glorificación del Hijo amado en quien Dios se complace. El icóno de los iconos, la transfiguración. Su teología espiritual misionera comunica el sentido pleno de lo que ha de ser la evangelización, una transformación que comunique vida plena para todos en Cristo, el Hijo Amado en quien Dios mismo se complace de la humanidad.

Escuchamos la epiclesis de Jesús: *“para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado”* (Jn 17, 21). En el envío discipular misionero de Jesús como Enviado, incluye este momento culmen de la misión que el Padre con el Espíritu le ha encomendado, glorificarle. Que mejor invocación en labios de Jesús esta oración en que la gloria de Dios es la unidad de todos los que han escuchado sus Palabras de amor del Padre y acogido sus gestos salvíficos como Hijo Enviado con la fuerza del Espíritu. «Únicamente el amor entre los creyentes hace aparecer como digna de fe a la Iglesia»<sup>143</sup>. Es la unidad en el amor es el sello de la misión apostólica de la Iglesia.

La comunión trinitaria que hemos expuesto a partir de la fuente de inspiración y de la interpretación pneumatológica del envío, como itinerario del Espíritu y espiritualidad de la teología espiritual misionera, se completa con las formas y estilos con que la Iglesia en su apostolado evangelizador realiza la actualización y aplicación de lo que significa vivir unificados en Dios Trinidad. Es la invocación que en estos momentos se vuelve plegaria, *“que todos sean uno”* (Jn 17, 21). Ver y sentir la gloria de Dios con la que culmina la misión de Jesús entre aquellos que le seguían es la misma epiclesis en salida que la Iglesia hoy desea expresar ante los actuales desafíos de la humanidad que le interpelan y comprometen.

La palabra-icóno del Espíritu del “ecumenismo”, transparenta la súplica que el apóstol Pablo pide a Timoteo *“hijo mío en la fe”* (1 Tim 1, 2) ante la comunidad que acompaña en Éfeso y que es vulnerable a discusiones y divisiones. Su invocación es a anunciar en *“el Evangelio de la gloria de Dios bienaventurado, que se me ha confiado”* (1 Tim 1, 11), el deseo de Dios, *“que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno*

---

<sup>143</sup> H. U. VON BALTHASAR, *Teológica, el Espíritu de la verdad*, op. cit., 78.

*de la verdad*” (1 Tim 2, 4). Estamos ante una oración y epiclesis en salida que le pide el apóstol al joven misionero una disposición discipular que marca el sendero con el que debe conducir a todos a la unidad. Creo que miramos una imagen muy expresiva que nos revela el mismo sueño que quiere realizar Jesús en su invocación: “*que todos sean uno*”. El *Discípulo Misionero* es quien actualiza y mantiene vigente en la evangelización el evangelio de gloria que es la unidad.

Al volver a las fuentes conciliares de inspiración, su insistencia está en que la palabra-icón del ecumenismo se actualiza con el Espíritu cuando la misión tiene su viva imagen en el testimonio. De esta manera, la invocación significa que «este testimonio de vida producirá más fácilmente su efecto si se da justamente con otros grupos cristianos»<sup>144</sup>. Aquí el Decreto “*Ad Gentes*” insinúa la apertura a una Iglesia en salida que se abre a otras presencias y experiencias de anuncio del evangelio. El camino de renovación de la Iglesia y de la unión de los cristianos tiene aquí su sólido fundamento, «si hablamos de la actitud ecuménica como uno de los elementos de realización del Concilio Vaticano II, es necesario situar en primer plano precisamente este ecumenismo espiritual»<sup>145</sup>. La unidad comienza en el único Espíritu, el de Cristo, don del Padre.

Con realismo constatamos la tortuosa obra con la que sólo, con el Espíritu, se puede asumir la apertura y el diálogo entre quienes por diversas circunstancias están heridos y no viven la plena unidad del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia, porque «ciertamente, no todos pueden participar en el diálogo ecuménico, pero sí todos pueden participar dentro de la Iglesia en el ecumenismo espiritual»<sup>146</sup>. Considero que en este aspecto se han dado avances significativos que dan esperanza a nuevas incursiones en la edificación de la unidad eclesial en el Cuerpo de Cristo. De todas maneras, estamos ante lo esencial de una búsqueda: «¿cuál es desde entonces la base del ecumenismo sino la mirada que todas las Iglesias cristianas dirigen hacia el rostro de su común Señor, ese anhelo incesante de Cristo, de fidelidad a Cristo, que hace que confluyamos en Él?»<sup>147</sup>. Este es el camino a recorrer y la palabra-icón a contemplar en la Iglesia misionera del mundo contemporáneo.

La epiclesis en salida que clama hoy la Iglesia es la misma que desde la fuente conciliar suscitó el Espíritu, «promover la restauración de la unidad entre todos los cristianos

---

<sup>144</sup> AG., 36.

<sup>145</sup> K. WOJTYLA, *La renovación en sus fuentes: sobre la aplicación del concilio vaticano II*, op. cit., 259.

<sup>146</sup> *Ibid.*, 259.

<sup>147</sup> M-J. LE GUILLOU, *EL rostro del resucitado*, op. cit., 63.

es uno de los fines principales que se ha propuesto el Sacrosanto Concilio Vaticano II, puesto que única es la Iglesia fundada por Cristo Señor, aun cuando son muchas las comuniones cristianas que se presentan a los hombres como la herencia de Jesucristo; todos se confiesan discípulos del Señor»<sup>148</sup>. La palabra-icóno del ecumenismo irradia una luz del Espíritu para una espiritualidad discipular misionera a partir del llamado convocante a todos en el seguimiento de Cristo. El carácter de *Discípulos Misioneros* imprime una mística propia para el acercamiento y el diálogo, dispone a peregrinar por el camino del seguimiento del único Maestro, más que sentarse a discutir lo que cada uno interpreta de la doctrina cristiana.

La invocación del Espíritu para una actualización y aplicación de una espiritualidad misionera en la Iglesia que oferte la palabra-icóno del ecumenismo como gesto discipular, considero que es un criterio evangélico lúcido para una Iglesia en salida, un llamado discipular misionero hacia un movimiento de unidad eclesial en la gloria del evangelio:

«Casi todos, sin embargo, aunque de modo diverso, suspiran por una Iglesia de Dios única y visible, que sea verdaderamente universal y enviada a todo el mundo, para que el mundo se convierta al Evangelio y se salve para gloria de Dios. Considerando, pues, este Sacrosanto Concilio con grato ánimo todos estos problemas, una vez expuesta la doctrina sobre la Iglesia, impulsado por el deseo de restablecer la unidad entre todos los discípulos de Cristo, quiere proponer a todos los católicos los medios, los caminos y las formas por las que puedan responder a esta divina vocación y gracia»<sup>149</sup>.

El Espíritu y espiritualidad de la teología de la misión en la palabra-icóno del ecumenismo es sugerente en la medida en que sea discipular misionera, un diálogo con la mística de la unidad (*Discípulos*) y en diálogo (*Misioneros*) para gloria del evangelio. La fuente conciliar da el horizonte, «puesto que toda la renovación de la Iglesia consiste esencialmente en el aumento de la fidelidad a su vocación, por eso, sin duda, hay un movimiento que tiende hacia la unidad. Cristo llama a la Iglesia peregrinante hacia una perenne reforma»<sup>150</sup>. La teología misionera ecuménica se edifica en salida peregrina de unidad y diálogo.

La plegaria con la que la Iglesia en salida se dispone a comunicar la luz que el Espíritu Santo refleja en la palabra-icóno del ecumenismo es una apertura que nos descubre que «el Espíritu confiere valor a la dimensión religiosa auténtica presente en los credos y los prepara

---

<sup>148</sup> UR., 1.

<sup>149</sup> Ibid., 1.

<sup>150</sup> Ibid., 6.

para introducirse en Cristo, para ir a su encuentro»<sup>151</sup>. Insistir en un ecumenismo con el dinamismo de encuentro de unidad y salida de diálogo, refresca y da aire de ánimo a los *Discípulos Misioneros* para avivar una Iglesia en un permanente Pentecostés misionero. Lo demás es “enlatar” el Espíritu en doctrinas y formas o paradigmas paralizantes. La mística de una epiclesis en salida es lo que hoy, como misionología, podríamos enfatizar diciendo que, «el profundizar en su relación con Cristo es lo que ha llevado a la Iglesia a matizar tanto la opinión que tenía de las otras comunidades cristianas como la que tenía de sí misma»<sup>152</sup>. Iglesia en salida es salir de sí misma con *Discípulos Misioneros* de la comunión dialogal.

Al invocar el Espíritu que se irradia en la palabra-icóno ecumenismo, en el *Documento de Aparecida* refiere el diálogo ecuménico e interreligioso como llamado a los *Discípulos Misioneros* para que el mundo crea, pero «a veces olvidamos que la unidad es ante todo un don del Espíritu Santo»<sup>153</sup>. La transparencia reveladora del don y la gracia como unción para la unidad de todos los cristianos es un llamado epiclético eclesial que pide «más agentes de diálogo y mejor calificados»<sup>154</sup>. A este respecto uno de los teólogos, Mons. Víctor Fernández, que participó en la V Conferencia de Aparecida señala que uno de los desafíos para la Iglesia en el Continente hacia una nueva evangelización a partir de Aparecida es «recuperar la parresía con un nuevo estilo. Conviene también precisar cuáles son las actitudes adecuadas de un evangelizador. Considerando que predomina cierta falta de fervor y de arrojo, o que los pocos más valientes suelen aparecer como autoritarios»<sup>155</sup>. Seguidamente apuntaba algunos rasgos del perfil de ese evangelizador, «la acogida amable, la cercanía, el respeto a los demás, reconociendo que la fe no se impone sino que se propone; se trata de una actitud de diálogo capaz de partir de los valores y de la riqueza de los demás, una capacidad de presentar una propuesta bella y atractiva, como quien sirve un banquete y no como quien ostenta una doctrina»<sup>156</sup>. El llamado a comunicar gestos en salida peregrina de dialogal acogida a todos.

Para la actualidad es el llamado para que los *Discípulos Misioneros* asuman palabras y gestos que acompañen el diálogo ecuménico. «La formación de los discípulos misioneros debe contemplar también la capacidad para el diálogo entre hermanos, para la apologética positiva en un contexto de diversidad de la fe y para la cooperación en los diferentes campos

---

<sup>151</sup> N. MADONIA, *Cristo siempre vivo en el Espíritu*, op. cit., 247.

<sup>152</sup> M-J. LE GUILLOU, *EL rostro del resucitado*, op. cit., 209.

<sup>153</sup> DA., 230.

<sup>154</sup> DA., 231.

<sup>155</sup> V. M. FERNÁNDEZ, «Propuestas para que la V Conferencia marque el inicio de una nueva etapa evangelizadora», en: *Medellín*, N° 126 (2006), 289.

<sup>156</sup> *Ibid.*, 292.

de la misión»<sup>157</sup>. La Iglesia discipular misionera ecuménica debe transfigurar su rostro en Cristo quien pide que “seamos uno”.

El Espíritu y espiritualidad discipular misionero de la palabra-icóno del ecumenismo con la mística del peregrino suscita el congregarse en torno a la centralidad de la escucha del mensaje evangélico en efecto, «el contacto ecuménico favorece la estima recíproca, convoca a la escucha común de la Palabra de Dios y llama a la conversión a los que se declaran discípulos y misioneros de Jesucristo»<sup>158</sup>. El reiterado llamado a la conversión pastoral como modo de proceder ante una actualización y aplicación del anuncio del evangelio, es condición sin la cual se haría difícil el diálogo ecuménico, por no decir que imposible, ya que es el Espíritu el que mueve los corazones a la unidad, vueltos al amor único de Dios.

*Recapitulando:*

Al finalizar el recorrido por esta galería de palabras-íconos, comprendemos el llamado con que hoy la Iglesia en el mundo entero convoca a todos los fieles bautizados como *Discípulos Misioneros* a comunicar el anuncio de vida plena para todos en Cristo. Sin dejar de ir a las fuentes que inspiraron este recorrido teológico espiritual misionero, no olvidemos que «el programa que el Vaticano II propone a los cristianos para invitarles a aprehender la profundidad evangélica de su vida y de su misión en el seno de la Iglesia y del mundo, se resume en una frase: contemplar y transparentar el rostro del Señor»<sup>159</sup>. Un hallazgo en el discurrir temático navegado hasta aquí, *Discípulos Misioneros*, Espíritu y espiritualidad, que culmina con el ver cara a cara el rostro de Cristo en todas las creaturas del mundo: “¿cuándo podré ir a ver la faz de Dios?” (Sal 42) o como dice el apóstol Juan: “en esto ha llegado el amor a su plenitud con nosotros: en que tengamos confianza en el día del Juicio, pues como él es, así somos nosotros en este mundo” (1 Jn 4, 17).

Contemplemos el ícono de Cristo en el rostro de la Iglesia que sale peregrina a anunciar que todos somos hijos de un mismo Padre y hermanos por Cristo con el Espíritu Santo. Por eso, pienso conveniente tener presente lo que el Papa emérito Benedicto XVI insinúa sobre la dimensión espiritual misionera ante los desafíos históricos de la humanidad, «podría llegar a verse nuevamente de forma inesperada en qué buena medida la misión es,

---

<sup>157</sup> CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO (ed.), *Testigos de Aparecida*, CELAM, Vol 2, Bogotá 2008, 337.

<sup>158</sup> DA., 232.

<sup>159</sup> M-J. LE GUILLOU, *EL rostro del resucitado*, op. cit., 286.

también hoy, en sentido verdadero, necesaria para la salvación de la humanidad»<sup>160</sup>. Disposición de salida que exige la permanente invocación del Espíritu.

Si deseamos sintetizar y recoger en una sola palabra-ícono el Espíritu y espiritualidad de los *Discípulos Misioneros* que viven hoy la epiclesis de la Iglesia en salida, no hay imagen más expresiva que la de María de Nazaret como la primera que acogió en su seno el Espíritu discipular misionero de su propio Hijo, motivo por el que «la Iglesia universal, en el desarrollo de su vida multiforme y de su laboriosa actividad, encuentra en María el ejemplo más acabado para la imitación de Cristo. En María, la Iglesia contempla su propio misterio»<sup>161</sup>. No hay mejor transparencia de una vida transfigurada que el contemplar la mística mariana donde la encontramos como discípula misionera junto a los misterios de su Hijo y que tiene su culmen cuando en el cenáculo acompaña el Pentecostés del envío misionero con el que nace la Iglesia. «Contemplando a María, la Iglesia descubre aún más lo que debe ser: un misterio de pura transparencia»<sup>162</sup>. Por ello, los *Discípulos Misioneros*, para una Iglesia de la mística peregrina en salida, deben invocarla así:

*«Tú, Virgen de la escucha y la contemplación,  
madre del amor, esposa de las bodas eternas,  
intercede por la Iglesia, de la cual eres el palabras-ícono purísimo,  
para que ella nunca se encierre ni se detenga  
en su pasión por instaurar el Reino»<sup>163</sup>.*

---

<sup>160</sup> BENEDICTO XVI, *Obras completas sobre la enseñanza del Concilio Vaticano II: formulación, transmisión, interpretación*, op. cit., 513.

<sup>161</sup> M-J. LE GUILLOU, *EL rostro del resucitado*, op. cit., 384.

<sup>162</sup> *Ibid.*, 386.

<sup>163</sup> EG., 288.

## CONCLUSIÓN

### *Resumen:*

La búsqueda emprendida y la inquietud sostenida en este ejercicio académico llega ahora al momento concreto de concluir. Sería presentar lo descubierto y exponer lo aprendido en esta aventura como travesía teológica espiritual, cada conclusión es la oportunidad de adelantar un poco la realización del sueño deseado en la propuesta de este estudio y asumirlo como aprendizaje.

Al momento de elegir el tema y querer plasmar en él lo que era de interés teológico espiritual, la inclinación inicial se dirigió hacia la correlación entre los siguientes binomios: *Discípulos Misioneros, Espíritu y espiritualidad*. Aquí radica la primera conclusión, creo haber logrado encontrar su coexistencia, correspondencia y simultaneidad, las cuales aparecen con insistencia y reiteración en el desarrollo temático a manera de iluminación y animación de la teología espiritual misionera. Quedo satisfecho e invitado a remar mar adentro, con esta propuesta que sigue abierta y tiene todavía camino por recorrer.

Habiendo recogido el balance sobre el método investigativo utilizado, me resultó sugerente y de utilidad el abordar la trilogía *inspiración-visión, interpretación y actualización-aplicación* en el desarrollo del tema propuesto. En cada etapa indiqué el acercamiento a los documentos del magisterio de la Iglesia que me permitió a su vez realizar el recorrido pneumatológico por cada uno de ellos: la Constitución *Lumen Gentium*, el Decreto “*Ad Gentes*”, la *Evangelii Nuntiandi*, la *Redemptoris Missio*, el *Documento de Aparecida* y la *Evangelii Gaudium*. La aportación y aprendizaje al beber y tocar de primera mano estas fuentes se convirtió en la fuerza para llegar hasta el final con el propósito deseado.

Al mirar la estructura temática con la que desarrollé el objeto de estudio propuesto, se concluye que los tres campos explorados: las fuentes conciliares misionológicas, la teología de la misión y la espiritualidad misionera, expresan continuidad y secuencia lógica para profundizar en el itinerario de la teología espiritual misionera. Considero que la relación

concéntrica expuesta en los tres movimientos permite la animación de la pastoral misionera en la vida de la Iglesia. Lo discipular misionero es un organismo vivo dentro del cuerpo eclesial. Es el dinamismo del ver desde el Espíritu; juzgar con el Espíritu; actuar en el Espíritu.

Los tres ejes temáticos del contenido abordado fueron presentados en cada capítulo con un matiz propio, para concluir que la dimensión pneumatológica de la misión eclesial, aunque tiene un único fundamento teológico en Cristo como el Enviado del Padre que entrega su Espíritu y da el envío con el Espíritu Santo a quienes son enviados, expresa que la teología espiritual misionera es movimiento ondulatorio a modo del oleaje que va y viene, tiene mucho de lenguaje reiterativo que por momentos puede parecer lo mismo pero no es igual. Se llega a afirmar que el Espíritu Santo es el hermenéuta en la comprensión del ancho, largo y profundo envío evangélico en la vida misionera de la Iglesia. El contenido, como el misterio mismo de la misión, es inagotable e inabarcable.

#### *Horizontes y perspectivas:*

1. La travesía académica materializada en la elaboración de esta tesina concluye con una constatación: la formulación de los contenidos que la fundamentan incluyen en su transversalidad las asignaturas de la especialidad de la Teología Espiritual. La estructura de la temática y sus acápites desarrollados son el resultado articulado y aplicado de lo aprendido en dos años de ejercicio académico. Por eso, como imagen conclusiva se me ocurre el simbolismo de un mosaico en donde cada una de las asignaturas es una piedra con su color, el fondo sobre el que ésta se adhiere es el cuerpo teológico espiritual como un organismo vivo, el artesano es el Espíritu Santo y la imagen que se plasma es la Trinidad, origen y principio del envío misionero de la Iglesia, que reflejan las procesiones de las misiones de las tres Personas divinas.
2. Recomiendo a todo Agente de Pastoral que desee emprender una evangelización discipular misionera en una comunidad cristiana, conducirse por la Pneumatología de la misión que ellos contienen, les renovará e impulsará hacia las nuevas respuestas que reclama la acción apostólica en el mundo. La mejor vía es ir a las fuentes del magisterio eclesial de donde emana la teología espiritual misionera sobre la evangelización se ha escrito.
3. Desde la Pneumatología de la misión “*Ad Gentes*” como dimensión teológica se descubre el amplio horizonte del envío de Cristo con su Espíritu entregado a la Iglesia. El llegar hasta aquí no significa concluir y finalizar, estamos ante un nuevo envío misionero.



Este estudio realizado como posibilidad de enseñanza y comprensión de la teología espiritual misionera se traduce en innovadoras efusiones e insospechadas mociones del Espíritu, cuyo imperativo continúa siendo el mismo del Concilio Vaticano II, el del renovado y permanente mandato misionero de Jesús: ¡vayan!

4. Al detenernos ante el rostro trinitario que evoca el envío misionero y el trayecto recorrido en esta tesina, se puede concluir que la Tercera Persona de la Trinidad nombrada como el Espíritu Santo resalta con especial tonalidad. Me he sumergido en la profundidad de la esencia y presencia pneumatológica como dinamismo e impulso teológico espiritual de la misión eclesial, cuyo resultado final queda abierto en tanto que la misionología, en el amplio campo de la evangelización, es una constante actualización suscitada por el mismo Espíritu que no deja de ser fuego, soplo y viento de novedad evangélica. Se puede concluir que sobre la Pneumatología de la misión “*Ad Gentes*” lo mejor está por percibirse y expresarse. Sobre la misión no hay palabras conclusivas, pues es un permanente y renovado envío evangélico.

5. Una valoración del resultado adquirido ante el discurrir académico elegido de los *Discípulos Misioneros*, Espíritu y espiritualidad, se podría concretar afirmando que estamos de cara a lo que sería una la realidad de amalgama evangélica de la misión. La dimensión pneumatológica de la misión lleva a concluir que lo discipular misionero está entretejido y articulado por el sentido del todo teológico contenido en el significado del Espíritu y la espiritualidad como sentido de correspondencia y cohesión en la cristología pneumatológica. Los *Discípulos Misioneros*, Espíritu y espiritualidad se corresponden, se necesitan y se comprenden entre sí como encuentro y seguimiento de Cristo. El Espíritu se expresa en la espiritualidad como horizonte que abarca y permea todo el ser del cristiano en la Iglesia.

6. En cualquier esfuerzo eclesial por abordar la obra misionera de la evangelización, se vuelve imprescindible para el Agente de Pastoral que vive la vocación a ser enviado, la oportunidad de asumir el itinerario del discipulado con el Espíritu y la acción misionera con su espiritualidad propia, aquí radica la propuesta en esta tesina. Con ello concluimos que la evangelización es experiencia de cenáculo discipular y peregrinación misionera, es un entrar en el Espíritu y un salir desde una espiritualidad. En la medida que esta actualización propuesta para el envío “*Ad Gentes*” sea asimilada, se podría resolver uno de los vacíos de la praxis misionera actual de la Iglesia, la ausencia de una mística del envío para salir a anunciar el evangelio a todos.

7. Una lectura creyente de la paradoja histórica que relata el suceso en que el Decreto “*Ad Gentes*” fue uno de los últimos contenidos aprobados en las sesiones del Concilio, introduce un aspecto conclusivo importante. El Espíritu siempre recrea y renueva la vida de la Iglesia con la espiritualidad de la misión, no renuncia a ella. La teología espiritual misionera se fragua en un permanente discernimiento en el conjunto doctrinal que la integra. En este discurso *teológico-espiritual-pastoral* encontré que lo discipular misionero tiene una dimensión holística que aglutina a manera de síntesis existencial y espiritual la obra de la economía de la salvación. La teología de la misión expresa toda la vida de la Iglesia como Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo, con lo cual se realiza la obra creadora de Dios, la filiación por Cristo y la comunión con el Espíritu Santo.

8. En la dinámica de la fuente conciliar que inspiró esta búsqueda, recojo una evidencia que requiere un esfuerzo constante en los *Discípulos Misioneros* de la evangelización, el “*aggiornamento*”. Es mucho más que una pedagogía estratégica, es ante todo una obra del Espíritu, ésta requiere sensibilidad a sus efusiones y la apertura a sus mociones, ya que el anuncio del evangelio se sabe confrontado por las circunstancias del lugar y las personas que se disponen a acogerlo o rechazarlo. La teología espiritual misionera debe ser actualización constante en el envío y en el anuncio, lo correspondiente al Espíritu y la espiritualidad de los *Discípulos Misioneros*. Son binomios de coexistencia y concordancia en la praxis pastoral de la Iglesia.

9. Para nada se pretendió hallar algo nuevo bajo el sol en este largo viaje teológico, pero sí concluyo que la Persona y mensaje de Jesucristo exige la novedad que sólo tiene un protagonista, el Espíritu Santo. La teología discipular misionera permite que la evangelización sea un dinamismo propio del Espíritu que dispone, abre, prepara y sale con la Iglesia en acogida a toda la humanidad. Aquí no he concluido nada diferente, pero recordarlo ejercita la memoria y actualiza lo esencial de la Pneumatología del envío, que corre el riesgo de olvidarse y termina siendo la causa de acorralarnos en la auto referencialidad. Como Agentes Pastorales estamos expuestos a la tentación de ser el motor del apostolado misionero, por aquí comienza el declive y la confusión como en Babel. Se necesitan *Discípulos Misioneros* en permanente Pentecostés que reciban la efusión del Espíritu y espiritualidad.

10. De igual manera, resulta innegable el deseo de querer que en el ejercicio académico de esta tesina esté presente el indicador de vigencia y aplicación del tema elegido. En este sentido, la actualidad vigente de la dimensión pneumatológica de la misión es Jesucristo;

ahora bien, donde sí llegamos a intuir o sugerir nuevos caminos es en la aplicación de una teología espiritual misionera que cumpla la pretensión que convocó el Concilio al querer anunciar a la humanidad la vitalidad del evangelio. Constató que por momentos nos distraemos y afanamos en encontrar la eficacia y efectividad pastoral (espiritualidad de los Misioneros) sin antes actualizarnos en lo que consolida y da peso específico a toda acción (Espíritu de los Discípulos); y viceversa, quedarnos en la profundidad con el Espíritu sin procurar su acción y dinamismo en medio de las diversas circunstancias que urgen por su presencia. Creo que en este estudio puede encontrarse una visión integradora y de síntesis entre la mística y la praxis del apostolado misionero en el Iglesia.

11. En continuidad con la anterior concreción, viene bien retomar la imagen simbólica usada por San Ireneo: como el Padre actúa por medio de “*dos manos*”, el Verbo y el Espíritu Santo. Si bien cada uno posee lo propio de su accionar, lo cierto es que entre ambos se complementan hacia una misma misión dada por el Padre. En el aprendizaje de esta tesina concluyo que en el binomio temático de los *Discípulos Misioneros*, Espíritu y espiritualidad, se indica una teología espiritual misionera a “*dos manos*”: la de Jesucristo encarnado en la humanidad y la del Espíritu que habita en todos los lugares y en todas las creaturas. Es lo que insisto y fundamento en el recorrido reflexivo desarrollado. Que no falten estas dos manos misioneras en la evangelización que realiza la Iglesia, peregrina en salida hacia todos los seres humanos, mediante la encarnación de Cristo y santificación con el Espíritu Santo.

12. Un nuevo hallazgo conclusivo estaría en el mismo instante en que la formulación y elaboración de la teología espiritual misionera que ha resultado en esta tesina, se convierta en sugerencia de animación y formación misionera para Agentes de Pastoral que se disponen para la misión “*Ad Gentes*” o cualquier modalidad de envío evangelizador con énfasis en un apostolado discipular misionero. Fue una de las motivaciones originales para emprender este estudio, sobre todo, ante los diversos interrogantes formulados por una Iglesia que se pregunta por los desafíos evangelizadores actuales y que le exigen lucidez y parresía en el Espíritu. Lo cierto es que es un evento pneumatológico, más allá de estructuras y estrategias pastorales; es la mística del Espíritu y espiritualidad de los *Discípulos Misioneros*.

13. El haber llegado hasta aquí también ha sido un impulso del Espíritu, en especial la providencial coincidencia de saber que durante el tiempo de formulación y elaboración de esta tesina he tenido como telón de fondo la celebración del cincuenta aniversario conmemorativo del acontecimiento eclesial del Concilio Vaticano II. Por tanto, recojo un aprendizaje

renovado y realizable para un nuevo impulso misionero en la reflexión alcanzada, lo que permite sumarme a todos los clamores y plegarias que desde las comunidades cristianas suplican por una Iglesia «*orante, encarnada y misionera*»<sup>1</sup>. Sé lo que esto significa y es lo concreto del contenido expuesto y lo considero esencial en este instante conclusivo.

14. Un campo abierto en la teología espiritual de la misión dejado por este estudio sería la posibilidad disponer mejor la reflexión y propuesta en torno a la dimensión pneumatológica de la misión de manera transversal a toda la pastoral de la Iglesia. Opino que es un territorio sin misionar, la urgencia de una Iglesia evangelizada para que sea evangelizadora. Uno de los caminos que insisto es en la dimensión de ser misionados por el Espíritu para asumir la espiritualidad de ser misioneros. La transversalidad de la Pneumatología misionera daría nuevo impulso y dinamismo a los diferentes apostolados eclesiales, con ello advertimos la necesidad de una evangelización con el envío del Espíritu y la espiritualidad del anuncio evangélico. Una teología con la mística del envío para una espiritualidad de la praxis misionera.

15. Al ampliar la anterior propuesta, se suma la posibilidad de asimilar la animación del actual llamado a ser una Iglesia en salida. Es algo que reflejo como punto de llegada significativo, pues resulta difícil una Iglesia en salida si no se sabe a sí misma enviada. El envío pneumatológico dado por Cristo a la Iglesia apostólica espera por su dinamismo y fuerza en las actuales circunstancias. Es arriesgado salir a evangelizar sin el discipular envío con el Espíritu, él confiere la espiritualidad propia del anuncio.

16. En la búsqueda teológica espiritual realizada y el sueño de actualizar el envío misionero, mediante una aplicación pastoral concreta, desemboque en el océano inmenso del Continente Latinoamericano en las aguas del *Documento de Aparecida*. Original señal para emprender este estudio y del que recojo el punto conclusivo esencial de aprendizaje: comunidades cristianas sin discipulado no llegan a ser misioneras. Es el corazón pastoral que desde América se sugiere a la Iglesia universal: la conversión pastoral. El discipulado como cenáculo del envío del Espíritu que configure una espiritualidad del anuncio misionero. La apuesta por una teología espiritual discipular misionera para la evangelización en la Iglesia.

17. Y para que la actualización y aplicación del camino teológico espiritual propuesto, completara y concretara lo misionero, acogí la universalidad del llamado de la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, en su apremiante clamor a ser una Iglesia en Salida. Entre el Documento de *Aparecida* y la *Evangelii Gaudium*, llegué a la cumbre de la pneumatología de

---

<sup>1</sup> ENEC., 9.

la misión: la epiclesis en salida. Que al igual que los binomios *Discípulos Misioneros*, *Espíritu y espiritualidad*, ahora sugiero agregar su complemento, *envío y salida*. Sería el envío con el Espíritu y la salida la espiritualidad de los misioneros.

*Síntesis:*

Para una comprensión y síntesis de la teología espiritual discipular misionera a la que he pretendido llegar y por lo menos avizorar el camino, el contenido de los binomios sugeridos se configuran así: ***Discípulos-Espíritu-envío. Misioneros-espiritualidad-salida.***

Con esta formulación sintetizaría la búsqueda y el hallazgo realizado con este estudio. Todas ellas asumidas como una peregrinación, sobre el sentido de estos binomios propuestos, nos ayudaría la aportación que nos hace el Papa emérito Benedicto XVI al comentar las enseñanzas del Concilio Vaticano II al presentarlo como un “movimiento espiritual”:

«Las afirmaciones del Concilio no son una colección de sentencias doctrinales de carácter puramente intelectual. Menos aún son simplemente una colección de instrucciones técnicas y pragmáticas. Son el resultado de un proceso espiritual. Un proceso o un movimiento solo puede comprenderse participando en él, a través de una participación obediente y vivida de forma paulatina, paso a paso. Mal entenderíamos la enseñanza del Concilio si la comprendiéramos como una repentina conmutación, como un repentino cambio en la Iglesia del ‘conservadurismo’ al ‘progresismo’.<sup>2</sup>»

Quien procure la lectura de este escrito espero pueda hallar que en su trasfondo el autor contrastó su motivación y experiencia “*Ad Gentes*” que le imprime una tendencia original en el esfuerzo por sustentarla a la luz de las fuentes antropológicas, bíblicas, patrísticas, teológicas, eclesiológicas, espirituales y pastorales propuestas, hacia un renovado envío misionero ministerial en la Iglesia. Considero que además de acertar en un ejercicio metodológico investigativo, ha sedimentado la síntesis teológica espiritual como experiencia de un nuevo envío misionero: *Discípulo Misioneros, Espíritu y espiritualidad, envío y salida.*

*¡Siempre es Pentecostés!*

---

<sup>2</sup> J. RATZINGER, *Obras completas sobre la enseñanza del Concilio Vaticano II: formulación, transmisión, interpretación*, op. cit., 539.



## BIBLIOGRAFÍA

### Documentos del Magisterio:

CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II., *Decreto el apostolado de los seglares*, Propaganda Popular Católica, Madrid 1965.

- *Decreto "Ad Gentes"*, Tipografía Políglota Vaticana, 1966.
- *Constitución Dogmática "Lumen Gentium" sobre la Iglesia*, Paulinas, 1969.

CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE., *Documento Conclusivo Aparecida*, San Pablo, Bogotá 2012.

CONFERENCIA DE OBISPOS CATÓLICOS DE CUBA., *Documento del Encuentro Nacional Eclesial Cubano*, COCC, Habana 1986.

PABLO VI., *Exhortación Apostólica la evangelización del mundo contemporáneo*, Promoción Popular Cristiana, Madrid 1989.

- *Discurso de la apertura de la segunda sesión del Concilio Vaticano II*, 29 de diciembre de 1963, <http://w2.vatican.va> [30-06-2015]

JUAN PABLO II., *Dominum et Vivificantem*, Ediciones Paulinas, Madrid 1986.

- *Redemptoris Missio*, Ediciones Palabra, Madrid 1991.
- BENEDICTO XVI., *Discurso inaugural en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano 2007*, <http://w2.vatican.va> [28.05.2015]
- Homilía en el Año de la Fe 2012, <http://w2.vatican.va> [28.05.2015]

BENEDICTO XVI., *Homilía en el año de la fe 2012*, <http://w2.vatican.va> [28.05.2015]

PAPA FRANCISCO, PAPA., *Evangelii Gaudium: La Alegría del Evangelio*, San Pablo, Madrid 2013.

- *Carta Encíclica Laudato Si*, Mensajero, Bilbao 2015.
- *Misericordiae Vultus*, <http://w2.vatican.va> [12.12.2015]
- *Exhortación Apostólica postsinodal Amoris Laetitia*, <http://w2.vatican.va> [20-04.2016]
- *Homilía en la Basílica de Guadalupe*, <http://w2.vatican.va> [2.04.2016]

PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PASTORAL DE LOS EMIGRANTES E ITINERANTES,  
*Instrucción Erga Migrantes Caritas Christi: la caridad de Cristo hacia los emigrantes*, Ciudad del Vaticano 2004.

Las citas bíblicas son tomadas de:

BIBLIA DE JERUSALÉN, Desclée de Brouwer, Madrid 1970.

### **Bibliografía Consultada:**

ALAIZ, A., *La fe, encuentro y envío*, Editorial Perpetuo Socorro, Madrid 2012.

AUGUSTIN, G., *Por una Iglesia en salida con el Papa Francisco, impulsos de la exhortación apostólica Evangelii Gaudium*, Sal Terrae, Santander 2015.

BALTHASAR, H., *Teológica, el Espíritu de la verdad*, Ed. Encuentro, Madrid 1998

BARRUFO, A., *Carismáticos, Nuevo diccionario de espiritualidad*, San Pablo, Madrid 2000, 168 – 183.

BERNARD, C., *Teología espiritual*, Sígueme, Salamanca 2007.

BIANCHI, E., *Nuevos estilos de evangelización*, Sal Terrae, Santander 2013.

BLÁZQUEZ, R., *Del Vaticano II a la nueva evangelización*, Sal Terrae, Santander 2013.

BORDA LENIZ, E., *La apostolicidad de la misión de la Iglesia: estudio histórico-teológico del capítulo doctrinal del Decreto "Ad Gentes*, Athenaeum Romanum Sactae Crucis, Romae 1990.

BORDEAU, F., *Iglesia pobre, iglesia misionera*, Editorial ZYX, Madrid 1966.

BOROBIO, D., *Misión y ministerios laicales: mirando al futuro*, Sígueme, Salamanca 2001.

BRENNAN, J. P., *Cristo el enviado: la misión*, Editorial Mensajero, Bilbao 2000.

BRUNO, F., *La transmisión de la fe*, Sal Terrae, Santander 2015.

CALADEZ FUENTES, S., «*Espiritualidad de la acción misionera a la luz de Aparecida*», en: *Medellín*, N° 135 (2008), 465-488.

CARVAJAN, J. C. (ed.), *La misión que nace de la alegría del encuentro*, Universidad san Dámaso, Madrid 2015.

CASALDÁLIGA, P., *Cantares de la enterna libertar*, Managua 1984.

CENCINI, A., *Misioneros ¿sí o no?: misioneros o dimisionarios*, Paulinas, Madrid 2009.

CLÉMENT, O., *Los rostros del Espíritu*, Sígueme, Salamanca 2015.



- CODINA, V., *Creo en el espíritu santo: pneumatología narrativa*. Sal terrae, Santander, 1994.
- *Hace 50 años hubo un Concilio: significado del Vaticano II*, Cristianisme i Justicia, Barcelona 2012.
  - *El Espíritu del Señor actúa desde abajo*, Sal Terrae, Santander 2015.
- CONGAR, Y., *El Espíritu Santo*, Herder, Barcelona 1983.
- *Sobre el Espíritu Santo: Espíritu del hombre, Espíritu de Dios*, Sígueme, Salamanca 2003.
  - *La 2ª Contestación de la Misión. Verdadera y falsa contestación de la Misión*. Por A.M. Henry. Verdadera y falsa contestación en la Iglesia, Mies Madrid, 1972.
- CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO (ed.), *Testigos de Aparecida*, CELAM, Bogotá 2008, 2 vols.
- CORDOVILLA, A (ed.), *Cristianismo y hecho religioso*, Publicaciones Universidad Pontificia de Comillas, Madrid 2013.
- DÍAZ HERNÁNDEZ, J. A., *El discipulado en el documento de Aparecida: una lectura desde el Nuevo Testamento*, Facultad de Teología San Vicente Ferrer, Valencia 2013.
- DURRWELL, F. J., *Jesús hijo de Dios en el Espíritu Santo*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1999.
- ESPEJA, J., *El evangelio en nuevas culturas*, Verbo Divino, Navarra 1992.
- *El evangelio en un cambio de época*, Verbo Divino, Navarra 1996.
  - *El coraje de futuro: cuando flaquea la esperanza*, San Pablo, Madrid 1995.
  - «*El discipulado en la teología latinoamericana*», en: *Medellín*, N° 125 (2006), 61-98.
  - *A los 50 años del Concilio: camino abierto para el siglo XXI*, San Pablo, Madrid 2012.
  - *Huellas con futuro en algunos signos de nuestro tiempo*, Desclee de Brouwer, Bilbao 2013.
- ESQUERDA, J., *Espiritualidad Misionera*, BAC, Madrid 1978.
- *Teología de la evangelización: curso de misionología*, BAC, Madrid 1995.
  - *Diccionario de la evangelización*, BAC, Madrid 2001.
  - «*La misionariedad de la Iglesia en América Latina, a la luz del discipulado evangélico*», en: *Medellín*, N° 125 (2006) 99-120.
  - *Misionología: evangelizar en un mundo global*, BAC, Madrid 2008.

- FERNANDEZ, V. M., «*Propuestas para que la V Conferencia marque el inicio de una nueva etapa evangelizadora*», en: *Medellín*, N° 126 (2006), 285-311.
- «*Claves de interpretación y aplicación del Documento de Aparecida*», en: *Medellín*, N° 131 (2007), 363-375
  - *La Iglesia del Papa Francisco, los desafíos desde la Evangelii Gaudium*, San Pablo, Madrid 2014.
- FISICHELLA, R., *La nueva evangelización*, Sal Terrae, Santander 2012.
- FRANCISCO, PAPA., *El nombre de Dios es Misericordia*, Planeta, 2016.
- GALILEA, S., *La responsabilidad misionera de América Latina*, Ed. Paulinas, Bogotá 1981.
- *Los ciegos verán: La mística misionera en los relatos evangélicos*, Editorial Indo-american, Bogotá 1982.
  - *La inserción en la vida de Jesús y en la misión*, Paulinas, Chile 1989.
  - *Jesús misionero*, Patris, Santiago de Chile 1989.
  - *La inserción en la vida de Jesús y en la misión*, Paulinas, Chile 1989.
  - *El discipulado cristiano*, Paulinas, Madrid 1993.
- GALLI, C. M., «*Comunicar el Evangelio del amor a nuestros pueblos de América Latina y el Caribe*», en: *Medellín*, N° 125 (2006), 121-177.
- GONZÁLEZ, M., *De la hostilidad a la hospitalidad*, Cristianisme i Justícia, Barcelona 2015.
- GONZÁLEZ FAUS, J. I., *Pasado y futuro de la evangelización: poder, oro, alteridad y evangelio*, Cristianisme i Justícia, Barcelona 1993.
- HENRY, A. M., *Verdadera y falsa contestación en la misión*, Olivos, Madrid 1972.
- LADARIA, L. F., *La trinidad misterio de comunión*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2002.
- *Jesucristo salvación para todos*, UPC, Madrid, 2007
  - *Jesús y el Espíritu: la unción*, Monte Carmelo, Burgo 2013
- LE GUILLOU, M-J., *Los testigos están entre nosotros*, Encuentro, Madrid 2013
- *El rostro del resucitado*, Ed. Encuentro, Madrid 2012
- LERA, J. M., *Espíritu Santo, Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, Sal Terrae, Madrid 2006, 803 – 811.
- MADONIA, N., *Cristo siempre vivo en el Espíritu*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2006

- MADRIGAL, S., *Karl Rahner y Joseph Ratzinger: tras las huellas del Concilio*, Sal Terrae, Santander 2006.
- *Tiempo de Concilio, el Vaticano II en los Diarios de Yves Congar y Henri de Lubac*, Sal Terrae, Santander 2009.
  - *Tríptico conciliar: relato-misterio-espíritu del Vaticano II*, Sal Terrae, Santander 2012.
- MARDONES, J. M., *La vida del símbolo*, Sal Terrae, Santander 2003.
- MERINO, P., «La “otra economía”: el Dios en salida como contenido y fuente de la Evangelii Gaudium», en: *Medellín*, N° 158 (2014), 109-124.
- PAGANO, P. M., *Espíritu Santo epiclesis Iglesia: aportes a la eclesiología eucarística*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1998.
- PAVÍA, A., *Los discípulos de Emaús*, San Pablo, Madrid 2017.
- RAHNER, K., *Curso fundamental sobre la fe*, Herder, Barcelona 2007.
- RATZINGER, J., *Sobre la enseñanza del Concilio Vaticano II: formulación, transmisión, interpretación*, BAC, Madrid 2013.
- RUIZ DE LA PEÑA, J. L., *Crisis y apología de la fe: evangelio y nuevo milenio*, Sal Terrae, Evangelio sin fronteras, Ediciones Paulinas, Madrid 1993.
- SANTOS HERNÁNDEZ, A., *Decreto "Ad gentes" sobre la actividad misional de la Iglesia: evolución conciliar del decreto*, Apostolado de la Prensa, Madrid 1966.
- SCHÜTTE, J., *Las misiones después del Concilio.*, Ed. Guadalupe, Argentina 1968
- SCHÜTZ, C., *Introducción a la Pneumatología*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1991
- SOLOWIEW, W. S., *Los fundamentos espirituales de la vida*, Ed. Platino, Buenos Aires 1953.
- SUDBRACK, J., *El Espíritu es concreto. La espiritualidad desde una perspectiva cristiana*, Mensajero, Bilbao 2004.
- TOZZI, A., *Carisma, Diccionario Teológico Enciclopédico*, Verbo Divino, Pamplona 1995.
- USPENSKI, L. A., *Teología del icono*, Sígueme, Salamanca 2013.
- WOJTYLA, K., *La renovación en sus fuentes: sobre la aplicación del concilio vaticano II*, BAC, Madrid 1982.

### **Búsquedas de Internet:**

BENEDICTO XVI., *I. Recepción e interpretación del Vaticano II*, <http://www.iglesiaviva.org>  
[23.11.2015]

CACHIA, M., *Fronteras que vuelven invisibles*, [www.sjme.org](http://www.sjme.org) [15-03-2016]

CALVO PÉREZ., R., *La misión "ad gentes", paradigma profético del quehacer eclesial*,  
<https://dialnet.unirioja.es> [13.11.2015]

FILONI, CARD., *El Decreto "Ad Gentes": Una Visión Teológica e Pastoral sobre la Misión*,  
68ª Semana de Misionología de Burgos 2015  
<http://www.obrasmisionalespontificias.es>, [5-07-2015]

GIL GARCÍA, A., *Vocación Misionera Ad Gentes*, Jornadas Nacionales de Pastoral  
Vocacional, Madrid 2007 [www.omp.es](http://www.omp.es) [2.11.2015]

MADRUGA, J. M., *Una espiritualidad para la misión Ad Gentes*, <http://www.omp.es>  
[24.10.2015]

RODRÍGUEZ MAGRO, A., *La Misión ad gentes: dinamismo de la acción pastoral*, 62ª Semana  
de Misionología de Burgos 2009, [www.omp.es](http://www.omp.es) [29.10.2015]